NICCOLÒ AMMANITI

La vida íntima

Traducción de Juan Manuel Salmerón Arjona



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Si quieres un amigo, ¡domestícame!

Antoine de Saint-Exupéry,
El Principito

No me desenvaines sin razón.
No me empuñes sin valor.

Inscripción en la espada de la estatua
de Juan de Médicis,
obra de Temistocle Guerrazzi

I. MIÉRCOLES, 21 DE FEBRERO

1

Esta historia empieza un miércoles de hace una década, son las nueve y cuarto de la mañana y Maria Cristina Palma está haciendo gimnasia. En este momento practica sentadillas búlgaras, un ejercicio que desarrolla cuádriceps y glúteos. Con una pierna estirada hacia atrás y la otra apoyada delante, flexiona la rodilla mirando fijamente por los cristales de la galería el cielo opaco. La lluvia ha limpiado algo la atmósfera de la contaminación que ha obligado a limitar el tráfico en Roma durante semanas. Dentro de la casa hace calor, pero, más allá del cristal doble, las cicas y la pérgola desnuda de la terraza están cubiertas de escarcha. Por entre las columnas de la balaustrada se ve el río Tíber y el tráfico atascado de la orilla y, más allá, la triste silueta de Castel Sant'Angelo, difuminada en la niebla malsana de la capital. El ático en el que vive Maria Cristina es uno de esos paraísos con los que la mayoría de la gente ni siquiera sueña, de puro inalcanzables. Tiene más de trescientos metros cuadrados y está a dos pasos de la plaza Navona, en un edificio neoclásico vigilado día y noche por furgones de policía.

Su entrenador personal, Mirco Tonik, un mozarrón de Francavilla al Mare, está contándole que celebró el cumpleaños de su novio, Michael Carmichael, un irlandés traductor de manuales de instrucciones de impresoras y routeres, en un restaurante vegano del Pigneto. Mientras recuerda una parmesana de berenjenas que estaba de rechupete, quita un disco de la barra, y la pesa del otro extremo, cinco kilos de hierro macizo, se sale y le cae en el dedo gordo del pie derecho a Maria Cristina, que profiere un grito tan potente que la pareja de agapornis que hay en una jaula esmaltada que cuelga sobre los helechos enmudece al instante. La galería, con sus macetas azules de alocasias, sus kentias y sus potos con estolones que cuelgan de las estanterías, empieza a darle vueltas como si estuviera viendo los efectos especiales de una peli mala.

Mirco Tonik, viendo la barbaridad que acaba de hacer, se lleva las manos a la cabeza y, contoneándose, invoca al creador:

–¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios mío! ¡¿Qué he hecho?!

Maria Cristina tiembla de dolor. Solo tiene que respirar y dejar que se le pase.

Con el tiempo, el recuerdo de los pequeños dolores físicos, al contrario de los dolores del alma, se desvanece, y a los pocos años

apenas recordamos cuánto nos dolió que nos sacaran una muela o un ataque de apendicitis. Han pasado quince años desde el día en el que el exmarido de Maria Cristina, el famoso escritor Andrea Cerri, le pilló un dedo con la portezuela de un Golf Cabrio delante del hotel Locarno. En aquella ocasión tuvieron que ir a urgencias y le cortaron el último trocito de piel del que colgaba un amasijo de carne, uña y sangre. Hoy, por suerte, la zapatilla ha amortiguado el golpe.

–¿Cómo estás? ¿Te duele? –balbuce el entrenador con una mano en el pecho.

Maria Cristina, sin poder hablar, le hace señas de que esté tranquilo.

En ese momento no hay en el mundo, o quizá en el mundo sí, pero seguro que no en el primer distrito de Roma, persona menos tranquila que Mirco Tonik. El dedo gordo del pie que acaba de aplastar es uno de los más valiosos entre los dieciséis mil millones de dedos gordos que pisan el planeta.

Los pies de Maria Cristina Palma, del número 39, el número de la armonía según el Yajurveda, son pies griegos, que son aquellos en los que el segundo dedo es un poco más largo que el dedo gordo, como en los de la *Venus* de Milo. En medicina, esta característica se conoce como «dedo de Morton», en honor a Dudley J. Morton, el ortopeda americano que la observó por primera vez. Es un tipo de pie que solo tiene el diez por ciento de la población mundial y su distribución es irregular. Los escandinavos no lo tienen, mientras que sí lo tiene casi el noventa por ciento de los ainus de las islas japonesas. La bóveda plantar de Maria Cristina es como la de Barbie, tan perfecta que la piel, al no tocar nunca el suelo, siempre está tersa. Según la podomancia, que es el arte de adivinar el futuro por los pies, los dedos ahusados denotan carácter ambicioso y perseverante. Si buscamos en Google «pies de Maria Cristina Palma», veremos miles de fotos, de detalles y ampliadas, con y sin zapatos. Junto con Selena Gomez, Maria Cristina es la reina de wikiFeet, el portal de los fetichistas del pie.

Tampoco olvida Mirco Tonik quién es el marido de la mujer cuyo dedo acaba de lastimar: Domenico Mascagni, el primer ministro italiano. Las pocas veces que ha coincidido con él en la casa le ha entrado tanto miedo que no ha podido ni mirarlo a los ojos. Es un hombre poderoso, vástago de una rancia familia de abogados que han salvado industrias, representado a Estados y a multinacionales. Se cuenta que un antepasado suyo, un tal Tancredi Mascagni, hallándose de paso en Inglaterra, ayudó a redactar la Carta Magna.

Ya se ve el entrenador siendo un indigente y tocando la flauta de Pan (lo único que sabe hacer, además de entrenar) en la puerta de las pizzerías del centro por algunas monedas. Michael se lo ha dicho mil

veces: «Ahorra ahora para no tener que gastar luego. Contrata un seguro». Pero él, que es bastante tacaño, ahora tendrá que vender lo poco que tiene (un pisito en el Pigneto, un cuarto de damuso en Pantelleria y una scooter destartalada) para pagar la reconstrucción de la sublime falange. Y Mirco *Tonik* Belluccio será recordado por ser el hombre que destrozó el dedo gordo del pie de Maria Cristina Palma. Siente que se ahoga. Abre la puerta de la galería y se dirige al antepecho diciendo con su áspero acento abrucés:

–¡Yo me mato, me mato!

En la terraza de abajo de los Mascagni hay un pastor alemán que se pasea con cara de pocos amigos. Mirco da media vuelta, mete la cabeza en el estanque de los papiros, se alisa el pelo y vuelve a la galería.

Maria Cristina está sentada en el banco de gimnasia, se ha quitado la zapatilla y está examinándose el dedo rojo e hinchado.

El entrenador se hinca de rodillas en la estera, delante de su reina.

–Estoy dispuesto a sufrir cualquier castigo, incluso corporal. Mi último deseo, tomarme unas gotas de Xanax.

–Está en el baño.

El suplicante levanta la vista.

–¿Me perdonas? Si me perdonas, no te cobro el año.

–En el estante del espejo.

Mirco Tonik, sin creerse todavía la gracia recibida, corre a tomarse una buena dosis de moléculas de alprazolam.

El doctor Angelo Zurlo, traumatólogo jefe del hospital Gemelli, preguntado telefónicamente por Caterina Gamberini, secretaria personal de Maria Cristina Palma, contesta asegurando que las últimas pruebas clínicas aconsejan que se camine apoyando la parte lesionada, porque eso «aumenta el flujo sanguíneo subungular y evita la formación de hematomas y la caída de la uña». Por tanto, Maria Cristina no tiene que ir al hospital, sino solo tomar una buena dosis de antiinflamatorios y, si puede, caminar con calzado abierto y de tacón bajo.

La noticia anima a la mujer del primer ministro, que temía perderse la fiesta que dan en la sede del club de piragüismo Aniene. Ha recibido un nuevo vestido de Dior y quiere lucirlo en el cumpleaños de Igor Rossi Brogi, presidente de la asociación nacional de hoteleros italianos.

Ahora bien, si el traumatólogo le hubiera prescrito reposo y Maria Cristina se hubiera quedado en casa, yo no podría contar esta historia. Aunque tampoco es seguro. Las buenas historias, las que cambian destinos, son ríos impetuosos que no se dejan encauzar. Les ponemos

un obstáculo y ellos lo sortean, encuentran otro curso. Y a mí me gusta que esta historia comience así, con un grito de dolor.

Ahora bien, el accidente que acaba de sufrir nos da una idea de quién es Maria Cristina Palma, la protagonista de esta novela.

Cuando le hacen daño, se preocupa por quienes se lo han hecho. Disminuir los sufrimientos que la existencia le ha deparado tranquilizando al prójimo es una de sus especialidades. Un día, cuando tenía once años, en el chalé de Mondello, Nello, el gato de la casa, y Tolo, el caniche de tía Vittoria, empezaron a pelearse y ella quiso separarlos. El felino, un demonio atigrado que daba brincos por todo el cuarto, se encaramó por ella como por un tronco, clavando las uñas en sus carnes infantiles, y desapareció por el pasillo. Maria Cristina salió al jardín. Estaban su madre, su tía, los criados en uniforme blanco, los primos con flotadores y su hermano en el trampolín. La piscina brillaba con un azul cegador, las cigarras cantaban en los pinos y ella, con el poco garbo de sus largas piernas de potrillo y dos inútiles triángulos de tela azul en el pecho huesudo, desollada como san Bartolomé, se sentó a la mesa ante su plato de calabacines rellenos, se puso la servilleta en las rodillas, se sirvió un vaso de agua y bebió en medio de los chillidos de todos.

2

Doce horas después del accidente, Maria Cristina Palma está en el club de piragüismo Aniene celebrando el cumpleaños de Igor Rossi Brogi.

¡Qué imperdonable error no haberse quedado en casa! El dedo no ha dejado de atormentarla todo el día y ahora, apretujado con los demás en el zapato Tom Ford, le palpita como si fuera otro corazón. ¡Qué sufrimiento inútil! Si se hubiera puesto unas sandalias sin tacón, como sabiamente le aconsejó el doctor Zurlo, se habría ahorrado tanto dolor, aunque hubiera tenido que vestirse de otra manera.

La fiesta, por suerte, va bien. El salón está repleto de hoteleros que hablan mucho y a cuál más fuerte, en medio de un estrépito de voces, cubiertos y carcajadas. Un pianista deprimido toca tímidas notas de jazz.

«Reacciona», se susurra a sí misma Maria Cristina. Apura la copa de ribolla gialla, la deja en equilibrio sobre el brazo del sillón, se levanta y, esquivando bandejas de camareros, pasa por delante de una fila de señoras que esperan a que les sirvan una alcachofa a la judía. Como nota que la miran, da una vuelta sobre sí misma. Está encantadora en su vestido Dior, que le deja los hombros y la espalda desnudos y lleva

una abertura lateral que le roza las bragas y se abre formando una campana de color rosa y rojo.

¿Dónde estará su marido?

Los guardias de seguridad custodian las puertas. Los ayudantes del primer ministro –ninguno tiene más de treinta años– se apretujan en un pequeño sofá y tienen el plato de macarrones a la amatriciana en las rodillas como si fueran una pandilla de adolescentes en una fiesta de padres.

Allí está.

Está al fondo del salón, rodeado de hoteleros, y tiene las manos en los bolsillos de los pantalones y la expresión ceñuda que pone cuando escucha cosas muy importantes o muy aburridas.

Maria Cristina, con el metro noventa que mide con tacones, se abre paso por entre el corro, alarga el brazo y le posa la mano en la espalda.

El primer ministro la mira tratando de intuir si es algo serio. Vive esperando cosas serias. Pero su mujer es una esfinge.

–Perdonadme un momento –les dice a los del grupo, y añade–: Pero sí, está bien visto, hay que tenerlo en cuenta...

–Os lo robo un segundo –añade ella con una sonrisa.

El grupito de sesentones, calvos algunos, teñidos otros, enfundados en sendos trajes azules, todos rigurosamente sin calcetines, asomando los tobillos que la vejez ha pelado por debajo de los pantalones ceñidos, calzados con zapatos de suela alta, sonríen a su vez enseñando una hilera de piezas dentales que la pimienta del plato de pasta a la amatriciana que sostienen ha salpicado de puntitos. Todos a la vez, como en una danza tirolesa, dan un paso atrás y observan a Maria Cristina como si esta fuera una contorsionista en el acto de introducirse en una maleta. Están comparando la persona de Maria Cristina Palma con el acervo icónico (vídeos, fotos de moda, fotos de paparazzi, fotos familiares, etcétera) que tienen almacenado en el hipocampo, la parte del cerebro en la que reside la memoria. Le examinan la boca, el cuello, las caderas, los pechos (rehechos por completo), las interminables piernas que asoman del vestido y rematan en unos tacones vertiginosos. Se preguntan si realmente es la mujer más bella del mundo. Y se contestan que sí, que es hermosa, démosle al César lo que es del César, pero no tan hermosa como dice la leyenda. No lo es más que Monica Bellucci, Emily Ratajkowski y miles más. Sí, conforme, es una mujer refinada, elegante, tiene un cuerpazo para sus cuarenta y dos años, sí, la mujer que todos desean, pero tampoco es para volverse loco. Eso sí, no se entiende cómo ha podido ese engreído de Mascagni agenciarse a semejante tía buena.

Hay una respuesta.

Lo ha hecho a la antigua usanza.

Con dinero y poder.

Hay que explicar que, un año antes del comienzo de esta historia, un importante estudio llevado a cabo por una universidad de Luisiana en colaboración con el Center of Advanced Study of Body and Facial Plastic Surgery de Carmel (CA) dictaminó que Maria Cristina Palma es la mujer más bella del mundo.

Al principio la cosa no provocó grandes reacciones. Noticias como esta, que vienen que ni pintadas para ponerlas al final de los portales web junto con anuncios de complementos alimenticios y préstamos rápidos, saltan a cientos todos los días. Poco a poco, sin embargo, por mecanismos estocásticos que solo los meteorólogos y los matemáticos conocen, la noticia fue difundiéndose hasta hacerse, por usar una palabra que detesto, viral. Alimentada por las redes sociales, desencadenó un entusiasmo patriótico solo comparable con el que se reserva a la selección nacional de fútbol cuando gana los trofeos más importantes. Desde Italia, la noticia volvió a cruzar el océano y desde allí se difundió por todo el mundo, consagrando la supremacía de la belleza mediterránea y, por tanto, de nuestra cocina, de nuestros paisajes y de nuestra cultura milenaria.

Las medidas del óvalo de María Cristina Palma corresponden a las de la divina proporción, la relación entre líneas verticales, horizontales y oblicuas coincide con la fórmula matemática del número áureo. Los pómulos altos, la nariz que, según se vea de frente o de perfil, es muy diferente, coexisten en perfecta armonía con los labios finos, que enmarcan unos dientes blancos y rectos. Las cejas, naturalmente espesas, son como parábolas que señalan el camino hacia unos ojos cuyo color es un misterio, pues, según la luz, son grises, verdes o están veteados como de pajitas doradas o amarillas y parece que se los hubiera robado a un zorro. El porte majestuoso, la proporción de los miembros, los tobillos finos, los pies, de los que ya hemos hablado, la piel lisa cual pétalo de rosa encarnan la belleza eterna que ha fascinado a artistas de todos los tiempos, de Fidias a Picasso.

Sin embargo, al poco tiempo, la alegría de la victoria se convirtió en una pesadilla. Nuestra protagonista tuvo que encerrarse en su casa de campo durante meses, porque se vio asediada por los periodistas, rodeada por los fans, solicitada por las televisiones, perseguida por los agentes de cine y escarnecida, insultada y despreciada por sus enemigos. Cualquier imagen que se tomara de ella se publicaba: cuando saltaba con pértiga en los campeonatos de atletismo europeo júnior, cuando desfilaba por las pasarelas de París, cuando la sacaron del coche en llamas en el que murió su primer marido.

Los partidos de derecha primero, luego los aliados del gobierno a

los que el repentino foco puesto en la pareja molestaba, acusaron a Domenico Mascagni de utilizarla como mujer florero para ocultar su poca estatura política. Ostentarla así es insultar a las mujeres feas, a las mujeres trabajadoras, a las mujeres enfermas. Maria Cristina Palma es pura fachada, un mero instrumento propagandístico.

La historia que más se cuenta es que recibió varios millones de euros (dinero negro del partido) para mantener vivo un matrimonio fallido. No son una verdadera pareja. Irene, la hija de diez años, es fruto de un cálculo, quizá de una probeta, pues los padres no mantienen relaciones sexuales y en casa ni siquiera se hablan. Hay anécdotas, documentos, viejas entrevistas que prueban todo esto. Hay compañeras de escuela, primos, exnovios, abogados, presuntos amigos que pueden confirmar que la señora Palma es capaz de hacer cualquier cosa con tal de triunfar. Es un gólem que una serie de expertos han creado y que el Bicho, el gestor de redes sociales de Mascagni, ha programado para que sea la encarnación de la perfecta casada de un primer ministro. Hermosa y muda. La timidez, la manera apocada como se expresa, los síes, los noes, los no sé que susurra son pruebas irrefutables de que está triste, de que es infeliz, de que es una víctima del marido. Pero también hay quien afirma que es el cerebro criminal del clan, que se ha follado a todo quisque para llegar a donde ha llegado. Se han hecho programas de televisión y de radio, se ha lanzado a periodistas a investigar la vida de «Maria Tristina», la exmodelo de Palermo cuya existencia se debate entre el privilegio y la tragedia.

Por las librerías circula una biografía no autorizada de ella, *Historia de una estrella del sur*. En apenas cien páginas, acompañadas de ilustraciones, el célebre periodista Manlio Calzini hace una semblanza completa. La madre de Maria Cristina, Teresa Sangermano, de una rica familia siciliana, se casa, después de pasar una noche en un refugio de las montañas Tofanas, con el alpinista friulano Bebo Palma. Tienen primero un hijo, Alessio, y cinco años después a Maria Cristina. Cuando Teresa enferma de un grave cáncer, su marido se lía con una documentalista francesa, abandona a mujer e hijos y se va a vivir a Nepal. Teresa muere cuando Maria Cristina tiene doce años. Ocho años después, Alessio muere también en un accidente cuando está buceando en Grecia. Durante algún tiempo, las desgracias familiares dejan tranquila a la joven, que, entretanto, se lesiona, deja el deporte, se pasa a la moda y se convierte en el rostro oficial de una conocida marca de lencería. A los veintisiete años se casa con el escritor Andrea Cerri (el único verdadero amor de su vida, según los bien informados), que es veinte años mayor que ella. A los dos años de casados, en un accidente de coche, él muere y ella sufre quemaduras de diversa consideración. Vuelve a casarse a los treinta y dos años con Domenico

Mascagni y el mismo año de la boda nace una niña, Irene.

El feliz acontecimiento no basta para que se olvide una existencia llena de desgracias y le ponen un apodo, Maria Tristina.

Maria Cristina, que sigue con los ojos de los hoteleros pegados al culo, se lleva a su marido a la puerta de la terraza. Los guardias forman un escudo que los cubre de las miradas de los invitados.

–Salgamos un momento, por favor… –dice tratando de abrir la puerta–. Dijiste que sería una fiesta divertida y que habría fuegos artificiales.

–Al parecer el ayuntamiento no ha dado permiso.

–Me duele el dedo. Quiero irme a casa.

–¿Ya?

–Sí, ya. –Se le acerca y le susurra al oído–: He bebido.

Él la mira preocupado.

–¿Mucho?

–No, un poco. Esperaba que se me pasara el dolor.

Maria Cristina no es abstemia, se toma una copa de vez en cuando, no más, porque, si se pasa, enseguida se emborracha. Dios le dio una gran belleza, pero olvidó proveerla de alcohol-deshidrogenasa, la enzima que metaboliza el alcohol.

Domenico le indica a un guardia que abra la puerta, coge a su mujer por la muñeca y la saca a la terraza.

Fuera hace frío. Se nota que por la tarde ha llovido y Maria Cristina, vestida de gasa, siente el helor en la piel. Domenico se quita la chaqueta y se la echa por los hombros, y ella, con paso vacilante, camina hacia la baranda. La alfombra de hojas que cubre el suelo crea como lagos de baldosas color turquesa. En un rincón hay mesas, sillas apiladas y una fila de estufas en cuyo acero se reflejan las luces del barrio Norte de Roma. El primer ministro se acerca a su esposa; lleva una camisa azul y se le ven dos cercos oscuros en los sobacos. Ella intenta abrazarlo, pero él la rechaza, saca un paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta, retrocede dos pasos y se enciende un cigarrillo.

–¿Por qué? –le pregunta.

María Cristina sacude la cabeza como si llevara pajas en el pelo.

–¿Por qué qué?

–¿Por qué has bebido? ¿No era mejor tomarte un antiinflamatorio?

–Ya me he tomado dos. –Se da media vuelta y observa las barcas de los remeros y el río Tíber que, crecido, bate contra los diques lúgubres. Las aguas marrones discurren lentamente formando grandes remolinos brillantes que arrastran ramas, bolsas de plástico e islotes de materia oscura.

–¿Has comido algo?

–Solo ensalada. Todo lo demás es grasa. Hasta el gorgonzola lo fríen. Pero que conste que no estoy borracha, solo achispada. Quiero meter el dedo en agua fría.

Domenico se acerca, da una honda calada al cigarrillo, el resplandor del ascua tiñe de rojo su frente reluciente, las cejas parecen matorrales que recubren la cavidad de los ojos. Se queda mirando el río con aire ausente, se traga el humo pensando quién sabe qué.

Maria Cristina está acostumbrada. Le pasa eso desde que es primer ministro.

Si ya se veían poco, ahora casi no se ven. Él vuelve a casa tarde, cuando ella ya se ha acostado. Las últimas semanas está más taciturno que de costumbre, habla con monosílabos. Son las encuestas. Nunca habían estado peor valorados él y el gobierno. Pero puede que haya algo más.

En realidad, a Maria Cristina le da igual. Odia la política. El día que Domenico aceptó el encargo que le hizo el presidente de la República le pidió un favor: que no le hablara de política. Lo acompaña cuando es necesario o se divierte. Y esta noche no es necesario ni se divierte.

–Aguanta un poco más –le dice él, saliendo de su ensimismamiento. Da una última calada a la colilla, la apaga aplastándola contra la suela del zapato, se asegura de que no lo ven y la tira por la baranda.

Maria Cristina le restriega la nariz por la nuca y ronronea como si fuera una gatita, sorprendida del efecto desinhibidor del alcohol.

–No, te espero en casa.

Pero nota que el cuerpo de él se tensa, los músculos se contraen y, despechada, se aparta.

Domenico recupera la chaqueta.

–No. Tenemos que hacernos unas fotos con la tarta de cumpleaños, se lo he prometido a Brogi.

Maria Cristina intenta poner un tono más serio:

–¿Y no puedes hacértelas tú solo?

–No, quiere una contigo y con su mujer.

–¡Jo! Te odio.

–Mira, quédate por ahí aparte, le decimos a Caterina que te quite a la gente, nos hacemos las fotos y nos vamos –le dice Domenico y se dirige al salón.

–¡Qué rollo!

Maria Cristina abre las piernas, afirma los pies en el suelo, dobla el tronco, se agarra a la baranda, abre un poco la boca, echa la cabeza hacia atrás –el pelo cae recto como una cascada de seda negra– y siente que el club de piragüismo Aniene, los miembros de la asociación nacional de hoteleros italianos, las alcachofas a la judía y el barrio Norte de Roma empiezan a darle vueltas.

Sí, está borracha.

Caterina aparece en la terraza con un abrigo en la mano.

Una de las ventajas que tiene ser la mujer del primer ministro es que le han asignado un ángel de la guarda del que ya no puede prescindir. Es Caterina Gamberini, nacida en Turín, de treinta años, con una melena rizada y pelirroja y una cara redonda salpicada de pecas. Solo tiene un problema: viste mal. Esta noche lleva un traje azul de hombre y una blusa blanca sin cuello.

Maria Cristina se abalanza sobre ella.

–Cate, abrázame.

La secretaria, desconcertada, se deja abrazar.

En general, Maria Cristina evita la cercanía del prójimo, muy pocas veces da la mano y, cuando besa, deja siempre un centímetro de seguridad entre mejilla y mejilla, pero el ribolla que circula por sus venas ha abierto las puertas de la fortaleza y de pronto, como un perrito necesitado de afecto, busca el contacto físico y hace provisión de él para los momentos de sobriedad.

Caterina intenta llevarla dentro.

–Entremos, no vayas a coger frío.

Quiere ponerle el abrigo, pero ella hace señas de que no y, tambaleándose, regresa al salón.

Un becario con el flequillo negro azabache y un jersey granate le pregunta si necesita algo.

–Una copa de vino blanco, tesoro –contesta Maria Cristina, que, enfadada con su marido, va y se sienta, con las manos en las rodillas, en un rincón oscuro.

El becario le lleva el vino.

–Gracias. –Le sonríe–. No recuerdo cómo te llamas.

–Maurilio.

–¿Maurilio? ¡Qué nombre más raro! ¿De dónde viene? –Y de un trago se sopla media copa.

El joven le explica que, en griego, su nombre significa «oscuro» y procede de la antigua Mauritania, en lo que hoy es Marruecos.

–Pero tú no eres moreno; al contrario, eres más bien pálido.

–Sí, tengo la piel clara... –dice Maurilio, que añade–: Pero que una mujer se llame, digamos, Serena, no significa que sea serena, ¿verdad?

–Y que un hombre se llame Pino no significa que sea un pino. –Maria Cristina suelta una carcajada grave y masculina que no parece propia de ella. Apura la copa, se pasa el dorso de la mano por la boca y mira al becario–: ¿Me traes otra?

Charles Darwin, el gran naturalista inglés, compuso un árbol genealógico con el que explicaba la relación existente entre las especies animales que pueblan la Tierra. Arriba, en la rama más alta, se yerguen en toda su arrogancia los seres humanos. Debajo están los simios, seguidos de los demás mamíferos de tierra, agua y aire. A los lados, en sus respectivas ramas, se sitúan las aves, los reptiles y los anfibios. Y así se va descendiendo hacia los organismos más simples. Bajo el tronco, entre las raíces que se hunden en los albores de la vida, están las esponjas. Estas criaturas marinas tienen una existencia bastante aburrida. Pegadas a las rocas, se pasan el tiempo filtrando agua para obtener nutrientes y oxígeno. Son más o menos como sus primos los mejillones, pero, a diferencia de estos, las esponjas no piensan, pues carecen de sistema nervioso. Cuando de verdad triunfan las esponjas es cuando mueren. Su esqueleto elástico, capaz de absorber líquido, ha ayudado a los seres humanos durante siglos en el cuidado del cuerpo y el lavado de la vajilla. Por suerte o por desgracia para ellas, la aparición de los materiales sintéticos ha hecho que caigan en el olvido. Hoy son como trozos de gomaespuma.

Pues bien, Maria Cristina, hundida en un sillón de terciopelo escarlata, ha rodado escala evolutiva abajo, ha dejado muy atrás los vertebrados y los moluscos, ha llegado a donde no hay pensamiento y se ha transformado en una esponja empapada en alcohol. Mira embobada un cuadro al óleo que representa una cacería de zorros y respira el aire cargado que huele a frituras y a cochinillo en salsa agripicante.

Más allá de una trinchera de sofás que forman una barrera, el personal, dirigido por Caterina, rechaza a quienes quieren hacerse un selfi con la #exmodelo, #mujerdelprimerministro, #tontiloca. Las voces de los invitados le llegan a ráfagas, superpuestas, en amalgama nauseabunda. La única que oye con claridad es la voz chillona de su secretaria.

–Ahora no puede. Está cansada. Dígame, por favor, cómo se llama... Deme un correo electrónico. No... No... Lo siento.

En uno de esos momentos de lucidez que el alcohol procura, en los que descubrimos verdades tan turbadoras como efímeras, Maria Cristina se da cuenta de que quiere muchísimo a esa turinesa que la defiende con uñas y dientes de los malos. Tiene que hacerle un regalo. Un viaje a algún lugar exótico donde pueda descansar. ¿Con quién? Ni siquiera sabe si tiene novio. ¿Cómo va a tenerlo, si se pasa la vida organizando sus jornadas, explicándole lo que tiene que hacer, sin domingos, navidades ni pascuas? ¿Y los muchachos de la escolta? ¿Y los becarios? ¿Y Marina, la secretaria de Domenico? Rebosa gratitud por esas personas maravillosas que se ocupan de ella. No estaría de más invitarlos a ellos y a sus familias a una merienda campestre. En

Semana Santa. Aunque cualquiera sabe si para entonces Domenico seguirá siendo primer ministro.

–¡Eh, usted! ¡Usted! ¿Adónde va? ¡Le he dicho que no! –Los gritos de Caterina la devuelven a la realidad. La secretaria está tratando de cortarle el paso a una rechoncha mujer india que ha logrado saltarse la barrera.

Maria Cristina mira el zapato que le aprisiona el dedo. ¡Qué ganas de descalzarse! Y encima se hace pis. Pero algo ocurre. Han bajado las luces del salón y, en lugar del pianista, hay un DJ de pelo gris que ha puesto el inevitable tema de los años ochenta.

Es el momento perfecto de correr al baño. Se levanta y, sin decir nada a nadie, pegada a la pared, deja atrás a Caterina, a los guardias de seguridad y a la multitud de admiradores, y pasa sin mirar por delante del puesto del DJ, cuando en la pista los hoteleros se vuelven locos: las mujeres en el centro, los hombres alrededor, levantan los puños y dan volteretas delante de unos altavoces por los que Howard Jones se pregunta qué es el amor.

En la puerta que da al pasillo hay un guardia hablando por teléfono.

–Pero, a ver, ¿el dim sum es a la plancha o al vapor? Ah, vale. Pues entonces seis de verdura. Y pan de gambas, pero que no esté rancio como la última vez...

Maria Cristina le hace un gesto cómplice y él responde levantando la mano. Recorre el largo pasillo en penumbra, los tacones resuenan sobre las losas de mármol pulido del color de la arena mojada. En las paredes cuelgan, iluminadas por cirios, fotos en blanco y negro de piragüistas que posan junto a sus piraguas. En una vitrina se exponen copas, medallas, estatuillas de bronce.

Tres invitados, dos hombres y una mujer, con el cuello del abrigo levantado y la cara roja de quien ha salido a fumar al frío, se quedan mirándola. Ella esboza una sonrisa.

–Señora Palma, ¿querría hacerse una foto con nosotros? –le pregunta un sujeto delgado, con una mata de pelo gris y revuelto.

Ella espera que se apiade.

–Es que tengo que ir al baño...

–Es solo un momento. Rapidísimo.

El hombre saca el móvil y los tres se pegan a ella. Maria Cristina se queda quieta, sonriendo como lleva haciendo desde que llegó, mientras disparan una ráfaga de fotos. Consigue zafarse y, por fin, llega a los aseos. Caballeros a la izquierda, señoras a la derecha. De un empujón abre la pesada puerta de caoba y, al cerrarse esta, con una corriente de aire, la fiesta desaparece y solo se oye el ruido de una cisterna que gotea. Aprieta el puño en señal de victoria.

Es un recinto espacioso, está limpio, huele a lavanda. Dan ganas de

quedarse a pasar el invierno. En el espejo, que está sobre una encimera de mármol negro con lavabos y grifos dorados, se reflejan las tres cabinas pintadas de oscuro de los retretes. Abre la primera, entra y cierra la puerta. La tapa del váter también se ve impoluta. Se levanta la falda y directamente se sienta. El vino no la ha puesto alegre, sino que le ha dado un bajón casi triste. La cabeza le pesa muchísimo y cuando cierra los ojos todo le da vueltas. Suelta el chorro de orina y tira al mismo tiempo de la cadena. Se quita el zapato. El alivio sería mayor si se metiera los dedos en la boca y echara la ensalada de hinojo y naranja que flota en el vino.

–No está aquí –dice la voz juvenil de alguien que entra en el baño.

–Lo que te decía, ha desaparecido sin decirme nada. Y yo allí como una tonta. –La segunda voz es la de Caterina. Maria Cristina reconoce su acento piamontés.

–Pero sola no se puede ir, ¿no?

–No. En algún sitio estará. Va borracha.

Una de las dos abre un grifo.

–O sea, explícamelo bien... ¿Cómo haces tú la pizza? –pregunta la de la voz juvenil.

–Yo, con levadura de cerveza y harina de fermentación lenta.

–¿Cómo de lenta?

Debe de ser una becaria.

–Que fermente mínimo cuarenta y ocho horas, a veces incluso sesenta y ocho.

–¡¿Tres días?!

–Sí. Y me sale una marinara riquísima.

Maria Cristina piensa en el ajo y hace una mueca de asco. No se imaginaba que a Caterina le gustara hacer pizzas. ¿Y si le regala un horno?

–Ya me la darás a probar.

–Claro. Pero tú tienes que darme un beso.

Maria Cristina abre la boca y se la tapa con la mano, como hacen las niñas.

–Darte un beso, ¿cuándo?

–Ahora. No va a ser cuando haga la pizza.

Se oye un chasquear y chupetear de labios.

¡Vaya, vaya! ¡Caterina Gamberini, lesbiana! ¿Quién iba a decirlo? Maria Cristina se pone el zapato, se baja la falda y, apoyándose en las paredes, se sube a la taza del váter. No alcanza a verlas y se pone de puntillas: siente una punzada de dolor que le sube del dedo gordo a la pantorrilla y casi se desmaya. Reprimiendo un quejido, se sienta de nuevo y, jadeante, espera a que el dolor se le pase.

–Sigamos buscándola –dice la voz de la desconocida.

–Sí. Pero espera que me arregle, que parezco no sé qué –contesta

Caterina.

–Y, dime una cosa, ¿ella te come?

–¡¿Me come qué?!

La otra rompe a reír.

–Pizza, boba, ¿qué te pensabas?

–¡Qué va! En casa tiene prohibidos los carbohidratos. Solo se permiten verduras y té. Si ve un trozo de pan, se pone hecha una fiera. Creo que no se ha comido una pizza en su vida.

–Pues vaya mierda de vida que lleva, ¿no?

–¿Mierda de vida una tía que tiene de todo y con ese cuerpo que le ha dado la naturaleza?

–Y pensar que el marido... ¿Lo sabe ella?

–Creo que sí, pero no quiere reconocerlo.

–¿Y ella hace lo mismo?

–¡Qué va! Siempre está sola, no ve a nadie. Su mejor amigo es un tío manitas que siempre está haciendo algo por la casa. La verdad es que me da pena. No es mala persona. Pero es que no se entera de nada. Es tonta. –Busca un adjetivo más exacto–: Es frívola.

–¿Frívola?

–Sí. Pero venga, vamos.

Salen del aseo y Maria Cristina se queda como está, con el pie entre las manos.

Cinco minutos después, Maria Cristina sale del retrete, donde no ha parado de llorar; lleva el pintalabios y el maquillaje corridos, se enjuga los ojos rojos y se arregla el pelo.

Se abre la puerta del baño y aparece la mujer india que hace un momento, en el salón, quiso acercársele. Viste un sari de seda verde esmeralda y una blusa amarilla. Lleva al hombro, pendiente de una enorme cadena dorada, un bolso rojo de Bottega Veneta, y en lo alto de la cabeza un gran moño tornasolado. Tiene una edad indefinida y es muy corta de estatura.

–Señora Palma, es un honor conocerla. Me llamo Stefania Subramaniam. He intentado saludarla antes, pero no me han dejado. –Habla arrastrando las palabras, como los del sur de Roma.

Maria Cristina intenta decir algo, pero se le ha hecho un nudo en la garganta.

La mujer se acerca.

–¿Se tiñe el pelo? –La pregunta es tan directa e intempestiva que Maria Cristina no sabe qué decir y asiente–. Pues ¿sabe que se lo tiñen muy mal? –La india se pone unas gafas de montura roja y observa los mechones atentamente–. ¿Qué tinte usa?

Es lo que pasa cuando una no se hace acompañar por los de

seguridad. Primero descubre que le da pena a su secretaria y ahora una loca la mata en el aseo, estrangulándola con la cadena del bolso, por ejemplo.

–No lo sé… Lo elige el peluquero. –Retrocede hacia la salida.

La india agita un dedo pequeño y rollizo.

–Error.

Maria Cristina aprieta los puños.

–¿Por qué?

–Porque por el pelo pasan las toxinas, los venenos que flotan en la atmósfera, las sustancias químicas que echan a los campos. Usted, no lo olvide, es la mujer más bella del mundo, tiene que cuidarse el pelo. –Habla con el tono benévolo de una madre–. Además, veo que las raíces le blanquean.

Maria Cristina se mira al espejo. Una finísima, casi invisible franja de pelo plateado le recorre las sienes. Si hay algo que la saca de quicio es que las raíces del pelo se le vean blancas, es una vulgaridad inaceptable.

–¡Qué horror! Mañana me tiño, lo juro por Dios. Menos mal que está oscuro, espero que no me lo vean.

–Se lo verán. –La india es implacable. Abre el bolso y mete la mano–. Y dirán que usted no se cuida. –Maria Cristina cierra los ojos, convencida de que va a sacar una pistola y dispararle, pero, cuando vuelve a abrir los ojos, ve que la mujer esgrime un pincel de rímel como si fuera una varita mágica–. ¿Me permite? Le quito eso blanco en un momento.

Maria Cristina se lo piensa un instante.

–Vale.

–Pero no aquí. –La india señala los retretes–. Si entra alguien, que no nos vea.

–Claro.

Súbitamente cómplices, se encierran en un retrete. Pero hay un problema de estatura. O Maria Cristina se agacha o la otra se sube a la taza. Al final, la mujer del primer ministro, aunque con cierta repugnancia de tocar el suelo, se arrodilla. Y, ahora que están a la misma altura, se da cuenta de que la india tiene unos ojos esféricos y de escleróticas amarillas como los de las rapaces nocturnas, muy grandes, que no guardan proporción con el resto del cuerpo. Y en el centro de ellos, las pupilas, negras como turmalina, transmiten la antigua beatitud de los gurúes. Le recuerda a Amma, la famosa santona que abraza a los fieles. Todos los años, miles de personas de todo el mundo peregrinan a la India y se dejan arrollar por el chorro de amor que Amma vierte sobre todo aquel que lo necesita. Tras la muerte de Andrea, también Maria Cristina fue a Chennai a dejarse abrazar por la santa.

–Levanta la barbilla –le dice Stefania Subramaniam, y Maria Cristina, como si la hubieran destapado, rompe a llorar.

–¿Qué te pasa, corazón? –le pregunta la india.

Maria Cristina menea la cabeza.

–Nada.

La otra le acaricia la frente.

–¿Y por qué lloras?

Ella agacha la cabeza y se sorbe los mocos.

–Porque mi secretaria dice que le doy pena y soy una frívola. Y porque creo que mi marido me engaña con la subsecretaria de Administraciones Públicas.

–Cierra los ojos. –Maria Cristina obedece y nota cómo la india le pasa el pincel por las raíces–. Ahora te pintamos los labios bien, te maquillamos y te peinamos –la anima Stefania Subramaniam sacando un neceser con todo lo necesario–. Eso es. Perfecto. Los hombres y las secretarias no entienden nada.

Maria Cristina la abraza, con el corazón lleno de agradecimiento. Se levanta, se ajusta el vestido.

La india saca de su bolsillo un frasquito de cristal con un líquido oscuro y denso.

–Este tinte es natural, no contiene venenos. Lo he hecho yo misma. Póntelo. –Se lo da–. Tengo un salón de peluquería en la calle Casal Bertone, por si quieres pasarte…

La mujer del primer ministro se lleva la mano al corazón.

–Lo probaré, te lo prometo, gracias, gracias y gracias.

Y, contra su costumbre, le da un beso en la mejilla.

Con el frasco de tinte en la mano, Maria Cristina se dirige al salón, que vibra con música y luces.

De repente oye una voz por detrás.

–¡Seca, Seca! ¡Eh, Seca, para! –Se vuelve, un hombre viene a su encuentro–. Espera.

Ella se señala a sí misma.

–¿Habla conmigo?

–¿Con quién si no? Seca solo hay una. Sé que ahora eres importante, pero para mí sigues siendo la Seca de siempre.

Debe de ser alguien del instituto Chateaubriand, donde la llamaban así. Ese mote se lo pusieron porque era la más alta y delgada del instituto y, la verdad, no le molestaba. En Roma llaman así a todo el mundo, aunque no estén delgados. Seco, ¿me das un cigarrillo? Incluso a los gordos.

Con el tiempo, los años del bachillerato, la plaza Euclide, el Circeo, los helados de villa Balestra, las amigas bobas, los chulos pijos que la

paseaban en Porsche, todo eso se ha desvanecido sin que ella haya hecho nada por recordarlo. Pero ya se sabe que, aunque olvidemos el pasado, el pasado no se olvida de nosotros. Sus compañeros de escuela la persiguen, aparecen donde menos se lo espera y se quejan de que, como es famosa, no se acuerda de ellos.

Pero no, ahora no tiene ganas de fingir que recuerda, de escuchar anécdotas vacacionales, historias de alumnos expulsados, solo quiere volver a casa.

El hombre, entretanto, se ha acercado. Lo observa mejor. No sabe quién es. Por lo demás, conoce a tanta gente que su cerebro, por cuestiones de espacio, hace limpieza todas las semanas.

Aunque le suena...

De momento es, cosa rara, más alto que ella y tiene cuerpo de jugador de voleibol. Tiene entradas incipientes y el pelo gris, pero lo lleva largo –casi le llega a los hombros–, señal de que se resiste a envejecer. Lo más curioso es el mechón blanco que le cae por el ojo y le da un aire torvo, como de Capitán Harlock. Tiene la cara alargada y un mentón puntiagudo cubierto por una barba rubia y revuelta, que grisea en las comisuras de la boca carnosa y algo pálida. Viste una camisa de lino azul claro que se ha desteñido con los lavados y una corbata de punto azul oscuro a rayas blancas que cuelga floja del cuello desabotonado de la camisa. La chaqueta azul oscuro, de algodón grueso, completa el aspecto juvenil de un hombre que vive la vida sin tomársela muy en serio. Tendrá unos cincuenta años. En general, es guapo. Sigue mirándola como si ella fuera una amiga a la que se ha encontrado en el aeropuerto después de muchos años y que no acaba de reconocerlo.

–Te seré franca –dice Maria Cristina–. Tengo problemas de memoria, he bebido y, espero que no te ofendas, no me acuerdo de ti, lo siento. No sé quién coño eres.

¿Ha dicho «coño»?

Él se echa a reír.

–Lo sabía, no has cambiado nada. Te daré una pista.

–No, por favor, nada de pistas. Ha sido un día muy duro. Mi marido está esperándome para cortar la tarta con la mujer del jefe de los hoteleros, perdona, la próxima vez. –Da media vuelta y echa a andar sintiendo que es una mala persona y que hace lo que debe, dos sensaciones que ha aprendido a conciliar desde que vive en el mundo de la política.

–*Nasquira*. –Maria Cristina reduce el paso–. *Nasquira*. –Se detiene–. *Nasquira*. Te acuerdas, ¿verdad?

Según algunos estudios, la mente graba nuestra existencia como en dos cintas distintas. En la primera, la de la memoria inmediata, fija aquello que nos ayuda a desenvolvernos en el presente (dónde están

las llaves, en que cajón guardamos la aspirina, cómo ir al dentista), y esta memoria se forma y se pierde muy rápido. En la segunda, la de la memoria a largo plazo, guarda las cosas profundas, esenciales, que nos afectan y nos determinan como individuos y tienen que ver con las emociones: que nuestro perro mueva el rabo cuando está alegre, la muerte de un ser querido. Y estas dos categorías de recuerdos se procesan en partes distintas de nuestro encéfalo. En el hipocampo memorizamos las contraseñas, en la corteza cerebral imprimimos el primer beso.

El nombre de *Nasquira* está grabado indeleblemente en la corteza cerebral de Maria Cristina Palma. Es el nombre de un Swan 60, un maravilloso velero con el que su hermano y ella hicieron una travesía antes de la muerte de él.

Sabe quién es ese hombre.

–Nicola Sarti –dice mientras se vuelve.

–Hola, Seca.

El último verano de su vida, Alessio se llevó a Maria Cristina a un viaje por mar con sus amigos. Eran ocho muchachos mayores que ella, amantes de la vela y hermosos como dioses. La condición era viajar sin mujeres. Aquello no era para ligar. La única excepción fue la Seca, a la que todos protegían y cortejaban.

A las tres semanas de viaje, ella desembarcó en Lípari para ir a ver a sus abuelos a Courmayeur. Los demás siguieron camino del mar Egeo, en el que su hermano murió en un accidente con las bombonas de oxígeno.

–¡Cuánto tiempo! –le dice, emocionada–. ¿Cómo estás?

Tuvo una breve aventura con Nicola Sarti precisamente aquellas vacaciones, pero tras la tragedia no volvió a verlo ni a hablar con él.

Él se le acerca y le dice en voz baja:

–Yo, muy bien.

Maria Cristina lo abraza y cierra los ojos. Es como si una aureola de energía los envolviera y la fiesta, la gente, los ruidos hubieran desaparecido de pronto.

–Perdona, pero después de la muerte de Alessio no quise volver a ver a sus amigos, me resultaba muy doloroso.

Él la estrecha con fuerza, largo rato, con la intensidad de quien quiere acompañarnos en el sentimiento.

–Lo entiendo, es normal.

–Me alegro de verte, Nicola.

–Yo también.

El vino que lleva en el cuerpo la ayuda a armarse de valor y preguntarle:

–¿Tú ibas en la barca cuando Alessio...?

Nicola Sarti sigue abrazándola fuertemente.

–Sí.

Maria Cristina suspira:

–Yo no fui al entierro. Mi abuelo...

–No sigas. Recordemos las cosas bonitas. Pensemos en lo mucho que nos divertimos antes de que ocurriera.

Maria Cristina se aparta y se arregla el pelo.

–Tienes razón. ¿Sabes que me gustabas mucho?

–Y tú a mí. Me colgué de ti que no veas. Lo que me costó olvidarte.

Ella emplea un tono alegre.

–Me fijé en ti desde el primer día.

No es verdad. A ella le gustaba Gian Marco Meroldi, pero este, el muy cabrón, en cuanto desembarcaron en Panarea, se ligó a una sueca. Ahora Meroldi es un directivo de la radiotelevisión pública panzón y Nicola Sarti se conserva muy bien. La vida es justa a veces.

Él da dos pasos atrás y la observa:

–¿Y ahora? ¡Mírate!

Maria Cristina levanta los brazos y da media vuelta.

–La mujer del primer ministro italiano, ¿te lo habrías imaginado?

–No, sabiendo cómo eras.

Ella enarca una ceja.

–¿Cómo era?

–Bueno, estabas desatada.

Maria Cristina no sabe a qué se refiere exactamente.

–Todos estábamos desatados, éramos jóvenes. ¿Y tú qué haces aquí?

–Tengo una cadena de hoteles de cinco estrellas, en Cerdeña y en Trentino, y voy a inaugurar un complejo turístico cerca de Pomezia, Las Cúpulas se llama, con spa, comida gourmet y toda la pesca.

Se quedan en silencio, mirándose, con la mente puesta en los días del viaje en barco. Maria Cristina se acuerda de las noches que pasaban en cubierta mirando las estrellas, de la pesca con caña, del día que subieron al volcán de Stromboli.

El volumen de la música del salón baja, se encienden las luces y el hechizo se rompe.

–A ver si quedamos algún día –dice ella.

–Cuando quieras. –Nicola Sarti señala el frasco que lleva Maria Cristina–. ¿Y eso? ¿Mermelada de moras?

Ella se echa a reír.

–No, tinte del pelo. Acaba de dármelo una especie de santona peluquera.

–Ríes como en los viejos tiempos.

Una voz pide atención por un micrófono. Traen la tarta.

–Perdona, tengo que irme, me toca...

Él se encoge de hombros.

–Ve, ve, tranquila. Pero a ver si te pasas por mi hotel... Ven con tu marido si quieres. PrométELO.

–Mi marido lo veo difícil, pero yo sí, seguro.

Ahora podría darle su número de teléfono, pero no es tan sencillo, antes debería comunicárselo a los de seguridad.

¡Qué rollo! En fin.

No sabe si besarlo o darle la mano y al final hace esto último. En ese momento llega Caterina, sofocada, y se la lleva a donde está Igor Rossi Brogi, que se dispone a apagar sus setenta puñeteras velas.

3

No se acababa nunca. Pero ahora Maria Cristina va en coche camino de casa. Se encuentra muy mal. La nata y el merengue de la tarta se agrian en el vino. Quiere dormir, pero cuando cierra los ojos todo le da vueltas. Las farolas amarillas de la avenida Olímpica desfilan por los cristales salpicados de lluvia. Se quita el zapato y se masajea el pie. El chófer conduce velozmente siguiendo los faros rojos del coche de la escolta.

Domenico dormita con la nuca apoyada en el reposacabezas. Es odioso, se duerme en cualquier sitio, le basta con descansar unos minutos. Un día, durante una cumbre del G8, desapareció de pronto. Momentos de pánico. Los jefes del servicio de seguridad, al borde del patatús. Al final lo encontraron en un trastero, roncando en una silla. Maria Cristina tiene que ponerse tapones y antifaz, cerrar las ventanas y atiborrarse a benzodiacepinas.

–¿Te duele? –le pregunta él.

–Un poco. Pero tenías razón, ha sido divertido. –Pasa por alto lo ocurrido con Caterina en el baño–. Primero he conocido a una mujer que parecía una santona india... Y resulta que es una peluquera de Casal Bertone y me ha teñido las raíces. Luego me he encontrado con Nicola, al que no veía desde el crucero con Alessio. Nicola Sarti, ¿lo conoces?

Domenico abre un párpado, poco interesado.

–No me suena.

–Tiene una cadena de hoteles. No me acordaba de él y eso que estuvimos enrollados. Creo que tengo problemas de memoria.

Él menea la cabeza con una expresión irónica.

–No es la memoria, es que te has enrollado con muchos.

Ella le da una patada en el tobillo.

–¡Tonto! Pero es simpático. Fue Alessio quien me dijo que le

gustaba.

–¿No era celoso? Eras su hermana pequeña.

–No, para nada. Como tú, por cierto. El que sí era celoso era Andrea. Lo disimulaba bien, pero yo lo notaba. –Maria Cristina se queda mirando el Estadio Olímpico, una especie de elipse de luz, y se relaja–. Veía que me observaba cuando hablaba con otros...

–No hay nada peor que los hombres celosos –la interrumpe Domenico–. ¿Sabes cuántas mujeres han pagado con la vida los celos de su pareja?

Maria Cristina da un resoplido.

–¡Qué exagerado!

–Los celos son una forma de coerción. De hecho, tendría que lanzar una campaña informativa sobre el tema.

Efecto Pávlov. En cuanto nombra a Andrea, él salta. No puede evitarlo. ¿No son eso celos?

–Digo que él procuraba que no se viera –aclara Maria Cristina–, pero yo, conociéndolo, lo notaba.

–Pues si lo notabas es que era celoso. –Domenico saca el móvil del bolsillo–. Mañana por la mañana salgo temprano. Voy primero a Estrasburgo y luego a Turín al entierro del obrero muerto. Vuelvo dentro de un par de días. El sábado viene a cenar Wim Claes, el ministro de Comercio belga.

–Yo no estaré, me voy a la casa de campo.

–Lo sé. Lo he invitado allí. Es muy majo y, al parecer, un gran fan tuyo. Me dice que os conocisteis en París cuando eras modelo.

–Sí, puede ser.

–Fue a cenar a tu casa y tú hiciste una pizza.

–Pues entonces me confunde con otra. Yo no he hecho una pizza en mi vida. Además, ¡si en París solo comía zanahorias!

–Dice que hiciste una pizza beneventana. Le he prometido que le harías una allí, en la casa de campo, y se ha puesto contentísimo.

–¿Yo? –Pese a que el alcohol le embota las emociones, Maria Cristina abre los ojos, alarmada–. ¿Una pizza beneventana?

–Sí. Le hace mucha ilusión. Me ha puesto la cabeza como un bombo...

–¿Y por qué le has dicho esa tontería?

–Porque va a haber una votación sobre vinos de aguja en Bruselas y quiero que me apoye. Y, como no hace más que hablar de esa pizza beneventana y de lo guapa que eres, le he dicho que haces muy bien las pizzas.

Lo dice en un tono neutro y, si está de broma, no lo parece.

Maria Cristina siente náuseas, intenta bajar la ventanilla olvidando que las de los coches blindados están bloqueadas.

–Pues compramos unas pizzas Barilotto del Nonno y que se coma

esas.

Domenico mueve el dedo índice.

–Dice que quiere hacerla contigo. Tenemos que encender el horno de leña. Averigua cómo se hace la beneventana y la horneáis juntos.

Maria Cristina da boqueadas como un pez fuera del agua.

–¿Tenemos? ¿Por qué no dices que tienes que encenderlo? Ese horno hace treinta años que no se enciende. Además, hacer la masa no es tan fácil, hay que... –No sabe lo que hay que hacer.

–¿No puedes hacerme el favor?

No está lúcida y no sabe si su marido está tomándole el pelo.

–Pero ¡te digo que no sé hacer pizzas! Si a ese le gustara el parapente, ¿tendría yo que tirarme de una montaña?

–Maria Cristina, por favor, no tengo ganas de discutir –resopla él, irritado–. Si quieres, puedes. Mira en internet, pídele a Caterina que te ayude. Si no te apetece, vale, la compramos en una pizzería. Pero ¡joder!, para un favor que te pido... Mírate, no puedes ni sostener la cabeza.

Maria Cristina despabila.

–¿Cómo sabes que Caterina sabe hacer pizzas? ¿Te lo ha dicho ella? ¿O es que te ha dado a probar alguna?

–No, no lo sé. ¡Si siempre está contigo!

–Pues, para que lo sepas, las hace muy bien. Que te las haga ella.

Domenico lee algo en el móvil.

–¡Ah! Y tienes que hablar con los profesores de Irene, que te digan cómo va en matemáticas. Y, cuando salgas del colegio, hacerte fotos con ellos y con otros padres.

–¿Por qué?

–Porque lo dice el Bicho.

–¿No quería que mantuviera un perfil bajo?

–No sé, será que ya no quiere.

Walter Bernulli, conocido como el Bicho, es el jefe de AP Team, una oscura secta de jóvenes expertos en medios de comunicación que dirige el gabinete de prensa del primer ministro. Licenciado en Filosofía Teórica, se hizo famoso entre los videojugadores de todo el mundo porque derrotó a Ragnaros, un jefe invulnerable del videojuego *World of Warcraft*. Empezó entonces a estudiar las oscilaciones aleatorias de la bolsa y ganó un montón de dinero con tutoriales en línea sobre operaciones bursátiles. Luego analizó las redes sociales y el flujo y polarización de la opinión y creó herramientas de monitorización que permitían entender los sentimientos de los usuarios y anticipar su comportamiento.

El Bicho fue la primera persona a la que contrató Domenico para su

famoso grupo de expertos y es como su oráculo, pese a que los índices de popularidad llevan meses cayendo en picado.

Maria Cristina está segura de que tienen un pacto secreto, porque su marido cuestiona a todo el mundo menos al Bicho, que al parecer es un genio. Y lo más curioso es que no se han visto nunca ni han hablado por teléfono. Es la condición que puso el gestor de redes sociales para aceptar el trabajo.

Cuenta la leyenda que el Bicho vive como un ermitaño en los montes Simbruini, unos dicen que en una caverna, otros que en una iglesia abandonada, otros que en una cabaña de piedra construida en medio de un bosque, desde la que envía correos electrónicos complicadísimos, auténticos ensayos de sociología, con los que dicta las estrategias de comunicación. Pero a veces también envía mensajes de voz cortos con los que, por ejemplo, ordena que Maria Cristina mantenga un perfil bajo por algún motivo que no se molesta en explicar. Y esto no es todo. Quiere decidir cuanto tiene que ver con la mujer del primer ministro: cómo debe vestir, dónde debe sentarse a la mesa y qué fotos deben enviarse a la prensa, y escribe en las redes sociales en su nombre.

Maria Cristina ni siquiera está segura de que el Bicho exista, en internet solo hay una foto suya en la que se lo ve en un pub con una pinta de cerveza. Es un individuo gordo, de unos treinta años, de barba y pelo rubios, y lleva una camiseta de los ZZ Top.

Cuando saltó la noticia de que la esposa del primer ministro era la mujer más bella del mundo, el Bicho se puso contentísimo y decidió aprovechar aquella repentina y gratuita popularidad. Se trataba de hacer que la pareja presidencial pareciera aún más diferente de la gente corriente: un rico abogado metido a político y una exmodelo de buena familia, dechado de elegancia y con un pasado lleno de desgracias, aunque en realidad fueran dos pobres diablos. La idea se basaba en un algoritmo que desarrollaron Olsson y Lindberg, dos etólogos que han estudiado el comportamiento de los cercopitecos. En los grupos de estos primates, el líder y macho dominante escoge a la mejor hembra para infundir respeto y sumisión en los demás.

El Bicho estaba convencido de que el modelo babuino funcionaría. Los electores, afirmaba, están hartos de esos líderes que se dejan ver por las redes sociales en calzoncillos y camiseta de tirantes, en los dormitorios de sus hijos, con rosarios colgando de lámparas de Ikea, ven fútbol dando gritos y presumen de no leer. Los demagogos, decía, son cosa del pasado. Los refinados cónyuges Mascagni eran lo contrario, el mensaje que había que lanzar era el de que ellos se ocupaban de Italia desinteresadamente, por pura humanidad, siguiendo el ejemplo de los Kennedy. ¿Quiénes han encarnado el espíritu de una nación mejor que Jackie y John?

En consecuencia, el Bicho ordenó que en los perfiles de Maria Cristina solo se publicaran fotos en blanco y negro en las que, sobre todo, se la viera paseando por el bosque, contemplando cuadros en exposiciones o caminando sola y pensativa por los carriles bici del Tíber. El resultado fue que aquello concitó contra Maria Cristina el odio de mucha gente rabiosa. Dijeron que era una tonta, una puta que solo merecía desprecio, una mala persona que bebía té de bergamota mientras la gente se moría de hambre y los ríos se desbordaban. El objetivo del Bicho era precisamente ese, polarizar a la gente: cuanto más numeroso fuera el bando de los que le deseaban la muerte, más se solidarizarían y se identificarían con los Mascagni los del otro bando, los demócratas, los cultivados, los buenos votantes.

Por suerte para Maria Cristina, en cierto momento el gestor de redes sociales cambió de opinión y, en un correo sibilino, reconoció que la estrategia no funcionaba. Desde entonces, la mujer del primer ministro lleva una vida pública discreta. Ahora solo publica mensajes institucionales y se limita a felicitar la Navidad, alegrarse de la victoria de los deportistas italianos y pedir a la gente que vaya a votar.

–Y querrá fotos, ¿no? Pues no me apetece –dice Maria Cristina, que empieza a boquear y a tocarse la tripa–. Voy a vomitar.

Domenico la mira preocupado.

–¿Ahora?

–Sí, ahora.

–¿No puedes aguantarte?

–¿Te aguantas tú cuando tienes ganas de vomitar?

Él hace un gesto de resignación y le pregunta al chófer:

–Michele, la señora no se siente bien. Va a...

–...vomitar –concluye ella.

El chófer los mira por el retrovisor.

–¿Ahora?

–Sí, ahora. Para el coche –dice Maria Cristina, sintiendo una arcada.

–Un momento, llamo a los escoltas. –Michele habla con los guardias de seguridad–. Dicen que no es posible. Es peligroso. Lo siento, presidente. Ya falta poco. Acelero.

–¿Has oído? No se puede –le dice Domenico a su mujer, en tono de maestro pedante–. Aguántate.

Maria Cristina apoya la cabeza en la ventanilla y empieza a respirar hondo. Nota que va cubriéndose de un sudor frío.

–Si vamos tan rápido es peor. Dame tu chaqueta, ¡corre!

–¿Para qué?

–Para vomitar en ella. Me siento muy mal. –Está a punto de echarse

a llorar–. ¿Cómo tengo que decírtelo?

–¿Vomitar en mi chaqueta? Es que es la que me hizo Davies a medida. –Se inclina hacia el chófer–. Perdona, Michele, ¿me dejas tu chaqueta? Ya te compraré yo otra. Es una...

Un puñetazo que su mujer le da entre las paletillas le impide terminar la frase.

–¡Serás cabrón!

Él se vuelve con la cara roja y la fulmina con la mirada.

–¿Es que estás tonta?

–¿En la tuya no, pero en la de Michele sí?

Acompañado de un sonido gutural, un chorro de algo amarillo, caliente y viscoso sale por la boca de Maria Cristina como una llama por las fauces de un dragón y se derrama por todas partes: por el vestido Dior, por la tapicería de piel y las alfombrillas del Mercedes y por los pantalones de franela de su marido, que le hicieron a medida en Savile Row.

II. JUEVES, 22 DE FEBRERO

1

A la mujer del primer ministro le vibran los párpados: está soñando con una zorra llamada Carlina cuyos ojos son dos huevos fritos, las yemas amarillas son las pupilas y la nariz es una pelota hecha de ganchillo.

Una voz se introduce en el sueño.

–Señora...

Carlina, aunque su amo diga que es una zorra buena, no para de morderle los tobillos.

–Señora, despierte, que es tarde.

–¿Sí? ¿Qué pasa? –se sobresalta Maria Cristina, que trata de despabilarse.

–Es Caterina... –dice la criada.

–¿Caterina?

–Sí. Tienen una videollamada.

–¿Qué hora es?

–Las nueve y media.

Maria Cristina abre un ojo y bosteza.

–Daisy, por favor, abre las ventanas.

Nota un rayo de sol que le incide en la retina y hunde la cara en la almohada.

–Ha venido también Mirco Tonik –le recuerda la criada.

Maria Cristina se pasa la mano por la cara.

–Dile que hoy no entrenamos.

–¿Y a Caterina?

–Nada. Tráeme el desayuno, gracias.

–Muy bien, señora.

Lentamente, como una libélula que se libera de la piel, Maria Cristina extiende las piernas por el edredón, abre los brazos y hace balance de su estado de salud. El estómago no está mal, pero parece que tenga unos electrodos clavados en las sienes, como Frankenstein. Se mira y ve que va en bragas, sujetador y medias, y que en el suelo está el vestido Dior cubierto de vómito seco.

¿Se quitó ella sola el vestido? ¿Quién la acostó? No recuerda nada.

Domenico estará enfadadísimo. Por suerte, desde que es primer ministro pasa mucho tiempo en la residencia del palacio Chigi y, cuando viene a casa, duermen en habitaciones separadas. Maria Cristina aprovecha la excusa de que él llega tarde y se levanta

temprano para hacer realidad el sueño inconfesable de toda pareja.

Se toca la uña del dedo gordo del pie, que está poniéndose azul y le duele. Se despereza y, pasando por debajo de los frescos descoloridos de la bóveda del cuarto, entra en el cuarto de baño y se mira en el espejo. Ahí ve los efectos de la noche. Tiene la cara hinchada como si se hubiera atiborrado a cortisonas, la almohada le ha marcado la frente y el cabello se ve opaco y está revuelto. Se mira el pelo de las sienes: debe acudir urgentemente al peluquero. Tiene los ojos saltones y la lengua blanca. Solo las tetas siguen estando como siempre, nada las afecta. Hasta que se quedó embarazada las tenía duras y nunca llevaba sujetador. Con la lactancia se le inflaron y luego se le vaciaron hasta quedar como dos pellejos. Domenico le sugirió que se operara. A ella no le pareció mal, aunque la idea de llevar el resto de su vida dos chismes sintéticos debajo de la piel no le hacía mucha gracia. La operación salió regular, ella quería que parecieran naturales, un poco caídas, pero le quedaron redondas como pechos de santa Águeda, esos dulces sicilianos cubiertos de azúcar y coronados por una guinda. Los pezones, por alguna complicación posoperatoria, se pusieron duros y no puede llevar ni camisas ni camisetas sin sujetador.

Se traga dos analgésicos, se lava los dientes y se da una ducha de agua hirviendo.

Vuelve Daisy con el desayuno: medio aguacate, un yogur desnatado y un café.

Maria Cristina se pone una camiseta de tirantes.

–¿Irene y el presidente han desayunado juntos?

–Sí.

–¿Y de qué han hablado?

–Yo no escucho –dice la criada, muy discreta.

–No digo que escuches, solo quería saber si estaban contentos.

–Normal, señora. Tenían prisa, han comido.

Maria Cristina la despide con una sonrisa.

–Puedes irte, gracias.

Su hija está volviéndose cada vez más independiente. Teme perderla, absorbida como está por las actividades que le gustan. Ha empezado a tocar el violín y monta a caballo.

Hace unos días, viendo la tele, Irene le dijo:

–Tú no eres como las demás madres.

–¿Por qué lo dices?

–Las demás madres controlan a sus hijas. Están siempre encima de ellas. Por ejemplo, la madre de Gabriella.

–¿Lo dices porque quieres que pase más tiempo contigo?

–No –contestó la chiquilla, lacónica.

–Entonces ¿estamos bien como estamos?

–Sí.

A Maria Cristina le quedó la duda de si no sería un reproche velado.

¿Le habrá contado Domenico lo de la noche anterior? No lo cree, pero cualquiera sabe. Últimamente sospecha que su marido quiere ganarse a la hija.

Llaman a la puerta.

–¿Quién es?

–Luciano, ¿se puede?

Maria Cristina comprueba que esté presentable.

–Adelante.

Asoma por la puerta un ser con forma oval. Tiene los hombros tan caídos que parece que la cabeza descanse directamente sobre los omóplatos. El pelo parece una mata de escarola. La barba, dura como nailon, le llega más arriba de los pómulos. Los ojos color avellana sobresalen de unas bolsas de piel oscura y los coronan unas cejas espesas y una frente despejada y plana como un muro. Lleva un jersey sucio de un color indefinido, entre azul, rojo y negro. Unos vaqueros desteñidos y holgados, sujetos con un cinturón, caen formando mil pliegues sobre unas botas manchadas de pintura. Maria Cristina lo recuerda siempre así. Ni aun con frío lleva nunca una chaqueta. En Navidad y por su cumpleaños le regala plumíferos, jerséis, camisas, pero nunca se los ve puestos.

–Buenos días, Cri. ¿Es que te acostaste tarde?

–Sí, y borracha.

–Bien hecho. De vez en cuando va bien. Perdona que te moleste, pero he encontrado esta alcachofa para la ducha de tu marido. –Levanta una bolsa y se la enseña. Le faltan el meñique y el anular, y parece que empuñe una pistola–. La otra estaba llena de cal y tenía las juntas mal. He encontrado esta, no es la misma, pero es mejor, hecha en Alemania. –Se sube los pantalones. Está quedándose sin culo y, en cambio, cada vez tiene más tripa, que le cuelga como si fuera un marsupio. Es diabético, pero se harta de kebabs y de todas las guarradas que encuentra en las charcuterías. Maria Cristina lo ha mandado al endocrino, pero no hay manera de que se ponga a régimen. Luciano saca de la bolsa un artilugio de acero cromado–. Es un chollo. La he comprado por cuatro perras y la he arreglado. La misma, nueva, te cuesta cuatrocientos euros. ¿Qué te parece?

–Muy bien. Gracias, Luciano. –Maria Cristina toma una cucharada de yogur–. ¿A qué esperas? Ve a ponerla.

–¿Puedo? ¿Estás segura?

Luciano le tiene terror a Domenico, sobre todo desde que este es primer ministro.

–Tranquilo, que no está.

Él va a salir, pero se da media vuelta.

–Ah, tengo una nota para ti. –Saca del bolsillo una hoja de cuaderno doblada–. Es de Irene, me la ha dado antes de irse.

> Hola, mamá. No vengas a recogerme a la escuela. Voy con Greta a ver un caballo que ha parido. Nos vemos en casa.

A Maria Cristina se le quita un peso de encima. ¡Qué encanto de hija tiene!

–Ven aquí –le ordena a Luciano.

–¿Qué quieres?

–Darte un beso.

Él, entre sorprendido y receloso, se frota el cuello.

–No, Cri, mejor no, que doy asco.

–He dicho que vengas. –Le da un beso en la cara y nota el olor a jabón rancio y a sobaco sudado–. Es verdad, apestas, pero te quiero igual. Gracias.

–¿Gracias por qué?

–Por existir.

Él retrocede sin saber qué decir, da un par de vueltas agitando el muñón y sale del cuarto.

2

Para entender lo importante que es Luciano Vasile en esta historia hay que remontarse a la muerte de la madre de Maria Cristina. Cuando Teresa Sangermano falleció, la familia se planteó la cuestión de qué hacer con los dos huérfanos. Maria Cristina tenía doce años, y Alessio, diecisiete. Aquel irresponsable del padre había desaparecido, se decía que había enfermado de pleuresía después de escalar el Annapurna y estaba en un monasterio tibetano. Los tíos palermitanos no quisieron ocuparse de aquellos muchachos y les tocó hacerlo a los abuelos maternos, que hacía años que no vivían en Sicilia. La abuela, toscana, Irene Salimbene, administraba las tierras de la familia en Maremma, y el abuelo, Roberto Sangermano, palermitano, que había sido viajante de comercio de una conocida marca americana de cremas y cosméticos en Europa, vivía en un chalé de Olgiata, una urbanización próxima a Roma, donde jugaba al golf. Los ancianos cónyuges hacían vida separada y solo se veían los fines de semana, cuando participaban en torneos de bridge que se organizaban por toda Italia. Roberto Sangermano tenía una amante oficial, Liliana Miconi Lombardelli, que había sido su secretaria. Irene Salimbene, mujer huraña, con un pasado de depresión y alcoholismo, solo iba a la capital a que le infiltraran en la cadera.

Convinieron en que Alessio estudiara en un internado y Maria

Cristina viviera en Olgiata y fuera al colegio de Formello, el pueblo de al lado.

Los abuelos no sabían educar a la chiquilla: tan pronto la mimaban como pasaban de ella. Y al final la cuidaron los criados, Maria y Tonino Vasile, que eran oriundos de Termini Imerese y vivían con su hijo, Luciano, en una casa aneja al chalé.

La huérfana conquistó enseguida el corazón de la pareja: era un encanto, tan buena y guapa que daban ganas de comérsela a besos. Cuando se la llevaba de compras, Maria decía que era su hija y recibía los cumplidos que no recibía por Luciano, que parecía la obra de un escultor chapucero.

Los dos chiquillos, nacidos con un día de diferencia, enseguida congeniaron. En cuanto se levantaban se buscaban y por la noche se iban a la cama con la tristeza de saber que estarían separados unas horas. A la debida edad los matricularon en la misma clase del bachillerato de ciencias. Estudiaban en la casita de Vasile, en la mesa de la cocina, que estaba cubierta de un hule, con la televisión siempre encendida en alguna cadena de anuncios, mientras al fuego hervía una olla que impregnaba cuadernos y libros de olor a cebolla.

En aquella especie de mundo aparte que era la urbanización, Maria Cristina y Luciano corrían por las callecitas arboladas subidos a una moto Ciao roja: ella, seca y puntiaguda como un saltamontes, se agarraba a él, redondo y peludo como un oso panda; o se escondían en los búnkeres del campo de golf para que los vigilantes no los vieran y robaban pelotas que luego vendían en la escuela; o se sentaban a una mesa del bar Tramonto a comer palmeras y a ver los coches que pasaban a toda velocidad por la nacional Cassia Bis.

Luciano fue para Maria Cristina un hermanastro, un confidente, un mago panzudo que hacía desaparecer las pizzas de un bocado y un generoso criado que cargaba con la culpa cuando los pillaban robando chicles y bolígrafos en el supermercado.

Su amistad era especial, pero estaba destinada a terminar como terminan esos vídeos de internet en los que vemos un cachorro de tigre jugando con un pato hasta que una mañana no queda del pato más que un ala ensangrentada.

Las cosas cambiaron el verano que pasó entre tercer y cuarto curso de bachillerato, cuando una pubertad tardía sacó a Maria Cristina del encantamiento de la infancia. En aquellos tres meses, como si le hubieran echado abono, la muchacha dio un estirón, se le tornearon las pantorrillas, el trasero cobró forma y hasta le asomó un poco de seno. El sol hizo el resto: se le oscureció la piel y se le aclaró el pelo, que llevaba cortado en forma de media melena que realzaba su largo cuello. En septiembre, cuando volvió a clase, observó con sorpresa que su puesto en la sociedad estudiantil había cambiado. Los chicos que

antes se reían de ella (¡mira la jirafa!) ahora la rondaban, y los más atrevidos intentaban ligársela y la invitaban a pizza los sábados por la noche. Sus compañeras o la criticaban o trataban de que se uniera al respectivo grupo.

Un día en que volvía del entrenamiento de atletismo con la bolsa de deporte al hombro, Maria Cristina se encontró con Diana Brinzaglia, la hija del florista de la Storta, una urbanización vecina. Rubia, de labios carnosos, con más hormonas que una vaca argentina, era toda tetas, culo y muslos que rebosaban de minifaldas y bodis de muchos colores. Estaba sentada en su Vespa rosa, fumando y acompañada de sus amigas, Silvietta Carnesecchi, Sofia D'Amico y Emma Tarantini. Maria Cristina les lanzó una sonrisa y quiso cambiar de acera, pero Sofia D'Amico, que abría las botellas de cerveza con los dientes, le cortó el paso.

–¿Adónde te crees que vas?

–A mi casa. –La voz le temblaba.

Diana Brinzaglia dio la vuelta en torno de ella, sujetando la colilla entre el pulgar y el índice, dio una calada y le echó el humo a la cara.

–Parece que gustas.

Maria Cristina no entendió y se encogió de hombros.

–Según la clasificación que han hecho los chicos en su baño eres la segunda tía más buena después de Diana –la informó Emma Tarantini, una chica con el pelo rizado y una gran frente llena de acné que masticaba chicles Big Babol todo el día.

–¿Y tú? –se le ocurrió preguntar a Maria Cristina. Lo preguntaba sin ironía, pues carecía de ella por aquel entonces.

Tarantini se turbó.

–¿Yo? Yo no salgo en la clasificación y, además, no estamos hablando de mí.

Diana Brinzaglia la estudió con aire de quien mira un jarrón y se pregunta si romperlo de una patada.

Maria Cristina nunca había sentido tanto miedo. No era de natural valiente, y aquellas tías no se andaban con chiquitas. A la pobre Sara Sapegno, una chica de segundo, le habían cortado el pelo en los vestuarios porque llevaba unas bragas estampadas de muñequitos rosas.

–¿Sabes por qué soy la primera y tú la segunda? –le preguntó Diana Brinzaglia. Maria Cristina dijo que no–. Porque te lo crees mucho. Te crees superior a todos, una diosa, pero eres insípida como las lechugas.

Maria Cristina quiso replicar que no se sentía superior a nadie y que ser como las lechugas le parecía muy bien, pero no podía hablar.

La reina de la Storta la olió como si fuera algún bicho exótico.

–Eres rica, hablas con ese acento como de mafiosa, pareces una modelo, pero ¿a quién crees que preferiría follarse un tío?

¿Quién era ese tío que preferiría follarse a una u otra? Maria Cristina estaba muy confundida, pero adivinó lo que convenía responder e indicó que sería Diana Brinzaglia.

–Exacto. A ti temen partirte, conmigo se mueren de gusto. –Sus amigas emitieron grititos de aprobación–. Contigo salen de día, conmigo follan de noche. ¿Te enteras, so jirafa?

La salió un «sí» hueco y bobo.

Sofia D'Amico le dio un empujón y Maria Cristina cayó al suelo y rodó hasta donde estaban los contenedores de la basura. Las otras dos se abalanzaron sobre ella dispuestas a darle una lección, pero la jefa les dijo que ya estaba bien.

–Vete a tu casa. Y te aconsejo que el próximo curso te matricules en un instituto de Roma con las de tu clase y no vuelvas por Formello.

Maria Cristina, sollozando, cogió su bolsa y, con sus piernas de jirafa, sin volverse, corrió a casa.

El consejo de Diana Brinzaglia quedó bien impreso en la mente de nuestra protagonista, y al año siguiente su abuelo la matriculó en el liceo francés Chateaubriand, a dos pasos de Villa Borghese, en Roma, donde encontró ejemplares de su clase. El único inconveniente era que el chófer tenía que llevarla y traerla todos los días.

Lo curioso es que Diana Brinzaglia, la que cogía el cigarrillo entre el pulgar y el índice y se bronceaba con lámparas solares, no se quedó allá en Formello, sino que se mudó a la cabeza de Maria Cristina Palma y se convirtió en una compañera secreta, en una voz crítica con la que dialogaba en los momentos difíciles de la vida. Aún hoy recuerda Maria Cristina la despiadada lección que le dio junto a aquellos cubos de la basura: «A ti temen partirte, conmigo se mueren de gusto. Contigo salen de día, conmigo follan de noche». Consideraba que era una verdad absoluta, un faro que la guiaba por un camino que los hombres llenaban de mentiras, pues, cuanto más la cortejaban y más le prometían el oro y el moro, más cuernos le ponían.

Eso sí, al cambiar de instituto, Maria Cristina perdió a su fiel escudero. Luciano, obeso ya, estaba cada vez más distante: el capullo de seda que los envolvía como un huevo de araña se había roto y de él habían salido seres con destinos distintos. Él seguía llevándola en moto, pero ya no se bañaba en la piscina y, cuando salían con otros, no hablaba, se quedaba como un pasmarote, era un estorbo.

Al salir de clase, el muchacho empezó a trabajar de albañil en una pequeña constructora de un tío suyo. Los estudios se resintieron, porque nunca había sido un hacha, y no pasó la selectividad. Maria Cristina, en cambio, la aprobó y se fue a vivir a Roma con su hermano. Estuvieron quince años sin verse. A ella le llegaban vagas noticias de que Luciano estaba bien y trabajaba de soldador en centrales eléctricas, cerca de Bérgamo, en el norte del país. Él le enviaba todos

los años una postal para felicitarle el cumpleaños («Mis mejores deseos, Cri. Un gran abrazo para ti y para tu familia, Luciano») y regalos de lo más peregrinos (perfumes baratos, cajas de vino compradas en estaciones de servicio, paquetes de pasta de colores, sacacorchos enormes). Ella, a veces, le contestaba. Luego supo lo del accidente. Luciano perdió dos dedos. Lo despidieron y él demandó a la empresa, pero la cosa no iba bien. Maria Cristina, que ya estaba casada con Domenico, rogó a este que se encargara del caso, y Domenico se lo encomendó a uno de los empleados del bufete. Hubo un juicio y Luciano obtuvo una indemnización, pero su invalidez le impidió seguir ejerciendo su oficio. Volvió a Roma sin empleo, con el poco dinero de la indemnización se compró un pisito en Cesano, y Maria Cristina empezó a encargarle algunos trabajos. La falta del meñique y del anular no le impedía arreglar un frigorífico, poner un parqué, ordenar la terraza, hacer recados e ir a correos. También los amigos de los Mascagni empezaron a servirse de él.

Cuando Domenico entró en política, Maria Cristina, al no poder seguir pagando a Luciano en negro, lo contrató legalmente y su marido se enfadó. «¿Cuántos asalariados tenemos? ¿Somos una empresa? ¿Una organización benéfica?»

3

Después de tomarse todo el tiempo del mundo para arreglarse, Maria Cristina se dirige al salón, donde la espera Caterina Gamberini. No se le va de la cabeza lo que su secretaria dijo de ella en el baño del club de piragüismo. Que era una tonta, una frívola, una inútil. Quiere cantarle las cuarenta, pero es incapaz de enfrentarse al enemigo cara a cara, pelearse le da miedo y tampoco puede despedirla, porque no la contrató ella. Hablará del tema con Domenico. Eso sí, que se fastidie, porque ha decidido que va a ser aún más frívola si cabe.

Respira hondo y abre la puerta.

La joven está sentada en el centro de un sofá de brocado amarillo y azul, con el portátil en las rodillas.

–Buenos días.

–Buenos días –le contesta Maria Cristina, observándola–. ¿Has dormido bien?

Al contrario de ella, que va maquillada y peinada y está radiante, Caterina Gamberini parece cansada y tiene unas profundas ojeras.

–No muy bien. –La secretaria teclea velozmente sin levantar apenas la vista de la pantalla.

–¿Café?

–No, gracias, ya he tomado. Y tú, ¿has descansado?

–¿Teníamos una videollamada?

–Sí, a las nueve y cuarto con los muchachos del maratón del Sagrado Convento, para saludarlos antes de que empezara la carrera.

–Pues los saludo cuando la terminen.

–Es que no llegan todos a la vez. Pero no importa, ya lo he solucionado –dice Caterina, corriéndose al borde del cojín, con los pies juntos.

Maria Cristina siente una repentina repulsión por esa piel blanca, salpicada de pecas y que enrojece fácilmente, que la blusa barata deja al aire. Se asoma a la ventana. Pese al cristal doble, se oye el ruido de las obras de reforma de la calzada.

–Hoy no quiero hacer nada –dice, y mira a los obreros que colocan los adoquines formando un arco preciso y con un martillo los hunden en la arena–. Voy a ir a que me den un masaje. Y pide cita con el peluquero para primera hora de la tarde.

–Muy bien. –Caterina mira la pantalla–. Tampoco tenemos mucho que hacer. Mariella Reitner quiere que vayas a *Al pan, pan*. El asunto es delicado, porque el primer ministro va dentro de dos semanas, en vísperas de la moción de confianza. Es curioso, pero últimamente la Reitner nos apoya. Quiere entrevistarte, dice que hablaréis de temas sociales, con preguntas preparadas. Pero, claro está, no será así. Querrá que hables de política y de ti. Ya la conocemos. El Bicho dice que nos neguemos.

Al pan, pan es un programa de televisión que se emite todas las noches después del telediario y que presenta Mariella Reitner, una periodista que, cual severo maestro de coro, da voz y llama a capítulo a representantes de todo el espectro político. A veces tiene tertulianos y otras, cuando el invitado es un personaje importante, lo entrevista sola.

Maria Cristina hace señas de que no con el dedo.

–Pero porque yo no quiero, no porque lo diga el Bicho. No me da la gana ir a la tele –aclara y se da cuenta de que ya ha empezado a hablar como una niña caprichosa.

–Claro –se apresura a convenir Caterina–. El problema es que la Reitner quiere verte para tratar de convencerte. Le he dicho que estás muy ocupada, pero insiste. Si no aceptamos, podría dejar la entrevista con el primer ministro para después de la votación, y eso, como comprenderás, no nos conviene.

La sola idea de verse delante de esa mujer inteligentísima y feísima hace que a Maria Cristina le tiemblan las piernas.

–¿Y qué propones?

–Que aceptes verla y le digas que no.

Maria Cristina cruza los brazos.

–Vais a perdonarme –pasa al plural–, pero apañaos vosotros. ¿Yo

qué tengo que ver? Es mi marido quien se ha metido en política, no yo.

Caterina sonríe.

Maria Cristina se sienta en una butaca, cruza las piernas y grita:

–¡Daisy! ¡Daisy! Tráeme otro café. –En ese momento repara en las bailarinas azules y las medias blancas que asoman por los pantalones escoceses y ciñen los tobillos rollizos de Caterina Gamberini–. Las bailarinas no te quedan bien –le dice muy seria–. ¿No podrías ponerte zapatos con un poco de tacón?

La secretaria deja de teclear.

–¿Cómo dices?

Maria Cristina le señala los pies.

–Eso. No vuelvas a ponértelas. Yo llevo tacón y parecemos... –Blancanieves y Dormilón–. Me haces parecer muy alta.

Caterina traga saliva y dice:

–Vale, como quieras.

Maria Cristina bosteza:

–¿Y qué le digo? ¿Por qué no quiero que me entreviste?

La secretaria cierra el ordenador con un chasquido.

–Te he enviado un correo en el que te doy varias excusas, elige la que prefieras. Pero, si no quieres verla, ahora mismo le escribo un correo y se lo digo, cordial pero claramente. Tú decides. Ya sabes que yo estoy aquí para servirte.

Maria Cristina se levanta de un salto y empieza a ir y venir por el salón. Se acerca a la estantería, recorre con la mirada los volúmenes de la enciclopedia Treccani, que están intactos, y enciende el equipo de música. Empieza a sonar «Yes Sir, I Can Boogie».

¡Dios, cómo le gusta esta canción! Hacía un siglo que no la oía, le recuerda viejos bailes en discotecas llenas de luces, la sal y las nasas de pesca de la costa amalfitana. Levanta los puños, mueve los brazos, da un paso a la izquierda, otro a la derecha, canta:

–I can boogie, boogie woogie all night long... –Se acerca a la secretaria y le tiende la mano como para sacarla a bailar, pero aquella se pone tensa, sonríe y menea la cabeza como hacen las palomas cuando picotean.

Entra Daisy. Maria Cristina deja de bailar, va al encuentro de la criada y se bebe el café de un trago.

–Gracias. –Y, dirigiéndose a Caterina, añade como quien no quiere la cosa–: Yo hablaré con la Reitner. Dile, por favor, que la espero en Kaw a la una.

–Ok, perfecto.

–¿Ok, perfecto? –repite Maria Cristina como un loro.

–Ok, perfecto.

La mujer del primer ministro sale del salón y empieza a caminar

con pasos largos por el pasillo de mármol, como si desfilara.

–Otra cosa, Maria Cristina... –Se vuelve. Caterina la sigue–. Me dice el primer ministro que ha invitado a Wim Claes a la casa de campo este fin de semana...

–¿Y quién es ese?

–El ministro de Comercio belga. Me dice que tenéis que hacerle una pizza...

Como pecios arrastrados por la marea, retazos de la conversación que tuvo con Domenico en el coche afloran a la mente de Maria Cristina. Es el tío de la pizza beneventana.

–No «tenéis», tengo que hacerle –puntualiza Maria Cristina–. ¡Menudo rollo!

Caterina menea la cabecita de pelo rizado y en tono de amiga íntima dice:

–He pensado que, si quieres, voy yo también y la hacemos juntas, ¿qué te parece?

Maria Cristina la observa.

–Seguro que sabes hacer pizzas.

–No me salen mal –dice la secretaria entre modesta y orgullosa.

–¿La marinara también?

–También. Con ajo y orégano, es mi especialidad.

La mujer del primer ministro sonríe.

–Gracias, pero no me haces falta.

4

Según la medicina tradicional tailandesa, recorren el cuerpo humano setenta y dos mil flujos de energía, a través de diez canales principales, los *sen*, de los que parten todos los demás. Sobre estos canales trabaja el masajista usando dedos, codos, rodillas y pies. El masaje tailandés es complejo y doloroso, pero tiene grandes virtudes terapéuticas.

A dos pasos de plaza de España, en la calle Borgognona, en un elegante edificio decimonónico, está el spa Kaw, el mejor centro de masaje tailandés de la capital. Dispone de tres pequeñas piscinas con aguas de diversos grados de salinidad, un baño turco, dos saunas, un gimnasio de yoga, un espacio donde se puede picar comida fusión e infinidad de salitas aromatizadas con esencias exóticas y en eterna penumbra donde suenan flautas y arpas eólicas. En este lugar se dejan toquetear los romanos ricos.

Maria Cristina Palma pasa aquí mucho tiempo y, en su calidad de mujer del primer ministro, goza de privilegios exclusivos. En concreto tiene reservada una zona en la que una serie de azafatas cuya

discreción raya en el mutismo cuidan de su cuerpo.

Ahora está sentada en una tumbona tomándose una infusión de cúrcuma mientras espera a Mariella Reitner. En la estancia dominan los colores pastel y hay unos focos de luz. En un rincón, en un lecho de cantos rodados bajo unas lámparas de latón, hay unas matas de bambú y una pecera de peces rojos.

Debe mostrarse firme y decidida con la periodista. No es no.

Toca un timbre y ante ella se materializa una azafata.

–¿Está libre Bussaba?

–Sí, señora.

–Muy bien. Dentro de unos minutos llega una invitada. Haremos un masaje en pareja. Que Bussaba se ocupe de la señora Reitner. Para mí, tercero light. Gracias. –Y le asoma a los labios una sonrisilla pérfida.

Los masajes del Kaw se clasifican según su grado de crueldad. En los de primer y segundo grado, que son para principiantes, lo untan a uno con especias orientales y aceites vegetales y lo marinan durante una hora como si fuera un pollo al curri. En los masajes del tercer grado, el *rough*, se suprimen los aceites y las manos del masajista empiezan a buscar entre la fascia muscular el origen del dolor, ese dolor con el que cargamos desde que la evolución nos dio un sistema esquelético. En los del cuarto grado, *extremely rough*, hay estiramientos, codos que se nos clavan entre las paletillas, golpes, capirotazos y crujir de vértebras cervicales. La música new age se transforma en un mantra *hardcore*. El masaje de quinto grado, *heavy explosion*, es para gurúes o masoquistas inveterados. Maria Cristina se sometió una vez a un masaje de esta clase y tuvo que lanzar el *safe signal* (dar tres palmadas en la cama en señal de rendición). Existe también una palabra clave, ความเห็นอกเห็นใจ («piedad» en tailandés), pero es difícil de pronunciar. Y, por último, está Bussaba, cuyos masajes no tienen grado, ni nombre, ni *safe signal*. Cuenta la leyenda que, de joven, Bussaba trabajó en Haspel, una cárcel secreta de Tailandia, y que, usando solo los pulgares, sonsacó confesiones a miembros de Al-Qaeda. Conoce los doscientos treinta y cuatro puntos del cuerpo humano en los que se esconde el dolor y allí clava sus dedos para hacer que salga. Es capaz de dislocar y recolocar un hombro con la sola presión de un meñique. Los que sufren sus masajes no son capaces de articular frases con sentido y solo emiten murmullos de contrición con los que imploran misericordia. En manos de Bussaba, la Reitner no podrá insistir en que le permita entrevistarla.

Maria Cristina, satisfecha de la idea, se deja conducir a la salita –lleva un conjunto de algodón ligero–, se tumba boca abajo en la cama e introduce la cara en el orificio redondo, tras lo cual unas manos delicadas empiezan a palparle la espalda.

–¿Se puede? –pregunta una voz ronca, cavernosa, fruto de una vida

pasada fumando tabaco negro. Y se oyen unos golpes secos en el suelo.

Maria Cristina levanta la cabeza. Ahí está Mariella Reitner, la gran periodista que ha entrevistado a todo el mundo, desde el Dalái Lama a Bokassa, el dictador caníbal, y ha contado en primera línea las guerras del Golfo y de Afganistán. ¡Qué milagros son capaces de hacer las luces, el maquillaje y las pelucas! Vista al natural, es como una tinaja con patas. No mide más de metro sesenta, tiene la espalda y los brazos afectados por una dermatitis seborreica, sesenta años pasados abusando de grasas saturadas, azúcares y alcohol la han gastado como gasta el agua el pilote de un embarcadero, y la piel tiene un color enfermizo. La han operado varias veces de la zona púbica y ahora camina ayudada de un bastón sobre dos piernas cónicas que parecen encajadas directamente en el tronco, sin mediar pubis ni vientre. Le han pedido que se ponga una blusa abierta y la carne le rebosa de un sujetador de florecitas lilas que parece el espináker de un velero. Los brazos sobresalen por las mangas como las aletas de una vaca marina. Un flequillo a lo indio le cubre la frente. Las cejas finas enmarcan unos ojos que parecen de piedra gris, en los que habita un espíritu irónico y vivaz. De la nariz arrancan dos surcos que abrazan la boca y la barbilla. Parece, en fin, un ser más hecho para la vida acuática que para la terrestre.

–¡Muy buena idea! –dice la periodista–. Hacía siglos que no me daba un masaje. Creo que la última vez fue en Pekín, cuando era corresponsal de *Il Messaggero* y pasó lo de la plaza de Tiananmén. Aunque no te conozca, siempre he dicho que eres una mujer superior. –Emplea un tono jovial y poco adulador, y mira a un lado y otro contenta de esta inesperada distracción.

–Me alegro de conocerte. –Maria Cristina tiende la mano–. Sé que es un poco íntimo, pero quería darte una sorpresa. Cuando lo pruebes, ya no querrás dejarlo.

La periodista le estrecha la mano y se dirige renqueando a su camilla.

–¿Tengo que tumbarme aquí?

–Sí.

–¿Y cómo subo? ¿No hay escalerilla?

–Ahora te ayuda Bussaba.

En cuanto Maria Cristina pronuncia el nombre, aparece, como el genio de la lámpara, la masajista, envuelta en una túnica azul eléctrico.

Se dice que Bussaba vive en el sótano del establecimiento desde hace cinco años. Nunca sale y lo único que conoce de Roma es la Silla del Diablo. Tiene una edad indefinida. Lleva el pelo blanco sujeto con un moño que le tira de las sienes. Aunque de estatura similar a la de Reitner, es un manojo de músculos. Sin decir palabra, coge a la

periodista por el tronco e, impulsándose con las piernas, la aúpa a la camilla como si estuviera disputando la final de un campeonato de levantamiento de pesas.

–¡Dios santo! ¿Cómo puede? ¡Es increíble! ¡Si pesaré doscientos kilos! –Mariella Reitner se retuerce sobre la camilla como un león de mar sobre un banco de hielo, tratando de meter la cabeza por el agujero.

El masaje empieza lentamente, las tailandesas inspeccionan primero el cuerpo con ligeras presiones para coger confianza antes de pasar a mayores.

La voz de la periodista suena como enlatada, al ritmo de las manipulaciones.

–Maria Cristina, no sabes la alegría que me da verte. Sé lo reservada que eres y lo poco que te gusta mezclar tu vida personal con el trabajo de tu marido. Sé también que no quieres ir a la tele, ¡y muy bien que haces! Pero yo... ¡Ay! –La periodista lanza un grito–. ¡Dios, cómo duele!

Maria Cristina mira y ve que Bussaba, la despiadada, está tirando de un brazo de la periodista con la misma impasibilidad con la que un cocodrilo le arranca una pierna a una gacela.

–¿Qué tal? –le pregunta, disimulando una sonrisilla.

–Bien... Más o menos –suspira Mariella Reitner–. Dicen que sienta muy bien. –Vuelve a lo que iba diciendo–: Mi idea es que hablemos de ti, Maria Cristina, como madre y como esposa que eres. Sé también que te preocupa la cuestión social.

–¿De veras? No sé.

–¡Ajá! ¿Lo ves? Eres modesta. Vi la foto que te hicieron cuando la inundación de Molise, en la que se te ve con los pies en el barro. Y sé lo que haces en favor de las jóvenes madres islámicas.

–Por aquella foto de Molise me acusaron de hacer publicidad de las katiuskas. Y lo que querían las madres islámicas es que las fotografiaran los de *Vogue*. Olvidémoslo...

La periodista jadea, pero no desiste.

–No te rebajes... Además..., ¡ay!..., una no puede convertirse en la Madre Teresa solo porque..., ¡ay!..., sea la mujer del primer ministro. Eso no puede ser. Tú eres..., eres... –No puede terminar la frase. Bussaba está estrujándole un hombro como si fuera un trapo mojado. Toma aliento–. Quiero una entrevista franca, sin trampas, en una atmósfera distendida. Te juro por... –Mariella lanza un grito de dolor–. ¡Si es que llego viva a la entrevista, porque esta va a matarme!

–Los masajes tailandeses son así, enérgicos. Duelen, pero verás lo bien que te sientes.

–¡Está destrozándome! –exclama la periodista y lanza un grito–. ¡Esas son la T4 y la T5, las que me han operado! ¡Socorro! ¡¡¡AY!!!

Bussaba, de pie en la camilla y asida a unas cuerdas que cuelgan del techo, camina marcando el paso por la espalda de la Reitner, que forcejea como una foca preñada.

Maria Cristina salta de su camilla y coge a la masajista de los tobillos.

–¡Déjala! ¡Déjala ahora mismo! ¡¿No ves que le haces daño?!

–¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Auxilio!... –repite Mariella–. ¡Para! ¡Para!

Pero la masajista, colgada de las cuerdas como un orangután, no ceja.

–No, señora. Es normal. Esto Ashiatsu, bueno para espalda. No dolor, no cura.

–Por favor, baja de ahí –le ruega Maria Cristina.

Bussaba da brincos con los talones juntos sobre una nalga de la Reitner, que ya no reacciona y parece que ha perdido el conocimiento.

–No. Masaje no terminado.

–¡He dicho que bajes! –le ordena Maria Cristina–. ¡Para, Bussaba! ¡¡¡BAJA!!!

La despiadada, ofendida, salta de la cama y desaparece.

Maria Cristina y la otra masajista cargan con la Reitner y la llevan a la zona de relax, donde la depositan como un Buda durmiente al pie de la planta de bambú.

–¿Quieres que llamemos a un médico? –le pregunta Maria Cristina, rociándole la cara con un poco de agua Evian.

La mujer, con los ojos cerrados, dice que no con voz débil.

–No sabes cuánto lo siento –dice la mujer del primer ministro–. ¿Qué puedo hacer?

–Nada. Enseguida estoy bien. Tú hazme compañía. –La Reitner estira la mano a tientas, coge la de Maria Cristina y en tono lastimero continúa–: Escúchame. Te prometo que será una entrevista de la que no te arrepentirás. Quiero que seas tú misma. No hablaremos de los seres queridos a los que has perdido. Te haré preguntas claras, directas, sin insistir, sin cotilleos, siendo fiel a mi estilo, y tú contestarás lo que quieras. –Se interrumpe para tomar aliento–. Será una conversación como de dos amigas que pasearan cogidas del brazo. Verás como te olvidas de las cámaras y gustas a todo el mundo. –Sonríe, en medio del dolor–. ¿Qué te parece?

¿Y ahora cómo le dice que no?

–El problema es que, ahora mismo, estoy muy ocupada y me es muy difícil, cuando no...

La voz de la Reitner se anima.

–No pasa nada, cuando puedas, ya nos organizamos. Será solo una hora y media.

Maria Cristina se maldice. Ha cometido el error del principiante: poner otros compromisos como excusa. Caterina le pasó una lista de

razones para negarse precisamente para que no cayera en la trampa. Aunque una les oponga un muro de compromisos, los periodistas, como ratones obstinados, siempre encuentran una grieta por la que se cuelan y abren brecha. ¿Cómo zanjar la cuestión?

–Es que tengo que ocuparme de Irene, mi hija –dice–. No está bien.

–Vaya, lo siento. ¿Y qué le pasa?

–Que padece... el síndrome de la mano ajena.

La periodista abre un enorme ojo esférico y gris que parece de sapo.

–No lo conozco. ¿Qué es?

–Es una enfermedad rarísima –dice Maria Cristina, recordando el episodio de una serie de televisión sobre enfermedades raras que vio–. Es como si nuestra mano izquierda tuviera vida propia. Irene está convencida de que su mano no es suya, que no es parte de su cuerpo. La llama Camilla y la trata como si fuera una persona. La lleva a la playa. Mi hija tiene que estar en constante observación. No puedo dejarla sola. A veces, Camilla coge un tenedor u otro objeto afilado y la ataca.

–¡Qué barbaridad! No sabía que existiera esa enfermedad. ¿Y tiene cura? –La Reitner abre el otro globo ocular, ahora habla en tono serio y afligido–. Yo creo que tengo que hacerte esa entrevista, ¿y sabes por qué?

–¿Porque si me niego me denuncias por maltrato?

–Te seré sincera, querida. Esa fama de que eres la mujer más bella del mundo te ha hecho un flaco favor. Te has convertido en un accesorio de tu marido. Eres la muñeca que nunca habla.

–Porque no quiero hablar. Nadie me lo impide.

–Pero eso la gente no lo sabe, no sabe quién eres, no te conoce. No le das la posibilidad de conocerte de verdad. Tienes un mundo escondido. –La periodista le toca levemente el pecho–. Sé que nos han educado a la antigua, para que nos guardemos nuestras emociones, para que no hablemos de nosotras, pero tú, a tu pesar, desempeñas un papel y la gente te juzga sin saber nada de ti. Debes sacar tu verdad más íntima para demostrar que eres un ser independiente y piensas por ti misma. Hay algunos un poco más sensibles que perciben tu profunda timidez, porque, si no, no te llamarían Maria Tristina, pero ¿y los demás?

–Los demás me llaman Maria Cretina.

–Pues eso no puede ser.

–Estoy acostumbrada. Ya no me ofendo.

La Reitner le acaricia el dorso de la mano.

–No es justo.

Maria Cristina la mira, agacha la cabeza sintiendo que la voluntad cede. La periodista tiene razón, ha llegado la hora de mostrarse como

es.

–Pero la tele me da miedo. Me quedo con la mente en blanco, no sé qué decir. Lo importante es que no parezca que soy eso, Maria Cretina.

–No lo parecerás. Será una entrevista tranquila y relajada... Yo te haré las preguntas adecuadas y tú solo tendrás que evitar querer decir cosas inteligentes... Recuerda que nadie dice cosas inteligentes, solo cosas verdaderas o falsas... Mostrarás quién eres y los italianos te lo agradecerán. Tu belleza no debe ocultar a la persona que hay detrás, tu sensibilidad, tu amabilidad, la sencillez que te hace distinta. En un mundo en el que la gente se pelea por aparentar, tú eres un ser especial. –Mariella Reitner habla con el tono persuasivo de una hipnotizadora.

Maria Cristina respira y se pasa la mano por el pelo.

La Reitner le arregla un mechón.

–¿Qué, la haremos? Verás como tu marido se alegra también. En este momento necesita tu ayuda más que nunca. –Y bajando el tono–: Tú, tesoro, puedes cambiar la suerte del gobierno, ¿entiendes?

Maria Cristina dice que sí.

–Pero ¿me tratarás bien?

–Tienes mi palabra.

Maria Cristina mira los peces rojos que van y vienen por la pecera.

–Vale, la haremos.

–Bien dicho.

5

Con un gorro calado sobre la frente, unas gafas de sol que le eclipsan la cara y un plumífero negro que le llega a los tobillos, la mujer del primer ministro sale furtivamente del spa.

El sol asoma por entre los edificios y proyecta franjas doradas en la calle Borgognona, llena de furgonetas y motos que entregan paquetes, y mesas repletas de turistas que degustan pasta amatriciana aceitosa y carbonara cocida de más.

Maria Cristina siente la excitación de haberle dicho sí a la Reitner y no tiene ganas de volver a casa, quiere sumergirse en la vida del centro. Hay rebajas. Le gustaría ir de compras como una mujer cualquiera. Cruza la calle sorteando unas motos que pasan zigzagueando en sentido contrario y se detiene delante de un escaparate, hay una bonita maleta de piel azul con ruedas a mitad de precio, perfecta para viajes cortos. Está tentada de entrar en la tienda, pero no se atreve. Aunque va camuflada, la reconocerían. Los de seguridad permiten que se mueva sola, pero no debe detenerse y debe siempre comunicar a qué lugar se dirige.

Caterina la llama al móvil. Querrá saber cómo le ha ido con la Reitner. Se llevará una gran sorpresa.

Al pasar al escaparate de al lado, donde se exponen unas botas de piel rojas, repara en que, junto a la tienda, sentada a la mesa de un bar, hay una china que la mira. No puede menos de mirarla también. Es guapa y elegante. Los cabellos lacios le cuelgan como si fueran espaguetis a la tinta de sepia. Tiene los ojos grandes y lleva los labios pintados de lila, parece un androide de última generación que hubieran creado para entretener a los hombres en una película de ciencia ficción. Lleva un vestido gris de lana virgen, de cuello alto. Con ella hay dos hombres, también chinos, con chaqueta y corbata, hablando con otro que está de espaldas.

¿Será una cantante, una actriz, una modelo famosa?

Maria Cristina se vuelve hacia el escaparate, pero, de reojo, sigue mirando a la oriental. También esta la mira a ella, seguro que la ha reconocido, les dice algo a los otros, uno de ellos escribe en una tableta. En ese momento llega el camarero con los cafés y el hombre que está de espaldas se vuelve para coger uno.

Es Nicola Sarti.

Maria Cristina se levanta las gafas para verlo mejor. Sí, es él, es el amigo de Alessio con el que se encontró la noche anterior en la fiesta. Temiendo que pueda reconocerla, la mujer del primer ministro se esconde detrás de un coche y lo espía mientras él remueve el café con la cucharilla. Lleva el pelo recogido en una cola, la misma barba revuelta, de la boca le cuelga un cigarrillo encendido, tiene las piernas cruzadas y habla con los chinos.

No se habían visto en veinte años y en menos de veinticuatro horas se encuentran dos veces. ¡Qué casualidad! «La modelo china será su novia», le sugiere Diana Brinzaglia, la hija del florista de la Storta, que sabe mucho de estas cosas.

Maria Cristina está tentada de ir a saludarlo, pero, mal vestida como va, con el pelo untado de aceites tailandeses, se dice que no es el momento. Y encima la bella china la intimida. Conque adiós. Se dispone a alejarse, pero entonces Nicola Sarti, como si hubiera notado que alguien lo miraba, se vuelve y por un instante sus miradas se cruzan. No acaba de reconocerla, de decidir si es o no es ella. Maria Cristina aprovecha este momento de indecisión, da media vuelta y echa a andar, no, no, eso no, parece que huya, vuelve la cara, él se ha levantado, indeciso, ella va a decirle algo como si acabara de reconocerlo, él está ahora de pie en medio de la calle –detrás hay un microbús blanco que le pita–, estira la mano hacia ella como diciendo: «¿Eres tú?», se aparta, deja que el microbús pase y va a su encuentro primero despacio y luego más deprisa, y ella se queda parada.

–¿Seca? –Nicola Sarti aún duda–. Seca, ¿eres tú?

Maria Cristina sonríe.

–Hola.

–¿Qué haces por aquí?

–He venido ahí... –Indica la puerta del spa–. A que me den un masaje. ¿Y tú?

–¿Yo? Tomando café. Tengo aquí al lado un hotel que estoy reformando.

–Ya.

Nicola mueve la cabeza.

–¡Parece mentira! Llevamos veinte años sin vernos y de pronto nos encontramos dos veces.

–Lo mismo he pensado yo.

Están el uno enfrente del otro y se hace un largo silencio. En los bares de alrededor preparan zumos y raciones de arroz blanco y judías cocidas y las pizzerías hornean pizzas con y sin tomate y ellos se miran. Él, con ese gabán de paño verde terciado a modo de capa, parece un cazarrecompensas.

–¿Será una señal? –le pregunta tirando la colilla al suelo.

–¿De qué?

–No sé... Una señal. –Nicola Sarti se vuelve hacia los chinos y les hace señas de que esperen.

Ella aprovecha.

–Ve tranquilo. Veo que estás con gente.

–No, ya hemos terminado. Enseguida estoy libre. –Nicola Sarti se mira el Rolex–. ¿Comemos juntos?

Ella menea la cabeza.

–No, no puedo.

–¿Por qué?

–Porque no puedo ir a restaurantes donde haya gente. Es lo que hay.

–No hace falta. Comemos en mi hotel, tú y yo solos. Algo rápido. Vamos andando. Está aquí cerca.

Parece que lo tiene todo claro, tal es la seguridad con la que habla.

–Es que no he avisado a mis guardaespaldas.

–Pues avísalos.

–Es mucho lío –se defiende Maria Cristina–. Me gustaría, pero así, de sopetón...

Nicola Sarti se le acerca.

–Pues, si te gustaría, hazlo. Dos personas no se encuentran dos veces por casualidad, acabamos de decirlo.

A este no deben de decirle muchas veces que no, piensa Maria Cristina.

–Es que no sé... –gime mirando a los lados en busca de ayuda.

–Hazlo, Seca. ¿Eres o no eres Maria Cristina Palma?

El hotel Piccola Britannia, como ha dicho Nicola Sarti, está a pocos pasos del spa, detrás de la calle Condotti, en un callejón oscuro al que da la fachada trasera de algunos restaurantes y tiendas de anticuarios. Nicola Sarti le cuenta que el hotel lleva veinte años cerrado y que, cuando los herederos decidieron venderlo, él aprovechó la ocasión. Está reformándolo para convertirlo en un hotel boutique, una cosa que está de moda pero que Maria Cristina no sabe muy bien lo que es.

La fachada del edificio está cubierta de andamios y lonas verdes. Franquean una entrada medio derruida en la que hay un montón de sacos de cemento y entran en un vestíbulo que parece de los años cuarenta, con colgaduras polvorientas y paredes empapeladas con un papel que ha perdido el color. Una escalera pretenciosa gira en torno a una enorme lámpara de cristal que descansa sobre un andamio. La decoración recuerda al burdel de alguna película americana de época. Los albañiles han hecho una pausa y solo hay un capataz taciturno, que no parece reconocer a la mujer del primer ministro y acompaña a la pareja por pasillos oscuros hasta el bar interior.

–¿Qué te decía? –Nicola Sarti deja el abrigo–. Aquí estás segura, no hay fotógrafos, periodistas ni fans. Puedes quitarte el disfraz.

Maria Cristina ha informado a los de seguridad del cambio de planes y el coche la espera fuera. Se resiste a quitarse las gafas: no lleva colorete, pintalabios ni rímel. Ha llegado a una edad en la que, sin maquillaje, se siente desarmada. Y la belleza de la modelo china, cuya relación con Nicola Sarti no conoce, la tiene aún subyugada.

Se quita el gorro y, al final, también las gafas.

El bar es una salita cuadrada sin ventanas. Unas lámparas de latón con pantalla de tela verde ponen pinceladas de luz sobre el revestimiento de madera y los bancos de piel gastada que hay delante de las mesas redondas. La barra de madera maciza con tablero de mármol ocupa un testero. Tras ella hay un espejo modernista cubierto por una pirámide de botellas de licor polvorientas. A ambos lados, sobre columnas de mármol negro, hay posados dos pavos reales de bronce, con su penacho y una larga cola dorada.

–¡Es precioso, Nicola! –dice ella–. Parece que estemos en Londres en los años cuarenta o en un hotel colonial de Hong Kong.

–Decidí comprar el hotel por el bar. –Nicola Sarti mira a un lado y al otro, satisfecho–. Puede ser un lugar especial donde tomarse un buen cóctel.

–Sí, pero no se te ocurra cambiarlo.

–Claro, se queda como está. –Nicola Sarti pasa detrás de la barra, enciende una lámpara y le dice, imitando a un barman–: Señora Palma, sea bienvenida al hotel Piccola Britannia. Su presencia nos honra. ¿Qué va a tomar? –Se vuelve hacia las botellas sucias, en las que no quedan más que culos y costras–. ¿Puedo envenenarla? Podría

usted gritar, retorcerse y morir sin que nadie se diera cuenta.

Maria Cristina lo mira desconcertada, sin saber si bromea.

–¿Quién es usted? ¿El camarero de...? –Quiere decir *El resplandor*, pero no se acuerda y concluye–: ¿... alguna película de terror?

Nicola Sarti abre un pequeño frigorífico.

–Creo que tengo algo para la señora. –Y, con una sonrisilla maliciosa, saca una botella helada de champán–. Rosé Brut «Cristal» Louis Roederer 2013.

Maria Cristina se encarama al taburete con un saltito ágil, sintiendo que la sorpresa la excita.

–¡Ostras! Parece carísimo.

Todo en la vida de la mujer del primer ministro está programado y convenido, y esta comida imprevista, en este hotel abandonado, en compañía de un ex que la complace y la corteja, la hace emocionarse como se emociona una jovencita con su primera cita.

–Lo de la comida ya está peor –continúa Nicola Sarti–. Tenemos una bolsa de brotes verdes, un tomate pasado y una lata de maíz. Si te parece, pedimos algo en el japonés de al lado y mientras nos tomamos el champán.

Ella se asoma, acodándose en la barra.

–¿Ensalada? Perfecto. Es lo que como todos los días.

Él le enseña el tomate.

–¿Y tomates pasados?

–Y tomates pasados. Déjame a mí, que veo que no te enteras.

Maria Cristina quiere demostrarle que no ha cambiado, que sigue siendo la Seca de siempre.

–Las primeras damas no hacen ensaladas.

–No soy primera dama. La primera dama es la mujer del presidente de la República. Yo solo soy la mujer del primer ministro y hago ensaladas riquísimas.

Abre la bolsa. Los brotes están algo mustios.

–Pues la leyenda cuenta que los Mascagni tienen ejércitos de criados, casas en todas partes y una finca en el campo en la que viven ejemplares de animales que se extinguieron hace mucho.

–Sí, es Jurassic Park, criamos dinosaurios.

Nicola Sarti descorcha el champán, Maria Cristina encuentra platos y cubiertos en un aparador y aliña la ensalada con aceite y sal.

Él sirve dos copas y le da una a Maria Cristina.

–Por nosotros y por esta increíble..., no sé cómo llamarlo, ¿coincidencia, fatalidad, destino?

–¿Reencuentro?

Se miran fijamente y entrechocan las copas.

–He de reconocer que con los años te has vuelto más interesante –dice Nicola Sarti, apurando el champán de un trago.

–O sea, ¿que de joven no lo era? –pregunta ella, fingiéndose ofendida.

–No, pero la vida nos marca y nos hace más interesantes.

Maria Cristina se moja un poco los labios.

–No te rías de mí. Estoy horrible. Ni siquiera voy maquillada.

–Da igual. Sigues teniendo tus ojos de gato. Es lo que me conquistó. –Nicola Sarti mira la ensalada con desconsuelo–. En cuanto haga menos frío, te invito a una comida digna de una primera dama..., perdón, de la mujer del primer ministro. En mi hotel de Pomezia voy a tener a un chef brasileño, un genio. Comeremos en la playa.

–Si querías impresionarme, ya lo has hecho con el Piccola Britannia.

Y con la punta de un zapato se quita el otro para que el dedo contuso respire un poco.

Perfecto. A él le gusta hablar, y a ella, callar.

Nicola Sarti está contando que dio la vuelta al mundo en un catamarán, un día perdió las velas y estuvo a punto de palmarla. Está pletórico, los éxitos lo excitan, se siente realizado en el trabajo y va por la vida como si se paseara por Disneylandia. O tal vez sea una pose y lo que quiera es conquistarla. Da la impresión de que hace mucha vida al aire libre, tiene la piel tostada y unas finas patas de gallo. Tiene las manos grandes y, además del Rolex, lleva unas pulseras de tela. Maria Cristina se felicita a sí misma, ya entonces tenía buen gusto. Se pregunta si tendrá pareja. De la modelo china no hay que preocuparse, es una inversora con quien está haciendo negocios en el lago de Como.

Caterina no para de llamarla –nota que el móvil vibra– y lo único que ella quiere es buscar en internet para saber más cosas de Nicola Sarti.

Él empieza a contar recuerdos del crucero. En Panarea evitaron que una lancha motora cuya ancla se había soltado chocara contra las rocas. El propietario los invitó a comer y Alessio quiso ligarse a la hija. Maria Cristina ríe, pero apenas recuerda, solo le han quedado imágenes de aquel viaje, como eslabones rotos de una cadena que yace oxidada en el fondo del mar.

–¿Y Alessio? –lo interrumpe–. ¿Cómo era para ti, que eras su amigo? Yo, como hermana menor, lo veía como un dios.

–Estaba loco de remate, pero era simpático –dice él, llevándose a la boca una hoja de lechuga–. Entonces ¿no te acuerdas de lo nuestro?

–Poco, la verdad –se ve obligada a reconocer.

–Nos dimos el primer beso en Stromboli la noche de San Lorenzo, contando estrellas fugaces.

–Sí, y me besaste con la excusa de que pedías un deseo.

–¡Ajá! Veo que eso no lo has olvidado.

Maria Cristina cambia de expresión y suspira.

–Me sentí muchos años culpable por haberme ido a mitad de viaje. Si me hubiera quedado, a lo mejor Alessio no habría muerto.

–No digas eso. No querías irte. En Lípari llorabas. Además, no habrías podido controlar a tu hermano. –El hombre menea la cabeza y da un trago de champán–. Nadie podía controlar a Alessio. Y, en cualquier caso, el destino dará vueltas, pero siempre llega a donde quiere. –Ella lo mira sin entender–. Tu hermano se lo buscó. Siempre tenía que llegar al límite y, cuando llegaba, aún quería dar un paso más, ir más allá de sus posibilidades. Siempre era el que se lanzaba al agua desde más alto, buceaba más hondo aguantando la respiración, reventaba el profundímetro cuando buceaba con bombona de oxígeno. Lo mismo hacía cuando esquiaba o escalaba sin cuerda. –Tiene la mirada perdida–. Lo echo de menos.

–Yo también.

–Por él –dice Nicola Sarti, llenándole la copa.

–No, gracias. Tengo el estómago revuelto. No veas la que lié anoche, después de vernos. Jura por lo que más quieras que no se lo dirás a nadie.

Él se lleva solemnemente la mano al pecho.

Maria Cristina recupera de pronto el don de la palabra y le cuenta que se emborrachó y vomitó en el coche porque los de la escolta no quisieron parar.

–No recuerdo ni cómo llegué a casa. –Se tapa la cara–. ¡Qué vergüenza! –De repente, sin darse cuenta, le coge la mano–. Y hoy he tomado una decisión importantísima, cosa rara en mí. Voy a salir en la tele, en el programa *Al pan, pan*. Me hacen una entrevista. Pero tengo que vencer el miedo. La tele me aterra. Y me hace sudar a chorros. Una vez estaba hablando y empapé la blusa verde que llevaba, se me veían los cercos de los sobacos. Tendré que ponerme algo blanco.

–¿Y cómo es eso? ¿Eres o no eres la hermana de Alessio?

–Es verdad, tengo que seguir su ejemplo. Yo quiero ayudar a Domenico con las encuestas. Para la gente, él y yo somos uña y carne.

–Cuenta lo del vómito en el coche y triunfas.

–¿Te imaginas? –No es absurdo lo que dice Nicola Sarti. Tiene que romper esquemas, mostrarse como es, no ocultar nada.

–Hoy en día, basta una anécdota graciosa para ganar unas elecciones. La gente vota cualquier cosa.

El móvil de Maria Cristina no para de vibrar. Lo coge.

–Perdona. –Contesta cambiando de tono–. Dime, Caterina. No, ahora no puedo. Te llamo luego. –Asiente–. Sí, lo sé. Hasta ahora. –Cuelga.

–¿Tienes que irte?
–Sí, lo siento. Tengo cita con el peluquero. Gracias por esta comida romántica. –Se encoge de hombros y pone cara de disgusto–. Me alegro de haberte visto. Este hotel será la repera.
Se pone el plumífero.
Con un gesto galante, él retira la mesa para que salga más fácilmente.
–¿Nos abrazamos?
–Claro. –Lo abraza sin apretar mucho para que no le note los pechos sintéticos–. Quedamos otro día.
–Desde luego, en la playa. Te gustará –dice él con una mirada intensa.
–Estaría bien.
–Seguro.
Maria Cristina sonríe.
–Bueno... Pues ya vemos.
–Prométemelo –le susurra él sin soltarla.
–Te lo prometo –susurra ella sin convicción.
–Tengo fotos y vídeos del crucero, ¿quieres que te los envíe?
–Claro, envíamelos. –Y esta vez le da su número de teléfono.

6

Tiene razón Nicola Sarti. Debe volver a ser la que era, la chica que estaba desatada. Y cortarse el pelo es un buen comienzo.
La mujer del primer ministro, escondida tras las gafas de sol, recorre a paso ligero la calle Condotti. Bolsos, abrigos, faldas la reclaman como con cantos de sirena desde los escaparates; ella resiste, pero está decidida: en cuanto Domenico deje el gobierno, echa mano de la tarjeta de crédito y no deja títere con cabeza. Hace dos años que no entra en una tienda y tiene mono.
Un guardaespaldas la sigue a cierta distancia. Cruzan la plaza de España entre enjambres de turistas asiáticos que se aglomeran en torno a la fuente de la Barcaza. Hay vida. Monopatines, jóvenes en skate, carrozas tiradas por caballos exhaustos, guías turísticos con señales, señoras con perritos de pelaje áspero, filas de taxis...
Maria Cristina sube corriendo la escalinata de la iglesia de la Trinidad de los Montes y desde lo alto admira la ciudad, que extiende a sus pies una alfombra de tejados, terrazas, áticos, sobreáticos y cúpulas relucientes. Roma, aquejada de trastorno bipolar, es la ciudad más desagradable y la más maravillosa del mundo.
En la calle Sistina, coches y autobuses pugnan por escapar del atasco que causan las obras viales.

La mujer del primer ministro entra en el Grand Hotel Battistoni esquivando a los porteros que custodian la puerta giratoria, cruza el vestíbulo evitando la recepción en la que se apiñan los huéspedes y se apretuja en un rincón del ascensor lleno de japoneses. Cuando sale del ascensor, en el quinto piso, se halla ante una puerta plateada en la que hay incrustadas unas grandes tijeras de oro, bajo las cuales se lee: HAIR STUDIO DE DIEGO MALARA.

El *hair sculptor* Diego Malara es un pedazo de hombre que mide más de dos metros de altura. Lleva una gran barba de pelos grises y ondulados como panocha y el cráneo ovoide perfectamente rapado, con lo que parece un místico ruso. Gasta un caftán beis con bordados de oro en las mangas. De joven jugaba al baloncesto en el Planet Sport Catanzaro. Cuando Maria Cristina lo conoció era un joven desarraigado, mozo de un peluquero famoso. Ahora, veinte años después, es una estrella de la televisión y tiene una línea de productos de belleza. Por sus tijeras de oro (de oro rigurosamente macizo) pasan actrices, presentadoras, modelos y todo aquel que pueda permitírselo.

Abraza a Maria Cristina con su estudiada y habitual rudeza.

–¿Por qué vas vestida tan hortera?

Lleva unas gafas graduadas gruesas y anticuadas.

–Porque voy de incógnito. Me he recorrido todo el centro. Nadie me ha reconocido.

–Genial.

Maria Cristina nota algo raro en la boca del peluquero. Debe de haberse arreglado los dientes, porque lleva dos arcos de esmalte blanco que parecen dos bidés de Richard Ginori.

–Dime, querida, ¿qué te hacemos?

–Se me ven las raíces. Con decirte que anoche tuvo que teñírmelas con rímel una india en un váter.

–Querida, ¿cuántas veces te he dicho que el pelo crece un centímetro y medio al mes? ¿Cuánto hace que no vienes?

–No lo sé... Tres semanas.

–Pues echa cuentas, querida. En cuanto acabe con la Naselli, le digo a Chantal que te coja.

Maria Cristina lo mira a los ojos, unos ojos árabes, sin esclerótica, hundidos en las órbitas moradas.

–Hoy he tomado una gran decisión. Voy a ir a *Al pan, pan*. ¿No crees que sería mejor hacerme otro corte, diferente?

Maria Cristina siempre lleva el pelo como Kate Middleton, para entendernos, perfecto para todas las ocasiones públicas. Raya en medio, escalonado en forma de uve, teñido de castaño con mechas color caramelo que se difuminan en las puntas.

Diego se queda boquiabierto.

–Querida, dime que lo dices en serio.

–Te lo juro.

–*You made my day* –dice Diego aplaudiendo. La coge, la coloca bajo un foco como si fuera un maniquí, le revuelve la melena, da la vuelta alrededor de ella, con la mano en la barbilla, ceñudo, como Miguel Ángel daría la vuelta a un bloque de mármol, se saca del bolsillo una tableta y busca algo en ella–. Mira.

Le enseña una foto en la que se ve a Rosamund Pike como aparece en la película *Perdida*, con una media melena rubio platino que le llega justo por debajo de la mandíbula y cuyas puntas siguen la forma de la barbilla. Lleva la raya a la izquierda y un largo mechón que le enmarca la cara y deja la oreja a la vista.

–Querida, con este pelo arrasas –dice Diego Malara, exaltado–. Serás como un meteorito caído en la tierra, fíate.

–¿Rubia? ¿Seguro?

El peluquero se encoge de hombros.

–Rubia, querida.

–Pues rubia –aprueba la hermana de Alessio.

Ahí tenemos, una hora después, a nuestra protagonista, ya teñida y con papel de aluminio en la cabeza, lista para convertirse en un ser frío y despiadado como la mujer fatal de *Perdida*. A su lado está sentada Miriam Naselli, conocida por su interpretación de la inspectora sorda Rina Romolo en la serie de televisión *Apuesta arriesgada*, que duró cinco temporadas. La serie se canceló por falta de audiencia y ahora la actriz no encuentra papeles. Maria Cristina la sigue por Instagram, donde la mujer se ha reinventado en forma de guía de viajes espirituales, da clases de yoga desde la habitación de sus hijos y hace publicidad de infusiones, barbacoas y marcapasos.

Se conocen poco, pero fingen ser amigas porque en el gineceo de Diego Malara todas las mujeres, siendo ricas y famosas y, en general, estando de buen ver, son amigas.

La Naselli le ha confesado que tiene la menopausia y que se ha vuelto daltónica, y no sabe si las dos cosas guardan relación. Ahora está hablando de sus seguidores.

–Les he planteado una pregunta facilísima: ¿conviene decir «Te quiero» a las personas a las que queremos? He recibido miles de repuestas superinteresantes. Algunos dicen cosas superpoéticas, hay una energía increíble en internet, que habría que encauzar de algún modo, escribiendo un libro, por ejemplo. Tú que conoces...

Maria Cristina apenas la escucha, está tratando de convencerse de que teñirse de rubio no ha sido una tontería. ¿No parecerá más vieja?

¿Qué dirán en las redes?

Otro chorro de palabras de Miriam se le cuela en el cerebro.

–Yo creo que hay que decirlo alto y claro. Cuando pronunciamos la palabra *amor*, cambiamos las moléculas del universo. Tenemos en nuestras manos ese tremendo poder.

Maria Cristina vuelve a abstraerse. En cuanto llegue a casa comunicará que ha decidido aceptar la entrevista. Querrán disuadirla, pero ella no cederá. Debe persuadirlos de que es una oportunidad para el gobierno.

La voz nasal de Miriam Naselli sigue abriéndose paso, molesta como un tábano.

–La espirulina es muy buena. Tiene proteínas, aminoácidos y omegas de todo tipo. Es un alga que se puede cultivar en casa. Es facilísimo: compras un acuario, lo llenas de agua y echas esporas de espirulina, que crecerán y formarán bolitas así... Por cierto, ¿qué te pones en la piel? La tienes radiante.

–Crema –dice Maria Cristina distraída, y de pronto le llega un mensaje.

CATERINA
Dice la Reitner que has aceptado la entrevista.
¿Es verdad o se lo inventa? ¿Me llamas cuando
puedas?

Va a contestar, pero le llega otro mensaje. ¡Qué comida tan agradable! La próxima, en la playa. Y solos también, claro. Un gran abrazo, Nic.

Es de un número desconocido. Una sonrisa asoma a sus labios y guarda el número de Nicola Sarti.

Diana Brinzaglia le sale al paso. «Seguro que tu amiguito busca algo. Recuerda que eres un medio con el que entrar en contacto con el primer ministro.»

No, Nicola Sarti no es de esos. Si quisiera algo, se lo diría. Por fin conoce a alguien que no es como los miserables ministros de turno, con maleta con ruedas y esposa en Macerata.

MARIA CRISTINA
Me encanta la lechuga pasada. Gracias a ti.

NICOLA SARTI
Como te prometí, unos recuerdos:

Llegan dos fotos.

En la primera se ve a la tripulación del *Nasquira* sentada en la

bañera de proa: su hermano, Davide, Filippo, Mao, otro cuyo nombre no recuerda y ella, que está delgadísima y bronceada. En medio, en la mesa, se ven restos de sandía y una olla con una masa reseca que parece pasta con habichuelas. Todos tienen una lata en la mano y brindan mirando a cámara. En la segunda foto se ve a Alessio, solo, a horcajadas sobre la botavara, reparando la vela mayor.

MARIA CRISTINA
¡Madre mía, qué jóvenes y felices éramos! ¡Qué nostalgia!
¡Y qué guapo era Alessio! 😱😱😱

NICOLA SARTI
Siempre fue el más guapo.

MARIA CRISTINA


Más fotos. En una están en el agua, jugando al balón. Está tomada desde el barco y, entre tanta salpicadura, apenas se ve lo que hacen, aparte de divertirse. En otra se los ve en un puerto, van descalzos, cargados de bolsas de comida, y ella lleva un enorme cruasán. Otra foto está hecha de noche, al fondo se ven unas luces rojas y, deslumbrado por el flash, Nicola Sarti parece un conejo cegado por los faros de un coche. En otra se la ve a ella, Maria Cristina, con un sombrero de paja, sentada a una mesa con un plato de espaguetis delante y un perrillo a los pies que espera que le eche algo. En otra se ve a Alessio en una tabla de surf con Mao. La emoción le oprime la garganta al verse a sí misma con su hermano, los dos huérfanos felices, lejos de los abuelos, con toda la vida por delante.

MARIA CRISTINA
¡Qué bonitas! ¡Gracias! No sabes la alegría que me das. Estoy emocionada.

–¿Qué tal, bellas damas? –Maria Cristina levanta la vista de la pantalla del móvil y mira al peluquero, que lleva un trozo de pizza con jamón que parece un ladrillo–. Es mi merienda. El bar de abajo, que quiere destrozarme el cerebro. –Posa el trasero en una silla con ruedas y ejecuta un giro–. Estaba pensando, Maria Cristina, que podrías echarme una mano con la asociación.

–¿Qué asociación? –pregunta Miriam Naselli.

–La de peluqueros, o estilistas, como ellos prefieren llamarse, los muy cursis... He pensado que podríamos promocionar nuestro oficio

yendo a lugares degradados, como cárceles, centros de acogida, en Lampedusa, por ejemplo, y zonas de prostitutas, como la avenida Salaria, no veas la de putas que veo allí cuando voy a Todi... O sea, podríamos ir y cortarles el pelo a estas pobres, maquillarlas, hacernos unas fotos y difundirlas... A mí me parece..., esto... –Hace una pausa reflexiva–. Me parece una buena idea.

–¿Buena? ¡Es buenísima! Es una idea genial. –Miriam Naselli da palmas, muy contenta.

Maria Cristina se afloja el peinador que le oprime la garganta.

–Sí, claro, buena iniciativa –dice poco convencida, con un ojo puesto en el móvil. Está llegándole un vídeo.

–Podría promoverla el gobierno –añade Diego Malara–. No digo con dinero, pero que se diga eso de «con el patrocinio de...».

El circulito de la descarga se completa lentamente. Hay poca cobertura.

–Yo creo que también tendrían que participar actores –dice Miriam, por alusión a sí misma–. Peluqueros famosos, actores y vagabundos. No veas los que duermen en mi calle. Me los encuentro incluso en la escalera. Hay una mujer que es fantástica, va elegantísima...

El circulito se ha completado.

Maria Cristina pone el vídeo. Se ve oscuro y más bien borroso. Lo primero que aparece es el pecho desnudo, masculino, de quien ha encendido la cámara. Cuando se aleja, Maria Cristina reconoce, a contraluz, la silueta de Nicola Sarti. Está en el camarote principal. El ojo de buey, abierto, ilumina la cama de matrimonio en la que ella misma está sentada, con las piernas cruzadas, sin sujetador..., no, está desnuda, y tiene una botella de cerveza en la mano; sonríe, se pone de rodillas y con el dedo le hace señas a Nicola Sarti de que se acerque.

Él se baja el bañador y se le ven las nalgas blancas.

–Podríamos ir, ¿tú qué dices, Maria Cristina?

La mujer del primer ministro oprime el móvil contra el regazo. Siente como si una mula le hubiera dado una coz en el pecho y millones de agujas le pincharan en las piernas y le subieran por el espinazo hasta la nuca. Aprieta los párpados, las luces del salón parpadean, con un hilo de voz susurra:

–¿Qué? No entiendo.

Diego Malara se pone en pie y arroja la servilleta a la papelera.

–Decimos de ir a hablar con Domenico, creo que es lo mejor.

–Voy al baño. –Maria Cristina se dirige a la salida con el peinador puesto y el papel de aluminio en la cabeza.

–¡Por el otro lado! –le grita el peluquero.

Pero ella no oye, los oídos le zumban con un sonido metálico y el salón, con sus butacas de piel roja, sus espejos con focos, sus estantes de cristal tallado con productos en fila, su moqueta espesa, sus

lámparas de color ámbar, le desaparece y reaparece como si la vista le fallara. Maria Cristina llega a la puerta, que se abre automáticamente, y sale. Siente que el teléfono le quema. Llega al ascensor, pulsa el botón. Los números azules de los pisos suben y bajan, ninguno se para. Ve la salida de emergencia, que el terciopelo azul que reviste las paredes camufla, empuja la barra y echa a correr escalera abajo. Con las luces de neón, las paredes color amarillo chillón la deslumbran, tropieza, está a punto de caer, sigue bajando.

Los neurobiólogos llaman a esto «reacción de huida». Se produce cuando la médula suprarrenal segrega hormonas como la catecolamina, la testosterona, el cortisol, la dopamina y la serotonina. Ante una amenaza externa, los animales producen este tipo de drogas endógenas que los ayudan a reaccionar pronto.

Un par de plantas más abajo, Maria Cristina se topa con un carro cargado de productos de baño, plumeros, toallas que le corta el paso. Intenta apartarlo y no puede, y, como pasar por el lado es imposible, porque no hay espacio, intenta pasar por encima, tirando acondicionadores, champús y pantuflas de paño.

–¿Qué hace usted? ¡Baje de ahí! –la intima una mujer rusa o polaca, del Este, en fin, que se asoma por la rendija de la puerta–. ¡Bájese! –El carro, atravesado, le impide pasar. Empieza a maldecir en su idioma.

–Usted perdone... Lo siento. –Maria Cristina empieza a recoger las cosas que han caído al suelo–. Es que tenía que pasar.

–¿Por qué no ha cogido el ascensor? –La camarera intenta inútilmente colarse por la rendija de la puerta.

Maria Cristina trata de retirar el carro.

–Vale, subo, no pasa nada, usted perdone, me he equivocado.

–¡Quieta! –ordena la rusa, que da un empujón con el hombro y logra pasar–. ¡Jesús, María y José! ¡Usted es Pamela!

–¿Pamela?

–Sí, Pamela, la cantante.

–No, no soy Pamela, la cantante. –Maria Cristina niega vigorosamente con la cabeza.

La mujer de la limpieza no se convence.

–¿Seguro?

–Seguro. –Maria Cristina retrocede y se dispone a subir por la escalera.

–Pero es famosa. –La mujer de la limpieza le corta el paso.

–Soy... –Maria Cristina está a punto de romper a llorar–. Soy una...

–Yo sé quién es. –El rostro se le ilumina–. Es usted la mujer del presidente de la República, no diga que no.

Maria Cristina se sienta abatida en un escalón y la mira suplicando un poco de cristiana piedad.

–Déjeme sola, cinco minutos, solo cinco minutos.

–Claro, no quería molestarla. –La rusa ha cambiado de tono–. ¿Me firmaría un autógrafo para mi hijo? Se llama Andréi, tiene veintidós años y está enamorado de usted. Tiene una foto suya al lado de la cama. –Saca un cuaderno y un bolígrafo y los deja en un escalón–. Ahora vengo. Gracias y perdone.

Maria Cristina se pasa la mano por el cuello. El tinte le chorrea por todas partes.

Respira hondo y le da al play.

Nicola Sarti se tumba sobre unas sábanas sucias, entre cajas de galletas, camisetas arrugadas, trajes de baño mojados, envoltorios de pizza y tarrinas de helado, mira al objetivo, no está seguro del enfoque y se levanta, gira la cámara y vuelve a la cama, coge de la mesita una botella de cerveza a la que le queda la mitad, da un trago y se la pasa a Maria Cristina, que está desnuda, lisa como una tabla, tostada por el sol, con el pelo lacio y seco de sal, y unas pulseras de colores en las muñecas. Siguen pasándose la cerveza como si quisieran armarse de valor. Maria Cristina, que está de rodillas, se la acaba, infla las mejillas y rocía de cerveza a Nicola Sarti, suelta una carcajada, se tapa la cara y dice que no con la cabeza.

Nicola Sarti se pone de rodillas, empieza a besarla en la boca y la tumba, ruedan por las sábanas sin dejar de besarse, sumidos en esa penumbra sofocante, ella le pasa la mano por el pelo, pero él, mirando a cámara, se la coge y la lleva hacia sus partes, donde ella la deja un momento, como olvidada, hasta que de pronto le coge el miembro y empieza a masturbarlo. Al pene le cuesta ponerse duro y se ve la cara de Nicola Sarti que aparece y desaparece más allá de las paletillas delgadas de Maria Cristina, que vuelve la espalda y sus partes íntimas a la cámara.

Él le susurra algo señalando el objetivo y haciéndole señas de que se vuelva. Maria Cristina, acometida de una risa nerviosa, parece indecisa, pero luego se pone de pie en la cama, doblando el cuello para no golpearse con el techo del camarote, se vuelve un momento a la cámara y se acuclilla sobre él. De Nicola Sarti solo se ven ahora las plantas de los pies cubiertas de migas, los muslos y el pene por fin erecto. Maria Cristina se retira el pelo por la oreja para que se le vea bien la cara y, mirando a cámara, empieza a chuparle el miembro.

La mujer del primer ministro, con el papel de aluminio en la cabeza, sentada en la escalera de emergencia del Grand Hotel Battistoni, apaga la pantalla del móvil y se lleva la mano a la cara. Intenta separarse de la pared contra la que se ha derrumbado, pero no tiene fuerzas. Con las yemas de los dedos aprieta el canto del escalón

como para cerciorarse de que los sentidos le funcionan, de que no es una pesadilla o una broma de algún cruel programa de televisión. Se obliga a seguir viendo el vídeo. Es todo el polvo, que sigue y sigue, pero cuando él empieza a darle por detrás no puede más y lo para.

Es ella, no cabe duda. Pero, ¡maldita sea!, ¿no recuerda que filmó un vídeo porno? ¿Será un episodio de amnesia? Tenía veinte años, era otra persona, estaba «desatada», como dijo la noche anterior Nicola Sarti. Ahora entiende por qué lo decía. Recuerda que le gustaba follar con Nicola Sarti y que él quería hacerlo siempre, era un joven crónicamente excitado, pero ella, con lo pudorosa que es, nunca dejaría que la grabaran. No es propio de ella, que nunca fue una exhibicionista.

Apoya la frente en las rodillas y siente algo ácido que le sube por la garganta.

Debía de estar drogada. Pero ella odia las drogas, se habrá fumado tres porros en su vida. Nicola Sarti pudo haberle dado alguna de esas drogas de sumisión química. Pero, por lo que ella sabe, estas drogas nos vuelven pasivos, nos someten a la voluntad ajena, y a ella se la ve muy activa, actuando por propia voluntad, mirando al objetivo.

–No puede ser –suspira.

Los mensajes han cesado. Después de enviarle el vídeo, Nicola Sarti no ha añadido nada.

Aunque, donde está, el teléfono no tiene cobertura.

–¡Dios mío! –dice con una voz que no le parece suya.

La cosa es tan inconcebible, tan absoluta, que no sabe ni lo que siente, está como atontada, la cabeza le hierve como una olla, el tinte le pica.

Su hija, su marido, Italia, el mundo, el fin.

Mira la hoja en blanco que le ha dejado la rusa. La coge y escribe: «A Andréi con cariño, Maria Cristina».

Sube la escalera.

Un cuarto de hora después, Maria Cristina está sentada junto a un aparato de aire acondicionado en la azotea del Gran Hotel Battistoni. Se coge el dedo gordo herido y se lo acaricia mirando al cielo, que es de un azul muy intenso. Cerca de la baranda se eleva una torre llena de antenas y parabólicas que proyecta su sombra sobre el piso de terrazo sucio. A la izquierda hay una caseta con la puerta de metal marrón abierta en la que antes había unos depósitos de agua y cuyo suelo se ve ahora cubierto de excrementos de paloma.

Caterina no para de llamarla.

Nicola Sarti no ha vuelto a escribir, pero está en línea, como esperando.

¿A cuento de qué le envía ese vídeo, después de veinte años? ¡Coño, que es la mujer del primer ministro! ¿Es casualidad que este sujeto aparezca ayer y hoy, que se lo encuentre delante del centro de masajes?

No, no tiene sentido.

Cuando su marido tomó posesión del cargo, la aleccionaron muy bien sobre cómo usar móviles y ordenadores, sobre ataques informáticos, correos electrónicos sospechosos, piratas informáticos y demás. Filippo Pottino, el jefe de seguridad, consideraría que un vídeo de ese tipo es un ataque al Estado. Tiene que decírselo. Y tiene que enseñárselo. Solo de pensarlo se muere de vergüenza. Se deja caer de rodillas, desesperada.

Un momento. Antes tiene que hablar con Nicola Sarti, oír lo que tenga que decir, entender lo que ocurre.

–¡Pues claro! –Pero con calma, como si no pasara nada. Se pone en pie y da tres vueltas sobre sí misma, inspirando y espirando. Lo llama. El teléfono suena, pero nadie responde. Espera hasta que salta el contestador. Cuelga. Da un grito, le dan ganas de tirarse de los pelos, clavarse las uñas en el cuello, arrancar las antenas. Vuelve a llamar. Contestador. Vuelve a llamar. Contestador. Vuelve a girar sobre sí misma. Tiene la cara, el cuello manchados de tinte, el móvil embadurnado. Se asoma por la baranda. Abajo, la calle Sistina parece una alfombra de chapa que pita y pita.

Suena el móvil.

Contesta sin mirar:

–¡¿Sí?!

–¡Hola! –dice Caterina–. ¡Por fin! ¿Dónde diablos te metes? –No se tiene de pie–. ¿Te has vuelto loca, Maria Cristina?

No es él. Quiere cortar, pero no lo hace.

–Estoy en la peluquería, tiñéndome el pelo.

–Los de la escolta están buscándote.

–Estoy en el tejado. No me sentía bien.

–¿Qué te pasa? –pregunta la secretaria, preocupada.

La mujer del primer ministro se agarra al cable de una antena y empieza a tirar.

–Nada, me ahogaba. Ya estoy bien. –Ve con sorpresa que sigue siendo capaz de relacionarse con el prójimo, de mentir, y eso es señal de que no todos los plomos mentales le han saltado.

–¿Seguro?

–Sí, ya bajo.

–Acabo de avisarlos, van para allá. Otra cosa: la Reitner acaba de decir en Twitter que el martes que viene vas a su programa, ¿es verdad?

–Sí. –Se oye de fondo el sonido de una llamada entrante–. Perdona,

hablamos luego. –Corta la comunicación y responde–: ¡Diga!

–Soy yo, tenía el móvil en silencio –dice Nicola Sarti.

–Hola. –Maria Cristina balbuce las primeras palabras que se le ocurren–. ¿Qué tal?

–Bien, ¿y tú?

–Bien. Todo bien. Una cosa... –Procura hablar en un tono ligero, de pura curiosidad–: ¿Qué es ese vídeo?

–¿Qué es? Fue el último día, antes de que te fueras. Espera... –Baja la voz como si temiera que lo oyeran–. ¿No te acuerdas? Lo del vídeo porno...

Maria Cristina se sienta en el suelo, apoya la espalda en la baranda y, tirando con fuerza, arranca el cable de la antena.

–No. ¿Qué vídeo porno?

–Íbamos a filmar un vídeo porno y hacernos ricos. Lo decíamos en broma, pero luego los demás bajaron a tierra y nosotros lo grabamos. ¡Maria Mamada, mujer!

Sin aire en los pulmones, pregunta con voz ronca:

–¿Maria Mamada?

–¡Tu nombre artístico! Decías que sería tu nombre de estrella del porno.

La mujer del primer ministro italiano tiene ganas de vomitar.

–No, te lo juro por Dios, no me acuerdo.

Nicola Sarti suelta una sonora carcajada.

–Ya lo suponía, estábamos bastante borrachos.

–¿Y con qué lo grabaste? –le pregunta por preguntar, con la sensación de que camina sobre vidrios descalza y con los ojos vendados–. ¿Había móviles entonces? ¿Tenían cámara? No creo...

–Usé una Sony profesional. Era mi sueño, ¿no te acuerdas? Ser director de cine. Conservo todos los vídeos que hice en el barco, incluso el de cuando pescamos atún en plena travesía. Es buenísimo. Te lo enviaré.

–De eso sí me acuerdo. De esto no. –Siente que le sale toda la irritación. Diana Brinzaglia le sugiere que se calme–. ¿Y por qué lo tienes en el móvil? No lo entiendo.

Él contesta después de una pausa.

–He pasado todas las cintas a digital. Lástima que se vean tan mal.

Maria Cristina se levanta y empieza a dar vueltas como un burro atado a un palo. Le cuesta hablar, traga saliva.

–Pero explícame, ¿por qué vas por ahí con el vídeo en el móvil?

–En realidad acabo de pasármelo del ordenador. Los tengo todos ahí. –Oye la respiración agitada de Maria Cristina y se interrumpe–. ¿Qué te pasa? ¿Estás impresionada? Somos tú y yo...

Ella hace un gesto irritado.

–¿Que si estoy impresionada?

–¿No te ha gustado?

–Nada de nada. –Le tiembla la voz–. Es más, estoy aterrada, estoy a punto de desmayarme.

Agacha la cabeza y rompe a llorar.

–¿Maria Cristina? Maria Cristina, ¿qué te pasa? –le pregunta Nicola Sarti.

Ella se sorbe los mocos.

–No es nada, perdona.

–¡No, joder, perdóname tú! Lo siento. No pensé que... Perdona –repite mortificado.

–¿No pensaste qué? ¿No te das cuenta de lo que ocurriría si vieran el vídeo? ¡Soy la mujer del primer ministro!

–Sé quién eres. Pero ¿por qué había de verlo nadie?

Maria Cristina no tiene claro si está actuando o es que de pronto ha entendido lo inoportuno que ha sido. Pero, de todas maneras, o es tonto o es un cabrón.

–Además –carraspea–, ¿quién me dice a mí que no se lo enseñarás a nadie? Imagínate si lo suben a internet.

–Te hago notar que yo también salgo en el vídeo. Tengo una ex que me odia y dos hijos pequeños. Han pasado veintidós años y no se lo he enseñado a nadie, ¿por qué iba a hacerlo ahora? –Maria Cristina se detiene, mira las gaviotas que sobrevuelan los tejados, se ha quedado sin palabras–. De verdad que lo siento –repite él, ablandándose–. Estoy avergonzado, en serio. No pensé que te lo tomarías así.

–Bórralo, por favor.

–Lo borro, te lo juro.

–Tiene que desaparecer todo, el casete también, destrúyelo, por favor, Nicola.

–Ahora mismo lo borro del móvil y del ordenador y esta noche quemo el casete. Tienes razón, he sido un imbécil. He empezado a enviarte fotos, he visto el vídeo y me he dicho: a ver qué le parece.

Maria Cristina se asoma a la calle.

–¿Qué creías, que iba a excitarme?

–Sí, quizá, no lo sé...

–Casi me muero.

–¿Me perdonas?

–Sí. Pero no hablemos más. Bórralo.

–Te lo juro. Pero no quiero que esto lo estropee todo. Hoy lo hemos pasado muy bien.

Maria Cristina siente un cansancio enorme, el frío la ha calado hasta los huesos. Suspira:

–Sí.

–Prométeme que nos veremos, no me me quites la ilusión.

Está extenuada.

–Te lo prometo. Pero ahora... –No sabe qué decir, pero no piensa volver a quedar con semejante gilipollas. En ese momento aparecen por la puerta de la escalera los de seguridad y, mirando a un lado y otro, ejecutan lo que Maria Cristina llama «el baile del chimpancé». Uno hasta ha desenfundado la pistola. Les hace señas con el pulgar de que todo va bien y solo está hablando por teléfono. Los otros esperan a unos metros de distancia–. Ahora tengo que dejarte –concluye Maria Cristina.

7

Irene Mascagni rodea a su madre, que está tratando de resolver un problema de matemáticas.

–Vamos a ver, ¿cuántos tornillos ha comprado el carpintero?... Siéntate, por favor, que me mareas.

–Mamá, en serio, estás muy rara. No pareces tú. –Le toca el pelo para asegurarse de que no es una peluca–. Rubia. ¿Por qué te has teñido?

–Ya me lo has preguntado diez veces –resopla Maria Cristina.

–Querías cambiar, pero ¿por qué?

–Siéntate, no hagas que me enfade.

–¿Para que las dos seamos rubias?

–Por favor –le ruega–. ¿Qué quiere hacer el carpintero con tanto tornillo?

Irene se sienta al fin. Es alta para los diez años que tiene y, como Maria Cristina cuando tenía su edad, es la más alta de su clase. El pelo largo y fino le cae hasta la mitad de la espalda, tiene la tez más clara que su madre y los ojos azules. Es como la versión nórdica de Maria Cristina.

La madre se frota los ojos.

–Haz estas fracciones, venga. –Lo único que quiere es meterse en la cama y poner fin a ese día horrible.

–Pero ¿por qué te lo has cortado? ¿No te bastaba con teñirte de rubia? Pareces más vieja.

–Mira, señorita, ya me he cansado.

Maria Cristina deja el bolígrafo en la mesa y se mira en el cristal del mapamundi que cuelga de la pared de la habitación de su hija. Diego Malara ha podido remediar de algún modo el desastre que ha hecho al dejar que el tinte se le secara en el pelo, pero se ha enfadado mucho. Le ha dicho que se quedó preocupadísimo y que echó a perder todo su trabajo. Pero Irene tiene razón, parece más vieja. La cara se le ha afilado y endurecido, hasta el punto de que parece que se la haya operado.

–Dirán que te has vuelto loca –continúa Irene sin piedad, garabateando en el cuaderno.

–¿Por cortarme el pelo? ¿Y quiénes lo dirán?

–En internet.

–¿Y tú qué sabes?

–Clara tiene móvil y me enseña Instagram, donde salen todas las fotos de tus admiradores –dice la niña con aire de sabionda.

Sí, está perdiendo a su hija. Tarde o temprano debía suceder, pero ¿por qué precisamente ahora? Solo le permiten ver una película a la semana por la tele y nunca sola. No tiene internet ni móvil. Greta, la niñera alemana, la controla en casa, pero en la escuela está a merced de los compañeros que tienen móvil y cuentas en redes sociales. Hasta ayer era una chiquilla del siglo pasado, a la que le encantaba leer novelas fantásticas y cuidar animales. Su padre le regaló un microscopio en su cumpleaños y ella se pasaba los días mirando hormigas y artemias que guardaba en un frasco y haciendo fotos con su Polaroid. Domenico, para hacer rabiar a Maria Cristina, la llama Kasparina, por alusión a Kaspar Hauser, el joven que, a principios del siglo XIX, se crió en un establo y no vio a ningún ser humano hasta que fue mayor de edad.

De un tiempo a esta parte, Irene ha cambiado, pide que le compren un móvil, quiere ver series de televisión, hace cosas raras. Empieza a ser adolescente. Y solo tiene diez años, ¿cómo será cuando tenga dieciséis?

–Ya vale, se acabó. Termina tú sola los deberes.

Maria Cristina se levanta y coge el móvil de la mesa.

El vídeo sigue ahí.

Al salir de la peluquería, de camino a casa, oculta por los cristales tintados del coche, pensó en eliminarlo, pero luego comprendió que no debía.

Es una prueba.

Tendría que decírselo a Domenico, pero le da mucha vergüenza. Además, conociendo el miedo que les tiene a los escándalos, sería capaz de tirarse por la ventana.

Está segura de que Nicola Sarti tampoco ha borrado el vídeo. La pregunta es: ¿qué interés tendría en hacerlo público? Ha mirado en internet y ha visto que es un empresario de éxito. Se lo juega todo. Y por teléfono le ha parecido sinceramente arrepentido.

Diana Brinzaglia no es tan optimista. «No hay ningún motivo para estar tranquilas. Ese guaperas se folla a la mujer más guapa del mundo, que además es la mujer del primer ministro, ¿y no se lo dice a nadie? A alguien le habrá enseñado el vídeo, seguro.»

Se lo imagina enseñándoselo a sus compañeros de fútbol en el vestuario. No, no es propio de él. No puede ser tan cabrón. Eso sí, el

hecho de que le envíe ese vídeo junto con las fotos de las vacaciones, de su hermano muerto, demuestra que es un bruto sin ninguna sensibilidad.

Pensando estas cosas, la mujer del primer ministro recorre el largo pasillo que comunica las dependencias de los amos de la casa con las de la servidumbre. El suelo es de baldosas esmaltadas que se combinan con azulejos romboidales de flores de Vietri. En las paredes alternan cuadros de *macchiaioli* con grandes apliques de terracota azul. En la cocina, Daisy está limpiando una coliflor en la encimera de mármol negro. Fuera, más allá de la terraza, el cielo aún luminoso tiñe de púrpura la fachada de los edificios. Más arriba, unas nubes de color de mercurio se destacan sobre el fondo claro del cielo. Es la hora de las gaviotas, que vuelan a cientos, describiendo amplias rondas, depredadores metropolitanos que llenan la ciudad de chillidos estridentes y de excrementos.

Maria Cristina abre el frigorífico en busca de algo con lo que desahogar su frustración, pero no encuentra mucho. Además de un queso fresco desnatado, unos yogures de soja, dos aguacates duros y un poco de achicoria hervida, hay sobras de pollo cocido. Ve un tarro de altramuces de aspecto lúgubre y empieza a pelarlos, guardando las cáscaras en la mano.

–Daisy, esta noche no ceno. Dale de cenar a Irene y acuéstala, por favor. Hoy no viene Greta.

Coge el ordenador portátil. En unos minutos tiene una videoconferencia con Domenico, Caterina y Dino Berti, uno de los responsables del gabinete de prensa. No les parece bien que vaya a la entrevista.

Enciende las luces del despacho, que es una larga sala revestida de madera y estanterías, con dos grandes ventanas que dan a la terraza. En una pared hay una especie de cine, con una pantalla y unos altavoces. Un sofá de terciopelo morado y una mesa de madera que parece la cubierta de un portaviones completan el mobiliario. Desde que Domenico es primer ministro, no ha vuelto a entrar allí. Tenía este despacho precioso, una vida maravillosa, tiempo para estar con su hija, ganaba un pastón, y de pronto habló con el presidente de la República y se destrozó la vida.

Maria Cristina se sienta a la mesa y, mientras espera a que empiece la conferencia, busca información sobre Nicola Sarti. La página de Wikipedia no dice mucho. Empresario, hijo de un constructor de Como y de una maestra de escuela de Pescara, ha dirigido un consorcio internacional de propietarios de hoteles de lujo con sede en Singapur. Hace unos años inauguró una nueva cadena de hoteles. Y, por si fuera poco, es aficionado al golf, a los coches y a la vela. Ha participado en la Global Ocean Racer, aunque el barco se le hundió cerca del cabo de

Hornos. Se le atribuyen numerosas aventuras con actrices y modelos. Ha estado casado con Domitilla Dentini, con la que tuvo dos hijos (busca Domitilla Dentini: morena, tetuda, vulgar, propietaria de una explotación vinícola en Cividale del Friuli). Y poco más. Hay algunas fotos: en hoteles, con la alcaldesa de Roma, a bordo de un velero con un traje rojo durante una regata. No tiene cuenta en redes sociales. Mejor.

El aviso de Skype interrumpe sus pesquisas.

Se arregla el pelo mirándose en la pantalla y le da a aceptar. La pantalla se divide en cuatro recuadros. Domenico está en una habitación de hotel. Caterina está en la cocina de su casa: muebles de formica blanca, un frigorífico amarillo lleno de imanes y una pizarra con la lista de la compra. Dino Berti, treintañero, con unas gafas tipo Gramsci y una mata de pelo rizado, está sentado en una sala de reuniones cualquiera.

Todos la observan en silencio. Ella vuelva la cabeza a un lado y otro para que vean su nuevo corte de pelo.

–¿Qué os parece?

Caterina rompe el embarazoso silencio.

–A mí me gusta, te queda muy bien –dice con un entusiasmo exagerado, demostrando lo judas que es. Y apela a Domenico–: ¿Qué le parece a usted, primer ministro? ¿No está guapa?

El primer ministro se rasca la barbilla.

Maria Cristina se encoge de hombros.

–Te horripila.

–No –responde Domenico, tan serio que no parece creíble.

–Dilo, no pasa nada.

–No, es que no lo entiendo. –Menea la cabeza, reacio a explicarse.

–¿Qué no entiendes?

Forzado a hablar, se decide a hacerlo.

–¿Por qué cambias tan radicalmente? ¿No crees que te has pasado? Pelo corto, rubio. No es que te quede mal, pero... –Se contiene–. En fin, no hablemos del tema.

–Sí, sí, hablemos –insiste Maria Cristina. Siente un arrebato de rabia que le revuelve el estómago lleno de altramuces, pero consigue hablar con calma–. Aquí están tus colaboradores, los expertos en comunicación. Porque creo que no me ves como un marido cuya mujer se ha cortado el pelo, sino como un primer ministro al que preocupa bajar medio punto en el índice de popularidad por culpa del pelo de su mujer.

Domenico es demasiado astuto para caer en la provocación.

–Por favor, estoy muerto de cansancio, he tenido un día infernal... ¿No podríamos decir cosas sensatas?

Maria Cristina corre el culo al borde del sillón e interpela a los

otros:

–Y vosotros, ¿qué decís? ¿Es mi pelo un peligro para la estabilidad del gobierno? Eso sí, lo que tú digas, Caterina, no vale.

Su secretaria personal se lleva la mano al pecho.

–¿No vale?

–No, no vale.

–¿Por qué no?

–Porque tú me quieres, eres mi amiga.

Caterina se encoge maquinalmente de hombros, mira a un lado y al otro.

Maria Cristina pone una sonrisa de oreja a oreja.

–Y tú, Dino, ¿qué dices? ¿No he hecho bien en cortarme el pelo? Sé sincero, al menos tú.

Dino Berti la mira en silencio con sus gafas redondas y la boca que le cuelga como la de un bulldog francés encerrado en un transportín.

–Yo de estas cosas... –balbuce– no entiendo. El otro pelo también te quedaba bien. Hay que acostumbrarse. Es un gran cambio...

–Pues yo digo que con estas cosas no se juega –lo interrumpe Domenico–. Ese corte de pelo puede enviar un mensaje, sobre todo ahora que, sin consultar con nadie, has decidido conceder una entrevista. Si te presentas en ese plató con el pelo rubio, estarás diciendo algo muy concreto.

–¿Qué, si puede saberse? –le pregunta Maria Cristina. Ante ese mundo paranoico que son las estrategias de comunicación en el que se mueve su cónyuge, hasta a ella se le pasa la rabia.

Domenico la mira y abre la boca como si fuera a revelar una gran verdad, pero les pregunta a los otros:

–¿Qué mensaje está lanzando con ese pelo?

Los otros dos no saben qué responder. Berti, al final, acude en ayuda del jefe:

–Como las mujeres de derechas son tradicionalmente rubias, podría interpretarse como que tendemos la mano a esos partidos.

–Es verdad –conviene Caterina, que añade lo que todos querían oír–: Hay que preguntarle al Bicho.

El Bicho. El hombre que mueve los hilos. Es el único que puede entender el sentido de ese corte de pelo y sus efectos a corto, medio y largo plazo.

–Eso, preguntadle. Si no es buena idea, me pongo una peluca –replica Maria Cristina con sarcasmo–. Pero la entrevista la hago y punto.

–¿No te daba tanto miedo la televisión? –pregunta Domenico–. ¿Qué ha cambiado?

–Pues ya no me da miedo. Nos hemos caído muy bien. Ha estado muy amable.

–No me extraña –se ríe él–. Quería convencerte.

–Me ha dicho que conmigo será distinto, algo más personal, una conversación entre amigas...

–Pero es que no sois amigas –la interrumpe su marido, abriendo los brazos–. Al menos que yo sepa. –Maria Cristina calla–. Esa no es amiga ni de su gato. Te ha embaucado. Tenías que haberle dicho que no podías y punto, sin dar más explicaciones. –Domenico se levanta de un salto y coge un vaso de cerveza de una bandeja–. La verdad, Caterina, no entiendo por qué has permitido que se vieran en persona. ¿No podíais haberlo solucionado por correo? Ahora estamos metidos en un buen lío, que lo sepáis.

Maria Cristina agacha la cabeza, siente un nudo en la garganta de puro frustrada.

Caterina Gamberini se defiende:

–Es que temíamos que, si directamente nos negábamos, Siniscalchi, que va mañana, lo aprovechara. Ya amenazaba con llamar a Motica para que lo acompañase. Además, recuerde que también lo entrevistan.

El primer ministro empieza a pasearse por la habitación.

–Entrevistan ¿a quién?

–A usted, primer ministro.

Él se sienta en la cama y se suena la nariz con un pañuelo de algodón blanco.

Maria Cristina levanta el dedo.

–¿Puedo decir una cosa? –Domenico dice que sí distraídamente, mirando el móvil–. Pues... –Carraspea–. Yo creo que mi entrevista podría beneficiarte. Estás perdiendo apoyos, yo misma lo veo. Si me muestro tranquila, si... –No encuentra la palabra–. Si me muestro amable, podría ayudarte. Hablaré de mis desgracias pasadas y de la alegría que tú e Irene sois para mí. Contaré lo mucho que luchas por Italia. Me dirigiré a las mujeres, que tienen que trabajar y ser madres, que tienen que ocuparse de sus hijos en un mundo como este. –Dice lo primero que se le ocurre, pero lo importante es que lo diga–. Me daré a conocer, vamos. Nunca he hablado de mí. He sido tu sombra. La gente quiere saber lo que pienso. Seguro que muchos me insultarán, como siempre, pero otros muchos me defenderán. Estos dos años he desempeñado mi papel como he podido. Te he apoyado porque veo que trabajas día y noche por este país y que sufres. –Maria Cristina, con la boca seca, mira a un lado y otro buscando un vaso de agua que no hay–. Superaré los miedos.

–Y las corrientes gravitacionales, como dice la canción –añade Domenico para sí.

Maria Cristina prefiere hacer caso omiso.

–Puede funcionar.

Los otros guardan silencio.

–Entiendo lo que quieres decir –repone Domenico, más conciliador–, y te lo agradezco, seguro que lo harás lo mejor que puedas. Pero hay un pero. ¿Y si te pregunta sobre políticas sociales, sobre la reforma de la sanidad, la llegada de inmigrantes? ¿Qué vas a contestar? ¿Vas a quedarte callada? En la tele, lo importante no es saber las respuestas, sino saber esquivar las preguntas.

–No me preguntará nada de eso.

–¿Cómo lo sabes?

–Me lo ha prometido.

–¿Y te fías? –sonríe Domenico, encogiendo mucho los hombros–. Pues muy bien.

–Sí, me fío. Y si me pregunta cosas que no sé, diré que no las sé, que no es cosa mía, que mi tarea es ayudarte a estar bien, a ser feliz, para que tú gobiernes mejor Italia.

–La perfecta casada, vamos. No te creerán jamás. ¿Y si insiste en las preguntas? A ver, Dino... –se dirige a su secretario–, hazle una pregunta que podría hacerle la Reitner.

El joven carraspea y mueve la cabeza.

–A ver... Por ejemplo –y emplea un tono de periodista–, la subida del precio de la energía y las materias primas supone un problema para las familias italianas, como usted sabe. Según muchos analistas, su marido debería tomar medidas en materia fiscal, como reducir los impuestos de asalariados y pensionistas, rebajar la cuña fiscal y las cuotas del IRPF a las rentas inferiores a los treinta mil euros y permitir que la paga de productividad desgrave. En cambio, se habla de que puede implantarse un impuesto al patrimonio, algo a lo que se oponen muchos de los miembros de la coalición de gobierno. ¿No cree que sería preferible tomar medidas menos radicales, en vista de los conflictos internos que existen en el gobierno?

Los tres interlocutores se miran entre sí y luego miran a Maria Cristina, que traga saliva.

–Yo no entiendo de eso, es evidente. Contestaría que esas preguntas tendrían que hacértelas a ti. Pero no me las hará.

–Amor mío, no lo sabes seguro. –Domenico se acerca a la cámara–. Yo lo único que quiero es evitarte un mal trago, recuerda que estarás en directo, no hay vuelta atrás. ¿Y si empiezas a sentirte mal, a sudar? No quiero que luego sufras por lo que digan, sé el esfuerzo tremendo que es para ti ir a la tele. Pero, si aun así quieres ir por ayudarme, podemos buscar otro programa.

–Por ejemplo, *Tarde de amigos* –sugiere Caterina–. Se puede arreglar enseguida. Girardi es de los nuestros.

Mino Girardi, presentador de televisión, es un ser adulador y servil, y *Tarde de amigos*, un programa cementerial cuyos invitados son

protagonistas de programas de telerrealidad, viejos actores, cantantes de festivales de San Remo. Maria Cristina calla y se siente muy triste. Pero debe reconocer que tienen razón, que es muy arriesgado. ¿Para qué complicarse la vida? Lo lamenta porque va a quedar muy mal con la Reitner, a la que se lo había prometido. Pero en fin.

–Vale, lo he entendido –dice, dando por zanjada la cuestión.

–Amor mío, en ese tipo de programas puedes decir lo que quieras, verte luego y escoger los momentos en los que más te gustes. Así sí puedes ayudarme. –Domenico le habla en el mismo tono en el que le hablaría a Irene para convencerla de que fuera al dentista.

–Pues entonces no voy a ninguno.

Los tres asienten tranquilos y cómplices.

–¿Y ahora qué le decimos a la Reitner? –pregunta el primer ministro en tono expeditivo.

–Usted llévese a su mujer a Londres a ver a Meyer –dice Berti, apuntando algo en la agenda.

–Buena idea. ¿Te apetece ir a Londres? –pregunta Domenico–. Nos llevamos a Irene también.

Maria Cristina está agotada.

–No sé. Ya hablaremos con calma, estoy cansada. Adiós.

Media hora después la llama Domenico.

–He pensado que, si eres espontánea, si dices que no te sientes apta para el papel que te ha tocado desempeñar, si dices cosas desconcertantes que creen división en el público, lo de la Reitner podría funcionar.

Maria Cristina se queda sorprendida.

–¿Has cambiado de idea?

–Sí. Me parece justo que vayas y des la cara.

–¿Has hablado con el Bicho?

Domenico hace una pausa casi imperceptible.

–Sí. –Otra pausa–. Dice que hay que aprovechar el factor sorpresa. Acapararíamos la atención de los medios y de las redes sociales por unos días. Puede funcionar. Pero tienes que ir preparada. Verás como es un éxito. Si quieres hablo con la Reitner.

–No, no hace falta.

El poder del Bicho es inmenso. Domenico está bajo su yugo y ya no tiene ni la vergüenza de ocultarlo.

Viendo que no dice nada, le pregunta:

–¿Estás contenta? Yo mucho.

–Sí.

En realidad, ya no le apetece. Después de la videoconferencia, la decepción se ha transformado en alivio. Siente que le han quitado un peso de encima. Y la idea de ir a Londres con Irene, de llevarla al British, de ir de compras libremente no le desagradaba en absoluto. Pero, después de todo lo que ha dicho, no puede echarse atrás. ¡En qué lío se ha metido!

Domenico quiere despachar cosas.

–Ah, y no me esperes mañana. Lo de Turín va para largo. ¿Tú qué planes tienes?

–No lo sé –bosteza Maria Cristina–. Voy a acostarme. Me duele el dedo.

–¿Qué dice el médico?

–No he vuelto a hablar con él.

–Otra cosa, cariño, ¿recuerdas que mañana debíamos ir al estreno de *Tosca*? Pues yo no puedo. Pero tú tienes que ir, es importante. –Se nota que le cuesta decirlo–. Porque va también la Gilardoni. Ese chisme de que es mi amante tiene que acabarse. No paran de decirlo y hay que callarles la boca. No es bueno para ti, no es bueno para mí y sobre todo no es bueno para nuestra hija. Que os vean juntas, como amigas. Así desmontamos el bulo.

Maria Cristina se sienta en la cama recordando con qué noble desenfado trataba su abuela las cuestiones de cuernos; cosas de la pareja, decía.

–¿Es idea tuya o del Bicho? Y, solo por saberlo, ¿la Gilardoni es tu amante? Di la verdad, anda.

–¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre?

–No me mientas, no lo merezco –le ruega–. Si no lo hubieras mencionado, no te habría preguntado nada. Cornuda, pase, pero apaleada no.

–Maria Cristina, escúchame. –Domenico marca las palabras como si estuviera dando un discurso el día de la conmemoración de la masacre de las Fosas Ardeatinas–. No tengo amantes, ¿cómo puedes pensar eso? Yo estoy solo contigo. –Habla con el tono doliente de un Atlante que padeciera artrosis cervical–. Además, aunque quisiera, no tengo tiempo. ¿No ves cómo estoy? Últimamente no me sale nada, ¡joder! Mi partido se rompe, D'Antonio va a por mí, la gente...

–Para, por favor. No me cuentes tus problemas. Recuerda que no te pusieron una pistola en la sien. Tú quisiste ser primer ministro. Yo solo te pregunto si la Gilardoni es tu amante. Quiero saber a qué atenerme.

–Nunca ha habido nada entre la Gilardoni y yo. Ni siquiera me gusta. ¿Quieres que te lo jure por nuestra hija?

–Por favor, ni la nombres.

–Escúchame, Maria Cristina. Tú lo has sufrido en carne propia y lo sabes: los peores ataques nos llegan de las personas más cercanas. Esta

historia la empezó ese judas de Siniscalchi, al que incluso hice ministro. No nos perdonan. No hay lugares seguros. Tenemos que defendernos, construirnos una coraza impenetrable, como hacen los erizos.

Maria Cristina levanta una ceja.

–¿Los erizos? ¿Qué erizos? ¿Los de mar?

–No, no, los de tierra. Tenemos que hacernos una bola y sacar las púas. Ni siquiera los lobos pueden con los erizos. Lo de la Gilardoni es un ataque premeditado para desacreditarme. Quieren inventar el cuento de una Maria Tristina a la que el marido engaña, la perfecta casada con cuernos.

–De eso precisamente hablaré con la Reitner. Explicaré que tú y yo somos seres distintos. –Maria Cristina usa un tono vagamente amenazante que su marido no capta.

–Vale. Pero mañana ponte guapísima. Con tu nuevo pelo y un vestido sensacional, todos verán lo poco que vale la Gilardoni comparada contigo.

Maria Cristina se frota los ojos, no sabe si sobrevivirá a ese día.

–Ten las amantes que quieras, no me importa que salgas con golfas. Pero que nadie se entere. Recuerda que eres el primer ministro, te pillarían enseguida. Y el día que te pillen, te dejo. Ya lo sabes, el que avisa no es traidor. Y me da exactamente igual que seas el primer ministro.

–Te juro que no tengo amantes. Además, ¿por qué habría de tenerlas, con la esposa que tengo, que es lo contrario de esa ordinaria de la Gilardoni? –Domenico no sabe qué más decir y se lo toma a broma–. ¡Si encima le huelen los sobacos!

–Muy gracioso.

–Entonces ¿vas a ir?

Maria Cristina tarda unos segundos en responder.

–Sí.

–¿Y lo de la pizza del belga cómo va?

–Bien –miente.

–Gracias. Te quiero.

–Yo también.

III. VIERNES, 23 DE FEBRERO

1

Que la vida y sus mecanismos no tienen sentido lo sabe Maria Cristina desde que murió su primer marido, Andrea Cerri. No lo sabe por ningún proceso racional o reflexión filosófica, sino que es la consecuencia natural de las muchas e intolerables pérdidas que ha tenido. En la existencia de Maria Cristina, el dolor es cíclico, desaparece por consunción y se renueva como los bulbos en primavera: antes y después de la muerte de su madre, antes y después de la muerte de Alessio, antes y después de la muerte de Andrea. Es como una regla de medir que, en lugar de centímetros, tiene difuntos. Como carece de fe, Maria Cristina deja que los días transcurran y se limita a vivirlos con la fatalidad de lo efímero. La vida existe mientras existe y tal vez no termina, sino que nos abandona y pasa a otro organismo en una sucesión sin fin. Muere un hombre y nace un saltamontes, muere un saltamontes y nace un cervatillo, y todos, desde los virus a los primates más evolucionados, somos simples envoltorios, recipientes que crea el ADN por la ontológica necesidad que tiene de replicarse. Durante un tiempo, hasta que se casó con Domenico Mascagni, Maria Cristina buscó consuelo en las enseñanzas de los gurúes indios. La idea de la reencarnación le gustaba, practicó raya yoga y se hizo vegetariana, pero el malestar de existir ha persistido, unido a una sensación de desarraigo, de que, por mucho que trata de aferrarse a la realidad, no lo consigue. Siente un malestar tan trivial o tan complejo que no sabe expresarlo. Los psicoterapeutas a los que ha consultado le han puesto un nombre: depresión. Lo único que Maria Cristina sabe con certeza es que la vida no tiene sentido. Si tuviera sentido, en el accidente de tráfico no habría muerto Andrea, un hombre lleno de talento, un artista que merecía vivir hasta los cien años. De aquel coche en llamas tendría que haber salido vivo él y no ella, que no tiene ningún talento y no habría supuesto ninguna pérdida para nadie, al contrario, se habría reunido con su madre, con Alessio, con sus abuelos y con Chucho y Pulga, sus queridos perros, a los que tan pocos días de vida les fueron dados. Por eso nuestra heroína afronta la vida con una especie de valor indiferente, piensa en la tristeza como en una herida que tiene que cicatrizar y ha renunciado a entender lo que es la vida. Nada de lo que ha hecho le parece un acto voluntario, una necesidad real, un objetivo buscado, un deseo hecho realidad. La preñan porque quieren tener un heredero, ver si la mezcla

de cromosomas produce un genio hermoso además de inteligente. Pero ella siempre ha sido igual. Niña feliz y huérfana, adolescente en una urbanización y atleta, niña pija de Parioli y modelo, esposa de, viuda de, madre de... Con el paso del tiempo ha cambiado de aspecto según la moda, ha llevado hombreras, pantalones de cintura baja, ha renunciado a los abrigos de piel, ha cambiado de colorete, pero siempre ha sido la misma Maria Cristina: un ser conformista, aburrido y poco amigo de los cambios.

Pero ahora que, en la galería de su móvil, junto con fotos de Irene a caballo, de ropa y de crepúsculos campestres, figura el vídeo de Nicola Sarti, siente una angustia que la ahoga.

¿Es posible que sea ella? ¿Cómo es que grababa vídeos porno a los veinte años? ¿Es ella esa que ríe como una tonta y mira descaradamente a cámara mientras...? ¿O es un doble que vuelve del pasado para destruirla y arrastrarla por el fango con su familia y toda Italia?

Maria Cristina mete la cabeza debajo de la almohada y siente que cae en una fosa oscura, la ilusión diurna ha dado paso al desengaño de la noche. Ahora le resulta claro el potencial destructivo de ese vídeo y yace temblorosa en brazos de un demonio que le clava las garras en el pecho. No puede moverse, tiene los miembros entumecidos y las mantas le pesan como si fueran una losa de mármol.

«No me quites la ilusión», le ha dicho Nicola Sarti antes de colgar. «Prométemelo. No me quites la ilusión.»

La china que había delante del spa era la espía. Cuando vio salir a Maria Cristina se lo dijo a Nicola Sarti, que fingió que estaba allí por casualidad. Y a saber si el hotel que dice que estaba reformando era suyo. Siente el aliento del verdugo en el cuello. Si no es un chantaje, lo parece. ¿Qué quiere? ¿Dinero? ¿Sexo? ¿O tiene que ver con Domenico, con el gobierno?

Se quita el antifaz y enciende la lámpara. Son las tres y veintitrés de la mañana. Se levanta, pero apenas puede apoyar el pie derecho, tiene el dedo gordo hinchado y le duele. Cojeando, va a mirarse al espejo: el pelo rubio le cuelga lacio, el insomnio le ha desencajado la cara, la tripa se le ha inflado. Allí está, hecha un adefesio y más sola que nunca.

¡Ojalá tuviera a alguien en quien confiar, que la apoyara y la animara! Los pocos amigos que tenía los perdió al casarse con Domenico. Cuando estaba con Andrea se relacionaba con escritores y editores, que desaparecieron cuando él murió. Su mejor amiga, Emma Sallok, una modelo canadiense, está en un centro de Carolina desintoxicándose de la adicción a los fármacos. De sus padres no puede esperar nada. Con el demente de su padre hace quince años que no habla. Su prima Amparo, una especie de monja, vive entre Lourdes

y Medjugorje. Todos los demás parientes, tías y tíos, la detestan. Cuando Domenico fue elegido primer ministro, se encendieron grandes focos a su alrededor y todas las personas de su entorno fueron sacadas de las tinieblas del anonimato. Los medios de comunicación se cebaron con su tío Livio, su prima Raffaella y el marido de esta, un dermatólogo, que acabaron siendo investigados. Los amantes, las declaraciones de la renta, las cuentas en Suiza de toda la familia quedaron expuestos a la atención pública. Es natural que la odien.

La verdad es que nadie, ni aun un cura, guardaría un secreto como ese.

Vuelve a la cama, apaga la luz.

¿Cómo dormir? ¿Cómo seguir como si tal cosa sabiendo que es la protagonista de un vídeo porno que cualquiera puede ver, el portero, la canciller alemana, todo el gobierno, Irene? No, cuando se siente tanta vergüenza acaba una suicidándose, como han hecho tantas mujeres en la misma situación. Hay que tener mucho carácter para que no nos importe. Y ella sabe que no lo tiene.

Se pregunta qué haría su madre en su lugar. A ella la excitaba dar escándalos. Tomaba el sol desnuda en Mondello. Se paseaba con exiguas minifaldas por las callejuelas de mala fama del barrio de la Kalsa, era la primera estudiante que se lanzaba a la carga contra la policía.

Maria Cristina recuerda el día –no tendría aún diez añosen el que su madre la llevó a una fiesta de disfraces que se celebraba en casa de su primo Edoardo.

¿Una fiesta de disfraces en junio? ¿No se celebran en Carnaval?

Su madre le contestó que no necesariamente, que las fiestas de disfraces se organizan cuando uno quiere. Maria Cristina sacó el traje de reina de corazones que estrenó en febrero. Ya le quedaba un poco corto, pero era muy bonito, con su falda de terciopelo rojo y negro, las filas de corazones, el cuerpo sin mangas y el cuello ancho de reina mala. Por desgracia, la corona había perdido gran parte de los diamantes.

De camino a la casa donde se daba la fiesta, en un edificio moderno de la calle de la Libertà, preguntó por qué su hermano llevaba vaqueros, zapatillas de deporte y sudadera.

–Porque va vestido de Gnuzzo –le contestó su madre con la mayor naturalidad.

–¿De Gnuzzo? ¿Y quién es Gnuzzo?

Teresa Sangermano aparcó el Mini Minor.

–Un personaje que viste normal.

–Ya. Pues no lo conozco.

En el ascensor, Maria Cristina se ciñó la corona, empuñó el cetro y se miró al espejo. Iba perfecta. Pero entonces entró en el apartamento

y vio que era la única persona que iba disfrazada, que los demás invitados vestían normalmente.

–¡Anda, mira! Me han copiado. Van todos vestidos de Gnuzzo –dijo riendo Alessio.

La niña rompió a llorar y se fue corriendo.

La encontraron una hora después sentada en un banco de la plaza Politeama llorando desesperadamente.

Su madre tuvo que correr tras ella, que gritaba: «¡Mala, mala!». No la aplacó hasta que le dijo que le compraría un helado. Se sentaron a una mesa de la cafetería Caflisch.

–¿Por qué me has hecho que me disfrace? –La niña hundió la lengua en la nata.

Su madre se encendió un cigarrillo.

–Dime una cosa, ¿te gusta que te digan guapa?

La niña dijo que sí con la cabeza.

–Pues que sepas que esa belleza no te las has ganado tú. Es un regalo que te hemos hecho tu padre y yo y debes saber llevarla como si fuera un traje de reina. Hoy, si hubieras sido lista, habrías pasado de todos y les habrías demostrado quién era la reina de la fiesta. La belleza, sin valentía, se convierte en un problema. Precisamente porque eres bella no te tomarán en serio y tendrás que esforzarte cien veces más que otras para demostrar que eres inteligente, profunda, para que los hombres no te usen y te traten como a una tonta. Tu abuelo trajo de América la leche limpiadora, y tu abuela es capaz de echarle el lazo a un buey. Tu hermano se lanza de cabeza desde el Zingaro. ¿Qué sabes hacer tú? ¿Llorar e irte como Gina Mangano, la hija del panadero? Nosotros llevamos la sangre de los Sangermano y no debemos hacer caso del qué dirán. Incluso tu padre, ese cabrón, ha escalado el Everest. Tú, querida, no destacas por carácter, pero al menos aprende a llevar la belleza como una reina. ¿Lo has entendido, cariño?

La mujer del primer ministro se pone el antifaz.

Y ojalá tuviera cloroformo.

Cuatro y cuarenta de la mañana. Velocidad, siete. Pendiente, ocho. Pulsaciones, ciento cincuenta. La mujer del primer ministro, enfundada en un chándal negro, corre por la cinta tratando de consumir parte de la energía que produce esa central nuclear que es su cerebro. Punzadas de dolor le recorren la pantorrilla cada vez que apoya el dedo gordo del pie en la banda de goma que se desliza bajo sus pies. Más allá de los cristales de la galería, por un cielo de Roma luminiscente como plancton, vuelan unas gaviotas.

Maria Cristina piensa en lo poco que le ha servido lo que le dijo su

madre. A la muerte de esta, los abuelos la consintieron y nadie se ocupó de su educación. Era una perfecta ignorante, nada le interesaba y su belleza carecía de sensualidad: era estrecha de caderas y lisa como un varón, perfecta para las fotos de moda. Aunque era buena deportista, no tenía espíritu de lucha y las victorias la dejaban indiferente. Un día, al acabar el bachillerato, disputando una carrera se rompió el ligamento cruzado y abandonó el atletismo. Cuando terminó la rehabilitación se fue a vivir al piso de su abuelo de la calle Barnaba Oriani con su hermano, que se había matriculado en Derecho pero no se presentaba a los exámenes. En el libre mundo de Alessio Palma estaban de fiesta día y noche, pedían por teléfono arroz con gambas a los restaurantes buenos de la calle Denza y se compraban al fiado cajas de cerveza y vodka, y todo mientras los criados limpiaban los suelos. Aquel ático era conocido en todo el norte de Roma por ser el punto de encuentro de los hijos de papá de Parioli y de las chicas del liceo francés. A los del barrio solo se les permitía entrar si llevaban hachís y coca. Se instalaban en los sofás Gae Aulenti, se bañaban en el jacuzzi de la terraza con la música a todo volumen mientras la policía, a la que llamaban los vecinos, les pedía el documento de identidad en la puerta.

Maria Cristina tardó muy poco en adaptarse al estilo de vida de su hermano. No aprobó el examen de admisión en Odontología y decidió que estudiar no era lo suyo. Para la nínfula de Parioli todo era un aburrimiento, una carga, una angustia. Nada serio, nada grave debía resquebrajar la fatua superficie por la que se deslizaba. Vivir despreocupadamente y no dar golpe en todo el día era la justa recompensa que merecía por los sufrimientos que el destino le había deparado. Su única ocupación era dejar tiritando la tarjeta de crédito del abuelo. De lo demás se encargaba Alessio, el loco, el que hacía parapente y encabritaba la moto a doscientos por hora en la avenida de Francia. Era el único hombre al que quería y con el que se lo pasaba bien.

En el verano de 1996, Alessio alquiló un velero, cargó en él a hermana y amigos y partieron para una larga travesía. De aquel viaje recuerda Maria Cristina sobre todo sensaciones: el calor asfixiante, el olor a gasolina de la sentina, la impresión de ver a Alessio cubierto de aceite en el hueco del motor, el olor nauseabundo del váter químico, el canto de las cigarras en los pinos de las montañas rocosas de las islas Eolias, la brisa agitando la vela mayor, la mozzarella reseca en el cartón blanco manchado de tomate, el puerto de Lípari bullendo en medio de la suciedad del agua quieta, las defensas azules, el fondo del mar cubierto de algas y surcado de mújoles, las horas pasadas en bares, las mesas de plástico blanco, un asfalto tan caliente que quemaba la planta de los pies, las pizzas secas y los buñuelos rancios.

Nicola Sarti forma parte del cuadro, nada más. Es un chico al que recuerda que besó bajo las estrellas de San Lorenzo.

–¡Mira! Era enorme –diría él señalando el firmamento–. ¿La has visto?

–No. ¿Has pedido un deseo? –le preguntaría ella.

–Sí.

–No lo digas, que no se cumple.

–Vale. Pues veamos si se cumple.

Y se besaron. Cosas de la adolescencia. Pero de ahí, ¿cómo acabaron en el camarote grabando aquel vídeo?

Maria Cristina apaga la cinta de correr y, jadeando, en el silencio de la casa que duerme, va al despacho.

Sentada en el sofá, con la frente sudada, en la que se refleja la pantalla del portátil que tiene puesto en las rodillas, la mujer del primer ministro teclea «porno» en el motor de búsqueda. Abre el primer enlace y aparecen una serie de imágenes en color. Muchas de ellas son de mujeres blancas con hombres negros; otras, de grupos, látigos y penes de dimensiones notables. Son miles de actos sexuales catalogados con precisión por etnia, edad, sexo, orientación, perversión, parte del cuerpo, lugar, calidad de la imagen. Al pie de los vídeos se ven los títulos mal traducidos: «Mi stepsister en mi despacho quiere solo sexo anal», «La novia pechugona te hace un handjob de colores», «Adora la polla lentamente», etcétera. Pincha en «Celebrities». Aparecen mujeres famosas: Scarlett Johansson, Eva Mendes, Madonna, Nicole Kidman... Son sobre todo pasajes de películas en los que se ven desnudos inocentes o escenas de sexo. Hay también vídeos en los que actúan dobles de las actrices, algunas con un parecido real y otras sin ningún parecido. Repasa unos cuantos y encuentra un par en los que se ve que la cabeza de la famosa se ha pegado digitalmente al cuerpo de una actriz porno. El efecto es mecánico, poco realista, postizo. Si el resultado es ese, no hay duda de que la del vídeo de Nicola Sarti es ella. Introduce su nombre en el motor de búsqueda del sitio, pulsa la tecla «Enter» y cierra los ojos, y cuando los abre ve un montón de vídeos. El primero se titula «Maria Cristina Palma sex tape».

Preparada para el apocalipsis, le da a reproducir. Tras los primeros fotogramas en negro, aparece un pasillo de hotel. Dos jóvenes de color, tan cubiertos de tatuajes y rótulos que parecen un vagón de metro, llaman a una puerta y, al ver que está abierta, sonríen con complicidad. La habitación está a oscuras y encienden la linterna del móvil. Una joven desnuda pero con unas botas que le llegan a las rodillas los espera comiendo una larga baguette. La verdad es que se le

parece. Está delgada, es alta, tiene una cara semejante a la suya, hasta el pelo largo y castaño se parece al suyo. Maria Cristina ve como hipnotizada la complicada escena de sexo. Se pregunta qué puede llevar a una muchacha tan bella y joven a entrar en el mundo del porno. ¿Dinero? ¿Placer? ¿Drogas? ¿Problemas?

–¿Maria Cristina? –El corazón le da un vuelco, se levanta de un salto dando un grito ahogado y el portátil sale despedido, golpea contra el borde de la mesa y cae al suelo–. ¡Ay, perdón...! –En la puerta del despacho está Greta, la niñera, que la mira–. Perdona. He oído voces. Creía...

–¿Qué? ¿Qué creías? –le contesta Maria Cristina, poniéndose roja de vergüenza–. Me has dado un susto de muerte.

–Lo siento, perdona, perdona –repite la chica, compungida–. He pensado que eran ladrones. A estas horas... –Aún lleva el abrigo puesto, un gorro de lana calado y un ramo de claveles rosas.

–¿A estas horas te recoges? No trasnoches tanto, Greta, que mañana trabajas. ¿De dónde vienes? –La acribilla a preguntas mientras trata de hacerse a la idea de que la ha pillado viendo porno. El portátil, aunque se ha cerrado, sigue haciendo ruido. Le dan ganas de saltar sobre él y que se calle de una vez, pero se reprime.

–He salido con un amigo. Hemos ido a una discoteca. Me ha regalado estos claveles. Luego hemos ido al Gianicolo. Se nos ha hecho tarde, ya sé –contesta Greta con su leve acento alemán, como si estuviera interrogándola la policía.

–Ve a acostarte –le ordena Maria Cristina en tono maternal.

La muchacha desaparece por el pasillo. Que piense lo que quiera. Al menos la oscuridad ha escondido el rubor que enciende sus mejillas.

2

Con la excusa del dedo ha vuelto a anular la sesión de entrenamiento que tenía con Mirco Tonik. Está agotada, no pudo conciliar el sueño y el miedo no ha desaparecido con el amanecer.

Daisy está pasando lo que parece el reactor de un Boeing 747 por las alfombras del salón. En bragas y camiseta, con el dedo palpitante, Maria Cristina se arrastra por la casa sin saber qué hacer. El día se prevé tan agotador como atravesar el desierto del Sinaí. Tendría que prepararse la entrevista, pero no le apetece, mejor es pensar en la pizza del ministro belga y en qué ponerse para ir a la ópera por la noche.

Sale a la terraza. Nota un frío punzante en las piernas. El sol está envuelto en un manto gris. Se asoma a la barandilla. La vida bulle indiferente en medio del estrépito del tráfico que recorre las orillas del

río, del resoplar de los autobuses, del chirriar de las radiales que cortan hierro en los andamios y del ruido más apagado de las obras viales.

–Perdona, Cri, ¿me ayudas?

Maria Cristina se vuelve tirando de la camiseta para taparse el trasero.

En el tejado de la galería está Luciano, a cuatro patas.

–¿Me sujetas la escalera, por favor? Llevo esta bolsa llena de hojas y tengo miedo de caerme.

Maria Cristina sujeta la escalera de aluminio.

Luciano avanza a gatas hasta el borde del tejado.

–He quitado las hojas que atascaban el canalón y de paso he retejado un poco, porque había un montón de tejas levantadas, son las gaviotas. –Gira sobre sí mismo enseñando parte del culo blanco y peludo–. Ahora cuidado con el canalón, no vaya a romperse. –Estira un pie a ciegas hasta que apoya la punta en el peldaño–. Eso es. Un momento. –Y baja cargando con la enorme bolsa–. Hay un par de tejas rotas, tengo que pasarme por el de los materiales de construcción a ver si encuentro iguales. Si no, iré al almacén del calabrés de Torvaianica, que tiene tejas antiguas y hasta baldosas de terracota del siglo XIX, yo creo que las roba de las iglesias. –Las palabras le salen a borbotones de la boca como de una fuente. Puede pasarse horas hablando de marmolistas rumanos poco profesionales, azulejos defectuosos, aislantes térmicos, bonificaciones ecológicas y esmaltes para suelos. El mundo del bricolador Luciano se rige por los precios del mayorista, la calidad de los materiales y los tiempos de fraguado. Cuando habla se pierde en la gran tienda de bricolaje que es su mente y explica con el entusiasmo de un niño que los tacos para pladur son distintos de los tacos para pared normal y solo se encuentran en los grandes almacenes de las afueras. Es un catálogo de cerraduras que pueden abrirse con radiografías, de piezas para calderas averiadas, de las tostadas con mozzarella y anchoas que sirven en cierto bar del centro comercial de la Ardeatina... Historias sin fin que forman la sustancia de este ser de hombros caídos y aspecto de hombre duro.

Ya ha bajado de la escalera, pero sigue ahí quieto.

–¿Entiendes? Nunca te fíes de los colores... –Maria asiente, con un pie encima del otro, los brazos cruzados, la mirada perdida–. Una vez vi que había cera en unas baldosas... ¿Qué significa? Que eran de una iglesia. Está claro. Los curas venden cualquier cosa. El problema de las baldosas antiguas es que tienen dos centímetros y medio de grosor, muy bonitas, sí, pero entonces hay que quitarles a las puertas. ¿Y tú quieres quitarles a las puertas?

Maria Cristina señala el interior de la galería.

–Perdona, Luciano, tengo frío, voy dentro.

–Claro, perdona. Aquí se hiela uno. Entra, rápido. Hablo demasiado. –La anima–. Corre, corre.

Maria Cristina entra al calor de la galería seguida de Luciano, que cierra la puerta y empieza a frotarle los hombros con sus manazas como si fuera su hija que acabara de salir de la piscina.

–Pero ¡cómo sales así, Cri! ¡Loca! –Ella disfruta de ese abrazo fraterno–. Una cosa, Cri. Tati te ha preparado una bolsa con alcachofas, hojas de nabo y col negra. Se la he dado a Daisy. Cocínalo todo junto y verás qué sopa buenísima te sale. Si luego añades el tocino y el aceite de Fara Sabina que te he traído, seguro que le gusta también a Irene.

Tatiana Lomidze, la mujer georgiana de Luciano, es una mujercita enjuta y callada con unos ojuelos que brillan como dos gotas de petróleo. Maria Cristina la ha invitado a casa alguna vez, pero Luciano dice que es tímida y le da vergüenza. Viven en el pisito de Cesano y tienen alquilada una parcelita en la que cultivan un huerto. Luciano le dijo un día que intentaron tener un hijo, pero nada. Y, como la fecundación in vitro no le gusta a su mujer, lo han dejado estar.

–¿Tú sabes hacer pizzas? –le pregunta Maria Cristina.

–Sé hacer pizza georgiana, la *khachapuri*.

–¿Y cómo es?

–Es una pizza rellena de un queso que se llama sulguni, una especie de provola ahumado. Y lleva huevo. Está buenísima. Te la haré...

–No. Yo tengo que hacer una pizza beneventana.

Luciano no entiende.

–¿Beneventana?

–¿La conoces?

–Ni idea. Conozco la cosaca, con queso de oveja y picante, muy buena.

–Y una pizza normal, como la margarita, ¿sabes hacerla?

–Claro. Lleva su tiempo, ocho horas si se hace con harina de fermentación rápida. O se puede comprar la masa ya hecha. Yo la compro en Disco Volante, el pizzero es amigo mío...

Lo interrumpe:

–¿Y sabes hacerla en horno de leña?

Él se pone en jarras.

–Sí, pero se necesitan sarmientos, leña buena, de haya. Creo que tengo una pala en algún sitio, la de...

Maria Cristina le coge las manos y lo mira con la mejor de sus miradas, mirada de huérfana sexy, capaz de derribar hasta las estatuas de la isla de Pascua.

–¿Vendrías mañana a la casa de campo a ayudarme? Hay que limpiar la chimenea del horno. ¿Podrías?

Luciano balbuce.

–Pues... Esto... He quedado con un amigo para ir a pescar farras a Bolsena... Pero, bueno, le digo que lo dejamos para el fin de semana que viene. Yo me encargo de todo.

–¿De veras?

–Claro, ¿por qué? –Maria Cristina apoya la frente en su hombro, siente que se le hace un gran nudo en la garganta y que las piernas le fallan, se agarra del hombro del amigo clavando las uñas en la camiseta sintética y rompe a sollozar–. ¡Cri, Cri! ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿He dicho algo que no debía?

Ella se cubre la cara mojada de lágrimas.

–Nada, no es nada. ¡Es que eres tan bueno! Siempre piensas en mí.

–Pero no tienes por qué llorar. ¡Por favor, Cri...! –Luciano se aparta y se la quita de encima–. Por favor, que voy a llorar yo también. ¿Qué te ocurre?

Maria Cristina da un paso atrás, con los ojos arrasados en lágrimas, se sorbe los mocos.

–Nada, perdona.

–No es verdad. ¿Qué tienes?

–Ya se me pasa. –Se enjuga las mejillas.

Luciano la mira a los ojos.

–¿Puedo hacer algo por ti?

–No, nada.

–Ya. –Él traga saliva–. Pero ¿qué te pasa?

–No es nada. Además, me da vergüenza contártelo.

–Cri, tú no tienes que avergonzarte de nada.

Sigue siendo el que era a los quince años, cuando los pillaban haciendo novillos y se llevaba los palos del padre por encubrirla.

–Estoy en un gran apuro.

–No me lo cuentes si no quieres, pero dime al menos cómo puedo ayudarte.

Maria Cristina se acerca a la puerta y vuelve a donde está él.

–Júralo.

–¿Jurar qué?

–Que no se lo dirás a nadie.

Luciano se encoge tanto de hombros que parece una tortuga que metiera la cabeza.

–¿Y a quién voy a decírselo si no conozco a nadie?

–Da igual. Júralo por mí, que soy tu hermana.

–¿Por ti?

–Si se lo dices a alguien, me muero.

Luciano se hinca de rodillas, se lleva la mano al pecho.

–Te lo juro. No se lo diré a nadie. Que me muera ahora mismo.

Maria Cristina se sienta, carraspea y le cuenta de un tirón lo que pasó en el club de piragüismo, lo de la china, lo de la peluquería, lo

del vídeo, lo de que habló con el sujeto en cuestión en la azotea del hotel, adonde fueron a buscarla los escoltas.

–¿Has entendido?

Luciano dice que no. Se lo explica mejor, esta vez recurriendo a frases con sujeto, verbo y predicado.

Luciano la mira con la fijeza de una gallina de Guinea.

–¿Y por qué grabasteis el vídeo?

–Por divertirnos. Ya sabes lo que es ser joven. Estaba borracha. Yo ni me acordaba. –Sin darse cuenta se aprieta un pecho y nota la prótesis dura–. Tengo un miedo tremendo.

–¿De qué?

–¿Cómo que de qué, Luciano? Si se lo enseña a alguien, si lo publica en internet, estoy acabada.

–Pero ¿va a hacerlo? –Maria Cristina se encoge de hombros–. ¿Te lo ha dicho?

–Ha dicho que lo borraría. Pero no sé si lo hará, puede que quiera chantajearme. No se envía porque sí un vídeo como ese a la mujer del primer ministro. Puede pedirme lo que quiera, dinero, favores...

–¿Y qué se ve en el vídeo?

–De todo, Luciano, de todo. ¿Sabes lo que es el porno? Pues eso.

Maria Cristina baja la voz y se pregunta qué imágenes estarán pasando por la cabeza del amigo.

–No lo publicará, ya verás. Es algo vuestro. Seguro que a él también le da vergüenza.

–Puede. Pero estoy en sus manos. ¿Sabes a cuántas mujeres les han destrozado la vida subiendo vídeos a internet?

Luciano lo ve claro.

–Hay que ir a la policía.

–No. Tendría que enseñarles el vídeo y no me fío.

Él se rasca la nuca.

–Pues habla con Domenico.

–¿Estás loco? Le da un patatús.

Luciano quiere tranquilizarla.

–Pero verás como lo borra.

–¿Y quién nos lo garantiza?

Maria Cristina empieza a perder la paciencia.

Él se queda callado, consciente de sus limitaciones. Se siente culpable porque no sabe cómo ayudarla y va y viene por la galería pasando el peso de una pierna a otra.

–Perdona, tienes razón, seguro que no pasa nada, más vale que me tranquilice.

Maria Cristina apoya los codos en las rodillas y se cubre la cara con las manos. ¿Cómo diablos se le ocurre contárselo a Luciano? De todos los posibles confidentes ha elegido al más inútil. Y encima hace que se

preocupe y se angustie.

–Ya hablo yo con ese.

Maria Cristina levanta la mirada. Luciano está plantado delante de ella con los puños apretados y tan congestionado que parece a punto de explotar.

–¿Hablar con él? ¿Y qué vas a decirle?

–Que si se lo enseña a alguien, lo mato. Y lo digo en serio, lo mato. Que nadie se atreva a hacerte daño.

Maria Cristina se levanta y se desentumece la espalda.

–No digas tonterías, ¿quieres que te metan en la cárcel? –Le coge los mofletes–. Tú ayúdame a hacer la pizza, que tengo que lucirme delante de todo un ministro belga. Te quiero.

–Yo también –contesta Luciano con aire resignado.

3

Maria Cristina está sentada al lado de su hija en un Mercedes que huele al perfume que elabora para ella un famoso laboratorio francés y a los caramelos de canela de Irene. Llevan media hora haciendo cola bajo la tormenta para entrar en la ópera. La lluvia que cae copiosamente se ve blanca a la luz los focos de la fachada del teatro e inunda el suelo de adoquines en el que se reflejan las luces de neón del restaurante Matriciana y de la pizzería Jerry I. La plaza está tomada por los furgones de la policía y las furgonetas de las televisiones. Hay un cordón de agentes antidisturbios delante de un grupo de trabajadores petroquímicos que se aglomeran contra las vallas y gritan, pero en el interior del automóvil solo se oye el repiquetear de la lluvia, lo demás es como una animación muda: el tráfico, la cara de cansancio de los obreros, los flashes de los fotógrafos...

De los coches de la fila van apeándose unas damas que, como las mariquitas las alas, esconden los vestidos debajo de los abrigos, y a las que maridos y acompañantes llevan del brazo por la alfombra roja que se ha empapado de agua. Las azafatas procuran guarecer a los invitados bajo unos paraguas amarillos que hacen publicidad de una marca de pasta.

–Ya nos toca, prepárate, tesoro. –Maria Cristina se sube el cuello del abrigo.

Irene, que lleva coleta, mastica chicle y luce un vestido de terciopelo negro, está sentada a su lado y tiene un ejemplar de *El Principito*. Lo lleva siempre consigo. Está gastado y la portada ha perdido el color.

–Prefiero esperarte aquí en el coche con Davide.

–Lo preferirás, pero no puede ser. Ponte el impermeable, anda. Y

cuando bajes ten cuidado de no mojarte los pies. Caterina te espera. Nos vemos luego en el palco.

Irene se guarda el libro en el bolsillo. Su madre se mira por última vez en el espejo –ve si lleva bien el pelo–, comprueba por enésima vez si ha recibido algún mensaje y mete el móvil en el bolso.

Nicola Sarti no da señales de vida, aunque casi siempre está en línea en WhatsApp. Tal vez es buena señal: si quisiera algo, ya se lo habría dicho.

El coche se detiene delante de la alfombra. Maria Cristina respira hondo y el corazón, sensible a las ocasiones públicas, se le acelera. Se cubre la cabeza con un pañuelo dorado, la portezuela se abre y Caterina, con un loden verde tirolés y un paraguas, acude corriendo y coge a Irene de la mano.

–No contestes a los periodistas –le susurra a la madre antes de llevarse a la hija.

En cuanto Maria Cristina Palma sale del coche, la plaza estalla en gritos, silbidos, aplausos, insultos al gobierno, a su marido, a los políticos que se aferran al sillón y, claro está, a ella, que es la reina de aquellos sinvergüenzas. Deslumbrada por los flashes, Maria Cristina ve, más allá de los manifestantes, a las jovencitas que la siguen a todas partes con el móvil, como si fuera una cantante o una estrella de Instagram: están hechas una sopa, pero allí siguen. Las saluda entre dos filas de azafatas y guardaespaldas que la flanquean. A través de la gran puerta de cristal empañado ve la multitud que ocupa el vestíbulo. Ya casi ha llegado. Le queda superar el tropel de periodistas que se le echan encima.

–Maria Cristina, ¿qué piensa de las declaraciones que ha hecho hoy su marido sobre la ley de patrimonio? Pagarán los dueños de grandes patrimonios como usted. ¿Está dispuesta a sacrificarse por los italianos? –grita una mujercita de pelo rizado que se agarra como un macaco a dos colegas varones.

Maria Cristina no contesta y logra entrar en el teatro, donde el calor de la muchedumbre la asfixia. Sin darle tiempo a ambientarse, los invitados abren un pasillo y la llevan por una alfombra azul hasta el muro que forman los fotógrafos. Las azafatas le quitan el abrigo y el pañuelo y la arrojan de pasto a las cámaras en su nueva condición de rubia esplendorosa.

Es una velada fundamental. Debe resplandecer como una virgen bizantina y mandar a la subsecretaria de Administraciones Públicas a Fossanova Scalo, en las Lagunas Pontinas, de una patada en el culo, para que, con la ropa hecha jirones, se encomiende a santa Maria Goretti, patrona de Latina. Debe resultar evidente incluso a los ciegos que solo un subnormal puede preferir a una hortera como la Gilardoni a su majestad Maria Cristina Palma, que además hoy juega con

ventaja: su nuevo corte de pelo. Ya con eso ha ganado. Porque con el traje ha tenido problemas. Resulta que su diseñadora, Amelianna Lo Sardo, está en las Maldivas, y Maria Cristina ha tenido que apañarse sola. Sacó todos los vestidos del armario. Empezó probándose un suéter de cachemir y unos pantalones largos negros, muy sencillos, y siguió con un vestido de Capucci que parecía una instalación de arte contemporáneo. Entre mil dudas y tanteos, y después de enviarle fotos al Bicho, escogió un vestido que se puso una vez para ir a Cannes con Andrea, cuya novela *La casa de las estrellas* adaptó al cine un famoso cineasta francés. Alguien notará que es el mismo, pero le da igual. El vestido, firmado por Hiro Itoki, diseñador japonés que ahora se dedica a decorar acuarios con plantas, es un poco exagerado para la ocasión, lo sabe. Está hecho de gasa dorada transparente. Es de manga larga, tiene un profundo escote que deja al aire la mitad de los pechos casi hasta las areolas, se ciñe como una segunda piel al talle, las caderas, el trasero y los muslos, y a la altura de las rodillas se abre en una serie de volantes que le tapan los pies. Pero además está cubierto de pequeñas tachuelas doradas que, de rodillas para abajo, dan paso a mil cintitas también doradas. Y lleva un collar de hilos y bolitas, bolitas de oro, naturalmente.

La mujer del primer ministro, así vestida y con esa melenita rubia, es una revelación para los fotógrafos, que emiten destellos como luciérnagas y gritan: «¡A mí, aquí, por favor, aquí, a mí, míreme, míreme, Maria Cristina!»... Ella se da la vuelta y enarca la espalda. Se rinde a su condición de maniquí que luce ropa, pero la timidez sigue latiendo claramente en su famosa mirada melancólica.

De pronto, dos manos le dan media vuelta y se halla frente a la subsecretaria de Administraciones Públicas, que la abraza y la besa delante de los fotógrafos como si fueran íntimas amigas. Maria Cristina se da cuenta enseguida de que se ha montado todo aquel follón para que la esposa y la amante del primer ministro se encuentren allí, ante la prensa.

El Bicho. Ese ser traidor ha puesto cara a cara a las mujeres del primer ministro para mendigar un poco de atención.

Maria Cristina se esfuerza por mostrarse lo más estatuaria y elegante que puede y se estira como una gacela, responde a las efusiones de la otra con donaire, tensa los músculos para marcar la diferencia de porte y altura.

Por desgracia, la Dani, como la llama Domenico, conocida en el parlamento con el nombre de batalla de Too Much, tiene veintinueve años y esta noche está despampanante.

En la vida de todos nosotros hay un momento concreto e

irrepetible que dura semanas, a veces días, en el que ofrecemos al mundo lo mejor de nuestra belleza. Nos ocurre a todos, incluso a los más feos, a los contrahechos, a los deformes, a los Efialtes de Traquis y a los jorobados de Notre-Dame. Una mañana nos despertamos y somos bellos. Nuestros defectos, milagrosamente, se cruzan entre sí y se anulan y producen un efímero estado de gracia y armonía. La belleza penetra en nosotros como un fluido y nos envuelve, nos perfuma la piel, se filtra por las raíces, que se vuelve sano y reluciente. Incluso los más despistados, incluso nuestros enemigos, lo notan y nos ven con los ojos del amor. Todas las células que nos componen, treinta billones, todo un universo, honran por un tiempo infinitesimal la perfección de lo creado y cuentan la maravillosa evolución que, desde los aminoácidos, ha llevado, como dice el gran Shakespeare, a esa obra maestra que es el hombre, un ángel en sus acciones.

Pues bien: precisamente esta noche, por un capricho del destino, está en ese estado de gracia la subsecretaria de Administraciones Públicas. Es la estrella que ilumina el vestíbulo de la ópera y despierta del letargo hasta a los viejos fotógrafos, que se sienten transportados a tiempos de la Loren y de la Mangano. Tiene la piel elástica y ambarina como si acabara de llegar de los Trópicos y un pecho turgente que revienta de salud. La melena rizada, color grafito, es digna de una princesa abisinia y conspira con unos ojos negros y traicioneros como el fondo de un pozo limoso en el que todos, hombres y mujeres, se arrojarían hasta que les estallaran los pulmones. Esta aureola que la rodea desaparecerá pronto, pero de momento está poniendo en serios aprietos a nuestra heroína. Es cierto que le falta la elegancia, el empaque, la altiva frialdad de supermodelo de Maria Cristina, pero no lo es menos que, en una lucha tribal, desnudas y armadas de escudo y lanza, la subsecretaria, con sus pantorrillas rellenas y sus nalgas de twerkera, triunfaría. Incluso los tatuajes que decoran sus hombros y brazos –hiedra, pequeños insectos y golondrinas que vuelan– infunden temor en la adversaria.

Maria Cristina, con una sonrisa que parece cosida a los labios, es aniquilada. La Gilardoni va incluso bien vestida. Lleva un top blanco, una toca de seda color azafrán y una larga falda negra y muy sencilla, conjunto que hace aún más impropio y ridículo el envoltorio que, como si fuera un turrón Sperlari, envuelve a la mujer del primer ministro.

Por estas burlas y caprichos de la existencia es Maria Cristina Palma incapaz de enfrentarse a los retos del presente. No tiene ni la astucia ni el desparpajo necesarios para no dejarse desarmar por un repentino cambio de aspecto de una contendiente al trono. Y a esto se suma su incapacidad innata de ponerse en el lugar del otro y adivinar sus movimientos. Es como un dinosaurio al que le cuesta cambiar de

estrategia, cuando los demás son serpientes que mudan de piel y se transforman: pasan de la derecha a la izquierda, de ser buenos a ser malos, de ser horteras a ser elegantes. Es lo bueno de la vida, cambiar.

La subsecretaria, hay que reconocerlo, será vulgar, como dice Domenico, tendrá ese acento provinciano, votará la ley de eutanasia en chanclas y ropa interior y reivindicará en Instagram el gusto de comerse crudas las salchichas de su tío Tato, pero se presenta en la ópera y, de un golpe bien dado, derriba a la vieja reina con la frescura irresistible de la debutante.

Maria Cristina, consciente de haber perdido el combate al primer asalto, muerta de rabia, pide que la lleven a la penumbra misericordiosa del palco.

Primer acto de *Tosca*. El palco parece flotar en la oscuridad de la sala y Cavaradossi, un cantante negro con cuerpo de corredor de cien metros lisos, entona la famosa aria «Recondita armonia» en la capilla de los Attavanti.

El público, que abarrota el patio de butacas y las galerías, calla y goza de la voz del tenor. La orquesta, en el foso, llena de música el teatro.

A las mujeres del primer ministro les han reservado el palco real, donde han encontrado saladillos, aceitunas resecas y un vino de aguja barato. La subsecretaria no ha probado nada porque practica la autofagia.

–Me como a mí misma, vamos. Mis células sanas se comen a las viejas y dañadas. Me canibalizo a mí misma. Solo me alimento durante un intervalo de seis horas. ¡Y tengo un hambre! No sabes lo que soy capaz de engullir en esas horas. Tú, Maria Cristina, tienes suerte de ser tan delgada. A mí me salen las mollas por todas partes.

La esposa del primer ministro no entiende por qué la Gilardoni se hace tanto su amiga. Se han visto tres o cuatro veces y siempre ha querido dejar patente la confianza que tiene con Domenico: frases susurradas al oído, palmadas en la espalda, risitas...

Por suerte calla cuando se abre el telón y la iglesia de Sant'Andrea della Valle aparece surcada por las caravaggescas luces del escenario.

Maria Cristina cierra los ojos.

Uno de los últimos recuerdos que tiene de su madre guarda relación con *Tosca*. Estaban en el chalé de Mondello, en verano, desayunando cruasanes y *cannoli* en la terraza de azulejos azules, donde los perros dormían tendidos al sol. A su madre se le había caído el pelo con la quimioterapia y le habían vuelto a crecer unos mechones grises, con los que estaba rarísima, porque siempre había tenido una mata de pelo rojo que se recogía en una cola. Llevaba un quimono de

gasa color melocotón que transparentaba su cuerpo flaco. Le habían sacado una butaca a la terraza y en ella estaba hundida, con el carrito de la bombona gris al lado, un tubito transparente metido por la nariz y el frasco en el que gorgoteaba el oxígeno, y en la mesa había un radiocasete en el que la Callas cantaba en medio del chirriar de las cigarras, del ruido del tubo de escape de las motos trucadas que pasaban más allá de la verja, del rumor lejano del mar y de los gritos de los niños en la playa. Le parece verla sonriéndole, exhausta y digna, a ella que era una niña con el traje de baño lleno de arena, unas sandalias de cuero que le hacían ampollas en el talón y una colchoneta bajo el brazo que el sol había desteñido, mientras Cavaradossi cantaba: «Tosca tiene los ojos negros. El arte, en su misterio, las bellezas distintas funde».

¡Cuánto le habría gustado que su madre conociera a Irene! La habría adorado, porque es una niña muy cariñosa, un ser especial, que ama a los animales. La mira. Cansada de la ópera, se ha acurrucado en el suelo y con las sillas y abrigos se ha construido una cabaña de la que sale la luz de la linternita que siempre lleva consigo, luz a la que lee, moviendo los labios, *El Principito*. Debe preservarla, debe asegurarse de que nunca verá el vídeo, de que no irá un compañero de clase a enseñarle cómo se divertía su madre. Nunca. Ni cuando sea mayor.

Maria Cristina se lleva la mano a la boca y apoya la frente en la baranda del palco, mientras Tosca canta: «Viví de arte, viví de amor. Nunca hice mal a nadie. Con mano furtiva cuántas miserias conocí...».

La Gilardoni le susurra:

–¿Estás bien?

Rápidamente se yergue.

–Es que esta ópera me trae muchos recuerdos. Y cuando oigo a Tosca decir «Viví de amor» me emociono.

–¡Qué buena eres! –La Gilardoni le habla como le hablaría a un perrito–. Es la primera vez que vengo a la ópera y no sé si me gusta. Cuando recitan no. –Se le acerca–. Por cierto, siento lo de Domenico. Lo lamento, pero que sepas que yo no tengo nada que ver.

–Lo sé, descuida –quiere atajar Maria Cristina, indicándole que están representando *Tosca*.

A la subsecretaria le da igual.

–El chisme surgió nada más nombrarme, pero yo sé que no dudas de él, porque te quiere mucho, me lo ha dicho mil veces. Tampoco debes dudar de mí, tendré todos los defectos del mundo, pero no me enrollo con el hombre de otras. –Menea la cabeza y sonríe–. Además, con los líos que tengo en este momento y con Piperno haciéndome la cama, solo me falta tener una aventura con el primer ministro. Y eso que con tu marido me divierto mucho. Es un hombre ingeniosísimo,

muy irónico.

Maria Cristina enarca una ceja.

–¿De veras?

–Me parto de risa con él. Es muy gracioso.

Domenico tendrá muchas virtudes, pero la de hacer que uno se parta de risa no. O es Doctor Jekyll y Míster Hyde o la Gilardoni tiene un extraño sentido del humor.

–El otro día me dijo que, en Berlín, con la canciller, comió tempura y le dio una cagalera que estuvo a punto de cagarse en un samovar que regaló el zar Nicolás II. Pero te lo habrá contado.

–No.

La Gilardoni la mira extrañada.

–¿No?

–No.

–Le daría vergüenza. Tú eres...

Maria Cristina empieza a perder la paciencia.

–¿Soy qué?

El verde de las luces de emergencia y el amarillo de las velas del escenario se reflejan en los ojazos oscuros de la subsecretaria.

–Pues... tan elegante, tan chic, la mujer más bella del mundo, no lo olvidemos, no se puede hablar contigo de la caca... Vamos, digo yo, porque tu marido es... –Improvisa, sacando todo su acento arrabalero–. A ver, ¿cómo va a hablar de cosas asquerosas contigo? Eres un ser divino, yo creo que, en lugar de caca, cagas praliné.

A Maria Cristina no le hace ninguna gracia.

–¡Qué cosas extrañas piensas de mí!

–No yo, todo el mundo. La gente habla de ti como si hablara de una diosa griega, de Afrodita, de Elena... –Daniela Gilardoni esboza una sonrisa–. La verdad te digo, lo he pensado: para estar contigo, un hombre debe ser superficial. Y Domenico, espero que no te enfades, es un poco superficial. –Maria Cristina abre mucho los ojos, llena de curiosidad–. Entiéndeme, es mi teoría personal. No quiere decir que sea verdad. Yo creo que una belleza como la tuya da miedo. No sé explicártelo. Hay algo absoluto que nos supera y cuando estamos contigo cuesta ser uno mismo. No estás en el mismo plano que el resto de la humanidad. Yo, contigo, me siento torpe, juzgada, fuera de lugar, vamos, que te miro a los ojos y me mareo.

–Pues no lo parece.

–Pues sí. Es como ese síndrome de no recuerdo qué, ese desmayo que sentimos en los museos ante una obra de Miguel Ángel o Leonardo...

–¿Lo de Stendhal?

–Eso, sí. Todos huyen de ti como de la quema. Por ponerte un ejemplo: cuando vino de visita el presidente polaco, su mujer, aquella

gorda simpática, no quería acercarse a ti porque se sentía intimidada. –Maria Cristina no dice nada–. Pero esto, a las personas superficiales, no les pasa –continúa diciendo la Gilardoni, muy convencida–. No, me equivoco, no a las personas superficiales, a las narcisistas, a las que quieren ser el centro del universo, a las que están muy pagadas de sí mismas y de su éxito y exhiben a las mujeres como si fueran un trofeo o el Ferrari que tienen aparcado en la calle. A esos, que lo sepas, tu belleza les da igual, no les importa quién eres, tus sentimientos, te utilizan para ser más interesantes ellos, te llevan de aquí para allá como si fueras un traje de marca, mientras les convenga. En cambio, las personas sensibles te evitan, es como si... Se sienten rebajadas, empequeñecidas. La timidez y la inteligencia van a menudo juntas. Por eso las mujeres hermosas, especiales, como tú, son las más tristes del mundo y normalmente salen con gilipollas. Aunque no es el caso de tu mar...

En ese momento, un oboe solitario y melancólico introduce a Cavaradossi, que ataca «E lucevan le stelle».

Maria Cristina le toma la mano a la Gilardoni y señala el escenario.

–Escucha, es precioso.

Todo el teatro contiene la respiración y se extasía con el canto del tenor, que dice que muere desesperado cuando nunca ha amado tanto la vida.

Maria Cristina aprieta con fuerza los dedos de la subsecretaria de Administraciones Públicas y siente un punzada de dolor que le traspasa el pecho.

Por un instante ha creído que tenía al lado a Diana Brinzaglia.

IV. SÁBADO, 24 DE FEBRERO

1

Esta noche, la mujer del primer ministro ha dormido. Estaba tan cansada que se llevó a Irene a la cama, esperó a que se durmiera (un minuto y medio), apagó la luz, se abrazó a ella, se quedó también profundamente dormida y así estuvo hasta que la despertó Daisy.

Ahora Davide, el chófer, la lleva a la casa de campo conduciendo en silencio. A Maria Cristina le espera un día muy ajetreado. Tiene que limpiar con Luciano la chimenea del horno, encender el horno y preparar la masa de las pizzas. Por la noche vendrán Irene, Greta y Domenico, y, directamente del aeropuerto, el ministro belga. A Caterina le ha dicho que no vaya.

La secretaria no se lo creía.

–¿Seguro? ¿Y la pizza del ministro?

–No me haces falta. Viene Luciano.

–¿Y la entrevista? Mira que es el martes.

–Nos tomamos unos días de descanso.

Caterina, muy frustrada, le dio una lista de preguntas que la Reitner podía hacerle y quedaron en hablar el domingo por Skype y simular una entrevista, con la secretaria en el papel de la periodista.

Maria Cristina no tiene intención de ensayar nada. Cuanto más lo piensa, más segura está de que debe improvisar y mostrarse como es.

La campiña desfila más allá del guardarraíl. En la tierra labrada, oscura de lluvia, duermen colonias de gaviotas. Al fondo, la costa se extiende hacia un mar opaco que se funde con el cielo raso y blanquecino. El sol parece una yema de huevo. Maria Cristina se mira en el cristal de la ventanilla, empieza a gustarle su nuevo pelo. Lleva un vestido de punto verde petróleo, ceñido de talle y sin escote, y unos pantis verdes también, pero de un tono más oscuro. Unas gafas negras y cuadradas de estilo retro le cubren la cara.

Le llega un mensaje al móvil.

LUCIANO
Mira detrás.

Un viejo Panda azul sigue a la berlina. Por el parabrisas lleno de polvo, se ve a Luciano que la saluda con la mano. Maria Cristina agita las dos.

¿Lo llevas todo?

Le llega un mensaje de voz. «Cri, perdona, no puedo escribir, voy conduciendo. Sí, lo llevo todo: harina, levadura, pala de horno y, por si acaso, masa fermentada. También traigo mozzarella de Agerola. Me he informado, la pizza beneventana que le gusta al ministro no existe, así que traigo salchichón picante para hacer pizza diablo. Conozco a un dueño de almacén belga que siempre come pizza diablo, muy popular en Bruselas...» Pausa el mensaje.

Mira el chat de Nicola Sarti.

Nada.

Que la cosa acabe así le disgusta un poco. En el fondo le era simpático. Es una pena que le enviara el vídeo y lo estropeara todo. Claro, es como esos chiquillos que le mandan a una chica una foto de su pene y, si no le gusta, se la mancan a otra.

Abre el correo electrónico en el que le han adjuntado una revista de prensa sobre la velada de ópera. Hay montones de fotos de ella y de la Gilardoni. Un sitio de cotilleo conocido por su malicia titula el reportaje «Esposas & Amantes».

La subsecretaria está muy guapa, pero es ella, con su nuevo corte de pelo, la que llama la atención. Es tendencia en Twitter, #Nuevopelo. Hay un encendido debate entre los tradicionalistas, los entusiastas y los que la odian haga lo que que haga. Claro está, enseguida han visto el parecido con la protagonista de *Perdida* y abundan las fotos en las que se compara a Maria Cristina con Rosamund Pike. En una se la ve particularmente bien. La descarga, abre el chat de Nicola Sarti, se queda mirándolo largo rato y al final escribe:

MARIA CRISTINA
Hola, buenos días. ¿Qué tal? Me he cortado el pelo. ¿Qué te parece?

Corrige:

MARIA CRISTINA
Me he cortado el pelo. ¿Qué te parece?

Adjunta la foto.

¿Estás segura?, se pregunta.

Es un error que pagará caro, pero quiere cometerlo, porque necesita saber si todo se reduce a un secreto inofensivo y puede olvidarse del asunto.

¿Se lo envío?

Envíaselo, le contesta la voz del valor temerario.

Aparecen las dos señales grises. Le ha llegado.

Tiene calor. Le pide al chófer que baje un poco la calefacción.

El coche, pasado Montalto di Castro, sale de la nacional Aurelia y toma la provincial que discurre por una llanura de campos blancos y se dirige en línea recta a una cadena de montes bajos y pelados. Dejan atrás una gasolinera donde venden bombonas de gas y una serie de invernaderos de fresas cubiertos de plásticos de PVC transparentes. Junto a la carretera hay una granja medio en ruinas en la que venden patatas y alcachofas. El límite de velocidad es de noventa kilómetros por hora, pero nadie lo respeta y los efectos se ven en la calzada: gatos, tejones y zorros muertos salpican el asfalto. Toman una curva desde la que se ve la chimenea blanca y roja de la central nuclear abandonada y se dirigen al interior.

A partir de este momento, Maria Cristina empieza a sentirse como en casa y va dejando atrás la costa, las playas de arena y el mar bajísimo, los balnearios que frecuentan los intelectuales romanos, los boquerones fritos, los moscow mule tomados al anochecer, Capalbio y su geriátrica vida mundana, los chalés de Ansedonia que se ocultan tras muros cubiertos de buganvilla…

La carretera empieza a trepar por alturas pobladas de robles, encinas y alcornoques, entre barrancos y valles de roca gris y puntiaguda en los que se crían jabalíes, ciervos, víboras y puercoespines. Y donde no hay bosque se extienden pastos en los que reinan vacas y bueyes. Maria Cristina abre la ventanilla y se llena los pulmones del aire helado que huele a tierra mojada, a hongo y a musgo. Si algún día el vídeo se hiciera público y todo el mundo llegara a admirar las gestas eróticas de Maria Cristina Palma, ella se encerraría allí en su tierra y rompería con todo.

Recorridos otros cinco kilómetros de curvas, entre rayos de sol y en medio de la penumbra de los robles que tienden sus ramas sobre la carretera, llegan a una verja de hierro gris en la que pone: «Finca Bastoni» y que se abre y deja paso al Mercedes y al Panda. Cruzan un bosque de encinas centenarias que crecen entre montones de piedras recubiertas de musgo. Donde hay un poco de espacio brotan especies vegetales raras y protegidas, muchas espinosas, que crean una espesura impenetrable. Pasado el encinar salen a unos campos de heno que se extienden hasta el horizonte, de una blancura cegadora. A lo lejos se ve una manada de bueyes entre garzas que vuelan alrededor. Continúan por una carretera recta entre dos filas de pinos altos y torcidos, cuyas raíces, bajo la gravilla blanca, crean badenes y baches. En medio de una nube de polvo aparece un tractor verde y amarillo que arrastra un remolque cargado de heno. Lentamente deja paso al coche; el conductor, Amidou, un campesino de Burkina Faso, se lleva la mano a la visera de la gorra de baloncesto deshilachada.

Sacan adelante la hacienda de quinientas hectáreas unas quince personas, hace unos años eran casi cien. Y cuando la abuela vivía, aún eran más, familias enteras que residían en una aldea no lejos de los heniles.

La finca comprende bosques seculares y picos que se asoman a gargantas por las que, en invierno, cuando llovía, corrían torrentes impetuosos. Resiste una laguna, en la que, entre cañas, se reproducen los pocos tritones dorados y una comunidad de nutrias. Más allá de los pastos se cultivan campos de trigo, girasol y cebada según el año, y un olivar de casi mil ejemplares crece en la ladera de una montaña junto a unas viñas que producían morellino, cabernet sauvignon y vermentino. De la finca Bastoni salían todos los días carne, huevos, aceite, conservas, vino y quesos preciados que abastecían las mejores tiendas de la capital.

Cuando Maria Cristina se hizo cargo de la hacienda, la situación ya era crítica a causa de años de malas cosechas y de los robos de un administrador desleal al que demandó. Pero el golpe de gracia fue que Domenico entrara en política. La propiedad pasó a estar en el punto de mira de hacienda, de los inspectores de trabajo, de los ecologistas, de sanidad, de asociaciones contra la caza, de asociaciones para la legalización del cannabis (que querían cultivar marihuana en la finca), de un grupo fundamentalista neofranciscano que considera que los gobernantes de un país deben renunciar a sus bienes. Ante la verja acamparon activistas de partidos verdes y un par de ecologistas alemanas se encaramaron a una encina y una de ellas, una noche, se quedó dormida, se cayó y se rompió una pierna.

Dos bufetes de abogados trabajan los trescientos sesenta y cinco días del año en defender la finca de demandas, recursos, pleitos y multas. El resultado es que la hacienda es deficitaria y se ha despedido a gran parte de los trabajadores. El bosque avanza comiéndose los campos de cultivo, las pocas cabezas de ganado que quedan se han asilvestrado y las famosas viñas desaparecen entre malas hierbas.

Los coches, pasadas las naves vacías, el viejo silo que el tiempo ha desteñido, los establos sin animales y una pequeña iglesia con un pórtico de mármol blanco, se detienen ante un austero edificio de piedra gris que recuerda un monasterio medieval, con un tejado de tejas cubiertas de liquen. Las ventanas del primer y del segundo piso, con persianas grises, están cerradas. Solo las de la planta baja están abiertas.

En torno a la casa, y por expreso deseo del bisabuelo de Maria Cristina, no hay árboles; quizá temía que atacara algún ejército extranjero o una cuadrilla de campesinos furiosos. La fachada trasera da a un llano que, como una rampa amarilla, se prolonga en pendientes de castaños silvestres y helechos helados que reverdecen en

primavera. Desde las ventanas del segundo piso, los días claros, después de llover, se ve el mar y la isla de Giglio, y hay quien tiene buena vista o mucha imaginación y dice que se atisba Córcega.

Maria Cristina baja del coche y mira el móvil. Las marcas del mensaje enviado a Nicola Sarti siguen viéndose en gris.

Del Panda se apea también Luciano, que se desentumece y mira a un lado y otro.

–¿Sabes cuántos años hace que no venía? –Maria Cristina dice que no y coge la maleta que le pasa el chófer–. Desde el bautizo de Irene, casi diez años. Está esto un poco... –No encuentra las palabras.

–¿Abandonado? –le sugiere ella–. A este paso tendré que venderlo todo.

Se presentan Emma e Italo, la pareja de guardeses que cuidan la casa. Él coge la maleta sin saludar y ella le pregunta qué desean comer.

–Yo con una ensalada y un poco de queso tengo bastante. Tú, Luciano, ¿quieres pasta? –pregunta Maria Cristina.

–No estaría mal. Saco las cosas del coche y empiezo a prepararme.

–Estoy contigo en diez minutos –le dice ella y se dirige a la casa.

Dentro hace frío. Maria Cristina toca los radiadores, que están tibios. Emma sabía desde hace tres días que llegarían el sábado, pero, por desdén o por descuido, no ha encendido la calefacción hasta ahora.

La mujer del primer ministro recorre un largo pasillo abovedado y de paredes color salvia al que dan una serie de habitaciones desguarnecidas. En los dormitorios hay camas puestas en el centro y, en los salones, una mesa y unas pocas sillas. No hay nada más.

2

La razón por la que la casa está así de desnuda y desamueblada merece un capítulo aparte.

Todo el mobiliario familiar, los objetos de plata, las alfombras y la colección de cuadros atesorados por la familia Salimbene a lo largo de lustros se vendieron en la época en la que Maria Cristina estuvo casada con Andrea Cerri.

Después del viaje de bodas al Ártico, que pasaron a bordo del *Fortitude*, un rompehielos, se mudaron a la finca Bastoni decididos a pasar el resto de su existencia en el campo. Él alquiló su piso del Coliseo y ella vendió su casa de Parioli.

La recién casada creía que, viviendo en la naturaleza, su marido recobraría la serenidad y concentración necesarias para volver a

escribir. Llevaba años sin publicar nada. Desde que lo conocía, solo lo había visto escribir artículos de prensa, algo que detestaba, pero a lo que se obligaba para no desaparecer del todo. El enorme éxito de su novela *La casa de las estrellas*, traducida a muchos idiomas y adaptada al cine, y los premios literarios que había recibido lo habían vuelto perezoso y dudaba de tener algo más que decir. Bosquejaba historias que desechaba diciendo que el presente no era digno de ser contado, el pasado ya lo habían contado autores mejores que él y el futuro era para los mediocres.

A Maria Cristina la fascinaba y la atemorizaba el superpoder que tenía Andrea de inventar historias, de crear mundos e imaginar personajes y pasarlos al papel para que vivieran y fueran amados por los lectores. Pero era un poder frágil como una llamita que puede apagarse al primer soplo. Y de un tiempo a esta parte, decía él, no había manera de reavivar esa llamita. Lo intentaba, pero sin convicción, y un día estaba alegre porque había escrito seis líneas que prometían, y al siguiente triste porque decía que eran una mierda. A veces lo oía dar puñetazos en la mesa de su estudio y maldecir. No se atrevía a pedirle que le leyera algo, que hablara, ¿qué sabía ella? Había leído tres libros en su vida (su favorito era *Madame Bovary*) y nada sabía de literatura. Lo único que podía hacer era procurar que estuviera tranquilo, saliera a pasear a los perros, comiera sano, durmiera bien y no sintiera la presión de los lectores que esperaban una nueva novela. Para que él volviera a ser creativo estaba dispuesta a todo y había abandonado las pasarelas, porque ya estaba harta de viajar de aquí para allá y temía que, solo en aquella casa grande, Andrea se deprimiera. La idea era que Maria Cristina se ocupara de la finca y tuvieran un hijo. Pero no funcionó. Descubrieron que Andrea tenía problemas de fertilidad y las ganancias de la finca no bastaban para mantener el tren de vida que llevaban. Maria Cristina volvió a las pasarelas e hizo publicidad de una crema facial y un tinte de pelo. Andrea, encerrado en casa, dejó de lavarse y afeitarse y solo salía para ir a restaurantes, donde bebía y comía en exceso. La depresión lo convertía en un vampiro. Por la noche no dormía y por el día, atontado, se encerraba en su estudio a jugar al *FIFA* con la PlayStation.

Buscando una solución por internet, Maria Cristina descubrió que, en Estados Unidos, existen personas que ayudan a los artistas en crisis: son los famosos *exit counselor* o deprogramadores. No está claro qué hacen. Son una especie de psicólogos que rompen las conexiones mentales estereotipadas del artista deprimido. A través de sesiones psicoanalíticas especiales aumentan el conflicto interior del paciente, exasperan las incongruencias existenciales de este e introducen nuevos valores, con lo que lo ayudan a recobrar la confianza en sí mismo y en sus posibilidades.

El más famoso era un tal Michael Mantler, que decía que había tratado a Mariah Carey, a los de Metallica, a David Foster Wallace (que, entre paréntesis, se suicidó) y al rapero Sante Mariani.

El proceso curativo duraba cinco semanas y costaba un dineral. Maria Cristina llamó al *counselor*, que estaba en Taos, Nuevo México, dirigiendo, con la ayuda de unos médicos indios de la tribu de los pueblos, una comunidad terapéutica. Y, claro está, el deprogramador solo se desplazaba en primera clase y acompañado de su familia, que estaba compuesta por Angeni, su joven consorte sioux, y sus trillizos de nueve años, Akule, Elan y Milap.

Michael Mantler llegó avanzado enero vestido con una camiseta de la Juventus que se le ceñía a la barriga cervecera, un pantalón corto playero que dejaba a la vista un par de pantorrillas redondas y peladas y unas chanclas. Llevaba una barba revuelta que le llegaba al pecho, y a ambos lados del cráneo calvo y bronceado le colgaban sendos mechones de pelo largo y blanco que lo asemejaban a Osho o a algún poeta de la generación beat. Nunca tenía frío y le encantaban las *pappardelle* con trufa y el jabalí estofado. Nada más llegar se encerró en el estudio con Andrea y se puso a indagar en sus comportamientos aberrantes. Maria Cristina tuvo que llevar todos los días a la familia de nativos americanos a las termas de Saturnia, donde se pasaban horas metidos en el agua. Volvía por la noche, agotada y esperando que su sacrificio sirviera para algo.

Pero el único resultado fue que el deprogramador venció a su marido al videojuego del *FIFA*. Dos semanas tardó en poner a punto el proceso terapéutico que había de devolver al escritor a su antigua gloria.

Lo primero era desembarazarse de todos los muebles. Los objetos que llenaban la casa estaban cargados de la memoria de quienes los habían fabricado, vendido, elegido y comprado, y esta acumulación de memoria interfería con las capacidades creativas de Andrea, que debían operar en un espacio libre, neutro, sin historia. Había que despejarlo todo. Solo se permitió que hubiera un mueble por habitación, nuevo y que pudiera montarse sin instrucciones: un sofá en el salón, un colchón en el dormitorio; una mesa y unas sillas en el salón. Los demás cuartos debían quedar completamente vacíos. Única excepción, el baño y la cocina. En cuanto a la iluminación, tenía que ser roja, de una frecuencia concreta, 490 Hz, acorde con los ritmos circadianos del sueño.

Maria Cristina, un poco a regañadientes, llenó tres camiones de muebles y lo subastó todo.

Segundo: Andrea debía conseguir la comida por sí mismo, como hacen los jóvenes pueblo en el rito de paso a la edad adulta. Con arco y flechas (no se permitían armas de fuego), en verano y en invierno,

debía cazar los jabalíes, ciervos y faisanes que poblaban la propiedad, desollarlos y comerse el hígado aún caliente.

Y así, durante tres meses, una vez que Michael Mantler regresó a Taos, Andrea, armado con un moderno arco de carbono y vestido con pantalones de camuflaje, se recorrió bosques y pedregales en busca de hígados calientes. Volvía al atardecer, aterido, lleno de arañazos y con mil dolores articulares. El botín eran unas cuantas moras, a veces algunas setas y unos manojos de achicoria silvestre. El humor le mejoró, pero seguía sin escribir, aunque Maria Cristina esperaba que el viejo Rambo retomara pronto la pluma.

De pronto, el escritor empezó a llegar a casa cubierto de sangre y grasa y con la mirada extraviada, trayendo jabalíes descuartizados y vísceras y corazones de ciervo. Decía que había aprendido a camuflarse, a fundirse con el bosque, que husmeaba en el viento el olor de la presa y se transformaba en el espíritu del gran lobo, el cazador por excelencia, según los pieles rojas.

Fue una pena que Maria Cristina, sospechando, por el aliento a alcohol del marido, que algo pasaba, descubriera que les compraba las piezas a los cazadores furtivos de la zona y se pasaba el día escondido en una casa rural bebiendo y durmiendo. Pero no se atrevió a desenmascararlo. Y, así, todas las noches se representaba la farsa del retorno del cazador. De escribir ya ni se hablaba; Andrea decía que, en las horas que pasaba apostado, había comprendido que la escritura era una gran mentira, que el verdadero camino era la vida salvaje.

Al final, la farsa terminó en tragedia. Un día, yendo a Roma para que Andrea se hiciera el enésimo análisis de semen, el coche de la pareja chocó a ciento cuarenta kilómetros por hora contra un camión cisterna que iba perdiendo combustible. El automóvil quedó aplastado como si fuera de papel de plata, empezó a arder y Andrea Cerri murió quemado. Maria Cristina pudo soltarse el cinturón y salvarse, sufriendo quemaduras de tercer grado en el costado.

Esto explica que no haya muebles en la casa.

Todo está como entonces, nada se ha añadido, pero algo se perdió que no volverá ya, el espíritu del gran lobo.

3

Maria Cristina pasa por las estancias, entra en el baño, se sienta en la taza helada y hace pipí. Está enfadadísima con Emma e Italo. Apenas la han saludado. Exigen continuos aumentos de sueldo pero no hacen nada. Y se creen los amos. Ella tiene la culpa, claro. Cuando uno descuida una hacienda, los empleados se hacen con el poder, como poco. Si viviera su abuela, nada de eso ocurriría, porque sabía hacerse

respetar. Maria Cristina tendrá que armarse de valor y despedirlos. ¿Y quién se ocupará entonces de la finca? Por no hablar de la indemnización.

El móvil vibra.

NICOLA SARTI
El pelo rubio te queda muy bien. La nueva Maria Cristina Palma. Perfecto para la entrevista. Pareces más seria, pero al mismo tiempo más joven. Has hecho muy bien. ¡Bravo!

Se yergue y se observa en el espejo.

MARIA CRISTINA
Gracias, muy amable.

NICOLA SARTI
¿Dónde estás? ¿Qué haces?

MARIA CRISTINA
En Maremma, acabo de llegar.

NICOLA SARTI
¡No me digas! Yo estoy en Cala Galera. Tengo a los mecánicos arreglándome el motor de la barca. No hace muy buen día, pero quiero ir al Giglio, ¿te vienes?

Cala Galera está a media hora en coche de la finca Bastoni. Pero ¿es que la persigue?

Maria Cristina se queda boquiabierta mirando la pantalla del móvil: el terror no se había ido, se había escondido como una víbora en algún rincón de su mente y esperaba el momento de sacar la cabeza. Respira hondo, se sube los pantis y ve en el espejo que los ojos se le salen de las órbitas. No, no debe dejarse dominar por el pánico. Cala Galera está cerca, pero no allí mismo. Los romanos ricos van a pasar el fin de semana en el Circeo o en el Argentario. Si estuviera en Manciano, el pueblo más próximo a la finca, entonces sí que debería preocuparse. Además, las mejores embarcaciones están amarradas en Cala Galera.

Se enjuaga la cara y escribe:

MARIA CRISTINA
No puedo, lo siento.

NICOLA SARTI
Anímate, salimos esta noche y mañana nos

despertamos en el Giglio. Dan buen tiempo.

¿Lo dice en serio? La trata como si ella pudiera hacer lo que le diera la gana. ¿Y de nuevo en un barco? Los mensajes resultan tan poco premeditados que casi cree en su buena fe.

MARIA CRISTINA
Esta noche nos visita un ministro belga.

NICOLA SARTI
¡Lástima! Viene también una pareja muy simpática, Mauro y Rosella Singolare. Conociéndote, te caerían muy bien. A ver si puedes.

¿Conociéndome? Y tampoco se da cuenta de que la mujer del primer ministro italiano no puede irse al Giglio con el matrimonio Singolare. La cosa ya casi empieza a dar risa.

MARIA CRISTINA
Os deseo buen viaje.

NICOLA SARTI
Gracias.

Maria Cristina se lava los dientes, se enjuaga la boca con colutorio, se repinta los labios y se reúne con Luciano, que está deseando poner manos a la obra. Lo lleva a la vieja cocina, que se encuentra en un ala abandonada de la casa. Tras un portón de madera hay un garaje polvoriento en el que antiguamente el abuelo aparcaba el Maserati y ahora se guardan sacos de yuta, barriles para oliva, pilas de cajas de plástico blanco. Por un arco entran en la enorme antecocina, oscura y con el techo altísimo de vigas ennegrecidas por el hollín, y luego en la cocina propiamente dicha, una sala grande y gélida, alumbrada por un ventanuco muy alto y revestida de azulejos blancos y negros. A un lado, hay una larga encimera de hierro negro con unos redondeles que son los fogones, puertas de hierro fundido y tubos de cobre, y al fondo se ve un ruinoso horno abovedado con una portezuela oxidada en el que antiguamente se cocía el pan de toda la finca.

–Es enorme, Cri. Va a tardar dos días en calentarse –dice desconsolado Luciano, puesto en jarras.

–¿Tú crees?

–Lo que oyes. Hay que cargarlo a tope. Para hacer una pizza, tiene que ponerse a cuatrocientos cincuenta grados.

–¿Y eso es mucho?

–Muchísimo. Ten en cuenta que un horno casero no pasa de

doscientos cincuenta. –Abre la portezuela, levantando una nube de ceniza que brilla a contraluz. Con la linterna del móvil alumbra el interior–. ¿Desde cuándo no se usa?

–La última vez que recuerdo, era una niña.

Luciano menea la cabeza con preocupación, coge un periódico y le pega fuego en la boca del horno.

Maria Cristina observa sin rechistar que el humo invade la cocina.

–La chimenea está atascada. No hay pizza que valga. –Luciano lo dice en el tono dramático del médico que anuncia la inevitable muerte de un paciente.

Ella le agarra la mano.

–¡Luciano, por favor! Que viene el ministro y quedaré fatal.

–Cómpralas en el pueblo.

–Esas están malísimas. Además, Domenico le ha dicho que hago muy bien las pizzas, no me preguntes por qué. El caso es no puedo decepcionarlo.

Luciano sonríe con benevolencia.

–Pues entonces hay que subir al tejado. ¿Puede ayudarme Italo?

Es el día libre del guardés, que además tiene una pierna mala. Podría ayudarlo Davide, el chófer, pero solo sabe conducir y ver fútbol en la tableta, no se atreve a pedirle que suba al tejado.

–Yo te ayudo, ¿por qué no? –dice ella llena de entusiasmo.

–Es peligroso. ¿Y si te caes?

–No me caigo. Me pongo unas zapatillas de deporte y listo. –Luciano no se convence–. Fíate –lo hechiza ella con ojos de maga Circe–. ¿Sabes cuántas veces me he subido a un tejado?

–Ya imagino. –Luciano levanta los tres dedos que le quedan en la mano y con voz resuelta ordena–: Coge una cuerda, una linterna y un cubo, o no hacemos nada.

Y ahí tenemos al manitas y a la mujer del primer ministro haciendo equilibrios sobre el tejado, él delante, tambaleándose como un oso pardo y atento a no romper las tejas, con el cubo, y ella detrás, atada a él, con un vestido verde que la asemeja a un saltamontes y calzada con unas Adidas blancas. La chimenea está al otro lado.

–¿Cómo va? –dice Luciano sin volverse, como si dirigiera una cordada en una cornisa del Lagazuoi.

–Bien.

Desde allí arriba ve Maria Cristina todo el paisaje que se extiende alrededor. Al sur, más allá de los valles y montes poblados de árboles y salpicados de peñas y crestas afiladas, se ve la costa llana y clara que se baña en el mar oscuro y, más lejos, el perfil del monte Argentario, tras el cual se atisba, muy difuminado, el parque de la Uccellina,

Talamone y la isla del Giglio. Al norte, diseminado por una colina como azúcar por un pastel, se ve el pueblo de Manciano, con su torre antigua en lo alto y sus casas vez más modernas y cuadradas ladera abajo. Los ojos se le llenan de todo lo que aún es suyo, la finca de Bastoni con su silo color rojo oscuro, sus establos con tejado de chapa, sus apriscos vacíos, sus almacenes cerrados y un caminito blanco que, serpenteando, lleva al lago poblado de cañas.

–¿No te da vértigo? –le pregunta Luciano.

–No olvides que saltaba con pértiga. Y si me caigo, tú me sujetas.

–No lo digas ni en broma. Sigamos.

Llegan a la chimenea, que es alta e imponente como la de una fábrica. En el interior, la luz muere y no se ve nada, aparte del humo negro pegado a las paredes desde hace siglos.

–¿Y ahora?

–Ahora descolgamos el cubo y vemos dónde está atascada. –Luciano coge la cuerda que llevaba atada a la cadera, la anuda al asa del cubo y, cuando va a descolgar este, nota que le vibra un móvil en el bolsillo de los pantalones. Lo coge, es el de Maria Cristina. Se lo pasa.

Mensaje de Nicola Sarti.

NICOLA SARTI

Los mecánicos no me arreglan el motor, o sea,
que no vamos a Giglio. ¿Nos vemos mañana?
¿Por qué no vienes a Cala Galera? O voy yo
donde estés. ¿Cómo lo tienes?

–¡Qué pesado! –resopla Maria Cristina, que se abraza a la chimenea.

Esto es acoso.

«¡Mujer, si le has escrito tú hace una hora!», le recuerda Diana Brinzaglia, que hace su trabajo y no se deja engañar. «Y hasta le has enviado una foto. ¿Qué esperabas?»

Luciano ve que se demuda.

–¿Quién es? ¿El del vídeo?

Maria Cristina dice que sí con la cabeza.

–¿Y qué quiere?

–Verme.

–¿Para qué?

–Me trata como si fuéramos amigos. ¿Qué hago, Luciano?

–Decirle que no.

–No puedo.

–¿Por qué?

–¿Y si se enfada y publica el vídeo?

–O sea, ¿es un chantaje? Si no quedas con él, ¿lo sube a internet?

La mirada de Maria Cristina se desliza por la persona del manitas y se pierde en la inmensidad del cielo.

–No lo creo. Pero, si lo veo, quizá entienda qué intenciones lleva y si de verdad ha borrado el vídeo.

–Queda mañana. Yo te acompaño.

–No. Tengo que ir sola.

Luciano se restriega un párpado y reflexiona.

–Grábalo. Así tendrás pruebas.

A Maria Cristina le parece una idea genial y abre los ojos con asombro.

–¡Claro! Pero ¿cómo lo grabo?

–Con el móvil. Hay programas para eso. Dejas el móvil en la mesa y aprietas el botón. Zas, lo grabas todo y lo tienes pillado.

–Perfecto. Quedo a comer mañana, que no está Domenico.

Maria Cristina se apoya en la chimenea y, cuando va a responder al mensaje, se oye un fuerte ruido de algo que vibra, acompañado de lo que parecen silbidos y resoplidos. Levanta la mirada y ve un ser blanco y con plumas que sale de la chimenea y despliega unas alas suaves como nieve que le dan en plena cara. Profiere un grito, da un paso atrás y tropieza con una teja, mientras el ave choca contra ella y por un instante parece que va a caer, pero entonces se pliega formando una *u* y, con un aleteo, se transforma en una *n* y levanta el vuelo. Maria Cristina, asustada, como si quisiera imitar al ave, empieza a agitar los brazos para recuperar el equilibrio y se le escapa el móvil, que, girando como la tibia de *2001: Una odisea del espacio*, cae y desaparece por el cañón de la chimenea.

Ha ocurrido todo tan rápido que ni Maria Cristina ni Luciano entienden nada.

–¿Por casualidad ha salido un ave de la chimenea? –dice él.

–¿Era un ave? –pregunta ella.

–Creo que era una lechuza blanca.

Acto seguido, y al mismo tiempo, ella se lleva las manos a la boca y él a la cabeza.

–¡El móvil! –gritan y se asoman a la chimenea dándose un cabezazo.

–¡Ay, Dios mío, Dios mío, Dios mío! –exclama Maria Cristina.

–¡Me cago en la puta! –añade Luciano.

–¡El móvil con el vídeo!

–Habrá caído al horno.

–Se habrá roto.

–Ha sido una buena caída. Habrá que bajar a ver.

Maria Cristina se lleva la mano a la frente.

–Llama a Davide, pero dile que no lo toque, que lo deje donde está.

Cinco minutos después llega la respuesta. En el horno no hay nada.

Maria Cristina se asoma a la chimenea.

–¿Cómo puede ser? ¿Cómo va a desaparecer?

–Se habrá quedado atrancado en algún sitio. Ya te decía que la chimenea estaba obstruida.

–¿Y ahora cómo lo sacamos?

–No con un cubo. Hay que llamar a una empresa especializada.

–¡¿Qué dices?! Ese móvil no debe tocarlo nadie. Y hoy es sábado, ¿quién va a venir?

–Los bomberos de Manciano, por ejemplo, si les dices quién eres.

–¡Eso sí que no! ¡Y que salga en toda la prensa! –Maria Cristina se da palmadas en las sienes–. ¡¿Por qué me sale todo mal?!

Luciano saca pecho.

–Yo bajo.

–¿Tú?

–Sí. –Levanta los brazos–. Me tiro así, de cabeza. –Y trata torpemente de encaramarse a la chimenea.

Maria Cristina lo observa desconcertada, no sabe cómo decírselo, ¡si apenas le cabe la cabeza! Y aunque cupiera, ya no podría salir.

–Para, no puedes, no cabes –le dice cuando él está ya subido en lo alto de la chimenea, a quince metros del suelo.

–De cabeza no, pero de pie sí. –Luciano, desdeñando el peligro, se coloca como si fuera a saltar de un trampolín.

Maria Cristina lo coge del tobillo.

–No, por favor, no lo hagas.

Luciano mete una pierna, pero, al llegar a la ingle, se ve obligado a admitir:

–Imposible.

La mujer del primer ministro, atada a una cuerda, con los brazos extendidos y la linterna entre los dientes, se descuelga cabeza abajo por el cañón de la chimenea. Las paredes cubiertas de hollín absorben la luz como la antimateria de un agujero negro. Además de la claustrofobia que siente, Maria Cristina tiene otro problema: el vestido está enrollándosele a las caderas –y haciendo que se quede encajada en aquel conducto angosto y sin fondo– y no puede quitárselo. Lo único que mueve libremente son los dedos, con los que tantea.

–¿Qué tal? ¿Todo bien? –La voz de Luciano le llega como de un mundo lejano.

Si contesta, la linterna se le cae, conque murmura que no, sintiendo que la cuerda le sierra los tobillos. Aquel agujero no termina y la ceniza y el polvo que se desprenden de la pared la asfixian: se le meten en la boca y forman una pasta amarga en la lengua y en los dientes. De

pronto, en esas tinieblas mortales, Maria Cristina Palma tiene una iluminación: el vídeo no es la prioridad de su vida. Prefiere que el parlamento, el consejo de ministros, toda Bruselas y la OTAN la vean follando con Nicola Sarti a morir allí, sola, en aquel horrible conducto. Que Luciano la suba, rápido, pero Luciano sigue soltando cuerda y ella hundiéndose en el abismo de ese pozo que va estrechándose, que la oprime y en el que, de repente, queda atrancada. Con el susto, relaja la mandíbula y la linterna se le escapa, aunque, con reflejos de camaleón, la coge antes de que la oscuridad la engulla. Quejándose, resoplando, debatiéndose, deslizándose, con la sangre hinchándole los ojos y con las prótesis mamarias oprimiéndole las costillas, llora, el vestido da de sí, estira más y más, haciendo fuerza con los brazos apoyados en la pared, vamos, hasta que, por fin, el tejido cede y Maria Cristina sale de él como una serpiente de la piel y sigue bajando, cabeza abajo, centímetro tras centímetro. El haz de luz de la linterna ilumina algo, son dos puntitos luminosos que crecen y se transforman en dos enormes globos, los ojos de un demonio que va a destrozarle la cara. Poco a poco, en las tinieblas, ve un nido, hecho de ramas y plumas, hay huevos y entre los huevos está su móvil, y una lechuza, la madre quizá, que la observa con esa corona de plumas color crema que le rodea la cabeza, y no hay modo de parar, el choque es inevitable. Cuando tiene a Maria Cristina encima, el ave se aovilla para proteger sus huevos, y todo, nido, huevos, linterna, ave, mujer, cae por el cañón abajo. Luciano ha soltado la cuerda, pero de pronto la sujeta, el brusco tirón se propaga como una ola por la soga y por las treinta y tres vértebras de la espina dorsal de la mujer del primer ministro, que cierra los ojos y grita, y cuando los abre se ve suspendida cabeza abajo en el hueco del horno. Con la punta de los dedos toca la ceniza del suelo y ve la luz pálida de la cocina que entra por la portezuela abierta. La lechuza, medio aturdida, bate alas y logra salir, la cuerda cede y Maria Cristina, con el vestido hecho jirones, los tobillos atados, se ve de pronto sentada en el suelo del horno.

La deshollinadora tiene su móvil.

Se ha pasado más de media hora bajo una ducha hirviendo, frotándose con un cepillo para quitarse el hollín que se le ha metido por todas partes. Tres veces se ha lavado el pelo. Pero el horno arde que da gusto. El manitas, como el dios Vulcano, lo alimenta de leña y cada cinco minutos comprueba la temperatura con una pistola térmica: sube despacio, pero sin parar. El ministro se comerá su pizza bien hecha. Por desgracia, no hay tiempo para hacer la masa y dirán que la que ha traído Luciano la ha preparado ella.

–Si te pregunta cómo la has hecho, le dices que dejándola

fermentar veinticuatro horas en el frigorífico y seis más a temperatura ambiente. Y con una proporción del sesenta y cinco por ciento de agua...

–Es un ministro, Luciano, no me lo preguntará.

–Bueno, por si acaso, nunca se sabe. –Echa un leño al fuego–. ¿Le has escrito al otro?

–Sí, le he dicho que venga él.

–¿Aquí a casa?

–¡No, hombre! A un restaurante que hay aquí cerca.

–¿Y qué tal es el restaurante?

–No está mal, se come bien. No va mucha gente y conozco a los dueños, que pueden ser testigos, ayudarme, hacer algo en caso de que...

–¿En caso de qué?

–No lo sé –concluye Maria Cristina.

–¿Estás segura de lo que haces?

–Tengo que resolver este asunto de una vez para siempre. Si tiene intención de pedirme algo, lo hará mañana. Lo grabo y listo.

Maria Cristina tiene que organizar la cena, ha pedido a unas mozas del pueblo que le echen una mano y ellas lo harán todo, cocinar, poner la mesa, servir. Y por suerte le han comunicado que solo acompañan al ministro tres personas y será una cena informal.

Pasa por el patio. ¿Dónde están los perros? Cuando ella no está, Italo los encierra, cosa que ella detesta, y cuando sabe que viene los suelta. Va a la perrera, la abre y una manada de perros abandonados por los cazadores y un par de grandes pastores se abalanzan sobre ella y empiezan a hacerle fiestas.

¡Cuánto quiere a su séquito alegre y maloliente! Advierte que Pippo, un curioso híbrido de perro salchicha, spinone italiano y hiena, cojea visiblemente. Tiene una pata hinchada y la piel de los dedos roja y tumefacta, señal de que es una infección.

Maria Cristina se dirige a paso ligero a una caseta en la que se ve luz. Llama a la puerta y, como no responden, abre.

El guardés está sentado en una tumbona delante del televisor. En el regazo tiene un plato con sobras de hígado a la veneciana y tallos de brócoli y, en el suelo, una botella de vino tinto por la mitad. Su mujer está lavando los platos en el fregadero.

El recinto es a la vez salón, comedor y cocina, y parece un almacén de latas de comida que la pareja compra en los supermercados Metro de Roma. A la luz implacable de los led de la lámpara de Murano del techo relucen los armarios de formica blanca. Huele a humedad, cebolla, brócoli y lavavajillas. Italo, aturdido por el alcohol, se vuelve

y la mira en silencio. Emma, más sorprendida, esboza una media sonrisa y se seca las manos con un trapo.

Como no la invitan a entrar, Maria Cristina se queda en la puerta.

–Emma, ¿has preparado las habitaciones de los invitados?

–Sí, las del primer piso. He puesto edredones y toallas.

–Perfecto. –Se queda un momento en silencio y se dirige al hombre–. Pippo no está bien, tiene la pierna infectada. ¿Has llamado al veterinario?

El guardés niega con la cabeza.

–No es grave.

Así piensa cierta gente de campo, se dice Maria Cristina. Los animales son animales y los humanos, humanos. Este es el insoportable lema del lugar.

–El veterinario me ha dicho que no podía venir, que se pasará un día de estos –añade Italo para salir del paso.

Siempre fue un embustero, pero ahora le miente con tanto descaro que parece que la desafíe abiertamente.

Emma acude en ayuda de su marido.

–Además, ese perro es muy despabilado, verá como mañana está bien, no tenga cuidado.

Maria Cristina sonríe forzadamente. Ya llama ella al veterinario, pero no se resiste a decir:

–De todas maneras, Italo, los perros no pueden estar así. Hay que limpiar la perrera todos los días, no dejar que la comida se pudra. Normal que enfermen. Y sabes que quiero que los sueltes. –Cierra la puerta evitando dar un portazo, pero ve por el cristal que cuchichean y vuelve a abrirla–: Mañana por la mañana quiero esa pocilga limpia. –Él la mira y le vuelve la espalda murmurando–. ¿Qué dices? Háblame a la cara. –El campesino menea la cabeza, como diciendo: mejor será que te vayas–. ¿Qué pasa, Italo? Habla, anda. ¿No tienes valor?

Esto no se lo dice nadie, y menos aún una mujer, a un lugareño de pura cepa como él, que mata víboras de un pisotón y cuece ovejas enteras en un tonel. Podrán llamarlo ladrón, pero no decirle que no tiene valor. El campesino se hincha como un sapo y su cara de borracho parece una estufa eléctrica. Se lleva la mano a la cadera, saca un pie, dobla la otra pierna como si fuera un arco y saca la barbilla con pose mussoliniana.

–Esas tareas no nos corresponden. No somos siervos.

¿Por qué, se pregunta Maria Cristina, están estos dos tan desagradables y arrogantes? Seguro que no les ha gustado que haya tenido que reducir el personal, porque ahora se ven obligados a trabajar y ya no mandan sobre los peones inmigrantes como si fueran capataces. Todos los años, puntuales como un impuesto, piden un aumento de sueldo y ella lo concede, pero ellos siguen sintiéndose

explotados y amenazando con irse a vivir a Pieve di Cadore con sus hijos, que tienen una tienda de bomboneras y objetos de cerámica.

–¿Y a quién corresponden, entonces? –La mujer del primer ministro se maravilla de su tono tranquilo.

El campesino se encoge de hombros. Es hombre de pocas y confusas palabras que, si lo provocan, es capaz de llegar a las manos. Pero hoy, para su desgracia, no se enfrenta a la Maria Cristina Palma de siempre. Esos tres días ella ha pasado mucho, y el vídeo que pende sobre su cabeza y que podría arruinarle la vida le da la audacia del soldado que lucha en primera línea.

–De la casa os ocupáis vosotros dos, ¿o me equivoco?

Emma salta como si saliera de la madriguera de las brujas de *Macbeth*.

–Exacto, de la casa. Los perros no son de la casa.

Así como él es desabrido y cansino, ella es menuda y nerviosa, y tiene un pelo pajizo que parece una mala peluca. Como padece diverticulitis, siempre está irritable, y el malestar hace que tuerza hacia abajo las comisuras de la boca, que siempre tiene una expresión de asco, como si se hubiera comido un plato de jibias podridas.

–O sea, ¿que no vais a ocuparos de los perros?

–Vamos a ocuparnos, pero no nos corresponde a nosotros. –Y, con una mano puesta sobre la otra, se acerca a su hombre de tal manera que, si este empuñase una hoz, se parecerían a la pareja del cuadro de Grant Wood.

–Sobre todo no nos corresponde recoger la mierda. Usted adopta a los perros callejeros porque le dan lástima, pero los que limpiamos somos nosotros –concluye él, recalcando la palabra *mierda* casi con deleite.

–¿Y quién tendría que hacerlo?

–No lo sé. Usted es el ama. Niladri, Nikihil, los indios o Amidou, uno de los negros. O su amigo.

Maria Cristina se acuerda de Nicola Sarti.

–¿Qué amigo?

–El que ha encendido el horno.

–¿Luciano? Pero ¿estás loco?

–¿Yo? Usted... –murmura el hombre.

Maria Cristina le hace señas de que se calle.

–Buscaré quien se encargue de los perros... y de la casa.

Los dos la observan, no están seguros de haber entendido, luego se miran y descubren la verdad en los ojos del otro.

¿Será posible que Maria Cristina Palma, la muñequita de Italia, como la llaman ellos, los haya despedido?

Maria Cristina arrastra una manguera verde por la que sale agua helada y camina con paso incierto a la luz del crepúsculo.

Está eufórica. Los ha despedido. Lo ha conseguido. Y ha sido fácil. Hace frío, pero el corazón le bombea sangre caliente a las arterias. Llega jadeando a la perrera y empieza a regar el suelo, cubierto de mierdas, asquerosos mendrugos de pan, carne triturada y croquetas podridas que se van por el sumidero, mientras los perros, excitados, ladran y quieren morder el chorro de agua. Pippo se asoma a la puerta del cubil, pero no sale.

Se acabó, se dice Maria Cristina, ella tiene que estar allí, con sus perros y en su tierra. Se acabó esta farsa de la mujer del primer ministro. Tiene cosas más importantes que hacer. Debe ocuparse de la hacienda. Hablará con Domenico. Matriculará a Irene en la escuela de Manciano para que vuelva a ser una chica alegre, amante de los animales, sana, y no una consentida hija de papá.

Una fila de faros se acerca a la quinta, Maria Cristina cierra el grifo, los coches paran en la explanada. Del primer vehículo bajan los hombres de la escolta; del segundo, el chófer, Greta e Irene, y del tercero Domenico, Marina y...

Caterina.

Ha venido pese a que le pidió expresamente que no lo hiciera.

Siente una rabia sorda. Tiene la impresión de desdoblarse en una Maria Cristina que observa y en otra que carga con furia. Los escoltas la ven llegar como si fuera la reina del gran invierno, seguida de sus perros pastores. Antes de montar en cólera, besa a su hija y, sin hacer caso a su marido, se encara con Caterina.

–¿Qué haces tú aquí?

La joven sonríe con arrobo, está emocionada y alegre como una niña, tiene suerte de hallarse allí, en el castillo encantado, y tarda un poco en darse cuenta de que no es bienvenida. Enfundada en un abrigo, con un gorro de lana con pompón rojo y un chal, retrocede.

–Hola, Maria Cristina. Pensé que te gustaría...

Maria Cristina la fulmina con la mirada desde lo alto de su metro setenta y ocho.

–Pues no, no me gusta. Te dije que no vinieras. Pero nada, has tenido que venir.

–Lo sé... Pero... –La joven mira alrededor en busca de ayuda.

–Pero ¿qué? –Maria Cristina es ciega e implacable como Diké, la diosa de la justicia–. ¿Por qué no me respetas?

La secretaria se queda bloqueada, no acierta más que a encoger los hombros como si la hubieran pillado robando en una mercería.

La mujer del primer ministro se vuelve a los hombres de la escolta, que se han encendido un cigarrillo y disfrutan de la escena. Arándano, uno de los perros pastores, una especie de oso blanco, suelta un

ladrido junto al oído derecho de Caterina Gamberini, quien se sobresalta y hace una mueca de terror.

Maria Cristina, sin apartar la mirada de los escoltas, coge al perro por la nuca y lo aparta.

–Vosotros, caballeros, ¿lo sabíais?

Silencio. Incomodidad. Entre los que fuman con avidez de nicotina está también Domenico, que da una última calada y tercia:

–Cálmate, cariño, ¿qué te pasa? Te ayudará a preparar la entrevista.

Maria Cristina, que se pone en guardia como un boxeador en el ring, no deja de mirar a Caterina.

–Me pasa que, cuando digo algo, quiero que se me obedezca.

–Ella no tiene la culpa. Le he pedido yo que venga.

–Es verdad –balbuce la ayudante, la secretaria, Campanilla, lo que diablos sea.

Maria Cristina la apunta con el dedo.

–Y, por cierto, no hace falta que la masa de la pizza fermente cuarenta y ocho horas.

Caterina mira a los presentes con los ojos muy abiertos, como diciendo: «¿Lo veis? Ha perdido el juicio».

La mujer del primer ministro agita el dedo:

–No te hagas la tonta. Te oí en el baño, la otra noche, en la fiesta. Dijiste que te doy lástima, que soy una tonta, una frívola.

–¡¿Yo?! Yo no he dicho eso. Debiste de confundirme con otra. Te lo juro. –Campanilla, con la voz chillona, se indigna y se lleva la mano al pecho–. ¿Cómo puedes pensar eso?

–No lo pienso, lo oí.

La mirada del primer ministro va y viene de la esposa a la secretaria.

Maria Cristina no se conforma, da una rápida vuelta en torno a la joven, sonriendo y meneando la cabeza, debe darle la puntilla.

«Pégale un puñetazo en la nariz», le sugiere Diana Brinzaglia. «Hazlo y te querré.»

–¿No podríamos hablar del asunto con calma, dentro? –Domenico está avergonzado–. No hay por qué montar una escena aquí, delante de todos, por favor. Que está Irene.

–Mejor. Que sepa en qué nido de víboras vive. –Maria Cristina está fuera de sí–. Que alguien me haga el favor de llevar a esta señorita a Roma. No quiero que se quede en mi casa. –Y a Domenico–: Recuerda que esta casa sigue siendo mía.

El marido hace un último intento.

–¿En serio? Vamos, mujer…

–Nunca he hablado más en serio.

Caterina Gamberini tiene la mirada lastimera de quien está

sufriendo una injusticia.

–No pasa nada, presidente. Yo tengo la culpa. Maria Cristina me dijo que quería estar sola y que no viniera...

La mujer del primer ministro cruza los brazos.

–Eso es, muy bien. Ya estás tardando en irte.

–Sí, mejor –dice su marido, resignado–. Michele, llévala tú.

El chófer abre la portezuela y hace un guiño.

Rodea a Maria Cristina una aureola de energía, como si fuera un superhéroe.

–Ven, Irene, que ha venido el tío Luciano, vamos a saludarlo.

Madre e hija, de la mano, se encaminan a la cocina.

–Mamá, ¿qué te ha pasado? –le pregunta Irene.

–Nada. Tenía que poner a esa en su sitio. De vez en cuando hay que hacerlo.

–Ya te lo dije.

–¿Qué?

–Que con ese pelo eres distinta.

Maria Cristina inclina la cabeza.

–¿De veras?

–Sí. Eres más... No sé. Más como las mujeres de los políticos de las películas. Has hecho bien. Además, a mí Caterina no me cae bien. ¿Sabes lo que hizo una vez? Fue al baño y robó perfume.

–¡No me digas!

–¡Sí! ¡Te lo juro! ¿Sabes cómo? –Irene se planta delante y le corta el paso–. ¿Sabes cómo lo hizo? Pues echó el perfume en un botellín de té helado y el té helado en el frasco del perfume. Los cambió, ¿entiendes? Lo sé porque un día que quise ponerme perfume, bueno, yo no, a mí los perfumes me marean, fue Erica, cogió el frasco y se echó y decía que era extraño. Claro que era extraño, como que era té y, encima, con el azúcar, la piel se le quedaba pegajosa. –Lo cuenta a una velocidad supersónica porque quiere llegar cuanto antes al final. Así es Irene y por eso, entre otras cosas, la adora Maria Cristina, porque, aunque siempre está callada, cuando se pone a hablar, no para. Y cuenta historias tan complicadas y absurdas que cuesta seguirlas.

Llegan a la cocina, donde Luciano dormita junto al horno, sentado en una silla, con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en el pecho. Todo está limpio. Los frascos de tomate, la mozzarella, el parmesano y la masa en recipientes de plástico, todo está listo sobre la encimera.

–No lo despertemos –susurra Maria Cristina a su hija.

–¿Vas a hacer tú las pizzas? –pregunta la chiquilla.

–Claro. Tú y yo.

Irene da saltitos y emite sin querer un gritito de alegría que despierta al manitas.

Se abrazan como si llevaran meses sin verse.

La temperatura en la vieja cocina ha subido y hace bastante calor. Si Luciano pone alguna luz y unas velas, pueden comer allí, en la gran mesa de mármol. Es un escenario muy pintoresco y familiar, y seguro que gusta al ministro.

Así se lo explica a Luciano.

–¿Y cuándo te enseño a extender la masa? –le pregunta él preocupado.

–He visto un vídeo en YouTube, tranquilo.

–¡Tranquilo, una leche!

–Mamá, ¿no te metes?

Maria Cristina está arrodillada al pie de la bañera frotándole la espalda a su hija.

–No, es tarde.

–Venga, solo dos minutos.

–No puedo. El ministro está al caer.

–Venga, mamá. Solo un minuto. Un momento. Como cuando era pequeña.

Maria Cristina se desnuda dejando la ropa en el suelo y se mete en la bañera. Está agotada y el agua le calienta los pies y los miembros ateridos.

–¡Qué gusto! –suspira–. Lo necesitaba, la verdad.

–Se te ha puesto la uña negra. Se está cayendo. –La toca–. ¿Puedo quitártela?

–No.

–Pues juguemos a ver quién resiste más bajo el agua.

–No puedo mojarme el pelo.

–Pues cuenta. –La niña se tapa la nariz y se sumerge con la cara hacia arriba, al poco emerge abriendo los ojos y respirando con sofoco–. ¿Cuánto?

–Treinta y seis.

–¿Es mucho?

–Muchísimo. Pero ahora ve a vestirte, anda.

Irene sale de la bañera y ella se hunde en el agua, cierra los ojos y oye a su hija que, con los pies mojados en el suelo, tirita y se seca con la toalla.

–Ponte las zapatillas. Y dile a Greta que te seque el pelo.

Se cierra la puerta y por fin se hace el silencio. Abre otro poco el grifo del agua caliente y, exhalando un hondo suspiro, se sumerge hasta los hombros, pero nada, parece que se han conjurado: llaman a

la puerta.

–¿Quién?

–Soy yo. –La voz de Domenico.

–Estoy bañándome.

–Quería hablar contigo.

–Ahora salgo.

–¿Puedo entrar?

–Ya salgo, dame cinco minutos.

Domenico abre la puerta y asoma la cabeza.

–Quiero hablar contigo a solas, ¿puedo entrar?

Maria Cristina intenta hundirse en esos treinta centímetros de agua. Instintivamente cierra las piernas y quiere cubrirse el pecho con los brazos, pero no lo hace: al fin y al cabo es su marido.

Él, discretamente, evita mirarla.

–El belga lleva retraso. El avión salió tarde.

–Mejor, más tranquila.

Domenico se sienta en el váter y se afloja el nudo de la corbata.

–¿Quieres explicarme qué pasa con Caterina? Ha llamado a la Cafiero y la Cafiero me ha llamado a mí. Dice que se siente maltratada y está llorando. Quiere hablar contigo.

Maria Cristina hace un gesto de impaciencia.

–Pobrecita.

–Podías haber evitado criticarla delante de los escoltas. La has humillado.

–No, no podía. Y, para que lo sepas, dijo también que le doy pena porque estoy contigo y tienes amantes. Así que no quiero volver a verla. Despedida. Punto.

Domenico se levanta y se mira en el espejo los ojos hinchados, las encías pálidas.

–Hay que ascenderla.

–¿Ascenderla?

Domenico cruza los brazos, se apoya en el lavabo.

–A estas, si las despides, se vuelven contra ti. Puede escribir, contar cualquier cosa. Y si la rebajas de categoría, aún peor. Hay que ascenderla.

–¿Una persona hace mal su trabajo y se la asciende?

–Exacto, lo contrario de como debería ser. Si quieres, la despido. Pero no te sorprendas si luego empieza a soltar mierda. Estamos siendo atacados. Yo ya he aprendido. No hablo, no opino sobre nadie, soy como un Buda. –Se toca la tripa hinchada–. Llevará tiempo encontrarle otro puesto. Debes tener paciencia y aguantarla otro poco.

–La toalla.

Domenico la coge del estante, se la pasa y se sienta otra vez en el váter.

–¿Te importa salir, por favor?
–¿Qué pasa? ¿Te da vergüenza? –El primer ministro pasea la mirada por los pechos de su mujer.
Ella se los cubre.
–Ya que te empeñas.
–¿Y por qué te da vergüenza?
–¿Por qué? Porque me siento vieja y fea.
Domenico se lleva el dedo a la sien.
–Tú estás loca. Eres impresionante, estás buenísima. Haces gimnasia todos los días, tienes un cuerpazo. ¿Sabes cuántos hombres querrían estar en mi lugar en este momento?
Maria Cristina sale de la bañera y se envuelve en la toalla.
–Pero ¿cómo hablas? «Eres impresionante, estás buenísima...» ¿Cuántos años tienes? ¿Le dices eso a la Gilardoni?
Él aprovecha que menciona a la subsecretaria para cambiar de tema.
–Por cierto, ¿cómo fue?
Maria Cristina nota que se pone tensa y tarda en responder.
–Bien.
Domenico coge el rollo de hilo dental y corta un trozo.
–¿De qué hablasteis?
–Estábamos en la ópera.
El primer ministro se enrolla el hilo en los dedos.
–¿Estuvo amable?
–¿Por qué no iba a estarlo? –Maria Cristina aparta a su marido del lavabo y empieza a peinarse–. Hablamos de ti.
–¿De mí? ¿Y qué dijisteis?
Maria Cristina nota que espera la respuesta temblando.
–Dice que se ríe mucho contigo. Al parecer eres muy gracioso. Me sorprende. Conmigo siempre estás serio. Dice que con ella bromeas mucho. Que se parte de risa, vamos.
–¡Qué tonta! –En la cara de Domenico se pinta una sonrisilla vanidosa.
Maria Cristina calla, sigue peinándose y lo mira por el espejo.
¡Cuánto se divierte con su manceba! Mancebas, así llamaba su abuelo a sus amantes. Deja el peine. Coge la ropa, busca el móvil...
¡¿Y el móvil?!
Lo dejó junto a la bañera.
Mira por todos lados, por el suelo, los estantes, entre las toallas...
–¿Qué buscas? –murmura Domenico, que está pasándose el hilo dental por las muelas.
–¡Claro, Irene!
Maria Cristina sale corriendo del baño, se golpea con el hombro en el marco de la puerta, se le resbala un pie mojado, consigue no caer

pero la toalla se le desliza al suelo, la coge, desnuda, y corre por el pasillo con el mismo ímpetu con el que corría cuando hacía atletismo, cruza el salón como un guepardo, ataja por el vestíbulo, donde se encuentra a los de la escolta, y sigue su camino sin intentar siquiera cubrirse, mientras aquellos empiezan a aplaudir, sube la escalera de cuatro en cuatro escalones, llega a un rellano y enfila el pasillo de los dormitorios. Se para sin aliento delante de una puerta, se tapa como puede con la toalla y abre.

Irene está sentada en la cama, tranquila como una reina, y Greta, la doncella, le seca el pelo.

–El... mó... vil... –dice Maria Cristina, resoplando.

Su hija, sin inmutarse, señala el aparato, que está en la mesita.

–¿Es que has cambiado el pin? Quería jugar a Candy Crush.

4

El ministro ha llegado.

Esta noche Italia y Bélgica se ven las caras, mañana tienen una reunión importante, pero, por suerte, Domenico ha decidido que antes se cena. Por tanto, si Dios quiere, será algo rápido.

Mientras su marido habla por teléfono, Maria Cristina intenta entretener al ministro, pero no es fácil, el hombre se pasea por la cocina como un chacal enjaulado.

Wim Claes parece salido de un ministerio soviético de los años setenta. Tiene las patillas pobladas, el pelo negro untado con alguna porquería y pegado a la frente brillante. Lleva unas gafas de montura gruesa pasadas de moda cuyas lentes le empequeñecen los ojos. Tiene los labios carnosos y femeninos y una dentadura fuerte, amarillenta. Lleva con desenfado un traje azul claro muy usado, una camisa blanca de cuello estrecho y una corbata a rayas diagonales negras y grises.

Se viste con ropa porque debe, pero tranquilamente podría cubrirse de pieles. Está impaciente, tiene unos modales que dejan mucho que desear y no muestra miramiento alguno ni por Domenico ni por ella, de la que dice ser un gran fan. Le recuerda a alguien, pero no sabe a quién.

Mientras espera las pizzas, el belga ha devorado el salchichón, el queso y dos kilos de cerdo asado.

–¿Cómo nos conocimos? –le pregunta ella por sacar algún tema de conversación.

–Fue en París. Yo era chófer. La llevaba a usted a los desfiles. –Habla un inglés pésimo.

–¿De veras? ¿Y luego se hizo ministro?

–Me di a conocer. Tenía las ideas claras –contesta, hincándole el

diente a una chuleta de lomo.

Domenico le ha dicho que es el líder de un partido de derechas. Se opone a la inmigración, quiere sacar a Bélgica de la Unión Europea, implantar un impuesto único, lo de siempre.

–¿Se ha teñido el pelo? –le pregunta, llenándose la copa en la mesa del bufé.

–Sí, ¿qué le parece?

–Le queda bien. Pero, si me permite decírselo, antes estaba mejor, más siciliana. –La mira un momento con sus ojillos–. Pero estará acostumbrada a los piropos. Seguro que está harta de que digan que es la mujer más bella del mundo –dice tan tranquilo, como si tratara todos los días a las mujeres más bellas del mundo.

Maria Cristina contesta con una sonrisa:

–Pues no, sorpréndase, aún me gusta que me digan piropos.

Ya sabe a quién le recuerda.

Al doctor M.

El doctor M., traumatólogo, santo patrón de los deportistas lesionados, era amigo de su abuelo. Había operado a grandes tenistas y futbolistas, y la operó a ella cuando se rompió el ligamento cruzado anterior derecho.

Después de la operación, el médico le dijo sin rodeos que podía despedirse de la competición. Ella se alegró. No le gustaba competir y los resultados, aunque buenos, no eran excelentes. La lesión era la excusa perfecta para abandonar las carreras con honra. El médico se ocuparía personalmente de la larga rehabilitación.

–Yo me encargo de esta guapa moza –le dijo al abuelo, observando las radiografías–. Vamos a dejarle la pierna como nueva.

Y, así, un día a la semana, iba Maria Cristina a una lujosa clínica que había en lo alto de una colina con pinos que dominaba la nacional Olímpica. Entraba en la consulta y el traumatólogo le decía a la secretaria que no lo molestaran. La muchacha se desnudaba detrás de un biombo y se tumbaba en la camilla en bragas y sujetador.

M. tenía unas manos fortísimas que usaba sin piedad. Eran manos más aptas para cambiar ruedas de coche y enlucir paredes que para operar a seres humanos. Y, sin embargo, según todos decían, era el mejor. Le doblaba cada vez más la rodilla rígida y dura como la pata de una silla y la hacía llorar de dolor. Al principio, Maria Cristina no se dio cuenta, pero, sesión tras sesión, empezó a notar que el médico le acercaba cada vez más las manos a las ingles. La exatleta tenía las piernas largas, pero también terminaban en algún punto, y era a este punto adonde las manos del médico parecían dirigirse. Un día, como si se hubiera cansado, con la excusa de un nuevo ejercicio, empezó a restregarle los dedos por allí, adelante y atrás.

Maria Cristina se quedó petrificada. No podía pensar que aquella

operación no tuviera que ver con la terapia. Se preguntó si debía decirle algo, encogerse, pero no se atrevía. ¿Y si el médico se ofendía? ¿Y si ella se equivocaba? Y procuró, en la medida de lo posible, apretar los muslos.

Dos sesiones después, el médico le pidió, con el mismo tono impersonal con el que le decía que contrajera el gemelo:

–Abre las piernas, por favor. No te resistas. Cierra los ojos y no pienses en nada. Déjame hacer a mí. Voy a hacerte una cosa que eliminará las adherencias. Te pongo la mano en la garganta para que te estés más quieta.

La joven no rechistó.

–Abre, abre más las piernas, anda, que no voy a hacerte daño.

Y le metió la mano de canto y empezó a frotarle las braguitas. Ella, con los ojos cerrados y un nudo en la garganta, sin respirar apenas, rígida como una merluza congelada, apretando los labios y los párpados, esperó a que la sesión terminara oyendo al médico que respiraba por la nariz como si fuera un fuelle y de vez en cuando carraspeaba como si le picara la garganta.

Lo mismo ocurrió las citas siguientes.

Maria Cristina no hablaba de aquello con nadie, le daba demasiada vergüenza y, cuando su abuelo le preguntaba cómo iba la cura, ella respondía con monosílabos.

La rehabilitación de la rodilla era dolorosa y aquel frotamiento final, sesión tras sesión, había encendido un fueguecillo irritante, débil como el calor de una estufa en una iglesia helada, que se le metía en la carne y no le hacía ninguna gracia.

Con los ojos cerrados trataba de imaginarse que quien la tocaba era Dario, el chico rubio con pendiente en la oreja que ocupaba la garita de la entrada de la urbanización de la Olgiata y se parecía a Kurt Cobain, solo que enseguida Kurt Cobain se transformaba en una enorme langosta que estaba allí de pie junto a la camilla sobre sus patas naranjas, con unas grandes antenas que llegaban al techo, un caparazón lleno de púas afiladas y unos globos oculares sobre pedúnculos, y hundía la pinza entre sus piernas. Y si ella se movía, le cortaba la cabeza como a un pollo.

Maria Cristina salía de la consulta con la mirada gacha, con asco de sí misma, roja de vergüenza, persuadida de que la secretaria, los enfermeros y los pacientes de la sala de espera lo sabían todo y se reían de ella.

Un día, el traumatólogo recibió a Maria Cristina con un ramo de rosas rojas y le comunicó que sería la última sesión, la rodilla estaba mejor y en adelante se ocuparía su fisioterapeuta de confianza.

–Pero hoy, querida, tienes que hacer más. Te has portado muy bien, pero puedes portarte mejor –le dijo con una sonrisa–. Túmbate,

cierra los ojos y relájate. –Y empezó a tocarla, con una mano allí, como siempre, y esta vez oprimiéndole el pecho con la otra, como si quisiera pararle el corazón–. Debes portarte aún mejor. A ver cómo lo haces.

Ella dijo que sí, y entonces la langosta, con sus pinzas, empezó a ejecutar la lenta e implacable operación.

Maria Cristina sabía que el médico no se detendría, que llegaría a donde su cuerpo le pedía que llegara, a donde no habían llegado sus novios del instituto. La llamita se transformó en un fuego que le ardía en el vientre y le doblaba la pelvis como si fuera una ramita que se quema, la espalda se le arqueó, los muslos empezaron a dar sacudidas contra la camilla de plástico negro, sacudidas que se extendieron, implacables, hasta los pies y los dedos contraídos, empezó a sentir que le faltaba el aire, que el tiempo no pasaba y que aquello no acababa (como cuando cruzamos el túnel del Gran San Bernardo y vemos que no llegamos nunca a esa lucecita que se ve al final). Los dedos de M. siguieron hurgando en su interior sin piedad hasta que sacaron, como se saca un pulpo de la madriguera, el orgasmo que puso fin a todo. Maria Cristina, con la cara desencajada, se hizo un ovillo en torno a la muñeca del hombre, se agarró a ella con fuerza, clavó las uñas, desesperada, pidiendo a Dios por favor, por favor, que aquello cesara, la mordió, y entonces su cuerpo, después de toda la tensión acumulada en sus músculos durante aquellos horribles meses, se distendió y allí quedó como eso, como un pulpo sobre el mostrador de una pescadería, sacudida por las últimas descargas de aquella tormenta eléctrica.

–Abre los ojos.

No. Le daba demasiada vergüenza.

–Maria Cristina, querida, haz el favor de abrir los ojos –dijo M.

Ella se tapó la cara con los brazos y dijo que no.

–¡Te digo que abras los ojos!

Bastó que la voz del médico subiera de tono para que ella obedeciera. Y no vio a la langosta, sino al amigo de su abuelo, el genio del bisturí, con unos mocasines cuadrados que parecían ladrillos, un cuerpo macizo como el de un muñeco de látex y unos rasgos duros, que la miraba fijamente. Entre la camilla y su persona, el médico interponía su barriga, sus pantalones de pana verde oscuro desabrochados, sus calzoncillos bóxer a rayas grises y rosas bajados y su miembro oscuro y rollizo como una cigala.

–Abre la boca.

Maria Cristina miraba alternativamente el pene y el rostro del traumatólogo.

–Tú has gozado, sinvergonzona, ahora me toca a mí. Ábrela.

La sujetó por la garganta como había hecho otras veces, ella abrió la boca y dejó que le metiera el pene e hiciera lo que quisiera.

Nuestro organismo no tolera intrusos. Cuando una espina, una astilla, la mandíbula de una garrapata penetran la epidermis, nuestro sistema inmunitario reconoce un cuerpo extraño y trata de eliminarlo; y, si no lo consigue, crea alrededor de él una barrera fibrosa, un quiste, que lo aísla y nos protege. Eso pasó con las pinzas del traumatólogo M.: con el tiempo fueron aisladas y convertidas en algo inofensivo, una fea experiencia juvenil en la que Maria Cristina apenas piensa, y cuando lo hace se pregunta por qué no se lo contó a nadie, no denunció al médico o simplemente no dejó de ir a verlo. ¿Qué fue aquello? ¿Una violación? ¿Un abuso? ¿Un acto consentido?

No ha hallado la respuesta.

Siguió yendo puntualmente a la consulta de M. y aún hoy, veinte años después, aquel orgasmo primigenio sigue avergonzándola.

Por eso desde entonces le cuesta a Maria Cristina alcanzar el placer. Cuando va a correrse, es como si perdiera la concentración, se despegara de algo, como un cartel de la pared. Sabe lo que significa el sexo en una pareja feliz, considera que es algo esencial para sentirse unida a su compañero y demostrarle su amor, e indispensable para engendrar hijos, pero no se excita, en realidad se aburre y, cuando tiene que fingir, lo hace muy bien. Las pocas veces que ha gozado ha sido en encuentros ocasionales con hombres que la han sujetado contra la pared del baño de una discoteca o penetrado bruscamente dentro de un coche en la oscuridad de una calle arbolada.

Maria Cristina sigue con la mirada al ministro belga, que da vueltas al bufé con la misma actitud impune, segura, de persona todopoderosa. Es indiferente al encanto de la casa y de la cocina elegantemente alumbrada, a la mesa puesta con los variopintos productos de la zona. No ha saludado ni a las sirvientas, ni a Luciano, ni a Greta, y si le ha hecho una caricia en la cabeza a Irene, ha sido solo porque es la hija del primer ministro.

Maria Cristina se sabe deseable con su vestido negro ceñido que deja mucha pierna al aire. Nota la mirada de los miembros del séquito del ministro, dos jóvenes de unos treinta años, buenos mozos, y una pelirroja entrada en carnes y un tanto ajada, pero el ministro mismo ni se digna mirarla. El depredador de bufés se mueve a saltitos como un velocirráptor y habla en voz muy alta en ese idioma lleno de consonantes, ordenando a sus subordinados no se sabe qué, lo que, la verdad sea dicha, la irrita.

–¿Maria Cristina?

La mujer del primer ministro se vuelve.

–¿Qué?

–¿No tenías que hacer la pizza? –le pregunta Luciano impaciente–.

Lo tengo todo preparado.

–Es verdad. –Maria Cristina se levanta–. Tienes razón. –Se acerca al ministro, que en ese momento habla con Domenico, que está sentado a la mesa–. ¿No teníamos que hacer la pizza usted y yo?

Wim Claes la mira, finge hacer memoria y responde:

–¡Es verdad!

Domenico señala el horno.

–Os acompaño.

El ministro sigue a Maria Cristina, que se acerca a la encimera.

–¿Cuál va a hacer?

–La que usted quiera. He buscado cómo se hace la pizza beneventana, pero no sé qué ingredientes lleva. Si me los dice, a lo mejor puedo hacerla.

–¿La beneventana? Lleva picante... y salami...

–¿Como la diablo?

–Exacto. La comí en Benevento.

Maria Cristina lanza una mirada cómplice a Luciano y se pone el mandil.

–¿La hacemos?

–Claro. ¿Me permite? –Le ata el mandil a la espalda, se quita la chaqueta y se arremanga la camisa, dejando a la vista unos tatuajes desdibujados–. Usted manda.

Los dos jóvenes secretarios se acercan con el móvil para grabar un vídeo que luego puedan publicar. Irene se ha despertado e insiste en que quiere una con jamón york.

–Bien. Cogemos la masa y la extendemos. –Maria Cristina emplea el tono de los cocineros de la tele–. La estiramos y la aplanamos empujando hacia los bordes. –Levanta la masa y la sacude con la mano–. La pizza es muy traviesa, hay que darle de bofetadas para que salga buena.

El ministro hace lo mismo: golpea la masa poniendo cara de malo y se echa a reír con aire triunfal. Todos aplauden.

Luciano, con la pala en la mano, observa las operaciones lleno de ansiedad. Domenico, al otro lado de la encimera, cansado y aturdido, mira a su mujer y sonríe.

Añaden el tomate, la mozzarella, la albahaca y el aceite. Y, claro está, rodajas de salami picante en la del belga.

Luciano las mete en el horno y dice:

–Un minuto y medio.

Todos miran el reloj. Al final, la del ministro sale más redonda que la de Maria Cristina, que tiene la forma de África.

Wim Claes se sienta a su lado, la pizza le ha cambiado el humor y

no hace más que repetir, con la boca llena, que es la mejor que ha probado en su vida.

La verdad es que se han cocido bien y están crujientes, con el borde con costra y tostado.

–¿Siempre hace eso? –El ministro señala a Domenico, que está de nuevo hablando por teléfono en un rincón, junto a la secretaria, que le muestra algo en la tableta.

–Muchas veces.

–Yo, cuando como, nunca hablo por teléfono.

–Mejor para su digestión.

–La llaman Maria Tristina, ¿verdad? –dice en un pésimo italiano–. Significa Maria triste, ¿no?

–Sí.

–¿Y por qué la llaman así?

La mujer del presidente lo mira.

–Porque tengo una mirada melancólica.

–La melancolía es la felicidad de los tristes, como dijo Victor Hugo. –Señala la media pizza que Maria Cristina se ha dejado en el plato–. Dámela, si no te la comes.

–¿Quiere otra? Se la hago en un momento.

–No, quiero la tuya. –Maria Cristina se queda mirándolo y le pasa el plato–. ¿O eres triste porque tu vida no te gusta? Tu marido disfruta más mandando que estando contigo. –Dobla la pizza con las manos y le da un bocado.

–Más vale mandar que follar –le dice Maria Cristina en siciliano, y se lo traduce.

El ministro casi se ahoga de la risa.

–¿Y su esposa?

–No estoy casado –dice Wim Claes sin dejar de masticar–. Lo tuyo no es tristeza, es aburrimiento.

–Pues sí, la verdad es que me aburre hablar del tema –replica ella, que lamenta no ser lo bastante aguda para plantarlo con una frase mejor.

Esas ganas que tiene el belga de hablar con ella después de no haberla mirado en toda la noche, ese intento torpe de psicoanalizarla, de querer las sobras de su pizza, no es sino una manera más, infantil, que tienen los hombres de cortejarla.

El velocirráptor ha sucumbido.

Y, como la noche anterior, Maria Cristina duerme profundamente. Con la lucidez que da a veces el sueño pesado, se dice que al día siguiente se mostrará tranquila con Nicola Sarti, no tendrá miedo y zanjará esa historia de una vez para siempre. Y si no puede, se lo dirá

a su marido.

V. DOMINGO, 25 DE FEBRERO

1

–Maria Cristina... Maria...

La mujer del primer ministro despierta con un sobresalto y se quita el antifaz.

–¿Sí? ¿Qué pasa?

El dormitorio está a oscuras. El alba se cuela tímidamente por entre las cortinas de las ventanas. Por la puerta entornada que da al pasillo entra una rendija de luz.

–Vengo a despedirme –susurra Domenico–. Me voy.

–¡Oh, Dios! –Sigue sumida en el sueño, siente en las yemas de los dedos la piel fría de las alas de pollo que ensartaba en un hilo para hacerle un collar a Irene–. ¿Qué hora es?

–Las cinco y cuarenta. Nos vemos en Roma. Mañana no estaré y el martes me voy a Londres.

Maria Cristina intuye el bulto de su marido que se ha sentado en la cama, aspira el aroma de la loción para después del afeitado, el aliento a tabaco y a café.

–Vale. ¿Hablamos luego? –zanja ella sin dejar ver lo que la fastidia que la haya despertado.

–Sí, claro. –Pausa–. ¿Todo bien?

Maria Cristina se incorpora.

–Es que estoy medio dormida. ¿Por qué lo preguntas?

–Italo y Emma me han dicho que los has despedido.

Maria Cristina se frota un ojo.

–Sí. Ya no los quiero aquí. Encontraré a otros.

Él desliza la mano por la manta y le acaricia el hombro.

–Pero ¿tú estás bien? Ayer te vi rara.

–¿Rara? ¿Por qué?

–Pues, por ejemplo, porque te pusiste a correr desnuda por la casa y echaste a Caterina de mala manera.

–No es eso... Es que... –No sabe qué decir–. Es solo que... –No termina la frase.

–Te veo algo cansada.

–Tengo que ocuparme de la finca, está yéndose a la ruina. Ya hablaremos con calma.

–Ten en cuenta que lo de Emma e Italo puede costarte caro.

–Me da igual, no tolero que me chantajeen.

Domenico asiente y, como para dar por zanjada la cuestión, dice:

–Las pizzas estaban buenísimas.
–Yo no hice nada, fue Luciano.
–Vi que hablabas mucho con el belga. ¿Qué te parece?
Nada, le toca estar de palique.
–Un gilipollas. Y no es ningún gran fan mío, ni tuyo.
–¿Y de qué hablasteis?
–De tonterías. Pero déjame dormir, por favor, que si no ya no hay manera.
–Sí, perdona. Hablamos luego, pues. Duerme.
Maria Cristina nota los labios fríos del marido en la frente, pero no se levanta.
–¿Qué has decidido sobre la entrevista? –le pregunta.
–¿Cómo que qué he decidido?
–¿Estás segura de que quieres hacerla?
–¿No me dijisteis que sí? ¿O ya no queréis? ¿Ha cambiado el Bicho de idea? Por favor, decidme qué tengo que hacer.
–Es que me da la impresión de que esto de la entrevista te tiene alterada. Y no quiero que te sientas responsable de nada, gobernar no es cosa tuya, siempre has dicho que no querías saber nada. Estate tranquila, no tienes por qué ayudarme. Si prefieres renunciar, dímelo, ¿vale?
Se hace un largo silencio, en el que Maria Cristina oye los coches arrancados de la escolta en el patio.
–Vale. Pero no, no renuncio. Le he dado mi palabra a la Reitner.
–Si es por eso, ya buscaremos una excusa.
–Si no quieres que la haga, habla claro.
–Pero ¿qué dices? ¡Claro que quiero! En fin, me voy.
–Corre las cortinas, por favor.
Él lo hace, sale y cierra la puerta.
Maria Cristina oye los pasos de su marido por el pasillo, las portezuelas que se cierran y los coches que salen haciendo rechinar la gravilla, y finalmente se hace el silencio.
Se pone el antifaz. Por primera vez desde que se casó cree tener a su marido en un puño; lo aterra la entrevista, pero no tiene huevos para pedirle que no la haga.
¿Cómo ha podido pensar en contarle lo del vídeo?

La mañana transcurre lentamente, bajo un manto de nubes grises. La naturaleza reposa, cansada, y la tierra, desnuda y entumecida, espera una señal para despertar. Los perros, después de la excitación de la noche anterior, dormitan tumbados al pie de las paredes. Irene duerme. Greta duerme.
Luciano se ha ido, aunque estaba dispuesto a quedarse. Volvió a

preguntarle si quería que la acompañara a la comida con Nicola Sarti.

–Cuando termine, te llamo –le prometió ella.

Ahora solo espera a que llegue la hora de la comida, no piensa en otra cosa. Nicola Sarti, el dios de la paranoia, la acompaña.

Sale a buscar a Pippo. Los perros acuden ladrando, pero no ve a Pippo. Lo encuentra en el garaje, entre las ruedas del tractor, echado sobre la paja.

–Pippo... –El perro la mira, con la cabeza gacha y el rabo entre las piernas–. Déjame ver.

El animal tiembla, tiene la pata hinchada, los dedos rojos y calientes. Respira atropelladamente, con la lengua fuera. Lo coge en brazos y lo lleva a la casa, pero quiere irse y se acurruca en la puerta. Deja que salga. Llama al veterinario. Es domingo, no contesta.

Entra en el baño, coge el pintalabios, se mira en el espejo y se ve vieja, es incapaz de disimularlo con polvos y colores. El veneno que Nicola Sarti le ha inoculado empieza a rezumar, la piel ha perdido elasticidad, los ojos no tienen brillo, se ve más arrugas que bajan de la nariz a los labios. Y detesta ese pelo rubio.

2

En la carretera provincial de Manciano, después de una curva muy cerrada, aparece de pronto una señal en la que pone TRATTORIA LA QUINTA STAGIONE; es un madero ennegrecido por la lluvia con el rótulo pirograbado, como es de rigor en el campo.

El caminito blanco que lleva al restaurante atraviesa viñedos y bordea una larga cerca a lo largo de la cual tres rottweilers persiguen ladrando a los coches que pasan. Al final está el aparcamiento, rodeado de esculturas hechas con troncos, obra de la inspirada motosierra de algún artista local. Han modernizado la casa de campo. La pintura sintética color melocotón de las paredes, las puertas y ventanas de plástico blanco y una larga galería de cristal y aluminio le han quitado toda la gracia.

El Defender beis que normalmente solo se usa dentro de los límites de la finca Bastoni se detiene en medio de una nube de humo. La portezuela herrumbrosa se abre y sale una mujer envuelta en un fular y con gafas de sol, el disfraz por el que los lugareños reconocen a la esposa del primer ministro cuando va de incógnito.

No hay más coches, Nicola Sarti no ha llegado. Aunque aún falta un cuarto de hora para la una. Maria Cristina no aguantaba más en casa.

En el interior, la luz que entra por los ventanucos no basta para iluminar el recinto de paredes de piedra gris. Como esperaba, no hay

nadie.

Maria Cristina pasa junto a la inevitable muela de molino sobre la que se exponen frascos de conserva, jamones peludos, botellas de licor, pasta de espelta. De las paredes cuelgan unas cabezas de jabalí apolilladas, las mesas están puestas con mantel a cuadros, en una chimenea de piedra arde un fuego alegre y chisporroteante y bajo la parrilla hay un lecho de brasas dispuesto a acoger salchichas y costillas. En un imponente frigorífico de cristal hay chuletas de carne proveniente de todo el mundo –argentina, danesa, brasileña, mongol y local– y cuyo color va del negro al blanco, pasando por el rojo vivo y el rosa pálido.

La recibe el hijo del dueño, un sujeto ceremonioso que enseña una gran dentadura. Hoy va vestido con un traje azul de cuello rígido y le pide, si no es demasiada molestia, una foto, para quedársela él, claro, no para subirla a las redes, y Maria Cristina se ve obligada a quitarse las gafas de sol y sonreír.

–Quisiera cierta intimidad, como le he dicho por teléfono.

–Toda la galería es para usted, señora. Nadie la molestará. –El del restaurante se lleva la mano al pecho como si fuera una cuestión de honor–. Ahora va Dana. Adelante. Mientras espera haré que le sirvan una tapa de embutidos.

Va a aquel restaurante desde hace veinte años, pero aún no se han enterado de que es vegetariana.

Una joven camarera de piel blanca y pelo teñido de negro azabache, intimidada por su presencia, la invita a sentarse a una mesa en el rincón más frío pero también más apartado de la galería.

–¿Le traigo un poco de vino? –pregunta con acento de Europa del Este.

Maria Cristina mira el reloj. La una menos cinco. No debería, pero un poco de alcohol puede infundirle valor.

–Sí, bien. Un poco. Medio litro.

Coge el móvil y le envía un mensaje a Caterina.

MARIA CRISTINA
He hablado con el primer ministro.
Te llamo luego.

Y se pone a estudiar cómo funciona la grabadora de voz. Es muy sencillo, basta con apretar el botón rojo. Pero debe hacerlo cuando él no la vea y apagar enseguida la pantalla.

Traen el vino, el pan y la tapa, que son unas lonchas de jamón, lomo, salami, speck y salchichillas enrolladas en palitos de pan.

Se llena la copa y se bebe a traguitos el vino tinto pastoso y fuerte que enseguida se le sube a la cabeza y alivia un poco su angustia.

La una y cinco.

Nicola Sarti se retrasa. Seguro que la hace esperar. Se queda mirando el aparcamiento como si pudiera hacer que se materializara. Encima, el restaurante no es fácil de encontrar. Ha sido un error quedar allí. Todo aquello está lleno de carne, rezuma grasa animal y huele a muerte.

La una y diez.

Mira el mensaje en el móvil. Sí, la cita era hoy, a la una. Habrá encontrado tráfico en la nacional Aurelia.

Se toma otra copa de vino. Ya van dos. Se come un trozo de pan para llenar el estómago. El pan le sabe soso, ella está acostumbrada al pan siciliano, sabroso y húmedo.

Mira la hora. Los minutos transcurren con desesperante lentitud, la galería sigue vacía y helada pese a la calefacción, cierra los ojos y se concentra en el ruido de los coches que pasan a toda velocidad por la carretera. Ninguno reduce.

La una y doce.

Es inaceptable, ella esperando allí como una tonta, ni el presidente de la Comisión Europa la ha hecho esperar tanto.

Llama a la camarera, pide otro medio litro de vino, coge una rodaja de salami al hinojo y se lo lleva a la boca. El embutido se deshace y suelta el sabor a hinojo, la pimienta le pica en la lengua y, con un efecto psicotrópico, la hace remontarse a cuando vivía su abuela y merendaba bocadillos en el bosque con Alessio.

–¡Caramba, qué bueno! –reconoce con un susurro, aunque al instante se enoja. Por culpa del hijoputa este se ha saltado su inflexible dieta vegetariana. En una cena de gala, el presidente de Turquía pidió caviar gris expresamente para ella, lo hacía él estrujando los esturiones con sus propias manos, pero ella, sintiéndolo mucho, rehusó y provocó un incidente diplomático. Y ahora, por Nicola Sarti, se ha zampado una rodaja de salami. Coge una loncha de jamón y se la traga casi sin masticar.

Se sirve otra copa de vino para entrar en calor y le hinca el diente a una salchicha de jabalí. Nada, como el cabrón no llegue en un minuto, se termina la tabla de embutidos y se pide un Black Angus muy poco hecho.

A la una y cuarto se levanta de un salto.

Nicola Sarti se ha salido con la suya. La ha humillado. Con la mente nublada por la grasa animal y el alcohol, se pone la chaqueta y se deja caer despatarrada en la silla.

–Se acabó –se dice, pero no se decide.

La una y veinte.

Coge el móvil y le escribe un mensaje.

MARIA CRISTINA
¿Has tenido algún problema? Yo tengo que
irme, lo siento. Un abrazo.

Se oye un zumbido grave que hace vibrar los cristales de la galería y un coche se detiene en el aparcamiento en medio del rechinar de la grava.

Maria Cristina se pone de puntillas y ve una camioneta negra de neumáticos enormes y en cuya plataforma trasera hay un motor fueraborda sujeto a una cabria. Se abre la portezuela y se apea Nicola Sarti.

Maria Cristina esperaba verlo llegar en un Ferrari, en un Lamborghini, en internet dicen que ama los coches de carreras. ¿Y se presenta con una camioneta?

Todo está pensado para sorprenderla.

El hombre coge del coche una caja de poliestireno con una cinta dorada.

¿Y qué trae? Maria Cristina borra el mensaje, se quita la chaqueta, se arregla el jersey y siente que el corazón se le acelera.

–Perdona, Seca –dice Nicola Sarti al entrar en la galería–. ¡Perdóname!

Maria Cristina se pone de pie.

Nicola Sarti deja la misteriosa caja en la mesa.

–No encontraba el restaurante. Una pesadilla. No había cobertura, el GPS se volvía loco, un desastre.

–No importa. Has llegado. Yo me he tomado ya unas copas. –Sonríe y le tiende la mano.

Él le coge la mano, la atrae hacia sí y le da dos besos en las mejillas.

–Para que me perdones te traigo un regalo. –Desata el lazo y abre la caja–. Mira.

Dentro, sobre un lecho de hielo y lechuga de mar, hay erizos, gambas, langostinos y dos langostas.

–¡Qué maravilla! –exclama Maria Cristina. No recuerda si en el hotel le dijo que era vegetariana. Seguramente no, visto el regalo que le trae.

–Era parte de las provisiones de pescado del paseo en barca, pero, como la barca se ha averiado, aquí tienes. Es fresquísimo, me lo traen directamente de Mazara del Vallo. Los erizos son la bomba.

–Gracias. ¡Riquísimo! –dice ella con demasiado entusiasmo.

–Hay que comerlo todo crudo o hervido y con un poco de mayonesa casera. Los erizos, eso sí, nada más abrirlos, con pan.

–A Irene le gustarán.

–Lo sabía. Es como su madre. –Nicola coge la caja, la deja en la

mesa de al lado y se sienta–. ¿Qué bebemos?

Es un Nicola Sarti distinto del que vio en el hotel Piccola Britannia. Está más tenso, más nervioso, parece que haya esnifado coca. Será la emoción de verla otra vez o el azoramiento del retraso. No para de hablar, quiere impresionarla con su vida llena de compromisos, gente impertinente, hijos, cocineros brasileños y una ex. Él, pobrecito, no pide más que paz y diversión. Al menos la ha felicitado por su nuevo pelo.

–Precioso. Estás divina. Una verdadera revolución. Una Maria Cristina Palma versión mujer fatal. Ya verás cuando salgas en la tele. ¿Cuándo es la entrevista?

–Pasado mañana. –Maria Cristina da un hondo suspiro–. No me lo recuerdes, que me tiemblan las piernas.

–Tú tranquila. No van ni a escucharte. Se fijarán en el pelo. Verás lo que comentan en las redes sociales.

–Irene, mi hija, me dice que estoy distinta. No le gusta.

Él menea la cabeza.

–Nada, nada, te queda perfecto.

Ha rechazado el vino de la casa y ha pedido una botella de Sassicaia, un chuletón de la tierra, patatas fritas y un salteado de achicoria. Maria Cristina ha pedido verduras a la parrilla y sopa de setas.

Ahora bien, lo que más preocupa a este hombre es el velero averiado: funciona con un motor eléctrico que las velas, enormes paneles solares, alimentan; es un proyecto sostenible y tiene un montón de patrocinadores, la idea es dar la vuelta al mundo sin consumir un solo litro de combustible. En cada etapa de la travesía habrá un cantante que actuará en directo por Instagram. Entre Cuba y Estados Unidos, parece ser que será Tiziano Ferro. Aunque a saber.

–Estoy deseando partir. En pleno océano puedo comunicarme por satélite, tener reuniones a distancia y dirigir los hoteles. Y además me acompaña Catherine, una chica de lo que no hay, que lo mismo hace de patrón de barco que de secretaria. Una tía genial. –Se interrumpe, se le ha encendido una luz en el cerebro–. ¡Seca, vente tú también! Sería estupendo, promoverías un proyecto ecológico. Haces el trecho entre Italia y las Baleares.

–Me gustaría... –contesta Maria Cristina, desconcertada.

–Pues ¡claro! ¡Vente!

–Pero ¿cómo? Recuerda quién soy –se ve obligada a añadir.

Nicola Sarti se sirve una copa de vino y se bebe la mitad, apoya el codo en la mesa.

–Eres la mujer del primer ministro, sí, pero no el primer ministro,

¿verdad? Cuando el presidente de la República nombró a tu marido, ¿acaso te nombró a ti?

Ella piensa y admite:

–No.

–Pues entonces ¿qué obligaciones tienes? No me parece que te encante ser la mujer del presidente. No hay condición menos paritaria, más sexista, más anticuada que la de una esposa de presidente que oficie de tal. ¿Acaso te pagan?

–No, claro.

–Pero no eres libre de irte de vacaciones y subirte a una barca conmigo. No es justo, eres una mujer libre y puedes hacer lo que quieras.

Sintiendo que la presiona, Maria Cristina replica, picada:

–Oye, que nadie me obliga. Yo decidí ayudar a mi marido. Él me lo pidió y yo acepté. Y me siento honrada de representar a Italia.

Nicola Sarti no insiste y pasa a hablar de la inauguración del nuevo complejo hotelero, en un entorno laboral con reglas humanas para los empleados, todos jóvenes, porque él confía en los jóvenes, los jóvenes tienen vista, los viejos como él, como mucho, ponen dinero y un poco de experiencia. El problema es que nadie quiere trabajar en Pomezia, ni siquiera cobrando el doble: está muy lejos de Roma. Y es que los jóvenes están desmotivados, prefieren quedarse en casa.

Maria Cristina no rechista. ¿Cuántos miles de veces habrá oído el mismo cuento? No entiende a ese hombre. ¿Es un chantajista o solo uno de esos fanfarrones que tienen que rodearse de famosos para respetarse a sí mismos? Su numerito no la convence. ¿Qué le importan a ella su velero eléctrico, su dinero, sus cantantes y sus hoteles vulgares?

Está decepcionada. Desde la noche en la que se lo encontró en el club de piragüismo no ha parado de pensar en él, preguntándose si es una amenaza, un donjuán temerario, un mujeriego cachondo, un ex que sigue enamorado, un amigo. En el coche, viniendo al restaurante, se ha montado una película erótica. Nicola Sarti le propone un pacto. Ella debe estar siempre dispuesta a satisfacer sus deseos sexuales, porque, si no lo hace, sube el vídeo a internet. Y se le ha ocurrido que, durante la comida, iba a follársela en el baño. Y la verdad es que esta fantasía la ha excitado un poco. Pero nada. Aquel hombre no es más que otro narcisista que quiere impresionarla como haría con su odontólogo. Es un hombre apuesto, pero hoy se lo ve más desaliñado y parece que se lave poco. Las entradas son bastante acusadas. La barbita le cubre las mejillas. Es una mezcla de hippie de Formentera y directivo de Vodafone. Se ha quedado en los años noventa. Los Guns N' Roses debieron de clavarle bien las garras en el corazón, como demuestra la ropa de marca que lleva, con rotos de fábrica, la bisutería

de las muñecas, el Rolex, el paquete de Lucky Strike en la mesa, y eso que tiene cincuenta años bien cumplidos.

–¿Estás bien? –le pregunta él, que la ve abstraída.

–Sí, sí –se apresura a contestar ella.

–¿Seguro?

Maria Cristina sonríe, es hora de ir al grano y saber qué intenciones tiene. Coge el móvil de la mesa, se lo pone en las piernas y se prepara para poner en marcha la grabadora.

Pero entonces, como en la escena de un espectáculo de cabaret, aparece, envuelto en una nube de humo, el hijo del dueño del restaurante con una bandeja de hierro fundido tan gruesa como la coraza de un tanque, sobre la que chisporrotea un cuarto de ternera sanguinolenta.

Nicola Sarti parece también sorprendido.

–Es enorme. ¿Seguro que es de un kilo?

–Es un poco más. Pero era un trozo excelente y el cocinero no ha querido estropearlo. Y así puede probarlo la mujer del primer ministro –dice el dueño muy satisfecho.

–No, gracias. –Maria Cristina se retira instintivamente.

Con un gesto coreográfico, el del restaurante deja la bandeja en la mesa.

–¡Ojo que quema! No toquéis la placa por ningún motivo. Un dermatólogo de Frosinone casi se dejó un dedo.

El humo ha invadido el recinto y todo, ropa, pelo, piel, huele a carne quemada. Nicola Sarti, enfrente, no es más que un bulto en la niebla densa y caliente. Del dueño del restaurante no queda más que la voz que, con acento del lugar, empieza a enumerar las virtudes de aquella carne veteada.

Maria Cristina aprovecha la niebla e intenta poner en marcha la grabadora del móvil, pero una serie de anuncios, como cajas chinas, ocupan la pantalla: cortacéspedes, zapatillas de deporte, complementos alimenticios, rompecabezas, juegos para descargar... Cierra uno y se abre otro, y de pronto, como por arte de magia, ve que ha entrado en la página de la tienda. Furiosa, roja de calor, arroja el móvil sobre la mesa. Mira a un lado y otro y ve, entre volutas de humo, que el propietario se ha ido y Nicola Sarti, cual cazador neolítico, está afilando la hoja de su puñal en una piedra que le han traído con la bandeja.

–¿Los has hecho solo conmigo o también con otras? –le pregunta con voz destemplada. Él levanta una ceja–. ¿Soy la única o has hecho vídeos porno con otras?

Nicola Sarti, que está decidiendo dónde atacar el despojo bovino, se ve pillado por sorpresa. La mira, no está seguro de haber entendido bien, depone el arma sobre la mesa.

–Sí, solo contigo. –Baja la voz–. Mejor dicho, no. Grabé otro, hace años, con mi ex, fue bastante horrible.

–¿Qué pasó? –le pregunta ella.

–Me da vergüenza contarlo.

Maria Cristina cruza los brazos.

–Si no quieres contármelo, no importa.

Él coge el cuchillo, corta un buen pedazo de carne cruda que chorrea sangre y lo mastica despacio. La nuez de Adán sube y baja. Cuando por fin traga, habla.

–Fue en Tanzania, habíamos alquilado un jeep y estábamos visitando los parques nacionales. Yo encabezaba la caravana de todoterrenos por una sabana inmensa, llevábamos casados unos días, hacía horas que conducía y yo... Ella me hizo... –Duda, mira a los lados y baja más la voz–: Me hizo una mamada. Mientras me la hacía, saqué el móvil pensando en Pamela Anderson, ¿te acuerdas? Demasiadas cosas a la vez, conducir con la izquierda, grabar el vídeo... El caso es que, de pronto, aparece un elefante con una cría, eran los primeros que veíamos. «¡Sarah, mira, un elefante!», grito. Quiero grabarlo con el móvil, pego un frenazo y el coche que nos seguía choca contra nosotros...

Maria Cristina se lleva la mano a la boca.

–¿Y os pasó algo?

–A mí nada, pero Sarah se lastimó las cervicales y tuvo que llevar un collarín el resto del viaje. Cuando salíamos de safari tenía que ayudarla a volverse como si fuera un muñeco para que viera los animales. Aún hoy me lo echa en cara.

Nicola Sarti se echa a reír, pero Maria Cristina se pone seria.

–Si a mí me cuentas eso de tu mujer así, como si tal cosa, también habrás contado lo nuestro. –Lo observa–. ¿Le has enseñado el vídeo a alguien?

Una nube agorera pasa por los ojos de Nicola Sarti, que los baja, se pasa la mano por la frente y no dice nada.

Maria Cristina insiste.

–Vamos, dime, ánimo. Tengo que saberlo. Es importante. –Está alzando la voz–. ¡Soy la mujer del primer ministro de Italia, maldita sea! Creo que tienes un problema grave y es que no te das cuenta de quién soy. –Y, apretando los labios–: ¡No sabes con quién estás hablando!

«¡Bien dicho!», dice Diana Brinzaglia.

«¡Mala pécora!», se maldice Maria Cristina. ¿Quién ha hablado por ella? Después de tanto tiempo reprimidos, la angustia y el miedo hablan por fin. Cálmate, se dice. La idea era proceder poco a poco y con un mínimo de astucia.

Nicola Sarti repite, sonriendo:

–«No sabes con quién estás hablando...» ¿Has dicho eso? Tienes razón. No lo sé. No eres la persona a la que yo conocí. A ti te pasa algo. Estás tan asustada que tiemblas. Mírate. –Maria Cristina nota que, en efecto, las manos le tiemblan–. Yo no quiero nada. Eres tú quien me ha invitado. –Ahora habla con más temple, está recuperándose del golpe–. ¡Qué error enviarte el vídeo! Ha sido un gesto idiota, pero me parecía que eras la de antes. También te he enviado fotos de nosotros, de Alessio. Era como si no nos hubiéramos separado.

–Nicola, han pasado veinte años. No habíamos vuelto a hablar. Tengo una hija. Perdona si insisto. No soy una amiguita a la que puedas enviar vídeos porno, soy una madre, además de que tengo un pequeño papel institucional.

Él la interrumpe:

–Perdona, pero no es que te violara ni te atontara, tú fuiste tan responsable del vídeo como yo. Y, volviendo a tu pregunta, mi ex cuenta aquello riendo, a ella no le supone ningún problema. Y no, no le he enseñado el vídeo de Tanzania ni el tuyo a nadie. Te lo he contado porque me lo has pedido. ¿Qué quieres que haga? ¿Jurártelo por mis hijos? Soy un caballero y no presumo de haberme tirado a Maria Cristina Palma. No lo necesito. Además, si no me crees, no es asunto mío.

La mira con tanta rabia que teme que vaya a pegarle.

–¿Lo has borrado? –le pregunta, tragando saliva.

–Como te prometí.

–Demuéstramelo.

Él arroja el móvil sobre la mesa.

–Míralo tú, dos, uno, dos, tres. Anda.

Ella se queda quieta.

Nicola Sarti aparta el plato de carne.

–No hay manera de demostrártelo. Puedo haberlo borrado del móvil, pero tenerlo guardado en un lápiz USB, en un disco duro, en la nube, en mil sitios. Y el casete haberlo enterrado en un bosque. Lo siento, pero tienes que fiarte de mí. –Pone una sonrisa pérfida–. ¿Y tú, lo has borrado? –Maria Cristina guarda silencio–. ¿Y bien? –Ella dice que no con la cabeza–. ¿Y por qué no?

–Porque es una prueba y no debo borrarla.

–¿Una prueba de qué?

Maria Cristina debe tragarse algo del tamaño de una pelota de golf para contestar.

–Por si quisieras hacerme chantaje.

Es como si le hubiera clavado un hierro al rojo en el costado. Nicola Sarti se levanta de un salto y arroja la servilleta a la mesa.

–¡Coño, Maria Cristina! –La mira con más decepción que enfado–.

Tú no estás bien. En serio. Siento decírtelo. Enséñaselo a tu marido. A mí no me importa. ¿A ti sí? Si lo ve tu marido, ¿qué pasa?

Ella balbuce:

–¿Por qué haces vídeos de esos?

Nicola Sarti coge el móvil y se pone el abrigo.

–Yo no hago vídeos de ninguna clase. Hice dos. Y parecías bastante entusiasmada, si me permites decirlo así. ¿Seguro que no recuerdas por qué grabamos el vídeo? Eras una chica pícara y desenvuelta, decías que te gustaba mi polla y que te pasarías el día chupándomela. ¿Te acuerdas o no? –Ha alzado la voz.

Maria Cristina se ruboriza, mira a los lados, agacha los ojos.

–Ahora eres una mala mujer y una paranoica. Verte en el vídeo me ha recordado aquellos tiempos en los que éramos libres. Punto. Yo, al contrario de ti, soy un libro abierto. No te he buscado, no te he molestado, no te he pedido nada. Mejor dicho, sí, te he pedido perdón. Ahora veo que has quedado conmigo no porque quisieras verme, sino porque temías que difundiera el vídeo. Ya ves, la vida aún puede sorprendernos. Ya verás...

Nicola Sarti arroja en la mesa dos billetes de cien euros y se va meneando la cabeza.

Maria Cristina conduce a casa. Las manos le tiemblan en el volante. En el asiento de al lado lleva la caja de poliestireno. Pese a que el habitáculo huele mucho a combustible, nota el olor fuerte a pescado. Para en un apartadero junto a una fila de contenedores, baja, coge la caja, la abre y vierte todo el pescado en el contenedor de lo orgánico, junto con la lechuga de mar y el hielo que queda, y, cuando va a tirar la caja al contenedor del plástico, ve que, pegado en el fondo, hay un ticket mojado. Lo coge. Es la cuenta de la pescadería Il Veliero de Civitavecchia, ciento setenta euros, impresa el día anterior a las diecisiete y veintitrés.

¿No decía que el pescado era fresquísimo y se lo traían directamente de Mazara del Vallo?

3

Ha mandado a Irene y a Greta a Roma con el chófer, se ha calzado unas zapatillas de montaña y ha salido a dar un paseo. Quiere llegar al límite oeste de la finca, la parte más salvaje. Atraviesa campos de heno y entra en el bosque, sigue hacia el sur, sube rocas y peñascos, y baja barrancos pedregosos y hondonadas de toba, se desliza por laderas de barro cubiertas de helechos y por las que asoman raíces de encinas que parecen vasos sanguíneos, y baja, siguiendo el agua, por senderos

pedregosos, entre troncos caídos recubiertos de un musgo color esmeralda, hundiéndose en arroyos de agua oscura y pestilente.

Camina a paso ligero, con un aturdimiento absorto, sin detenerse, y por momentos consigue no pensar en Nicola Sarti. Al principio el dedo protestó, pero al poco el dolor remitió y de agudo e intermitente pasó a ser sordo y constante, y el corazón le late en el pecho al compás de la respiración. Se adentra en un bosque de árboles torcidos, asfixiados por la hiedra, de pendientes alfombradas de hojas y ramas secas, de zarzas, de piedras afiladas, de manchas de luz y de sombra, de acebo, de más zarzas y troncos envueltos en hiedra, y tiene la impresión de que no es ella la que se mueve, sino que una cinta corre bajo sus pies y le ofrece el mismo paisaje con variaciones infinitesimales.

Maria Cristina se detiene en un paraje remoto e inaccesible, sin rastro de seres humanos, que está como estaba hace mil años. Se sienta en una roca, aspira profundamente el olor húmedo a hongos y tierra y siente el aire frío correr por unos bronquios que el esfuerzo ha inflamado, y el corazón poco a poco se calma.

Le pasará lo que tenga que pasarle, pero no ahora, no aquí. El bosque la protege. Maria Cristina observa hormigas avanzar en fila india, arañas de patas enormes, líquenes plateados. La luz se filtra desde lo alto, densa, a través de remolinos de bruma, se oye el canto de aves desconocidas y el rumor del viento que sopla entre las ramas.

Aquí deja de ser la mujer de Domenico Mascagni, la madre de Irene Mascagni. Aquí no es más que un organismo de la naturaleza, encuentra por fin su verdadero ser.

Tiene que dejarlo todo, tiene que volver a la India y encerrarse en un ashram a recuperar el equilibrio. Cruza las piernas, endereza la espalda, deja muertas las manos, cierra los ojos y estira el cuello hacia la luz, en una pose perfecta para una revista femenina o de fitness.

Es el superyó freudiano que secretamente se impone incluso allí, en un bosque, cuando, desesperada, quiere transformarse en una anacoreta, y que le recuerda que debe guardar la compostura y apretar las nalgas para los espectadores invisibles que asisten al decurso de su ciclo vital. Maria Cristina no es más que la actriz de su existencia, y en el teatrito de su mente interpreta todos los papeles, el de deportista, el de modelo, el de santona, el de mujer de escritor, el de mujer del primer ministro, el de víctima de un chantaje porno, el de la pálida y flotante Ofelia del sobado cuadro de Millais. Nada es auténtico. Lo único verdadero es la certeza de una desgracia inminente. La siente en la piel, es como una presión constante que nota en el pecho, como esos animales que perciben las catástrofes.

En el restaurante ha armado una que para qué. ¿A quién interpretaba ante ese Nicola Sarti desconcertado? ¿A la mujer de armas tomar, rígida, antipática, la Thatcher local? ¿A la protagonista

de *Perdida*? No se sabe. El caso es que él se ha enfadado. Los ojos le echaban chispas de rabia vengativa.

«Ya verás», ha dicho.

¿Qué significa?

«Significa que el vídeo está ya en internet o lo estará pronto», concluye Diana Brinzaglia.

Debe llamarlo enseguida y pedirle perdón. Debe decirle que se ha equivocado, hacer las paces antes de que sea demasiado tarde. Coge el teléfono. No hay cobertura. Está en un puto barranco, en pleno Jurásico, a lo mejor también él la ha llamado comprendiendo que se ha pasado, y el teléfono estaba sin cobertura..

A cuatro patas, como un neandertal perseguido por un tigre de dientes de sable, sube por una pendiente abrupta, busca el cielo, las alturas, los repetidores, la bóveda surcada por señales telefónicas, pero nada, ni una raya.

Hay un peñasco que despunta entre robles y encinas, resto de actividades volcánicas milenarias, trepa hacia él agarrándose a aristas de piedra, sorteando arbustos espinosos, apoyando el pie en anfractuosidades que quizá sean nidos de serpiente, sube, recorre cornisas, sigue subiendo, a fuerza de brazos, y llega por fin a lo alto, un pico digno de un ave rapaz. Como en *El caminante sobre el mar de niebla* de Caspar David Friedrich, Maria Cristina se yergue sobre el mar de árboles y ve unas rayas: suficiente cobertura para llamar, aunque no para navegar.

Marca ansiosamente el número de Nicola Sarti, que suena una, dos, tres, cuatro veces y salta el contestador automático. Cuelga. Verá que lo ha llamado. Se sienta. Se lleva la mano a la cabeza, apoya los codos en las rodillas. Suena el teléfono, contesta.

–¿Sí?

–Hola, Cri.

–Luciano...

–Cri, te he llamado un montón de veces. ¿Qué tal ha ido? ¿Lo has grabado?

–¡Qué va! Todo ha sido un error.

–¿Cómo un error?

–Le he dicho que era un chantajista y le he preguntado qué quería de mí.

–¿Y qué ha dicho?

–Se ha enfadado muchísimo.

–Luego no es un chantajista.

–Sí, lo es, pero no quiere que lo traten como tal. No es de los que piden dinero o favores, es que le gusta ejercer su poder sobre mí. Es demasiado inteligente y listo para pedirme cosas explícitas, quiere convencerme. Ha dicho que soy una mala persona y que la vida aún

me dará muchas lecciones. Una amenaza en toda regla.

–¿Y qué podrá querer entonces?

–No lo sé.

–¿Dinero?

–No, no lo creo. Sigue dándome a entender que tiene mucho. Pero puede ser mentira. No veas lo presumido que es. Es un embustero. Tengo pruebas. –Le cuenta lo del ticket de la pescadería–. Y al final me ha tirado el dinero de la cuenta del restaurante en la mesa, como si yo fuera una puta, y me ha dicho: «Ya verás». –Luciano calla–. ¿Hola? –le pregunta.

–Querrá algo de tu marido.

–Es probable.

–¿Qué puedo hacer?

–Tú nada, Luciano. Este está decidido a publicar el vídeo. Tengo que resolverlo yo. Hablaré con Domenico. Por cierto, estoy en un lugar con poca cobertura, te llamo luego.

–Sí, por favor, llámame.

–Tranquilo. Te quiero.

–Yo también.

El sol se oculta tras la masa oscura de las colinas dejando tras de sí velos y franjas de rosa, gris y lila, y Maria Cristina vuelve a casa a través de campos de heno amarillo. Lleva la mirada fija al frente, mueve los brazos adelante y atrás, la mente gira en torno a su verdugo como la ostra en torno al grano de arena.

Nicola Sarti no es quien quiere hacer creer que es. O tiene problemas económicos y quiere sacarle dinero, o busca otra cosa. ¿Sexo?

No. En el restaurante se ha ofendido demasiado, ha montado una escena exagerada, ha arrojado el dinero para que ella se sintiera culpable, porque quiere tenerla bien sujeta, echarle una soga al cuello. Pero antes de publicar el vídeo le dirá lo que quiere.

Es hora de contárselo todo a Domenico, que dará el vídeo a quien corresponda. Y el primero será el Bicho.

Se detiene jadeando, en jarras.

Ha llegado a una loma pelada, cubierta de cagarrutas, en la que solo sobreviven los cardos espinosos que pueden defenderse de las mandíbulas de las ovejas que todo lo trituran.

El Bicho es la única persona que puede ayudarla.

Si el vídeo estuviera ya en internet, él dispone de herramientas tecnológicas para bloquearlo; si no lo está, podrá trazar un plan defensivo, tiene ideas y conocimientos para prever el efecto que tendría el vídeo en su existencia, en la del gobierno y en la de toda

Italia.

Tiene que hablar con él, pero ¿cómo? Nunca lo ha tratado directamente. Sus mensajes le llegan a través de Caterina, del gabinete de prensa o del propio Domenico. Pero tiene la dirección de correo electrónico que usa para decirle qué ropa debe o no debe ponerse. Le escribirá a esa dirección y esperará a que conteste.

Llega a casa, corre por el portátil, busca en el correo y le escribe:

> Querido Bicho:
>
> Sé que solo te comunicas por correo electrónico y mensajería, pero necesito urgentemente verte en persona, en privado, lo antes posible. Tengo un grave problema que debo contarte, un problema que puede comprometer la situación actual mía y de Domenico, y quizá la situación política del país. Estoy segura de que eres la única persona que puede ayudarme en este momento. Te ruego que me contestes y me digas cómo podemos vernos. Gracias.
>
> MARIA CRISTINA PALMA

Espera haberle transmitido toda la preocupación y la urgencia que tiene de verlo.

En casa no queda nadie. Emma e Italo no salen de sus dependencias. Las habitaciones vacías y oscuras resuenan con sus pasos, y los perros que ladran le causan una gran tristeza. En la finca siempre se ha sentido protegida. Pero ahora no. Ahora necesitaría a alguien con quien hablar, alguien que la quiera. Se iría corriendo a Roma, pero debe esperar al chófer, que ha llevado a Irene.

Cuece unos hinojos y se los come de pie con un trozo de pizza que sobró de la cena con el ministro, sin quitar el ojo del móvil.

Está buscando algo dulce en el frigorífico cuando el aparato suena. Coge una tarrina de helado de pistacho y mira quién llama.

Es Mariella Reitner.

¿Qué querrá ahora?

Está agotada, tiene los nervios a flor de piel, pero contesta:

–¿Sí? ¿Diga?

–¿Maria Cristina?

–Hola, Mariella.

–¿Cómo estás? Perdona que te moleste a estas horas, en domingo...

–Tranquila. ¿Cómo va la espalda? No te he preguntado...

–Mejor, gracias. Me he tomado unos antiinflamatorios y se me ha pasado el dolor. No quiero molestarte. Es para decirte un par de cosas sobre la entrevista del martes.

–Dime.

–¿Confirmas que vendrás?

–Sí, claro, ¿por qué lo preguntas?

La periodista vacila, contesta:

–Me han llegado voces de que no querías y enviarían a otra persona en tu lugar en el último momento.

–¿Voces? ¿Qué voces?

–No me han llegado directamente a mí, sino a un colega, de parte de un miembro de tu equipo. No te enfades, pero dicen que temes que te pregunte por tu marido y la Gilardoni.

–No, yo no he dicho eso.

–Lo suponía. ¿Confirmas que vienes?

–Pero ahora que lo dices, ¿qué pasa con mi marido y la Gilardoni?

–Bueno, ya sabes lo que se rumorea... Pero yo no te preguntaré por eso, como te prometí. –Pausa–. A menos que tú quieras hablar.

–No, no quiero hablar. Pero no entiendo... ¿Hay fotos, vídeos, no sé, algo que demuestre que tienen una relación?

–No, solo rumores. A mí no me interesan esas cosas. Claro, si hubiera pruebas fundadas, la cosa cambiaría, y no por el escándalo en sí, sino por las consecuencias que una aventura extramatrimonial de tu marido tendría para el gobierno. Pero no las hay. Conque no se hable más.

Maria Cristina se aclara la voz.

–Perdona, Mariella, pero no lo entiendo, es que soy un poco dura de mollera. Y si mi marido me engañara con una subsecretaria, ¿qué cambiaría? ¿No podría seguir haciendo su trabajo? No es un lío entre, digamos, un profesor y una alumna. Son dos personas adultas y responsables, y el adulterio no me parece una razón para hacerle una moción de censura o algo parecido. Ambos siguen siendo capaces de trabajar por el bien del país. El problema solo nos atañería a mí y a mi hija...

–Interesante eso que dices. Podemos hablarlo en la entrevista...

–Mira, perdona, es tarde, tengo que colgar –la interrumpe–. Iré, te lo he prometido. Pero el pacto era que hablaríamos de mí, de lo que soy, de lo que pienso, y no de lo que cotillea la gente sobre las personas que se hacen famosas. Dímelo, Mariella, porque, si no es así, me niego... Tengo que fiarme de ti. –Y, con un suspiro, añade–: De alguien...

–De mí puedes fiarte –le contesta la periodista.

–Por favor, no me traiciones.

–No lo haré.

VI. LUNES, 26 DE FEBRERO

1

La oscuridad envuelve como un fluido negro a Maria Cristina, que yace insomne bajo el edredón. Ha dormido a intervalos, despertándose con sobresalto, como si hubiera alguien en la casa, le parecía oír pasos en el pasillo, chirriar una puerta que se abría, y se imaginaba que era Nicola Sarti que venía a vengarse.

Enciende la lámpara de la mesita, querría sedarse a base de somníferos, pero no puede, espera el correo del Bicho. Mira el móvil.

Ahí está:

> Querida M. C.:
> Te espero en el área de servicio de Magliano dei Marsi del kilómetro 81,6 de la A25. Ocho de la mañana. Delante del cuarto de baño de mujeres que hay fuera. Ven sola. B.

¿A las ocho? Faltan cuatro horas. ¿Dónde estará esa área de servicio? La busca en Google Maps. Está en los Abruzos, a más de tres horas de coche. Corre al baño, se lava los dientes, se maquilla rápidamente, pero cuando tiene que decidir qué ponerse se queda bloqueada. ¿Cómo querrá verla vestida el Bicho? Se prueba unos pantalones y un jersey, no, mejor un vestido ajustado rojo oscuro, de cuello redondo, que le llega a las rodillas y le ciñe el talle, y un par de botas negras y altas, y un collar de perlas, sin pendientes.

Ahora el problema es el coche. El Defender es demasiado viejo, solo le queda el Mercedes del chófer. Abre la puerta de la habitación de este, el hombre duerme hecho un ovillo, con la cabeza pegada a la pared.

–Perdona, Davide. Necesito las llaves del coche –susurra desde la puerta.

El chófer se vuelve y la ve en la penumbra. No entiende, entorna los párpados como si no la viera bien.

–¿Adónde..., adónde vamos? ¿Qué pasa?

–Nada. Voy sola. Tú sigue durmiendo. Aviso a los de seguridad. Usa el Defender para volver a Roma, mira el agua del radiador, acuérdate. Y coge a Pippo, el perro pequeño que tiene mal la pierna, llévalo al veterinario. Nos vemos en casa. ¿Dónde están las llaves?

Él señala la chaqueta.

–No entiendo. ¿El perro lo traigo luego aquí?

–No. Que se quede en Roma. –Maria Cristina saca el manojo de

llaves–. Gracias. Duérmete, que es temprano. –Y sale del cuarto.

El chófer observa la puerta cerrada, ha quedado flotando en el ambiente el perfume de la mujer, un buen perfume, dulce pero no demasiado, quisiera comprárselo a Monica, su novia, pero no sabe cuál es y no se atreve a preguntárselo a la señora Mascagni, aparte de que será carísimo. Su mirada recae en los pantalones y los calzoncillos dejados en la silla, en los zapatos sudados y los calcetines que apestan y, desconsolado, deja caer la cabeza.

2

Esto sí es un coche. El asiento de piel caliente le abraza las caderas y la envuelve como una vaina. Maria Cristina apoya la nuca en el reposacabezas y tiende los brazos hacia el volante. El salpicadero digital le señala el camino que debe seguir para reunirse con el Bicho. Por el equipo de música suenan las sonatas para piano de Beethoven. La temperatura interior es de veintitrés grados, la exterior de nueve. La autopista está desierta y solo hay que fijarse en los radares.

Conducir sola por la autopista le produce, no sabe cómo llamarlo, euforia, vitalidad, energía, se siente en medio de una aventura.

Pone el intermitente y adelanta una larga fila de tráileres.

–Llama a Caterina Gamberini –le ordena al móvil.

Suena largo rato, al final se oye la voz sorprendida de la secretaria.

–¡Maria Cristina! ¿Qué ocurre?

–Quería hablar contigo.

–¿Qué hora es?

–Las seis y cuarenta.

–¿Pasa algo?

–Domenico me ha dicho que querías hablar conmigo.

–Sí, pero ¿a estas horas?

–¿No te va bien?

Caterina duda.

–Sí, claro. Era para decirte que lo siento mucho.

–No lo sientas. Pero que sepas que lo que oí la otra noche en el baño me ha abierto los ojos. Me alegro de que hablaras con sinceridad. Dijiste que soy una inútil, una frívola, una tonta. Mi madre estaría de acuerdo contigo. Decía que el Señor me había dado un buen cuerpo, pero que lo había llenado de agua mineral.

–Un momento... –quiere interrumpirla Caterina.

–Déjame hablar. Pero ten en cuenta que los tontos sufren igual que los inteligentes, o al menos eso creo. Me dolió mucho que dijeras eso de mí.

–Maria Cristina, por favor...

–Déjame hablar. Dijiste que estoy sola y no tengo amigos, aparte de Luciano. Pero ese manitas, como lo llamas, es la persona más buena y leal del mundo. Y no olvides que tú y yo hemos pasado los últimos dos años juntas todos los días y en mi estupidez estaba convencida de que eras mi amiga, y ahora descubro que te doy pena. Es verdad, soy frívola, me encantan los vestidos elegantes, las joyas, las casas bonitas y los coches lujosos. He nacido entre gente frívola que quería disfrutar de la vida y eso me han enseñado. Encima he leído poco y soy una ignorante.

–Por favor... –se queja Caterina, que quiere decir algo.

–Te llamo para decirte que voy a ver al Bicho y que avises a los de seguridad. He cogido el Mercedes de Davide.

–¿Ver al Bicho? No entiendo.

–Sí, a verlo, ahora.

–No entiendo.

–He quedado con él.

–¿Quedado con él? No entiendo.

–Deja de decir no entiendo, Caterina. Sí, he quedado con él, en persona.

–O sea, ¿podrás tocarlo?

–Sí, si se deja tocar.

–¿Y para qué habéis quedado?

–Para hablar.

–¿Dónde?

–No puedo decírtelo. ¡Ah!, también quería pedirte que te pases por el taller de Amelianna y recojas la ropa que me pondré para la entrevista. Luego ve a la charcutería siciliana de la plaza Giuochi Delfici y cómprale unos buñuelos a Irene. Y asegúrate también de que Davide lleve el perro al veterinario.

–Vale.

–Gracias. Y otra cosa: en el váter dijiste también que yo sé, aunque nunca lo admitiría, que mi marido tiene amantes. Pero yo no lo sé seguro. Tú que sí lo sabes, ¿las tiene?

–¿Tiene qué?

–Amantes. Y no me mientas.

–No... No lo sé... Lo juro... Lo juro por... –balbuce.

–Menos jurar, por favor. Adiós.

La cinta negra de la autopista sigue subiendo por los Apeninos, atravesando montes áridos, valles pedregosos y cerros pelados, deslizándose sobre los altos arcos de los puentes desiertos. Las gafas oscuras protegen a Maria Cristina del sol turbio que asoma por entre las montañas. Más arriba, aún en sombra, se ven las cumbres nevadas.

Después de hablar con Caterina, puntualmente, la ha llamado Domenico, no ha contestado y le ha mandado una nota de voz diciéndole que ha quedado con el Bicho para preparar la entrevista del día siguiente y que en cuanto termine vuelve a Roma.

En la radio, Bryan Ferry canta «More Than This». Maria Cristina sube el volumen y la vieja canción de los Roxy Music traspasa la coraza de su persona como un proyectil y se fragmenta en esquirlas de vida: los viajes en autobús con el equipo de atletismo, las fiestas en el ático de Alessio, los desfiles de moda de Valentino en París, los vuelos a Nueva York con los cascos del walkman puestos...

«More Than This.»

Más que esto. Debe sacar fuerzas de flaqueza para cambiar las cosas y resistir los golpes, y que la vida le sea más leve. Los cardenales nunca han matado a nadie.

3

Maria Cristina detiene el coche en el área de servicio. Se mira en el espejo retrovisor, se retoca el pintalabios y el rímel, se pone el gorro de lana y las gafas oscuras y sale de su cápsula caldeada. Fuera sopla un viento polar. Coge el plumífero y, cuando va a ponérselo, una racha se lo arrebata de las manos y se lo lleva volando. Maria Cristina corre tras él queriendo echarle el pie, pero la prenda, cual fantasma desdeñoso, escapa rodando por el asfalto. Por fin, dando un salto digno de un galgo, cae sobre él y lo pisa y, cuando se agacha a cogerlo, oye detrás un bocinazo tan potente como los de los barcos de vapor. Lanzando un gritito, se vuelve y ve el morro enorme de un tráiler de color rojo que pasa a su lado y al camionero de pelo largo rubio que aprieta el puño como un futbolista que acabara de marcar, baja la ventanilla y le dice:

–¡Eh! ¡Eres patrimonio de la Unesco!

Maria Cristina le guiña el ojo.

–Gracias, querido.

El conductor contesta con otro bocinazo y el tráiler, que lleva un remolque en el que pone Totti, se incorpora a la autopista.

La mujer del primer ministro, que, aunque con los labios apretados, sonríe para sí, esperando que el Bicho haya visto la escena, entra en el bar. Dentro no hay un alma, aparte del que atiende la barra, un sujeto delgado y con una barbita recortada que mira el móvil junto a la caja. El mostrador está medio vacío: solo quedan unos trozos de pizza margarita resecos y un bocadillo abierto que parece un zapato roto relleno de mozzarella rancia. En el televisor que cuelga de la pared ve un momento a su marido hablando desde una tribuna. Pide un

capuchino de cebada y soja y un cruasán integral. El de la barra se queda mirándola, ella agacha la cabeza y da vueltas a la cucharilla en la taza. Va luego al baño, que está detrás de los surtidores. Orina tiritando de frío. Pasa ante el espejo sin mirarse.

La palabra *ansiedad* no describe plenamente lo que siente Maria Cristina. Es más un deseo loco, una imperiosa necesidad de confesarse y oír un juicio objetivo que dé sentido a todo aquello.

Empieza a ir y venir en actitud sospechosa delante de la puerta del baño de señoras, el corazón le late con fuerza. ¿Dónde está el Bicho? ¿Cómo lo reconocerá? Tiene la impresión de que alguien la espía. Pero, aparte de algún coche que pasa a toda velocidad por la autopista y del gasolinero que está en su garita junto a una estufa, no ve a nadie.

Como en una película de espías, le llega una señal. Un mensaje de un número desconocido.

Da la vuelta al bar. En el aparcamiento trasero verás una caravana. La puerta está abierta. Entra.

Sin más precauciones, Maria Cristina sale corriendo, llega a la parte de atrás de la gasolinera y ve, junto a un arriate de plantas heladas, una caravana marrón larga y destartalada, en cuyo costado un rótulo blanco dice: «Malibu 490», con cortinas de cuadros negros y verdes en las ventanillas y los cristales de la cabina tintados. El motor está encendido y el tubo de escape escupe nubes de humo blanco.

Maria Cristina salva de una zancada el bordillo de cemento del aparcamiento, abre la puerta de la caravana y entra, pero antes de cerrarla ve que se le echan encima unos perros, que saltan, ladran, mueven el rabo. Son seis o siete, de distintas razas, todos muy viejos; hay dos doguillos canosos y achaparrados que llevan un abriguito de estilo escocés con cuello de piel; un cocker color miel con unas orejas que cuelgan como trapos sucios; encima de la mesa hay un pequinés con embudo al cuello y, echado en el sofá, un enorme rottweiler con unos ojos opacos como granos de uva blanca y el hocico sin pelos. El más alegre es un dálmata gordo al que le falta una pierna.

Maria Cristina intenta calmarlos y los acaricia.

–Tranquilos... Tranquilos... –Aparte de los animales, parece que no hay nadie. Un tabique separa la cabina del conductor. En el extremo opuesto hay una cama de matrimonio deshecha. Sobre un largo tablero, tres monitores, ordenadores, cables eléctricos, una caja llena de móviles, altavoces y un terrario con luces rojas en el que hay una serpiente enroscada a una rama.

Maria Cristina mira en el baño, nadie; intenta abrir la puerta de la cabina, cerrada.

–¿Hay alguien? –pregunta y, de pronto, la caravana arranca. Se

apoya para no caerse, y los perros, como por arte de magia, enmudecen.

Es una trampa.

Corre a la puerta, coge la manilla. Bloqueada. Retrocede agarrándose a los muebles; hay una cámara en el techo, agita los brazos, quiere llamar la atención.

–¡Para! ¡Para! ¿Adónde vamos?

Los perros vuelven a ladrar. El rottweiler del sofá aúlla. El pequinés, medio afónico, emite gemidos prolongados.

La caravana coge velocidad, el suelo y todo lo demás tiembla y se balancea, los platos tintinean. Por las cortinas y los cristales rayados ve Maria Cristina que están saliendo del aparcamiento y dirigiéndose a la autopista.

–¡Vosotros, silencio! –dice una voz masculina amplificada. Los perros obedecen–. Aquí el Bicho al habla.

La mujer del primer ministro se vuelve, temblando: la voz sale de un altavoz que hay en la encimera.

–Siéntate. Te llevo a un lugar seguro.

Pero ella sigue de pie, apoyada en dos paredes, el corazón le brinca en el pecho, inspira y espira por la nariz.

–¿Me entiendes? –pregunta el Bicho–. Habla, que te oigo.

Maria Cristina dice sí con la cabeza.

–Vale.

–Siento que te hayas asustado...

–Como para no asustarse.

–En los armarios de la cocina hay unas galletas de jengibre que he hecho yo. Pero ten cuidado con los perros, que les encantan.

–No, gracias. Acabo de desayunar.

–Pues oigamos música.

Empieza a sonar «Sophisticated Lady», que canta una voz de jazz femenina. ¿Habrá cierta ironía en la elección del tema?, se pregunta la mujer del primer ministro, que busca dónde sentarse: todos los cojines están ocupados por un perro que la mira. Al final se acomoda en un extremo del sofá, junto al rottweiler. El pequinés del protector en el cuello le salta a los brazos y empieza a lamerle las manos.

La caravana está llena de libros, cedés, cintas VHS, aparatos electrónicos obsoletos que se acumulan en todos los rincones, pero, aun así, se ve bastante ordenada, aunque todo, cojines, cortinas, está cubierto de pelos y apesta a perro y a croqueta. Maria Cristina descorre las cortinas de una ventana e intenta averiguar adónde la lleva. A los pocos kilómetros, el vehículo toma una salida y prosigue por una carretera paralela a la autopista. Desfilan fábricas, naves, aparcamientos, desguaces, almacenes de cerámica, tiendas de muebles y de fontanería. Toman un camino tortuoso, que asciende entre

árboles. Minutos después, la caravana reduce la velocidad. Se oye el tictac del intermitente. Paran.

Los perros despabilan, se levantan y se apiñan delante de la puerta, moviendo el rabo.

Maria Cristina ve por la ventanilla a un hombre con un casco de moto negro que abre el candado de una verja, y el miedo, que ha tenido controlado todo el trayecto, explota y la mente formula hipótesis inéditas y terroríficas: el correo en el que le decía que fuera sola, las puertas bloqueadas, la voz que le habla por el altavoz, el casco... ¿Y si no es el Bicho? Podría ser un loco, un asesino en serie. Nicola Sarti. Un secuestro. Las Brigadas Rojas. Aldo Moro.

Saca el móvil. No hay cobertura.

«No seas tonta. Le has escrito al Bicho, a su correo. No pierdas la cabeza», le dice Diana Brinzaglia, aunque tampoco su excompañera de escuela consigue tranquilizarla.

Intenta abrir una ventanilla, pero no puede. Corre al fregadero, donde hay un juego de cuchillos, mientras la caravana franquea la verja y los perros empiezan a gimotear. El motor se apaga.

Maria Cristina es de natural miedoso, por las noches manda cerrar las persianas y poner la alarma, y la tranquiliza saber que en la calle hay un furgón de carabineros, pero ahora siente algo distinto, es la parálisis del pensamiento, un *rigor mortis* que se ha apoderado de su cuerpo, y la sensación de que ha abandonado ese cuerpo, de que flota como un espíritu sin poder salir de la caravana. Acaricia maquinalmente al dálmata, el único animal que ha permanecido a su lado.

La puerta se abre, se ve el azul del cielo y la manada se precipita fuera gimiendo.

Maria Cristina coge un cuchillo, el hombre del casco entra y la saluda con un ademán. Sea quien sea es delgadísimo; lleva una camisa de franela gris marengo con el cuello estilo coreano, una chaqueta negra y corta y unos pantalones a rayas grises con una correa Gucci. Calza zapatillas de deporte negras, sin cordones y de suela alta. Si es el Bicho, no se parece en nada al gordo con camiseta de los ZZ Top de la foto que circula por internet.

–No te acerques. –Maria Cristina esgrime el cuchillo–. Demuéstrame quién eres.

–Amelianna me ha escrito y me ha dicho que en la entrevista de mañana llevarás unos pantalones negros de cintura alta y un suéter gris sin mangas y de cuello alto –dice el hombre con las manos en alto–. Lo apruebo, es elegante. Ah, por cierto, me gusta tu pelo.

Es el Bicho, solo él sabe esas cosas. Maria Cristina deja el cuchillo en su sitio y se da cuenta de que lleva sin respirar desde que el hombre ha entrado en la caravana.

–¡Dios, qué miedo he pasado! Me alegro de conocerte. –Se arregla el pelo–. ¿De verdad te gusta?

–Sí. Es muy años noventa. Te lo has cortado sin consultarme, pero bueno... Perdona que me presente así, mi identidad debe seguir oculta. –Le tiende la mano y Maria Cristina se la estrecha tratando de ver algo a través de la visera oscura–. Aquí estamos seguros. –El Bicho se sienta frente a ella–. Los árboles de alrededor nos protegen de los satélites. No pueden interceptarnos, la caravana es una jaula de Faraday. Y los perros nos protegen. Ya puedes contármelo todo.

Maria Cristina se pasa la mano por la cara. Tarda un poco en recapitular.

Empieza refiriéndole la velada del club de piragüismo y el encuentro con Nicola Sarti, prosigue con la aparentemente fortuita coincidencia del día siguiente, los mensajes, las fotos de Alessio y el vídeo, y acaba con la comida del día anterior y la escena que montó.

–Y encontré la cuenta de una pescadería de Civitavecchia y no de Mazara del Vallo. Y ahora estoy aquí hablando contigo para ver si debo considerar a Nicola Sarti una amenaza.

–Conozco a Nicola Sarti.

–¿De veras?

–Hace un año participó en un congreso de jóvenes empresarios que organizó el gobierno. Dio una charla sobre el arte de inspirarse en los demás sin copiarlos. Está en internet.

–No lo sabía. ¿Y qué te pareció?

–Que es una persona que sabe lo que hace y quiere demostrar cuánto éxito tiene en la vida. En la charla repetía sin parar la palabra *entusiasmo*. –Calla de nuevo, se frota el cuello y dice–: Pero tengo que ver el vídeo.

–¿Qué vídeo?

–El tuyo.

Maria Cristina mira por la ventana el cielo que empieza a nublarse.

–¿Es necesario?

–Sí, para responder a tu pregunta tengo que verlo.

–Me da vergüenza, la verdad –murmura Maria Cristina.

–Ya imagino, pero puedes estar tranquila, yo soy asexual. Ver sexo humano no me excita.

–Ah. –Maria Cristina saca el móvil, busca el vídeo, se lo pasa–. Este es.

El Bicho se pone el aparato delante de la visera.

–No, así no veo. Tengo que quitarme el casco. Lo veré en el dormitorio, si no te importa. ¿Cuánto dura?

–Treinta y ocho minutos.

–¡Bueno, bueno!

–Lo sé, es larguísimo. Pero puedes saltarte trozos. Eso sí, tienes que

verlo delante de mí. No me fío. Podrías copiarlo.

–Entiendo. –El Bicho se vuelve de espaldas, se levanta la visera y pone el vídeo.

Lo ve hasta el final. Son los treinta y ocho minutos más extenuantes que ha pasado Maria Cristina en su vida, porque, conociendo el vídeo, ha anticipado cada jadeo, cada palabra, con un sentimiento de vergüenza que lentamente se ha convertido en aburrimiento; y, cuando por fin, gracias a Dios, Nicola Sarti se corre invocando al Señor, se le escapa un suspiro de alivio.

El Bicho se baja la visera, se da la vuelta y le devuelve el móvil.

–¿Y bien? –Ella está impaciente–. ¿Qué te parece? –¡Cuánto desearía verle la cara a esa especie de Darth Vader!

El Bicho carraspea.

–Es un poco largo, en efecto, y se ve bastante oscuro. El encuadre no es el mejor. Y la calidad, típica de la época, o sea, mala. Hay momentos muy buenos, pero, en general, es bastante monótono.

Maria Cristina se ruboriza.

–No te pregunto si te ha gustado, lo que quiero saber es si podemos frenarlo si lo publica. Y, sobre todo, si entiendes por qué me lo envía.

–Frenarlo, no creo. Siempre pasará un tiempo desde el momento en el que lo publique hasta el momento en el que la policía intervenga, y ese tiempo bastará para que el vídeo se haga viral. Es una bomba. Nunca había visto un vídeo porno de un famoso tan largo y detallado como este. Además, tratándose de la mujer del primer ministro italiano y de la mujer más bella del mundo, porque no olvides que tienes más seguidores que Selena Gomez, la posibilidad de que lo vean en todo el planeta es enorme. –El Bicho va entusiasmándose a medida que lo explica–. ¡Hablamos de miles de millones de visualizaciones diarias! ¡Es que es la hostia!

Una sonrisa irónica tuerce la boca de Maria Cristina.

–Gracias, no sabes la ilusión que me hace...

–En el vídeo se ve a dos adultos que actúan voluntariamente. No es una violación ni parece que sea una relación forzada. No estás atada, no se ve que te amenace. –El Bicho hace una pausa–. Vamos, que parece que os divirtáis. Claro está, si lo difundiera sin tu permiso incurriría en un delito penal...

Ella le hace señas de que espere.

–Un momento, se ve que bebemos y podría haberme dado alguna droga de sumisión química...

–No. Ese tipo de drogas dejan atontado, casi inconsciente, lo convierten a uno en un saco de patatas. Y tú no pareces aturdida. Sí, puede que estés algo bebida, pero se ve que actúas por propia

voluntad. Además, en aquella época apenas se usaban esas drogas. Dime una cosa, ¿es real tu orgasmo? –Se lo pregunta con el tono del farmacéutico que pide la tarjeta sanitaria.

Maria Cristina lo mira estupefacta.

–¿Lo preguntas en serio?

Con esa especie de escafandra que lleva, no se sabe si el Bicho está riéndose de ella.

Antes de contestar, Maria Cristina traga mucha saliva.

–Sí, creo que sí. Ahora que lo veo, diría que sí.

–En efecto, no parece fingido. Y sobre eso también se preguntará la gente, porque querrá saber si es verdadero o fingido.

–La gente no se preguntará nada porque no lo verá.

–Ya, claro, pensaba en voz alta.

Maria Cristina empieza a irritarse, el fuego que le abrasa las mejillas se ha extendido a las orejas.

–No quería grabar un vídeo porno, simplemente tenía sexo con un tío con el que salía desde hacía una semana.

–Delante de una cámara. Se nota que teníais intención de hacerlo. Cuando le haces la felación al principio, miras a cámara con, cómo diría... –Por primera vez, el Bicho no encuentra las palabras–. Lascivia. Hay pasajes y escenas que son típicas del porno profesional más que del aficionado. Sarti, en algunas cosas, resulta innovador para la época, porque hace veinte años gustaba más el porno con trama. Pero lo que aquí vemos es la iniciación de una debutante que fluctúa entre la vergüenza y el descaro.

Maria Cristina procura mantener la calma.

–Pero, vamos a ver, ¿no eras asexual?

–Sí. Pero la pornografía es un indicador muy preciso de los cambios sociales, que es lo que me interesa. Yo diría que tu vídeo es una especie de casting.

–¿Quieres decir que para él no era la primera vez?

El Bicho se encoge de hombros.

–No lo sé. El vídeo está filmado al estilo de las primeras películas porno de Rocco Siffredi, cuando aún no se usaba la cámara subjetiva portátil que, como sabrás, ha revolucionado el lenguaje de...

Maria Cristina se levanta de un salto.

–¡Basta ya, coño! Pero ¡¿esto qué es?! No he venido a que me digas qué lugar ocupa el vídeo en la historia del porno. Lo que quiero saber es si debo preocuparme. Tienes que decirme esto.

El dálmata de tres patas entra jadeando y moviendo el rabo, y empieza a restregarse contra su amo, que le rasca la cabeza.

–Tranquilo, Simba, tranquilo... –Y se vuelve a Maria Cristina–: Nicola Sarti, por lo que me dices, no te ha pedido nada. Si quisiera algo, ya te lo habría dado a entender. –Simba, no contento con esos

mimos, estira el cuello para que le rasquen también la barbilla–. Yo creo que ha usado el vídeo como un anzuelo, que has mordido, por cierto, ya que lo has llamado y has quedado con él.

Maria Cristina se sienta.

–Ya lo sé. No he podido aguantar la impaciencia. Pero ¿qué quiere?

–Yo creo que una relación sexual. Si hubiera buscado algo sentimental, habría recurrido a la amistad con tu hermano. El vídeo es señal de que va al grano.

–Estoy casada.

–Él cree que no es obstáculo. Lo que más se preguntan los italianos sobre el gobierno es si el matrimonio Mascagni se ama de verdad o es puro teatro. El sesenta y ocho por ciento de la población cree que tu marido tiene una amante, pero solo el diecisiete por ciento cree que el amante lo tienes tú. Se te percibe fiel y cornuda.

–Pues ¡qué bien! Peor me lo pones. Domenico podrá tener una amante, pero, a ver... –Maria Cristina menea la cabeza–. ¿Cómo va a ser puro teatro? Tenemos una hija. Llevamos diez años juntos. Es absurdo.

–La gente se huele cosas, ve que os mostráis muy distantes uno de otro. Os cogéis de la mano, pero el lenguaje corporal habla de desavenencia.

Maria Cristina se desentumece el cuello, pensativa.

–¿Crees que Nicola Sarti le ha enseñado el vídeo a alguien?

–Puede ser, pero está claro que no lo ha subido a internet, porque me habría enterado. ¿Qué ganaría haciéndolo? Ha visto que estás sola, disponible, y ha pensado que es una buena ocasión. ¿Qué más puede desear un donjuán que acostarse con la esposa del primer ministro, que además es una de las mujeres más bellas del mundo? Y, encima, tendrá curiosidad por ver cómo te comportas en la cama ahora que eres una MILF... No, no hará nada si tú no lo provocas. Creo que puedes estar tranquila.

Maria Cristina apoya los codos en la mesa.

–Si pudiera... Estoy tan paranoica que no pego ojo, me parece que es una conjura más grande, que tiene un objetivo más importante que acostarse con una madre sexualmente atractiva.

El Bicho coge un bote con galletas de un armario.

–El problema es que eres como las marmotas centinelas. –Deja el bote en la mesa–. Resulta que las marmotas viven en grupo y se esconden en las galerías en cuanto advierten un peligro. Hay unas marmotas centinelas cuya misión es silbar cuando ven una amenaza. Cómo son seleccionadas, es un misterio, pero los zoólogos han descubierto que son individuos que están más alerta, que tienen niveles de cortisol, que es la hormona del estrés, más altos que las demás. En cuanto perciben algo raro, una variación mínima en el

paisaje, dan la alarma. Estos individuos duermen menos y, por tanto, viven menos que sus congéneres, pero son necesarios para la supervivencia del grupo. En la especie humana sucede más o menos lo mismo. Un pequeño porcentaje de la población se pasa la vida escrutando el horizonte, por así decirlo. Son individuos naturalmente propensos a no aceptar las verdades que se imponen desde arriba, están siempre buscando peligros ocultos y complots, y elaboran teorías que ponen en cuestión todo lo que para los demás funciona como aglutinante colectivo. Dudan de quienes tienen poder sobre su existencia y de hechos que se dan por verdaderos. Dicen, por ejemplo, que la Tierra no es plana, que el hombre no llegó a la Luna, que las Torres Gemelas las derribaron unos extraterrestres, que las vacunas transforman a los niños en autómatas y demás. Pero los paranoicos desempeñan un papel fundamental, que consiste en mantener alerta a la población, y sin ellos estaríamos inermes ante el peligro. Son locos que no creen en el caballo de Troya y se ocupan de alertar a las hormigas obreras que ejecutan órdenes. Tú, como yo, eres una marmota centinela.

Maria Cristina señala el casco.

–¿Y por eso no te lo quitas? ¿Temes que las ondas electromagnéticas te quemen el cerebro?

–No. Quiero seguir de incógnito. Para enseñarte mi cara tendría que estar seguro de tu fidelidad.

Maria Cristina abre el bote, coge una galleta y le da un bocado.

–Pero yo te he enseñado el vídeo, tendrías que fiarte.

–Me fiaré si tú te fías de mí. –Baja la voz, que el casco aún atenúa más–. Viendo el vídeo he entendido una cosa. –Coge a Maria Cristina por la muñeca–. Escúchame. Tu marido perderá las próximas elecciones. Se afana en buscar alianzas, Sanvoisin, Imbelloni, pobres diablos a los que ha comprado por unas migas de votos, pero ganará la derecha. Solo existe un modo, en teoría, de vencer y depende de ti.

Maria Cristina suelta una risilla y retira la mano.

–¿No creerás que porque yo dé una entrevista va a cambiar la suerte de un gobierno?

–La entrevista no, pero el vídeo sí.

–¿Cómo dices?

–Escúchame. –El Bicho se sienta a su lado, le coge de nuevo la mano y se acerca, de manera que el casco queda a unos centímetros de Maria Cristina, que se reclina todo lo que puede en el respaldo de gomaespuma y, a través de la visera, adivina el perfil de una nariz recta y fina–. Si damos a conocer tu vídeo en el momento adecuado, dos semanas antes de las elecciones, hemos ganado. Te lo aseguro. –Las palabras del administrador de redes sociales son violentas como una bofetada, Maria Cristina tiene la impresión de que aquella

maloliente caravana se mueve, pero sigue impasible. El Bicho está entusiasmado–: Sé que parecerá una locura, pero no lo es. Tu vídeo es la tormenta mediática perfecta. Tienes el tercer secreto de Fátima en ese móvil, es un meteorito capaz de desplazar el eje terrestre, que lo trastocaría todo. Se olvidarían las intenciones hipócritas, los programas torpes, las mentiras electorales, ahí está la Verdad. No olvides que la verdad de la carne, desnuda, expuesta, sin pudor, vence siempre a la mentira. –Señala el móvil–. Las consecuencias de difundir ese vídeo serían tan extraordinarios que no me atrevo ni a imaginarlas.

Maria Cristina coge el móvil y se lo aprieta contra el pecho. Quiere levantarse, pero es como si tuviera los pies hundidos en cemento y cien mil hormigas le correteaeran por las piernas.

–Los errores que tu marido haya cometido se olvidarían al instante. Tendría un impacto global, se difundiría a velocidad supersónica, en seis horas llegaría a todo el mundo y se vería más veces que ningún otro vídeo jamás hecho por un ser humano, subvertiría todas las reglas y estrategias comunicativas, todas las campañas electorales. ¡Bum! –El Bicho se pone en pie como si fuera un profeta iluminado por una visión. El rayo de sol que penetra por la claraboya, tan cargado de polvo que casi puede tocarse, lo envuelve en una aureola mística–. ¡Dios mío, Maria Cristina, te imaginas! Todos los rivales quedarían aniquilados y tú aparecerías como una víctima sacrificial. Tú, virgen de infinita hermosura, esposa callada, madre atenta, violada y chantajeada por el diablo, expuesta al mundo en su intimidad como una santa al martirio. El amor de la gente te envolvería y sanaría todas las heridas. Conquistaríamos a todo el electorado femenino, al que luego se uniría el colectivo LGTBI y, por último, los varones atormentados por la culpa y el deseo. ¡Ganaríamos!

Maria Cristina sonríe y mueve la cabeza con condescendencia, como diciendo: «Claro, sin duda, cómo no, seguro...».

–No votarían a un partido, sino para que se te diera lo que se te debe, para demostrarte su cariño. –El Bicho extiende los brazos–. No votarían una rancia ideología del siglo XX, un programa reciclado, una bajada de impuestos, la apertura de una ventana en un váter, recortes de impuestos indirectos. Votarían por amor.

Con un salto de atleta, mejor que los que daba en Helsinki, Maria Cristina sale de la caravana de los horrores.

–No, espera, no lo entiendes. –El Bicho estira la mano y corre tras ella, pero se da con el casco en el armario de la cocina y cae haciendo temblar todo aquel trasto. Aturdido, se levanta, tropieza y cae rodando fuera–. ¡Escúchame, por favor! ¡Serás la próxima primera ministra! ¡Serás la primera mujer presidenta! ¡Hazlo por las mujeres...! –le grita.

Si el gran Lucio Battisti se preguntaba cómo puede un escollo contener al mar, nosotros nos preguntamos cómo va un Bicho a pillar

a una gacela. Ahí va nuestra heroína corriendo a campo traviesa, entre hierbas, cardos y achicorias, seguida por los perros que ladran.

–¡Espera! ¡Mírame! ¡Maria Cristina, mírame! –grita el administrador de redes sociales.

Ella, sin pararse, se vuelve un momento y lo ve, en medio del claro del bosque, inclinado, de rodillas, sin casco, con la cara descubierta, ya demasiado lejos para que se la vea bien. Maria Cristina franquea la verja, sale al camino y, alternando brazos y piernas, sigue corriendo. Aliento no le falta.

El camino prosigue entre bosques grises de coníferas. Maria Cristina ya no corre, camina a paso ligero, con las manos en las caderas. Por un claro ve allá abajo, a unos kilómetros, la autopista, que parece un taco de billar que hubieran puesto de parte a parte del valle oscuro. ¿Cómo llegar al área de servicio donde tiene el coche? En el móvil se ve una raya. Se detiene. No sabe a quién llamar. ¿Al chófer, a Caterina, a los carabineros del pueblo cercano? ¿Cuánto tardará Luciano en llegar? Dos, tres horas. Ella se esconderá por allí y lo esperará.

Llama, pero el manitas no contesta. Vuelve a llamar. Insiste. Al final:

–¿Cri?

–¡Luciano! Menos mal. Ven a recogerme. Estoy en... No sé dónde. En cuanto pueda te envío la ubicación. En Avezzano, en los Abruzos, en algún sitio. Date prisa. Deja lo que estés haciendo.

–No puedo, Cri... –dice él con una vocecita débil–. Me ha pasado una cosa...

–¿Qué te ha pasado?

–No es grave, pero no puedo ir.

–¿Dónde estás?

–En el hospital.

A Maria Cristina le tiembla la voz.

–¿En el hospital? ¿Y eso?

–Por un problema de corazón. Me operan hoy. Pero no es grave.

–¿Cómo que no es grave?

–Tranquila, Cri. El médico dice que viviré.

–¿Estás solo?

–Sí.

–¿No está tu mujer?

–No.

–Pero ¿va a ir?

–No. Pero tú, tranquila, en serio.

–Mándame tu ubicación, recupero el coche y voy.

–No, no hace falta –replica él sin mucha energía.

–¡Claro que sí! Mándame la ubicación. –Maria Cristina corta la comunicación y echa a correr.

Oye un ruido, se vuelve y ve un camión cargado de troncos que asoma por la curva. Se pone en medio de la carretera y agita los brazos.

–¡Alto! ¡Es una emergencia!

–Ahora estoy escuchando *Lolita* de Nabokov, aunque escribía en inglés –está diciendo el camionero–. Con los rusos, con los importantes, ya he terminado. Me queda Bulgákov, pero confieso que *El maestro y Margarita* me ha decepcionado. ¡Tanto que dicen que es una obra maestra! Pues a mí no me lo parece.

–¿Los rusos…? ¿Dostoievski…? –dice Maria Cristina, con los ojos fijos en la carretera, asida a la manilla. Las palabras del camionero, que habla con acento del sur, le entran por un oído y le salen por el otro. Pero, por lo menos, es amable y se ha ofrecido a llevarla al área de servicio, desviándose unos veinte kilómetros de su ruta. Y, ¡milagro!, no la ha reconocido, y eso que no lleva las gafas, que se ha olvidado en la caravana del loco. Será un extraterrestre amante de la literatura terrícola. En efecto, tiene un rostro que parece hecho a piezas, un collage de ojos, nariz, boca y barbilla sin ningún rasgo distintivo. Y lleva un jersey de cuello redondo azul oscuro del que asoma el cuello de una camisa azul claro que tampoco ayuda a caracterizarlo.

El camionero gira el enorme volante, se pasa al carril de pago automático y cruza el peaje.

–¿Qué le parece Conrad?

Maria Cristina exhala un suspiro.

–Muy bueno.

–Era polaco y escribía en inglés, como Nabokov.

–Dos grandes –contesta Maria Cristina con esa porcioncita de cerebro que aún la tiene anclada a la realidad.

–Los dos eslavos. Los eslavos tienen más facilidad para aprender idiomas. A los del este se les dan bien los idiomas; a los negros, bailar, y a los brasileños, jugar al fútbol. Al menos eso es lo que dicen. Son tópicos, pero a veces son verdad.

–Sí –concluye ella.

El hospital en el que han ingresado a Luciano está cerca de Pomezia, en la costa sur del Lazio. Clínica Santa Patricia. Por las fotos de internet parece un buen hospital. ¿Qué hacía en la zona? Seguramente visitando conventos de monjas y casas en la playa de ancianas que quieren hacer reformas.

—¿Le molesta si sigo escuchando *Lolita*? —El camionero la mira—. Quedan unos diez kilómetros.

—No, claro.

El hombre enciende la radio y una voz pausada y profunda resuena en el habitáculo.

> Durante mis relaciones con las mujeres, me mostraba práctico, irónico, enérgico. Mientras fui estudiante, en Londres y París, las mujeres pagadas me bastaron. Mis estudios...[1]

Maria Cristina está calculando el trayecto en el móvil. Sin tráfico, el hospital queda a un par de horas.

El camionero para en el aparcamiento.

—Hemos llegado —dice.

—Es usted muy amable. Se lo agradezco de corazón. Me ha salvado.

El hombre cruza los dedos.

—Espero que su amigo se recupere.

—Esperemos —dice ella, reprimiendo el impulso de darle un beso.

Él le apunta con el dedo y frunce el ceño.

—Por cierto, me recuerda usted a alguien... —Maria Cristina sonríe y asiente. ¿Cómo le explica qué hacía la mujer del primer ministro en medio del bosque?—. ¿Por casualidad no será usted la prima de Maurizio Tonini, el del taller de neumáticos de Portonaccio, esa mujer guapa, Tamara, que es funcionaria?

¡Maravilloso!

—No, no soy yo. —Se le ocurre darle una propina, pero no, no vaya a ofenderse, y se arma de valor—: ¿Me permite darle un beso?

Las facciones del camionero componen una cara simpática y amistosa.

—Claro.

No uno. Le da dos besos estrepitosos en las mejillas.

—Que tengan suerte usted y su amigo —le desea el desconocido, tocándose la cara.

—Gracias —dice Maria Cristina, y se apea del camión.

3

Dirección: Clínica Santa Patricia. El navegador indica que queda poco más de media hora, pero hay una cola larguísima. El sol ha empezado a declinar en un cielo casi raso, con algunos cirros blanquísimos que se han formado en el horizonte.

Maria Cristina conduce disciplinadamente por el carril lento y su pensamiento oscila entre la mente loca del Bicho y el corazón enfermo de Luciano.

La llama Irene.

–¿Amor?

–¿Mamá?

–¿Has salido de clase?

–Sí, voy para casa. ¿Tú dónde estás?

–Voy a ver al tío Luciano. Está en el hospital. Tiene un problema de corazón.

–¿Está mal?

–Sí.

–¿Va a morirse?

–¡No, qué dices! ¡Qué va!

–Pobrecillo. Lo siento mucho. ¿Puedo ir yo a verlo?

–Hoy no. Te llevo un día de estos.

–Vale. ¿Y tú cuándo vienes?

–En cuanto sepa cómo se encuentra.

–Una cosa, mamá, ¿puedo dormir en casa de la abuela Maria?

–Sí. Pero estudia, ¿eh?

–Sí. La abuela me ha comprado un regalo, un acuario que funciona solo.

–¿Y cómo es eso?

–Pues que no hay que hacer nada. Hay una bola de cristal con unas gambas pequeñísimas que comen algas y solo hay que ponerlo al sol. No necesitan nada, ¿entiendes?

–Entiendo. ¿Y tú qué necesitas, gamba mía?

Irene reflexiona un segundo.

–Te necesito a ti.

–Y yo a ti. Nos vemos pronto, ¿vale?

El sol bajo ciega a Maria Cristina, que cierra los ojos y siente que el amor de su hija le llena el corazón; es un amor tan grande, tan arrollador, tan indispensable que no le cabe en el pecho. Se mueve en su interior, no hay barrera, costa, precipicio, cuita, conflicto que pueda con él, es puro, lo siente en los huesos, en la sangre, en el pelo lacio de Irene, en los curiosos deseos de su pequeña bióloga, que merece toda su atención, todo su cuidado, ser protegida de esta existencia llena de trampas y peligros.

–Mamá, en cuanto puedas tenemos que hacer un viaje para ver unas iguanas y tortugas gigantes. Están en una isla muy lejana, pero en avión es un momento, duermes y ya estás allí. –Irene lo pide con todo el entusiasmo del que es capaz.

–Claro. Pero ya sabes que ahora no podemos, al menos mientras papá sea primer ministro. Después iremos a donde quieras, te lo prometo.

–¿Y cuándo será eso?

La voz del navegador avisa de que ha llegado a su destino.

–Pronto. Tesoro, tengo que dejarte. Te llamo luego. Recuerdos a la abuela. Te quiero –dice Maria Cristina, poniendo el intermitente.

–Yo también. Recuerdos al tío Luciano.

En la otra acera y flanqueada por dos cipreses, hay una verja gris rematada por un gran arco de hierro fundido en el que pone «Clínica Santa Patricia».

Maria Cristina recorre una alameda que asciende hacia la clínica y se detiene ante un edificio moderno de estilo Frank Lloyd Wright. Rectángulos acristalados, pabellones y marquesinas de cemento armado en medio de un jardín japonés con unas pocas plantas que se retuercen según el capricho del jardinero. Junto a la entrada hay un estanque cuadrado de agua oscura y fondo de grava.

Antes de bajar del coche, se retoca el pintalabios. Lleva el vestido cubierto de pelos de perro, que intenta sacudirse en vano; se arregla como puede, franquea las puertas de cristal que se abren a su paso y entra en el vestíbulo. Es un recinto vacío, con listones de madera clara en las paredes que contrastan con el suelo de cemento oscuro. A un lado hay una fila de sillones color verde fosforito con patas de acero. En la penumbra del fondo brilla con luz propia un mostrador tras el cual hay dos recepcionistas que parecen gemelas, vestidas de azul y con el pelo peinado hacia atrás.

Se acerca a una de ellas, que está mirando la pantalla del ordenador, y pregunta por Luciano Vasile.

La joven, rubia y con la cara salpicada de pecas como un queso a la pimienta, se queda mirándola y no contesta. La ha reconocido y se debate entre el deber profesional de atenderla y la sorpresa de ver a una persona tan famosa. Las pupilas están fijas como el cursor del ratón cuando el sistema se cuelga. Triunfa la sorpresa. La joven se humedece los labios.

–¿Es usted Maria Cristina Mascagni, la mujer del primer ministro?

–Sí, soy yo, buenos días.

–Buenos días. Es un placer inmenso verla aquí. –Trata en balde de expresar lo que siente, pero al final le pide cortésmente que repita el nombre de la persona a quien busca.

–Luciano Vasile.

La secretaria mira el ordenador.

–¡Aquí está! Segunda planta, habitación treinta y seis. En estos momentos están haciéndole unas pruebas, pero no tardarán en llevarlo a la habitación. Hay un pariente de visita, creo.

–Ah, bien. –Por suerte ha venido la esposa–. Quiero hablar con el médico que atiende al señor Vasile, por favor –dice con voz de sargenta.

La recepcionista tiembla como un junco al viento.

–Claro, señora, enseguida. El doctor Guidoni está operando, pero

en cuanto termine le digo que vaya a verla. Entretanto, si quiere, llamo a un ayudante que la informe.

–Perfecto.

Maria Cristina se dirige, con gran resonar de tacones, al ascensor.

Se abren las puertas y se ve un pasillo largo y desierto. No se oye un ruido, las habitaciones se suceden a ambos lados en la penumbra hasta la pared de cristal del fondo, por la que entra el sol. ¿Qué hace Luciano en una clínica tan lujosa? Todo tiene un aire absurdo e irreal. Maria Cristina avanza siguiendo los números de habitación y ve, al fondo, a contraluz, el bulto borroso de un hombre que, apoyado con el hombro en la pared, habla por el móvil junto a la puerta de la habitación treinta y seis. Al oírla, el hombre se vuelve.

Es Nicola Sarti.

Tan grande es la sorpresa, tan incapaz es de dar sentido a lo que ve, que por un momento piensa Maria Cristina que es un doble. No hay explicación lógica de la presencia de Nicola Sarti. La interrogación se le condensa en los ojos y le impide formular una pregunta.

Se miran con aire suspenso.

–Perdona, te llamo luego –dice Nicola Sarti al móvil, y cuelga–. Hola, Maria Cristina.

–¿Y...? –dice ella con voz ronca, señalando la habitación.

–No está. Se lo han llevado a hacerle una ecografía. –Sí, es Nicola Sarti–. Le ha dado un infarto. Pero ya está mejor. Van a operarlo ahora mismo. El doctor Guidoni es un genio, salvó a mi padre. Así que estate tranquila, no pasa nada.

Maria Cristina no entiende nada.

–Te explico, entremos.

Nicola Sarti abre la puerta de la habitación y la invita a entrar.

–Esta mañana salgo del hotel y veo que un Panda me corta el paso, se me pone justo delante. No entiendo qué pasa, tendrá algún problema, me digo, será un accidente, alguien que necesita ayuda. Salgo, el otro sale también y me pregunta si soy Nicola Sarti. Le digo que sí y entonces se pone a gritar como un energúmeno, a insultarme. Le digo que se calme, pero es peor, empieza a amenazarme: que te mato, que no te atrevas, cabrón. Será algún empleado al que despedí, me digo. Le pregunto qué le he hecho. Pero veo que se arranca hacia mí con una llave inglesa. Deja en paz a Cri, me dice, o te parto la crisma. ¿Cri? ¿Quién es Cri? Al principio no caigo en que eres tú. Se abalanza sobre mí. Yo me aparto, le doy un empujón por la espalda y, como viene corriendo, no puede parar y cae de bruces en una zanja que han abierto junto a la verja para instalar fibra óptica, y rueda hasta abajo, entre unas zarzas. Todo duraría unos treinta segundos.

Nicola Sarti toma aliento, se rasca la barba y se encoge de hombros, como si siguiera sin dar crédito a lo ocurrido.

Maria Cristina se sienta en la cama, siente que se desmaya.

–¿Y entonces?

–Me asomo a la fosa. No lo veo entre los matorrales. Lo llamo. Nada. A ver si se ha matado, me digo. Así que bajo, abriéndome paso entre las zarzas, y lo encuentro al fondo, hecho un ovillo, junto a los cables del teléfono, con la cabeza hundida en el barro. Lo llamo, eh, eh, le digo, te juro que parecía muerto. Coño, lo he matado, me digo. Lo cojo por los pantalones y trato de darle la vuelta, pero no puedo moverlo, está gordo, lo cojo del brazo y estiro, entonces abre los ojos, suelta un grito y me pega un mordisco en la mano. Mira. –Le enseña la mano, en cuyo dorso lleva una tirita.

–No puede ser, no puede ser –dice una y otra vez Maria Cristina–. ¿Y qué más?

–Le suelto un puñetazo.

–¡No! –Maria Cristina se tapa la boca.

–¡Ea, lo siento! –Nicola Sarti abre los brazos–. Y lo dejo sin sentido. Vuelvo a la carretera, entro en el coche y llamo a la policía. Pero entonces veo que el loco ha salido de la zanja y, cojeando, con una mano en el costado, viene hacia mí. Y de pronto se desploma. Voy corriendo y veo que se encuentra mal, no se mueve, respira con dificultad. Un infarto. No hay tiempo de esperar a la ambulancia. Me subo encima de él y empiezo a presionarle el corazón, se lo hice treinta veces, y dos veces la respiración boca a boca. Luego lo subí al coche y lo traje aquí. Le han hecho la prueba de las enzimas cardiacas. Suerte que intervine.

Maria Cristina se ha quedado sin habla.

–Le has salvado la vida.

–Eso creo. Al poco, por suerte, empezó a recuperarse. Le pregunté quién era y me dijo que se llama Luciano, que trabaja para ti, que eres como una hermana, y me rogó que no colgara el vídeo en internet.

Maria Cristina se tapa la cara y se inclina hacia delante. Solo desea una cosa, arrancar la moqueta azul del suelo, cavar un agujero hasta el centro de la tierra y allí, en el núcleo ígneo, arder como una cerilla. Pero se yergue, le coge la mano, lo mira y susurra:

–Lo siento un montón, Nicola. Estoy avergonzada, destrozada. No puedes ni imaginarte cómo estoy, lo culpable que me siento.

–¿Tú por qué?

–Porque es culpa mía. No tenía que habérselo dicho. Me equivoqué. Pero te juro que lo de ir a buscarte ha sido idea suya, se ha vuelto loco. Te lo juro por mi hija. ¿Me crees?

–Sí. Si hubieras querido ajustarme las cuentas, habrías buscado a alguien mejor –dice él, irónico.

–Luciano me quiere. Quería ayudarme. Yo le dije que estaba preocupada. Te pido perdón y te agradezco que le hayas salvado la vida. Es un hombre débil y enfermo, pero es como un hermano para mí. –Maria Cristina se arrodilla ante Nicola Sarti–. Perdóname. Perdona a Luciano. Y olvídanos. Estás en tu derecho de odiarme, por la manera como te he tratado y por todo este lío. Desapareceremos de tu vida para siempre. Solo te pido que no lo denuncies, por favor, Nicola. –Calla y rompe a llorar.

Nicola Sarti le coge la mano.

–Tranquila. Levántate. No llores, por favor. Ya veo que Luciano es una buena persona, ha obrado por amor a ti y por suerte se ha salvado.

–¡Aquí estamos! ¿Se puede? –Del pasillo llega una voz con acento de provincias–. Hemos vuelto.

Maria Cristina trata de guardar la compostura.

La camilla, que empujan dos enfermeros, hace su entrada en la habitación. En ella yace Luciano, que lleva una bata rosa y un gotero en el brazo, y enseña unas piernas gordas, blancas y sin pelo que parecen de silicona. Tiene el ojo izquierdo hinchado.

Lo dos camilleros, con un movimiento hábil, lo trasladan a la cama y lo tapan con la sábana.

–Dentro de un rato vendrá el médico. Ahora que descanse –dice uno de ellos, flaco, con bigote de guías retorcidas y el tono eficiente de quien está acostumbrado a tratar a enfermos–. Para cualquier cosa, toque el timbre.

El otro, un muchacho árabe musculoso, ha reconocido a Maria Cristina y no le quita los ojos de encima. Se despiden y se van hablando entre sí.

Nicola Sarti se acerca a Luciano.

–¿Has visto quién ha venido? Tu Cri. ¿Estás contento? Ha venido corriendo. –Le habla con voz persuasiva, como a un niño.

El manitas asiente, se vuelve a Maria Cristina y sonríe. O no está completamente consciente o la vergüenza no le deja hablar.

–Está cansado y lo han atiborrado a fármacos –le dice Nicola Sarti a ella y, dirigiéndose al infartado–: Yo me voy ya. He hablado con el doctor Guidoni, que va a operarte. Estate tranquilo, es una operación sencilla y él es muy bueno. De aquí a unos días te mandan a casa. Y no te preocupes de nada. –Indica la habitación–. Yo me ocupo de todo, ¿vale?

Como si fuera un rape tuerto, Luciano sonríe a su salvador.

Maria Cristina, de pie, con los brazos cruzados, los ve hablar tan tranquilos y se siente confusa.

Nicola Sarti mira el Rolex.

–Bueno, Luciano, tengo que irme. Estaré al tanto. Verás como todo

va bien. –Se despide y sale de la habitación, Maria Cristina lo sigue y se planta delante de él.

–Nicola, ni hablar, esto lo pago yo. Ni se te ocurra, me niego, encima que te ha mordido…

Él se lleva el dedo a los labios y la interrumpe:

–Maria Cristina, escúchame. Ya está todo pagado. Conozco la clínica, no se hable más. Tú quédate con Luciano, que parece asustado. Dile que no es grave, pero que debe cambiar de vida. Yo me voy. Adiós. –Le posa la mano en el hombro con un gesto rápido y concluyente.

Pero Maria Cristina no le deja irse.

–Estaré en deuda contigo toda la vida, que lo sepas. Perdona por todo. Soy una imbécil.

–No eres ninguna imbécil.

Y, sin decir nada más, Nicola Sarti se dirige a paso ligero al ascensor, mirando el móvil y sin volverse, y ella se queda donde está, en la puerta de la habitación, hasta que él desaparece.

En una luz fría de sala de autopsia, Luciano Vasile yace boca arriba, con los brazos a los lados, la cabeza en la almohada. Si llevara una etiqueta atada al dedo gordo del pie, parecería un cadáver, pero, por suerte, respira profunda y regularmente, señal de que está vivo.

Maria Cristina se acerca con cuidado, no quiere despertarlo.

El hombre la mira con el ojo sano inyectado en sangre.

–¿Quieres algo? ¿Un poco de agua? No sé si puedes beber. –Maria Cristina le muestra la botella–. ¿Tienes frío? Hay una manta.

Él hace señas de que no. Deben de haberle dado un tranquilizante, parece aturdido.

Maria Cristina se sienta a su lado, en la cama, le acaricia la frente.

–¡La que has armado! A ver, ¿por qué?

Luciano la mira, no puede hablar o quizá tiene demasiadas cosas que decir, se encoge de hombros, tuerce la boca y se chupa los labios. El ojo sano se le humedece y una lágrima resbala por la mejilla.

–Lo siento.

–No pasa nada. Sé que querías protegerme, pero ¿te das cuenta de que casi te mueres?

–Mejor.

–No digas eso. Por suerte no es grave. Ahora mismo te operan y listo. ¿Has visto qué lujo de hospital? Y el médico es bueno.

Él abre la boca y Maria Cristina piensa que le da hado una punzada en el corazón, pero no: el hombre rompe a llorar en silencio.

–Por favor… –Maria Cristina le arregla el pelo, que aún lleva manchado de barro–. Por favor, Luciano, no llores. –Le coge la

manaza, le acaricia el muñón de un dedo y se queda absorta mirando una palmera envuelta en una lona verde que se ve por la ventana de enfrente. Respira hondo, pero no basta y se abanica con la mano, trata de reprimir las lágrimas.

–No, Cri, no, no llores –susurra Luciano–. Soy un gilipollas, lo sé. Pero no aguantaba verte así. Solo me lo has dicho a mí, ¿verdad?

Ella dice que sí con la cabeza.

–Desde ese momento no pensé en otra cosa. –De la nariz le salen unos mocos que se mezclan con las lágrimas y la tintura de yodo–. Quería matarlo, abrirle la cabeza. Y si no se hubiera defendido, lo habría hecho. Y luego me habría entregado. No me importa ir a la cárcel.

–Luciano, ¿te has vuelto loco? Así no se resuelven las cosas. –Maria Cristina está consternada. Ese niño que nunca creció estaba dispuesto a convertirse en un asesino por ella. Le habrían caído treinta años, no quiere ni pensarlo.

Él le aprieta la mano con fuerza y murmura algo incomprensible, entre sollozos.

Maria Cristina se sorbe los mocos.

–No te entiendo.

–Yo te quiero.

Ella le besa la mano.

–Yo también.

–No. De verdad. Como un hombre ama a una mujer. Desde que éramos niños. Cuando íbamos en la moto tú y yo. Sabía que no podías ser mía y que los días que pasaría contigo eran preciosos y estaban contados. Sabía que tú eras una estrella y yo...

–Un momento, nosotros somos hermanos, tú eres el tío Luciano, no digas eso... –Maria Cristina se queda sin habla, se lleva la mano a la cabeza una y otra vez.

–Sí, lo sé, pero ¿qué quieres que haga, si estoy enamorado de ti? Me fui a trabajar con mi tío Franco porque dejamos de vernos. Me moría. Me fui para olvidarte y no pude. Te veía en todas partes, en anuncios, en la prensa, en mi cabeza.

–¿Y tu mujer?

–Me dejó hace tres años. Se lió con otro, pero no me importó. Me alegré de que se fuera. Volvía a estar contigo y eso me bastaba.

–¿Te dejó? ¿Por qué no me lo dijiste?

–¿Para qué? –le pregunta, amoratado, con ese único ojo que brilla como una lucecita en una noche oscura.

Maria Cristina se enjuga las lágrimas.

–Los jerséis, las camisas, las chaquetas buenas que me has ido regalando no me las pongo por no estropearlas –continúa Luciano, cuyas facciones se contraen de dolor–. Lo tengo todo guardado en

bolsas. No te habría dicho que te quiero, lo juro, pero van a operarme del corazón y, si muero, al menos lo sabes.

Una ola de ternura invade a Maria Cristina, que se inclina sobre el hombre y con una mano le coge un mechón de ese pelo revuelto que tiene y con la otra el pabellón de la oreja, como si fuera a arrancárselo.

–No vas a morirte... –le susurra–. No vas a morirte, so tonto, que eso es lo que eres. –Le acaricia la barba hirsuta, el cuello–. Vas a vivir y punto, ¿me oyes? Yo me ocuparé de ti.

–Dame un beso de verdad, solo uno.

Maria Cristina traga saliva.

–¿Un beso de verdad?

–Sí, en los labios. –Se los toca–. Debo saber lo que se siente antes de morirme.

–Que no te vas a morir, Luciano, calla.

–No estoy tan seguro. Te lo suplico, solo un beso.

Maria Cristina hace un gesto de resignación, se lleva la mano a la frente como si quisiera retirarse el flequillo, se inclina, nota un olor picante a tintura de yodo, posa los labios en los de Luciano y rápidamente, antes de que él los abra, los quita.

–Ya está –se le escapa, y en ese momento Dios le hace el favor de que llamen a la puerta.

En el pasillo hay médicos, anestesistas, ayudantes; está Vannucci, el propietario de la clínica, que ha venido expresamente de Latina, compañero de regatas de Nicola Sarti; hay enfermeras, están las siamesas de la recepción. Han traído una botella de champán. Que tome un dedo, solo un dedo, Maria Cristina, la mujer del primer ministro, la mujer más bella del mundo, que está aquí, en la clínica, en carne y hueso, ¡qué sorpresa, qué alegría! Es un honor, un privilegio único. ¿Podemos hacer fotos? Pero que no se publiquen en las redes sociales. Largas explicaciones sobre los grandes profesionales que trabajan en el centro. El doctor Ninni Guidoni, un hombre larguirucho, con un bigote de finas guías, una boca de labios finísimos y el curioso tic de arreglarse sin cesar el cuello de la chaqueta, le explica, con su acento catanés, la operación que va a realizar en el corazón del señor Vasile. Usamos técnicas de vanguardia, no invasivas, nanotecnológicas, entramos por el brazo, es muy fácil, ciencia ficción comparado con lo que se hacía años atrás. ¿Y el primer ministro Mascagni? Ojalá estuviera allí, aunque solo fuera para que viera que en el sur hay profesionales que pueden competir con cualquiera y a los que habría que valorar, porque ya está bien de decir que el sur...

Maria Cristina, con los ojos hinchados, el maquillaje corrido, es un

muñeco de trapo que se disputan unos y otros; sonríe, estrecha manos, asiente, amable, cordial, atenta, pero al final se disculpa, quiere estar con Luciano hasta que lo operen.

–¿Me permiten?

–Claro.

Entra en la habitación.

Luciano yace de costado, dando la espalda a la puerta.

Maria Cristina da la vuelta a la cama.

–Perdona, no me soltaban... –Se sienta a su lado.

–Oye una cosa, Cri. –El manitas traga saliva–. No creo que Nicola Sarti quiera chantajearte. Si no es por él, ahora mismo yo estaría muerto. Es una buena persona.

Se han llevado a Luciano al quirófano. La operación será fácil, ha dicho Guidoni, pero ha añadido que también será larga y que seguramente el paciente pasará la noche en reanimación.

Maria Cristina yace en la cama, se ha descalzado y querría dormir cinco minutos, pero en ese silencio extraño su mente cocea como un caballo salvaje. Para hallar un poco de paz necesitaría el nirvana del diazepam, pero no lleva y no se atreve a pedírselo a las enfermeras.

Diana Brinzaglia quiere palique. Se ha sentado en el sillón con su cigarrillo entre pulgar e índice, y su body fucsia:

«Bien, empecemos por Luciano, que, convencido de que va a palmarla en la operación, te declara su amor y hasta te pide un beso y casi te mete la lengua. Tú te haces la sorprendida, pero a mí no me la das. Lo has sabido siempre y te ha importado un comino, mejor dicho, te has aprovechado. Antes lo mandabas a que robara para ti cosméticos y caramelos Mars en el centro comercial, lo ponías a vigilar mientras le quitabas dinero del bolso a tu abuela y hacías que te llevara en la Ciao. Y ahora lo utilizas como electricista y como confidente, para arrepentirte luego, cuando el muy loco casi acaba en la cárcel o muerto de un infarto por defenderte. Sigamos con el peligroso Nicola Sarti, que resulta que no es ningún chantajista, sino una persona generosa, que le ha salvado la vida a Luciano y no ha querido denunciarlo (imagínate si lo hace y el caso sale a la luz). Por supuesto, está convencido de que mandaste a Luciano a que le diera una paliza y ha visto claramente lo desesperada y sola que estás. Ni siquiera te ha llamado Seca. Si no te odia, le das asco. Lo has perdido para siempre.»

Maria Cristina se agita en la cama como un pez que ha mordido el anzuelo.

«Por último, mañana por la tarde tienes la entrevista con la Reitner. Y estás hecha unos zorros. No has pensado lo que dirás, no te

has leído el memorándum, no te has hecho la mascarilla, no te has probado el vestido...»

«En fin», se dice Maria Cristina, incorporándose.

El cielo está morado, el silencio aséptico de esa extraña clínica le da la impresión de hallarse en un planeta remoto y abandonado. No sabe qué hacer, ¿esperar a Luciano o irse a casa y volver después de la entrevista?

Llama a su marido, que le contesta enseguida.

–Hay votación en el parlamento, vamos de camino y se nos hará tarde. Rápido.

Le cuenta lo de Luciano, omitiendo el contexto.

Él apenas la escucha y no parece impresionado.

–Con lo que come, es lo menos que podía pasarle –comenta con el acento romano que usa en el parlamento.

–No sé qué hacer.

–Vuélvete a casa. Mañana tienes la entrevista. Debes descansar. Es importante, Maria Cristina. De todas maneras, he hablado con la Reitner.

Maria Cristina vuelve a sentarse en la cama.

–¿Por qué?

–Le he dado a entender que, si se pasa de lista, está acabada. Me ha asegurado que no te preguntará de política ni te pondrá en apuros.

Maria Cristina siente una punzada de rabia.

–No has podido aguantarte. Tenías que demostrar que eres el jefe, mi amo, y que yo soy tu sierva. Es más fuerte que tú. ¿No te bastaba con que me lo prometiera a mí? Domenico, no te soporto. –Le dan ganas de gritar, de insultarlo, pero no tiene fuerzas.

–No te enfades, mujer. Verás como me lo agradeces. Quería que estuvieras más tranquila. Tenemos muchas esperanzas puestas en esa entrevista. ¿Al menos el Bicho te ha ayudado?

–Sí. Adiós.

–Si puedo, te llamo luego. –Y, en voz baja, como si no quisiera que lo oyeran–: Imbelloni y los otros me han hecho una jugarreta. Hasta luego, besos.

Maria Cristina corta, deja el móvil en la cama, se queda mirándose el dedo gordo del pie, que se ve negro a través de la media. Se quita la media, coge la uña con los dedos y tira. La uña sale, pero aún queda unida a la raíz por una tirita de piel. Tira más fuerte, apretando los dientes, pataleando, hasta que arranca la lámina oscura y curva y una gota de sangre brota en el punto en el que ha cortado el último cordón.

«Hecho», se dice, temblando de dolor. «¿Lo ves? No era para tanto.» Cojeando, va al baño, tira la uña al váter, cierra la tapa, se restaña la herida con papel higiénico, se venda el dedo y le escribe un

mensaje a Nicola Sarti.

MARIA CRISTINA
Querido Nicola, perdona que te moleste, pero
quería ponerte al día. A Luciano están
operándolo. En cuanto sepa algo, te digo.
Gracias de nuevo. No sabes lo que agradezco tu
discreción y generosidad. He sido una estúpida.
No sé qué me ha pasado. Perdóname si puedes.

Se rasca nerviosamente la nuca, gira sobre sí misma y añade:

Vuelvo a Roma, ¿estás en tu hotel? A lo mejor
me paso, ¿te parece? (la Seca) 😊🙏

Lo envía.

Se viste, sale de la habitación y se dirige al ascensor. Recorre veinte metros y llega la respuesta:

NICOLA SARTI
Ven a cenar. Esta noche pruebo el menú del
nuevo cocinero brasileño. Si estás cansada, te
doy una suite, y si quieres volver a Roma y no
te apetece conducir, busco a alguien que te
lleve. Hasta luego.

Maria Cristina vuelve corriendo a la habitación treinta y seis. Llevándose las manos a la cabeza, abre la puerta del baño, se apoya en el lavabo, se mira al espejo y escribe:

MARIA CRISTINA
Voy.😊

NICOLA SARTI
Esta es la ubicación.

Maria Cristina mira en el mapa.

Está a veinte minutos en coche.

«Vale», se dice y suspira tan hondamente que con el aire que expulsa podría llenar un globo. ¡Qué alegría! Nicola Sarti no la odia, no está enfadado, porque si lo estuviera no la invitaría a cenar. Ya sin miedo al chantaje, el peso que le oprimía el pecho ha desaparecido, pero está tan nerviosa como una jovencita que acude a su primera cita.

Se enjuaga los sobacos y con el cepillo del neceser que se da a los pacientes se lava los dientes. Ya es otra cosa.

A las gemelas de la recepción les pregunta si saben si a esas horas hay alguna tienda de ropa abierta y alguna peluquería donde arreglarse un poco.

–No, señora, lo siento –le contestan desoladas.

De camino ve una floristería y compra un ramo de rosas de color rosa claro. En un cruce con la nacional Pontina hay un tenderete de ropa y para. Los vendedores son árabes y están cocinando algo con especias que le despierta el apetito. Lo último que ha comido ha sido una galleta de jengibre del Bicho. En la sección de ropa interior compra seis bragas blancas lisas por seis euros y unas medias negras. Ve vestidos colgados de perchas, tejido elástico, talla única, escotados, a veinticinco euros. Muchos son negros, seguramente es la mejor elección, pero coge uno verde botella con un estampado como de piel de serpiente. Perfecto. Pasa a la parte del calzado. Tiene que dejar suelto el dedo gordo del pie, que le duele horrores. Compra unas sandalias con un tacón de diez centímetros, doradas.

¡Qué bien! Por ochenta euros ha cambiado de look.

Reanuda su camino. Cuanto más ve que se acorta la distancia en la pantalla del navegador, más le cuesta respirar, abre la ventanilla, sujeta el volante como si fuera a escapársele de las manos, que le sudan. Para en un apartadero lleno de basura, colchones viejos, escombros...

A la izquierda barren la carretera los faros de los coches y a la derecha se ven el mar y las últimas luces del día que flotan en el horizonte.

Protegida por los cristales tintados, Maria Cristina se cambia, como si fuera una prostituta que se prepara para una noche de trabajo. Se quita las mallas, las botas, lo tira todo detrás. El vestido con estampado de serpiente la ciñe como una segunda piel, se ajusta las tetas, se cambia de bragas, se pone las medias y las sandalias. Abre el bolso, se echa un poco de crema de las manos en el pelo, se lo peina hacia atrás y arranca haciendo rechinar las ruedas.

4

Al hotel Las Cúpulas se entra por una verja de madera abierta, sin indicaciones ni rótulos, aunque en el suelo hay una vela amarilla que arde y desprende densas volutas de humo.

La mujer del primer ministro franquea la verja y avanza por un camino de arena que conduce al mar, que una franja de dunas bajas sumidas en la oscuridad no deja ver. A ambos lados se extiende una superficie pantanosa en la que se mezclan el amarillo de las cañas, el verde de las plantas lacustres, el azul de ciertas florecillas delicadas y

el púrpura de los arbustos bajos y de hojas carnosas, llenos de espinas, que absorben las últimas luces. La llanura está salpicada de charcos de agua poco profunda y turbia, y, a lo lejos, recortados contra la franja violácea que reluce bajo el cielo nocturno, se ven bultos negros de vacas que pastan.

El caminito desemboca en una extensión de arena cercada por una valla de madera gris. Hay cuatro coches, un Fiat, un Porsche, la camioneta negra de Nicola Sarti y un microbús blanco. Sobre un poste hay posada una garza, de plumas grises como ceniza, cuello blanco y pico amarillo y afilado. En cuanto Maria Cristina abre la portezuela, el ave levanta el vuelo. El viento huele a sal, algas y madera mojada, y siente que le hiela el cuello. No va cómoda. El vestido nuevo es demasiado estrecho y elástico y se le sube por las piernas hasta el culo, y las medias negras que se ha puesto para que no se le vea el dedo sin uña le quedan fatal con las sandalias.

Con el ramo de rosas entre los brazos, echa a caminar por un sendero que serpentea entre las dunas, notando cómo los tacones se hunden en la arena y ráfagas de viento helado le azotan las piernas. Más que un hotel, aquello parece un balneario en temporada baja. Rodea un promontorio y ve dos antorchas clavadas en el suelo que señalan el camino. A la luz declinante del día, leve como un velo de novia, las dunas de arena parecen lunares, casi fosforescentes.

Maria Cristina prosigue la marcha con más energía y piensa en los kilómetros que ha recorrido, en el amanecer que ha visto sobre las montañas peladas de los Abruzos, en el loco del casco, en el beso a Luciano y en que ahora, con unos trapos comprados en un puesto de venta callejero, va a ver a un hombre al que no entiende.

El hotel está tan escondido entre la vegetación mediterránea que cuesta verlo. Es un edificio semicircular con ocho cúpulas (de ahí el nombre) recubiertas de arena y arbustos de lentisco y euforbia, y comunicadas por túneles transparentes. Algunas no están terminadas y parecen caparazones de tortuga con grandes cristaleras en lugar de los orificios de patas y cabeza.

Maria Cristina se dirige a la única cúpula que está iluminada, que mira a la playa. El espacio interior se divide en vestíbulo y restaurante. Sinuosas vigas de madera clara, semejantes a costillas, se cruzan bajo la bóveda formando una especie de caja torácica. La arquitectura semeja algo orgánico. Una música electrónica grave y monocorde se difunde por el ambiente. Las sandalias de Maria Cristina resuenan en el piso de resina rojo escarlata. Alumbran la parte inferior del recinto unos focos invisibles, como los de las galerías de arte, que crean manchas de luz en la oscuridad matérica, en la que se recortan el mostrador de recepción y, en el lado opuesto, el bar, con muebles de acero y madera. Reina una atmósfera onírica. A Maria Cristina le

extraña no sentir vibrar bajo sus pies los motores fotónicos ni ver Alfa Centauri por la ventana.

–Bienvenida. –El capitán Sarti sale de la oscuridad con uniforme: Jeans 501, zapatillas de deporte Puma, polo Benetton verde claro y, cómo no, cigarrillo en la boca y pulseras.

–Aquí estoy. Perdona el retraso –dice ella sofocada, dándole las flores–. Toma.

Él se quita el cigarrillo de la boca y huele las rosas.

–Gracias. Son preciosas. Pero ¿por qué? –Y le da un rápido beso en la mejilla.

–¿Cómo que por qué? Porque te estaré agradecida de por vida. Si Luciano no ha muerto, es por ti. Y no digas que no. Hasta le hiciste un masaje cardiaco. –Maria Cristina se lleva las manos al pecho y da una vuelta en torno a él–. Y con lo del chantaje me he pasado. Lo siento. No he entendido nada. Desde lo del vídeo no he entendido nada. Me he obnubilado. Perdona.

Él le hace señas de que no siga.

–Escucha, hagamos un pacto. No hablemos más del vídeo, ni de Luciano, ni de tus sentimientos de culpa, ni me des más las gracias. Empecemos de cero y disfrutemos de la velada.

–Vale, pero no creo que pueda. Me siento tan mal que, cada cuarto de hora, como los relojes de cuco, me acordaré y te pediré perdón.

–Tú inténtalo –insiste él.

–Lo intentaré –contesta Maria Cristina, sonriendo, y abre los brazos–. ¿Qué te parece mi nuevo look? Moda Pontina al cien por cien.

La mirada de Nicola Sarti recorre el cuerpo de Maria Cristina, que se pone firme, como cuando, en la escuela, la maestra le examinaba el babi.

–Me gusta. Y las sandalias y las medias te quedan perfectas.

Maria Cristina se da por satisfecha.

–Todo comprado en un puesto callejero.

Nicola Sarti le hace una seña.

–Ven, pongamos las flores en agua.

–Este lugar es impresionante, Nicola. –Maria Cristina lo sigue y habla con voz cada vez más maravillada–. Me dijiste que me gustaría, pero no me imaginaba algo así. Es precioso. Parece que está uno...

–¿En una nave espacial?

–Exacto.

Él acelera el paso.

–Esta noche tienes que ayudarme, tenemos de prueba a João, el cocinero jefe.

–Claro, encantada. –Lo alcanza a pasitos veloces con sus zancos dorados–. Espero estar a la altura, yo solo como queso de cabra y lechuga. Ah, y sé hacer pizzas.

Se han sentado en unos sofás bajos de forma semicircular, muy mullidos, que miran a la playa. Hay velas en esferas opacas y unos camareros discretos, en uniforme negro, les han servido un aperitivo.

Llevan media hora estirando una conversación que no parece que los lleve a ninguna parte. Habla él y ella lo escucha comentando o preguntando cosas por miedo al silencio. Charlan sobre amigos comunes, sobre las personas que se quedaron por el camino, sobre lugares en los que han estado, sobre inversiones inmobiliarias en Londres y en París. Nicola Sarti va a comprarse un chalé en una isla de las Cícladas y le explica que los griegos, los pelágicos en particular, son seres superiores, hijos de Cronos y de Poseidón, que conocen y miden el tiempo de otra manera.

Maria Cristina suda y apenas lo escucha, aún está nerviosa, da un trago del cóctel que les ha preparado João, un mulato de ojos azules tatuado de pies a cabeza con figuras geométricas aztecas. El cóctel se llama Capeta, que en portugués significa «diablo», como les ha explicado João en inglés, y se bebe en carnaval; lleva cachaza, leche condensada, canela, miel y guaraná. Es una guarrería tan pesada que a nuestra protagonista le cuesta tragarla y se le escurre como si fuera barniz por las paredes del estómago. Eso sí, hay que reconocerlo, la Capeta cumple con su cometido y le alivia la ansiedad, lástima que también haga que los párpados le pesen como guillotinas.

Nicola Sarti apenas la mira, fuma un cigarrillo tras otro y de vez en cuando, como por deber, sonríe. Entre ellos algo ha cambiado, en vano fingen que no pasa nada. Es inútil que él le asegure que no está enfadado. Ha desaparecido la tensión que flotaba en el ambiente cuando se vieron en el Piccola Britannia. En el bareto polvoriento de aquel hotel cercano a la calle Condotti, Maria Cristina descubrió a un hombre maduro y cabal muy distinto del chulo de barrio con el que flirteaba en la plazuela de Stromboli. Aún conservaba la mítica gracia del golfo del norte de Roma. Ahora está distante, amable, sí, pero se nota que algo lo reconcome por dentro, habla de temas comunes y corrientes como si usara un porcentaje insignificante de su cerebro y no le importan más que sus cosas. Y encima mira sin parar el móvil. Seguro que está pensando en algo que le importa más que Maria Cristina, quien, la verdad sea dicha, está un poco decepcionada. La habrá invitado por cortesía.

Lo observa: los ojos, como dos lucecitas que brillan bajo el pelo gris, las manos grandes y nerviosas, la voz que el tabaco ha cascado, los hombros anchos…

Se pregunta si Nicola Sarti podría ser el hombre de su vida. Es rico. Tiene éxito. Compra cosas y disfruta de ellas, no como Domenico, que siempre está amargado. Claro, tendría que quedarse con el lote completo: ella, Irene y Luciano. E invertir parte de su patrimonio en la

finca Bastoni. Maria Cristina lo ve difícil. A los cincuentones como Nicola Sarti les gustan las jóvenes; ella lleva, como quien dice, cien mil kilómetros hechos y está ya casi para el desguace, y encima, para combatir los radicales libres, se inyecta cosas que la inflan como si fuera una muñeca. Para que uno cargue con una mujer ya entrada en años, psicótica, con una hija y un amigo asesino, no basta con que esta posea el cetro de la belleza. Y mientras ajusta cuentas existenciales, con el rabillo del ojo mira el paquete de Lucky Strike que hay encima de la mesa. Se muere de ganas de fumarse un cigarrillo. Coño, lleva veinte años sin fumar, ¿por qué va a empezar ahora? Si se relaja, acaso deje de sudar y pueda intentar sacar a Nicola Sarti de esa depresión que parece que lo hunda más y más en el sofá.

Coge una croqueta, cuyo peso específico debe de ser como el del osmio. Está pringosa y el arroz de dentro rebosa almidón.

–¿Cómo está? –le pregunta él.

–Buena. –Maria Cristina se toca la mejilla con el dedo.

–Parece algo aceitosa...

–¡No, qué va! –Y para demostrarle que no miente, le da otro bocado. Pero se le atraganta y, para hacer que pase, da un trago de Capeta. Error: le hace el efecto de la cola. Poco a poco, como una boa constrictor, consigue engullir el bocado, con tanto esfuerzo que los ojos se le salen de las órbitas.

–Tomemos vino blanco –dice Nicola Sarti–. Algo fresco, ¿te apetece?

Ella acepta agradecida mientras una solitaria gota de sudor le perla la frente.

Media hora después, ante los restos de una ensalada de mango, espinacas, cilantro y patatas rojas, con las venas saturadas de Fiano di Avellino, por fin Maria Cristina se relaja.

Los cristales de las ventanas atenúan el fragor del viento que sopla más fuerte, barre la playa y levanta crestas plateadas sobre las olas que rompen contra la orilla. La luz espectral de la luna se filtra por entre las nubes grises que se desgarran. El rumor de las escobillas de la batería de un tranquilo trío de jazz la adormece. Tiene que esforzarse para no bostezar. Bendito sea el alcohol, bendito sea el vino, bendito sea el Fiano di Avellino, piensa con una rima. Nada hay mejor para librarse del ansia de quedar bien.

A esas alturas ha comprendido que Nicola Sarti no está enfadado con ella, sino con el cocinero. Los pinchos de cordero marinado en salsa de anchoa y caramelizado con eneldo han sido la gota que colma el vaso. Ahora está hablando con el chef en la cocina. Maria lo oye desde donde está, el hotelero habla en tono firme pero no descortés, le

dice que esos ingredientes combinan *à la bite de chien*.

Ella se echa a reír y en ese momento le llega un mensaje al móvil. El doctor Guidoni la informa de que la operación del señor Vasile ha salido muy bien y mañana puede ir a verlo.

–¡Luciano está bien! –exclama Maria Cristina, toda feliz, viendo que Nicola Sarti vuelve con una botella de whisky–. Estaba aterrada.

–El doctor Guidoni es buenísimo –dice él, contento y un poco aliviado–. Brindemos.

–Brindemos. –Maria Cristina levanta el vaso y clava sus ojazos de gorgona, capaces aún, pese a los años, de petrificar a los mortales, en los ojos de Nicola Sarti–. ¡Por nosotros! –dice alegremente y da un traguito de licor, cuyo sabor dulce y ahumado le hace arrugar la nariz. Las bebidas fuertes le repugnan, pero esa noche hace una excepción.

–¿Tan importante es Luciano para ti? –le pregunta él.

–Mucho. Es hijo de los criados que tenían mis abuelos en Olgiata. Era como mi hermano cuando Alessio se fue a estudiar. Nacimos con un día de diferencia, fíjate.

Él apura su vaso.

–Pues parece tu abuelo.

–Es verdad, está muy castigado –reflexiona Maria Cristina–. Y tiene muchos problemas. Pero, si le perdonas que intentara matarte, creo que te caería bien.

–Te adora, ya se ve.

Ella se queda mirando hacia las profundidades insondables de la cúpula.

–Sí.

Él se llena el vaso.

–Como te adoraba Alessio.

Maria Cristina frunce el ceño.

–¿Tú crees?

–Sí. Te quería mucho y te protegía. –Y, como si con eso quedara zanjada la cuestión, cambia de tema–: Por cierto, la entrevista es mañana, ¿verdad?

–Sí, mañana por la tarde.

–¿Y estás nerviosa?

Maria Cristina le confiesa que, al parecer, el gobierno depende de su aparición televisiva.

–Si gana la derecha, ya sabes de quién es la culpa.

–Lo harás muy bien. Solo con que cuentes una décima parte de lo que has vivido, ya está.

–Seguro que la Reitner me pregunta por Alessio y por Andrea. No me es fácil hablar de ellos. –Calla y observa a su interlocutor.

¡Cuántas veces en la vida nos vemos tan cerca de la verdad que sentimos que podemos alargar la mano, cogerla y encerrarla en el

puño como si fuera una mariposa! Y, sin embargo, damos un paso atrás convencidos de que entre esos dos pétalos de colores se esconde el horror de unas antenas, de unas patitas de mosca, de un trompa de mosquito. Está bien que así sea. Otras veces la verdad nos grita, nos llama y nos ruega que la escuchemos, nos pide que demos sentido a las cosas y arrojemos luz sobre una vida ciega. Y entonces nos lo jugamos todo por amor a esa verdad. Por eso nuestra audaz protagonista, libre del miedo de perder a Luciano, ya sin que el vídeo penda sobre su cabeza, como si el alcohol le diera alas, le pregunta a Nicola Sarti:

–¿Cómo murió Alessio?

Luego se preguntará por qué le hizo aquella pregunta, cuando todo parecía ir sobre ruedas. Y se contestará que era la pregunta que deseaba hacerle desde que se lo encontró en el club de piragüismo y supo quién era.

El hombre se ve pillado desprevenido, levanta la cara y se reclina en el sofá:

–¿No lo sabes?

–Sé lo que me contó mi abuelo. Nunca he querido averiguar más. Pero ahora quiero saberlo.

Nicola Sarti da una calada al cigarrillo y aplasta la colilla en el cenicero.

–Estaba solo cuando murió. Nadie sabe lo que pasó. Habíamos ido todos al puerto a comprar provisiones cuando él se sumergió. Los de la isla le habían dicho que, debajo de la cala en la que estábamos atracados, a unos treinta metros, había una profunda gruta, él bajaba aguantando la respiración y no la encontraba. Ya sabes cómo era, no se daba por vencido. Alquiló unas bombonas. Nadie pensó en disuadirlo, en decirle que se hiciera acompañar por un experto. A esa edad, ya se sabe, somos unos cabezotas... Alessio no salió. Buscaron en la gruta y no lo encontraron. Vinieron tus abuelos, estaban destrozados, vi como tu abuela se venía abajo, dejó de hablar. El que se ocupó de todo fue tu abuelo, movilizó incluso a la guardia costera turca, con helicópteros. La isla está en medio del Mediterráneo, hay corrientes fortísimas que pudieron arrastrar el cuerpo en cualquier dirección. Tardaron más de una semana en recuperarlo, lo encontraron casi a cien millas de distancia. Nos volvíamos locos. –Se enciende otro cigarrillo y sigue rebobinando la cinta de la memoria.

–Y yo no estaba. –Maria Cristina pone una sonrisa amarga–. Apuesto a que estás pensando eso.

Nicola Sarti lo niega.

–Tu abuelo nos dijo que no quería que te traumatizaras, que ya habías perdido a tu madre siendo muy pequeña. Y creo que hizo bien.

Maria Cristina tiene el vaso vacío. Mira alrededor esperando que algún camarero se lo llene.

–Tendría que haber estado allí.

–Yo te llamé un par de veces, pero no me contestabas. Pensé que estarías mal y quería estar a tu lado.

–Perdona. No podía –dice ella con un hilo de voz, carraspea y añade, más alto–: Llevo toda la vida sintiéndome culpable por no haber estado allí. No tenía seis años, tenía veinte. Con veinte años somos adultos. Pero aquello me superaba. Y cuando mi abuelo me aconsejó que no fuera, escapé. Me decía esa tontería de que no hace falta estar presente para llorar a los muertos, pensaba que si no veía el cadáver sería como si no hubiera muerto y he vivido con la esperanza de que Alessio apareciera en cualquier momento. La verdad es que no lo soporté. Que... –No sabe cómo seguir, se mira los pies, menea la cabeza–. Me pesará toda la vida.

Nicola Sarti sigue contando, con la mirada perdida en la oscuridad de fuera.

–Trajeron el cuerpo y tu abuelo fue a reconocerlo. Había estado mucho tiempo en el agua. Tu abuela recuperó el habla. Dijo que Alessio tenía que quedarse allí, en el cementerio de la isla, que está en un promontorio que hay en una bahía protegida del viento, con un mar liso y transparente como una piscina, con un fondo de roca, y las lápidas están al nivel del agua. Es el cementerio más bonito del mundo. Hay una pequeña iglesia pintada de blanco y, si vas temprano, ves el sol salir justo por detrás de las tumbas. La última vez que estuve fue hace dos años, la tumba de Alessio sigue allí, han crecido unas matas de alcaparra y un poco de trigo. Allí está bien. –Dice sí con la cabeza–. Cuando muera, quiero que me entierren junto a tu hermano.

Maria Cristina lo mira y le pregunta:

–Un momento, no entiendo, ¿vas a verlo?

–Sí, cada vez que estoy por allí me paso a saludarlo.

–No lo sabía –suspira ella. Sonríe, quiere decir algo, cualquier cosa que colme el abismo que se abre a sus pies. Siente que le falta el aire, abre la boca, nota la garganta como llena de espinas. Un escalofrío le recorre las piernas, el vientre, los brazos, las muñecas, los dedos. Como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, se inclina bruscamente, emite un gemido y se lleva las manos a la cara.

–¿Maria Cristina...? –balbuce Nicola Sarti, sorprendido.

Ella sigue llorando, él mira a un lado y otro, no se sabe si pidiendo ayuda o esperando que no los vea nadie, se levanta, se sienta a su lado y le posa la mano en el hombro–. No llores... Por favor...

Ella mueve la cabeza y, entre sollozos, confiesa:

–El verano pasado estuve cerca, en Creta, y no fui. Todos los días me decía, ve, ve. Pero con cualquier excusa no lo hacía. Y al final no fui. –El llanto se convierte en una serie de jadeos entrecortados, como si se ahogara–. Murió completamente solo.

Nicola Sarti la coge de los brazos y la yergue como si fuera de trapo:

–Basta, basta, por favor. Salgamos. El aire te sentará bien.

Sosteniéndola como si estuviera herida, la conduce fuera.

Maria Cristina se deja llevar en medio del viento y del frío, cierra los ojos como si no fuera a abrirlos nunca más, siente un dolor desgarrador y la abruma la repentina y clara conciencia de que no entiende nada, de que no conoce a las personas, de que es como un corcho que va y viene a merced de las olas. Nota las manos de él que la cogen, el viento que le azota la cara, le impide respirar, le revuelve el pelo, y el frío que le sube por las piernas. Se agarra a Nicola Sarti como si la tormenta pudiera llevársela. Él la oprime contra su pecho, le pone la mano en la nuca, la protege.

–Yo te llevaré a ver a Alessio –le susurra en medio del fragor de las olas.

Maria Cristina abre los ojos, ve ahí mismo la playa, y las pocas luces de la costa, entre el velo de las lágrimas, la deslumbran. Le pregunta:

–¿Quién eres? ¿Qué ves en mí?

–Tú fíate.

Maria Cristina esboza una sonrisa, le toca la barbilla con el dedo, pasa este por la boca como si la dibujara, desliza la yema por los dientes, por la comisura de la boca, por la mejilla áspera, por el lóbulo de la oreja, hunde la mano en el pelo, coge un mechón, se enrolla la mano como si fuera una red o una cuerda, lo besa.

Dos bultos negros, cogidos de la mano, caminan en silencio, casi con temor, por el túnel de cristal que unos focos disimulados entre la vegetación del exterior iluminan.

Maria Cristina, congelada, ebria de Fiano di Avellino, tiene la impresión de que las piernas con las que camina no son suyas, de que se mueven por sí solas sobre el suelo de cemento. Nota la sangre caliente que corre por la mano con la que Nicola Sarti aprieta la suya. Hay algo necesario, inaplazable, litúrgico en ese caminar mudo que los lleva al dormitorio. Debe hacer el amor con él, siente la urgencia en lo hondo de sus entrañas. Puede que así todo tenga sentido.

Nicola Sarti se detiene delante de una puerta cerrada.

–Aquí es. –Gira la manilla y abre–. La habitación aún no está amueblada del todo, pero encontrarás toallas y demás.

–Gracias. –Maria Cristina apoya la espalda en el marco de la puerta sin soltarle la mano–. ¿Tú dónde duermes?

–En la otra cúpula –contesta él. La nuez de Adán se le mueve arriba y abajo.

–Ya –dice ella, sorprendida–. ¿No duermes conmigo?

Nicola Sarti carraspea.

–Mejor que no... No sea que te arrepientas, vistos los precedentes.

Maria Cristina da un resoplido, lo empuja adentro y cierra la puerta con el pie.

Nicola Sarti pasa la mano por un sensor y se encienden unas luces tenues que bañan los paneles de madera que revisten las paredes, dejando el techo a oscuras. La cama, grande, con sábanas negras, está en medio del cuarto, cuyos pocos muebles están dispuestos para que no se vean.

Él duda en la puerta.

–¿Estás segura?

–No me lo preguntes otra vez, que te echo. –Y lo besa fogosamente, casi aplastándolo contra la pared. Luego da un suspiro, entorna los ojos y le susurra al oído–: Hacemos todo lo que quieras. –Le lleva la mano a la bragueta y mete la punta de los dedos bajo el elástico, dentro de los calzoncillos–. Todo.

Nicola Sarti contrae la tripa y retrocede.

–¿Todo? –le pregunta algo inquieto.

–Sí.

Él se desabrocha un botón de la camisa y, sin dejar de mirarla, abre el minibar, coge un botellín de vodka, se sienta en el sillón, estira las piernas y desenrosca el tapón de la botella.

–Desnúdate.

–Apaga la luz –le dice Maria Cristina, señalando el interruptor.

Nicola Sarti se bebe la mitad del botellín.

–¿No dices que harás todo lo que yo quiera?

–Sí, pero a oscuras –aclara ella.

Nicola Sarti suelta una carcajada, carraspea:

–Desnúdate y haz lo que te diga.

«Y déjate de cuentos», le dice con hastío Diana Brinzaglia. «Te matas a hacer gimnasia con ese pelma de Mirco Tonik ¿y ahora te da vergüenza que te vea desnuda?»

Pensando que debe de oler mal, Maria Cristina se quita el vestido y lo arroja al suelo, y se queda en bragas, sujetador, medias y sandalias. Se pone en jarras.

–¿Así?

–No.

Maria Cristina se quita las sandalias y las medias.

–Se me ha caído una uña. –Señala el dedo gordo del pie.

–Ya te saldrá –ataja él–. Ponte las sandalias. –Ella murmura algo y, resoplando, obedece–. Y quítate las bragas.

Maria Cristina se las quita sin dejar de mirarlo a él y abre un poco las piernas apretando los glúteos y dando las gracias a Mirco por los

millones de sentadillas que le ha hecho hacer.

–¿Así?

–¿Y el sujetador?

Ella dice que no con la cabeza y juntando las manos:

–Eso no, por favor.

–¿Por qué?

–Porque me operé las tetas y no me gustan.

–A verlas –le ordena Nicola Sarti en un tono que no admite réplica.

Ella hace un gesto de resignación y, a tientas, se suelta el corchete y el sostén cae al suelo.

–¿Lo ves? Quedaron demasiado redondas y con el pezón muy tieso. Si no te gustan dilo, no me ofendo. Mira. –Levanta los brazos y, en medio de las axilas depiladas, se ve una fina cicatriz–. Me metieron las prótesis por aquí, ya ves qué vuelta dieron.

«Ya puesta, dile también lo del lifting.» Diana Brinzaglia está desconsolada.

–A mí me gustan –la tranquiliza él.

–Créeme. Cuando las toques, verás que no te gustan. –Maria Cristina se las toca con disgusto–. Están duras y bastante frías.

Él se levanta y se le acerca.

–¿Puedo?

Maria Cristina levanta los brazos.

–Claro.

Nicola Sarti le aprieta los pechos.

–A mí me parecen maravillosas.

–¿De veras?

–De veras. –Siente curiosidad y le pasa los dedos por el costado, donde tiene las quemaduras–. ¿Lo notas?

–No. –Maria Cristina se lame los labios, se los muerde, respira hondo y lo besa. Él le pone la mano en la nuca, pero ella se aparta–. Tengo que decirte otra cosa. Y ya me callo, te lo juro.

Él mueve la cabeza, sin dar crédito.

–Dime.

–Llevo cinco años sin hacer el amor.

Nicola Sarti se queda boquiabierto.

–No me lo creo. Me tomas el pelo. ¿Cómo es posible? ¿Tu marido no...?

–No es eso.

–¿Te engaña?

–No me importa.

–Es tonto. El que puede no quiere... ¿Cinco años?

–Como lo oyes. No consigo hacerlo con mi marido, ni hago nada sola. O sea que...

–¿Qué?

–Que... –Respirando muy hondo, la mujer del primer ministro vence la vergüenza–. Que estoy un poco oxidada, he visto muchas veces nuestro vídeo y temo que...

Él la calla dándole un beso con lengua.

Imagino, querido lector, que ahora querrás saber si nuestra protagonista es capaz de sacudirse el óxido, satisfacer los deseos de Nicola Sarti y gozar un poco.

Pero tendrás que esperar, porque necesito unas líneas para contarte una cosa que me ocurrió a mí y que podría explicar por qué la mente de la mujer del primer ministro tomó los derroteros que tomó.

De niño, yo quería tener una casa en un árbol, leía tebeos de Walt Disney y me encantaban Juanito, Jaimito y Jorgito, que tenían eso, una casa en un árbol. Con la tenacidad de los niños caprichosos, rogaba a los autores de mis días que me construyeran una. Me conformaba con una casita pequeña, en Villa Ada o en el parque del barrio. La verdad es que mis padres no eran precisamente unos manitas, y del mantenimiento de la casa se ocupaba Rino, al que llamábamos Baffo, que era una especie de Luciano, para entendernos.

Una mañana –estábamos en nuestra casa de campo–, mi madre, en un arranque de energía, nos sorprendió a todos al comunicarnos que ella misma iba a construir la casa del árbol, ella sola, a ver si así dejaba yo de dar la lata. La idea era que yo la ayudara pasándole desde abajo lo que necesitara. El mejor árbol era el roble, que es el más hermoso y majestuoso junto con el castaño. Elegimos un ejemplar grande pero con las ramas bajas que había allí cerca. Mi madre se subió a la escalera y yo, desde el suelo, le pasaba tablas, tornillos, clavos y martillos.

La operación duró poco, dado lo sencillo de la construcción. Más que una casita, era una especie de jaula que salió algo torcida, hecha de tablas y tablones que clavó a las gruesas ramas onduladas, parecía la cofa desvencijada de un velero y desde ella se veía el tejado de nuestra casa y parte del prado. Allá arriba, la verdad, había poco que hacer: era tan pequeña que solo cabía una persona, que encima debía estar de pie o sentada con las piernas cruzadas. El verano siguiente yo había crecido, subí un par de veces y allí se acabó la historia de la casita.

Han pasado cuarenta y cinco años y siempre que voy a visitar a mis padres me acerco a ver mi casita en el roble. Sigue allí, en su sitio, en el bosque, cada vez más verde de musgo, orlada de líquenes, envuelta en hiedra. Se ha caído alguna que otra tabla, pero, misteriosamente, la construcción resiste. Observo cómo crece y cambia la vegetación, cómo las zarzas rodean el tronco hasta que la desbrozadora las siega,

cómo los troncos de los árboles jóvenes crecen y buscan su espacio bajo el cielo y los viejos se secan y pierden las ramas.

El verano pasado, después de una comida demasiado abundante, con vino en el cuerpo, el canto de las cigarras en los oídos y el sol abrasando los campos, decidí dar una vuelta por el fresco del bosque y me hallé al pie de la casita del roble. Estaba allí al lado la escalera que el campesino usa para podar los olivos. La cogí y, con cierto trabajo, subí al árbol. Agarrándome a las ramas, pasé por encima de la baranda y, encogiéndome como pude, entré en la casita. El piso crujía, pero aguantaba. Había poco que ver allí dentro; la copa del árbol había crecido y el cielo no se veía, y me disponía a bajar cuando, en un rincón, vi una cosa rosa. Quité hojas, bellotas y tierra y descubrí que era un cerdo de plástico, con esquíes, raquetas en los pies, un suéter verde y un gorro con pompón verde también. Había estado allí todos aquellos años y estaba casi intacto, salvo por un agujero que tenía en el trasero y por el que salía el relleno de fibra que algún roedor había mordido. El calor, el frío, la lluvia y la nieve lo habían agrietado, desteñido y puesto rígido como el cartón. Lo apreté y emitió un gruñido que penetró en mi ser como una sonda lanzada al agujero negro de mi hipocampo e hirió una fibra de mi memoria que los años, los psicofármacos y el alcohol habían embotado. Allí, de pie en mi vieja casita, me vino de pronto a la mente, como los ñoquis salen a la superficie del agua hirviendo, el rostro de una niña alta de pelo corto, una lejana prima del norte que pasó unos días con nosotros en la casa de campo. Teníamos ocho o nueve años y no volví a verla ni a saber nada de ella, creo que se llamaba Isabella, no estaba seguro ni de su nombre. Imitaba perfectamente el gruñido del cerdo esquiador, inspirando y espirando a la vez por la boca y la nariz. Nosotros, mi hermana y yo, estábamos admirados y la considerábamos un fenómeno. He buscado a Isabella en Facebook, ahora vive en Boston con su marido y dos hijos maravillosos. Este es el poder del gruñido del cerdo esquiador.

Ya está; lo he contado para decir que Maria Cristina, cuando Nicola Sarti le ordena, con ese acento romano, chulesco y gracioso: «Haz lo que yo te diga», siente como si una monedita de cien liras olvidada en la hucha de la memoria tintineara y entrevé en las nieblas que envuelven el pasado más cosas del tiempo del crucero.

Los primeros días de travesía, Nicola le hacía la corte a Maria Cristina a la manera brutal de los machos inexpertos. Se burlaba de ella, le daba pellizcos y buscaba la ayuda de los demás para provocarla. La diversión del barco consistía en chinchar a la hermanita de Alessio, la única mujer. Y Nicola era el más pesado. Gastaba bromas y hacía chistes que a la larga la agotaban. Le daba fuertes empujones, azotes en el culo, un día le puso un pulpo en la tripa mientras dormía,

en cuanto veía que Maria Cristina se asomaba por la cubierta la tiraba al agua… Al final, harta, se enfadaba con él y él respondía colmándola de atenciones: ponte crema no vayas a quemarte, te he preparado un bocadillo… Eran como imanes que a la vez se atraen y se repelen. Eso turbaba a Maria Cristina, y a las bromas del otro respondía persiguiéndolo, dándole puñetazos, sumergiéndolo en el agua. Cuando sus cuerpos entraban en contacto, corría de uno a otro una energía sensual que los dejaba sin respiración. La necesidad de estar con él le hacía subir al cráter de Stromboli, ella, que no movía el culo ni aunque la matasen, y a participar en carreras y juegos que se convertían en luchas y toqueteos equívocos.

El famoso beso de San Lorenzo fue como una declaración de paz entre duelistas que marcó el fin de las hostilidades y permitió el contacto físico abierto. A partir de ese momento pudieron tocarse, besarse y abrazarse en todas partes, y confirmaron ante sí mismos y ante el mundo que eran una pareja. El deseo del otro nunca se aplacaba, ni siquiera cuando se acostaban juntos, entregados como estaban a un juego de exploraciones, de experimentos a veces embarazosos, de olores, eructos, risas, cosas pedidas y negadas, caricias y cosquillas, manos que se cogían, morreos en público y sexo en los ardientes camarotes.

Un día que, atracados en un puerto, por fin se quedaron solos y estaban tumbados en la cama de matrimonio, Maria Cristina le dijo que quería pizza.

–Ve por una, porfa.

–No. Hace mucho calor y no me apetece –contesto él, que estaba leyendo un libro de Stephen King.

–Porfa –insistió ella con voz mimosa.

Él cerró el libro.

–¿Y tú qué vas a hacer a cambio?

–Lavarte la ropa.

–No, no es suficiente.

–¿Cómo que no? ¿Y qué más quieres?

Él cogió la cámara de vídeo que tenía en la mesita.

–¿Grabamos el vídeo?

–¿Qué vídeo? –Maria Cristina sabía perfectamente a qué se refería.

–Ya sabes qué vídeo.

Ella se llevó el dedo a la sien.

–Sí, claro. Tú estás loco. Por una pizza…

Por aquellos días hablaban de filmar una peli de terror que, al final, mira por dónde, fue una peli porno.

–Te traigo también una cerveza y un helado, de tres sabores, con nata.

–¿Qué sabores? A ver. Si aciertas… –Ella se llevó las manos a la

nuca y se incorporó.
Nicola levantó el pulgar.
–Chocolate.
–Sí.
–Pistacho… –Levantó el índice.
–Sí.
Nicola dudó, la miró, se mordió el labio y aventuró:
–¿Café? ¡No, stracciatella!
–¡Bingo! Maria Mamada acepta.
Nicola se puso una camiseta.
–Vengo ahora mismo. Y haces lo que yo te diga.
Todo por un helado de tres sabores y una pizza.

VII. MARTES, 27 DE FEBRERO

1

Maria Cristina Palma yace desnuda sobre un mar de sábanas negras. El sol entra en la habitación y cae sobre el brazo derecho de piel cérea que reposa sobre la cara. El pelo, dividido en mechones pálidos y revueltos, reluce con la luz de la mañana. La muñeca está doblada en ángulo recto y los dedos parecen señalar un punto del suelo. De la cara, que el bíceps oculta, solo se ven parte de la barbilla y los labios, que, entreabiertos, movidos por la respiración, dejan ver la fila regular de los dientes. La nuca, cubierta de finos rizos, se abre dando paso a los omóplatos y a los hombros delgados, cubiertos de un vello dorado. La axila es como un valle algo más oscuro del que sobresale la esfera del seno artificial, la cual descansa sobre un tórax surcado de costillas que, pasado el esternón, se aconcava en lo que es el vientre tenso y blanco. Nada mancha la piel de alabastro. El tronco, retorcido, se estrecha en la cintura y se ensancha en las caderas. En el costado derecho, la piel pierde su homogénea tersura y se convierte en una superficie anárquica y accidentada cuya epidermis, quemada, forma estrías y franjas claras, callosas, tensas como elásticos, valles rosados y cráteres insensibles. Las cicatrices terminan en un límite preciso desde el cual la piel, recuperada la tersura, se extiende sobre el vientre, rodea el pozo del ombligo, desaparece bajo una fina maraña de pelos negros y sedosos como de mujer oriental y se frunce formando el botón oscuro del clítoris, que asoma entre los pliegues color coral de los labios mayores. Las largas piernas se cruzan en las rodillas, la amplia curva de las pantorrillas desemboca en los finos tobillos, desde los que, en armoniosa secuencia, se suceden los talones levemente amarillos, los pies arqueados, los dedos nerviosos y el dedo gordo que, sin uña, se agita un poco con el inminente despertar.

El calor del sol despierta a Maria Cristina. Cuando el cuerpo aún yace inmóvil, la mente sale del sueño como del fondo de una piscina de agua templada. Está en el hotel de Nicola. Reconstruye el camino que la ha llevado a esa cama. Solo su respirar rompe el silencio. Levanta la cabeza, la luz la ciega, se cubre con el brazo. El disco solar está alto en el cielo raso, señal de que es tarde. Nicola yace en el otro lado de la cama y duerme sin hacer ruido. Con un ojo, Maria Cristina observa el dormitorio minimalista de hotel de cinco estrellas, aún sin terminar: faltan puertas y estantes, junto a la ventana hay una bañera cuadrada y en el suelo un gran cuadro abstracto que está pendiente de

colgar. En el techo, marañas de cables eléctricos y de bombillas.

«¿Cómo estás?», le pregunta curiosa Diana Brinzaglia.

Bien, responde ella.

Ve en el suelo, junto a las sandalias, dos preservativos y se echa a reír.

«¿Te sientes culpable?»

Inspecciona los rincones de su psique como cuando, en primavera, después de dar un paseo por el campo, nos desnudamos y nos miramos todo el cuerpo por si se nos ha pegado alguna garrapata. No, no se siente culpable, no tiene ansiedad, angustia ni miedo.

Se siente feliz y enamorada.

Maria Cristina no sabe amar, pero tiene un talento especial para enamorarse, es maestra en el arte de perder la cabeza por alguien. Siente la necesidad olvidada, visceral, emocionante del otro.

Nicola le gusta muchísimo. Se lo dice el cuerpo, una sensación de bienestar, alegría, alivio que le transmiten los miembros aún lánguidos del éxtasis del orgasmo.

Y, ¡caramba!, hasta me he corrido, se dice sorprendida. Estaba convencida de que el sexo se había acabado para ella, de que era patológicamente frígida e inmune al placer de la carne.

Y no...

Le viene un recuerdo pero lo borra. No es el momento de recordar. Ya tendrá tiempo de ponerse roja y sonreír y buscar un significado a esta noche memorable cuando vuelva a Roma.

«Sí, memorable», se dice.

Pero ahora tiene que levantarse, comer algo, siente un hambre feroz. Y la entrevista es hoy. Debe darse prisa. Por suerte, ya avisó a los de seguridad de que pasaba la noche fuera.

¿Y qué hace con Nicola? ¿Le deja una nota romántica y desaparece? ¿O lo despierta y se despide?

Se desperezа y observa a su amante. Está bronceado, tiene bastante pelo, pero suave, rubio y bien repartido. Le gusta el perfil del rostro curtido, de explorador polar, la nariz aguileña, las patas de gallo, las orejas pequeñas y esa barbilla algo prominente en la que no había reparado. La nuez de Adán se eleva solitaria en medio del cuello que la barba mancha. Tiene un poco de barriga y de michelines, pero los brazos se ven musculosos y en el hombro derecho lleva un tatuaje de estilo japonés, rojo y azul, que representa un pulpo. El pene cuelga flácido sobre el muslo, pero no ha encogido, sigue teniendo un tamaño respetable. La piel lisa y oscura del prepucio envuelve el glande, que es como un capullo de tulipán rematado en lo que parece la boca de un mero.

¡Ah, claro!

¡Batanga!

Ahora se acuerda. Era como lo llamaban en el barco los tontos de sus amigos, por el tamaño.

Batanga y Maria Mamada, sus nombres artísticos.

Sonríe y se le ocurre una idea traviesa.

Maria Mamada, la desatada (que, por cierto, ahora es la esposa del hombres, que es el primer ministro y líder del principal partido de la coalición gobernante, así como la mujer más bella del mundo), le hará una soberana mamada a Batanga, el durmiente, para que tenga un despertar inolvidable.

Excitada por la traviesa idea, se muerde los labios para no echarse a reír.

Pero, un momento: ¿y si se despierta sobresaltado y le pega un rodillazo?

Indiferente al peligro, se arrima a Nicola, que sigue durmiendo, observa su cara, que está relajada, muy bien, y con delicadeza le coge el miembro y entreabre los labios. Es suyo, como hace veinte años. Mira por última vez al hombre para asegurarse de que duerme y abre la boca dispuesta a...

¿Qué es aquello?

Al fondo, en un rincón del cuarto, hay un objeto que llama su atención. ¿Qué será eso que hay en el techo? Cierra la boca y se fija. Es una simple cajita cuadrada, negra, de bordes redondeados, con una pequeña esfera transparente en medio.

Maria Cristina se queda sin aliento, estira el cuello, se pone de pie y retrocede hasta el borde de la cama. No quiere pensar. Baja de la cama y va a ver. El cráneo, las órbitas de los ojos, los tímpanos le palpitan al compás del corazón, que late aceleradamente.

Se coloca debajo de la caja y la observa con la cabeza echada hacia atrás. De la parte trasera sale un cable gris que entra en la pared. Le sube un vómito ácido de bilis y se da cuenta de que está sudando, hace un calor infernal en aquella habitación, la moqueta quema, tiene las axilas mojadas y el sudor le chorrea por los costados. Coge la silla sobre la que arrojaron la ropa, la coloca en el rincón, se sube a ella, se pone de puntillas, coge la cajita y la saca del soporte. El cable se tensa pero resiste, Maria Cristina tira más fuerte y ve que, dentro de la pequeña esfera, hay como un ojo que la enfoca. Soltando un gemido como de animal herido de muerte, tira de la caja con las dos manos, pierde el equilibrio, cae al suelo y se golpea primero con el costado y luego con la nalga, pero no se queja ni suelta la cámara de la que cuelga el cable roto.

–¿Qué pasa? –dice Nicola Sarti con voz soñolienta–. ¿Maria...?

Ella, que se ha acercado a gatas a la cama, susurra:

–Maldito cabrón.

–¿Maria Cristina? –la busca él.

Y como si la levantara el mismo demonio, Maria Cristina se yergue junto a la cama con su metro setenta y ocho, desnuda, furiosa, el pelo colgando lacio, los ojos de gorgona echando chispas.

–¡Maldito cabrón! –El cuerpo ha perdido toda blandura, lo único esférico que queda son las tetas, todo lo demás son líneas y aristas: piernas, rodillas, codos, brazos, pómulos, barbilla, culo–: ¿Qué es esto? –Le enseña la cámara. Nicola Sarti la mira, recostado sobre la cabecera de la cama, petrificado–. ¡Habla, cabrón! –ruge Maria Cristina y le arroja la cámara, que le da en la frente con un ruido seco, como si fuera de madera maciza.

Nicola Sarti profiere un grito de dolor y se lleva las manos a la cara.

–¡Me has grabado, hijo de puta! –Maria Cristina salta sobre él–. ¡Has vuelto a engañarme!

Instintivamente, él la rechaza de una patada, la mujer del primer ministro sale despedida y choca de espaldas contra la pared opuesta, cae con manos y pies y, sin dudarlo, se abalanza de nuevo sobre él. Él empieza a dar patadas, pero ella lo agarra de un tobillo y grita:

–¡Lo tenías todo organizado! ¡Por eso no querías apagar la luz! ¡Por eso me...!

Maria Cristina oye su propia voz que suena ronca y demente. En algún rincón de su cabeza, un destello de razón le dice que está perdiendo la chaveta, que es una loca de atar, que el caso va salir en toda la prensa, que, una vez suelto el monstruo, ya no habrá manera de encerrarlo. Le dice eso, pero a Némesis, la diosa de la venganza, le importa un bledo. Rabiosa como una gata a la que le roban las crías, Maria Cristina lo agarra por las piernas, quiere arañar, morder, y los cuerpos desnudos que unas horas antes se unían en un furioso orgasmo ahora se enfrentan en una lucha despiadada.

Nicola Sarti, que no puede quitársela de encima, la coge del pelo y la arroja boca arriba en la cama, mientras ella forcejea y grita:

–¡Lo de Luciano, lo de la cuenta de la pescadería de Civitavecchia, lo de encontrarte delante del spa con la chica...! ¡Maldito!

Resoplando, Nicola Sarti salta encima de ella, se sienta sobre su vientre y la agarra por la garganta, y Maria Cristina se retuerce como una víbora, siseando y escupiendo, hinchando y deshinchando el pecho como si fuera a abrirse en canal, y con los dedos trata de aflojar la garra que la oprime, pero la pinza, la misma pinza que la sujetaba a la camilla del doctor M., la estrangula.

Nicola Sarti levanta un brazo dispuesto a darle una bofetada.

–¡Eso, pégame! ¡Enséñame que sabes hacerlo, maldito cabrón! ¡Vamos, párteme la cara! –lo incita Maria Cristina con los ojos fuera de las órbitas–. ¡A ver lo macho que eres! ¡Mátame!

La mano de Nicola Sarti, tensa en la luz del sol, se queda donde

está.

Maria Cristina, con la fuerza que le queda, agita los brazos, le pega puñetazos en la cara, y al final, con un gruñido, le coge el pene.

–¡Que te lo arranco, cabrón! ¿Qué quieres de mí?

Él grita:

–¡Cleopatra!

Maria Cristina suelta la presa.

Él, sin dejar de sujetarla, la observa con unos ojos que parecen dos ranuras negras y el pelo empapado de sangre, y repite:

–Cleopatra.

–¿Quién coño es Cleopatra? –dice Maria Cristina casi sin aliento–. ¡Cabronazo, que no eres más que un cabronazo!

–Estás grabada desde que entraste en la habitación. Todo filmado en 4K –le explica Nicola Sarti, con una voz tranquila, sin soltarle el cuello.

Maria Cristina busca un poco de saliva en la boca para escupirle a la cara.

–¡Sabía que eras un cabrón!

–Si no quieres que el vídeo se difunda en internet, esta noche, en la entrevista con la Reitner, tienes que decir Cleopatra.

La mujer lo mira sin entender, jadeando.

–¿Cleopatra? ¿Por qué?

–Porque sí. A partir de ahora tu vida va a cambiar. Me perteneces. De ahora en adelante harás lo que yo te diga. Si no, todo el mundo verá cómo se follan por delante y por detrás a la mujer del primer ministro.

Por un instante, Maria Cristina se pregunta si no será una broma. Pero no, él la mira con una expresión demasiado seria y resuelta, emplea un tono glacial al que no había recurrido nunca.

Ella sigue tendida en la cama, cegada por el sol, y la mano del verdugo le sujeta el cuello.

–¿Y qué quiere decir Cleopatra?

–No tienes derecho a preguntar. Debes decir Cleopatra en el curso de la entrevista con la Reitner. Si no lo dices, si no lo oigo claramente, cuando termine el programa el vídeo estará en internet. Y ojo: si le cuentas a alguien esto del vídeo o lo de Cleopatra, a tu marido, a Luciano, a quien sea, a los del servicio secreto, si intentas engañarme de alguna manera, si no vas a la entrevista, si me buscas, me llamas, haces algo que me fastidie mínimamente, el vídeo acabará en internet. Basta con un clic. –Se inclina, le enseña los dientes–. Si intentas joderme, lo sabremos enseguida, estamos siguiéndote. Y el vídeo saldrá a la luz.

Maria Cristina lo mira con el alma en vilo, como si se hallara al borde de un abismo negro y palpitante.

Nicola Sarti la suelta, se lleva la mano a la frente y se mira los dedos manchados de sangre.

–¿Qué debes decir?

Ella se niega a responder.

–¡Es un puto chantaje!

–Te he preguntado qué debes decir.

Maria Cristina quiere replicar, pero no puede, lo intenta otra vez, suspira y dice:

–Cleopatra.

–Muy bien. Ahora coge tu ropa y vete.

Maria Cristina lo mira buscando un destello de luz, un pliegue de los labios, una señal que le diga que no es más que otro de sus extraños juegos. No ve nada, no hay dudas, no hay grietas en el rostro de Nicola Sarti.

Se levanta y, sin dejar de mirarlo, coge su ropa y sale de la habitación.

2

Es difícil contar el viaje de vuelta a Roma de Maria Cristina, encontrar las palabras exactas que den idea de la vorágine que se ha formado en su mente y que engulle los razonamientos más sencillos, las conjeturas más elementales, las hipótesis más abstrusas.

La cabeza le pesa como si fuera una sandía, siente una gran opresión en las meninges, el corazón sigue latiéndole aceleradamente, aún nota los dedos de Nicola Sarti en la carótida y no deja de temblar. Teme que le dé algo. Apenas puede sujetar el volante, pisar los pedales, poner el intermitente.

Es un viaje sin tiempo. El móvil no para de sonar. La llama todo el mundo, es el día de la entrevista y ella contesta a todos, sí, ya llego, vale, sin problemas, nos vemos ahora, mirando por el retrovisor si la siguen.

Cuando llega a casa, Maria Cristina corre a su habitación sin hablar con nadie. Se ducha, se viste, se maquilla en silencio procurando calmarse.

Va al despacho de Domenico y encuentra esperándola a Caterina y a los del gabinete de prensa al completo: colaboradores, becarios, Marina, la secretaria de su marido, y Dino Berti. Unas veinte personas. Le han organizado un briefing con diapositivas y todo. Marina la instruirá sobre las preguntas que esperan que le hagan y las estrategias que debe seguir para no caer en las trampas de la periodista. Berti le refrescará la memoria sobre lo que el gobierno ha hecho hasta ese

momento y sobre lo que hará antes de las elecciones. Domenico tal vez se conecte desde Londres.

–Se anula la reunión –los despacha Maria Cristina.

–¿Cómo que se anula? –pregunta Caterina desconcertada.

–No me hacéis falta. Podéis iros. Ya me arreglo yo sola.

–Pero ¿cómo? Si hemos venido por ti, está todo preparado. –La secretaria señala a los invitados de la fiesta sorpresa, en la mesa hay incluso bebidas, termos con café y sándwiches–. Es muy importante, Maria Cristina...

–¿Cuánto falta para la entrevista? –la interrumpe la mujer del primer ministro.

–Seis horas. Pero tenemos que estar en el plató al menos una hora y media antes.

–Necesito descansar –dice Maria Cristina con una voz tan cansada que suena terminante.

–Claro, Maria Cristina –dice Dino Berti, conciliador–. Hemos sabido lo de Luciano. ¿Como está?

Los presentes ponen repentinamente cara de tragedia.

–Mejor, gracias. La operación ha salido bien.

–Descansas una horita y seguimos luego, ¿te parece? –se apresura a añadir Caterina–. ¡Ah, me olvidaba! Amelianna viene de las Maldivas a ayudarte con la ropa.

–Muy bien. –Y, sin añadir nada más, la mujer del primer ministro sale del despacho.

–¿Qué haces tú aquí en casa? –pregunta Maria Cristina, abriendo la puerta de la habitación de Irene, quien está tirada en la cama acariciando a Pippo, el perro que el chófer ha traído a Roma.

La niña corre a abrazar a su madre.

–¡Lo has traído! ¡Gracias! ¡Gracias!

Maria Cristina estrecha fuertemente a su hija, apoya la cara en el cuello y aspira el buen olor que la niña desprende.

–¿Por qué no estás en la escuela?

–Porque quería verte antes de la entrevista.

Maria Cristina está sorprendida, no se lo esperaba, quiere sonreír, pero tiene los labios como pegados.

–Bueno, gracias.

–¿Podrá quedarse Pippo con nosotros? –pregunta Irene.

–Sí –suspira su madre, que sigue abrazándola. Quiere decirle que deberá ocuparse de él, sacarlo a que haga sus necesidades, todo lo que los padres les dicen a los hijos que quieren tener un animal en casa, pero siente un terror sordo que la perturba.

En su cabeza, la voz de Nicola Sarti sigue repitiendo: «A partir de

ahora tu vida va a cambiar. Me pertenece».

–¡Viva! ¡Viva! –Irene se vuelve al perro–. Pippotto, podrás quedarte con nosotros. ¿Entiendes? Serás un perro romano.

Maria Cristina se deja caer en la cama, sobre la colcha con estrellas rojas arrugada. El perro, meneando el rabo, con la patita vendada, salta a la cama y empieza a darle lametazos, rápidos, infantiles, y ella cierra los ojos, siente la lengua húmeda que le pasa por los pómulos, por el lóbulo de la oreja, lo acaricia, hunde los dedos en el pelo espeso del cuello.

–Eso, mamá –le dice Irene–. Quédate aquí con nosotros, como si la habitación fuera un submarino.

Maria Cristina dice que sí con los ojos cerrados. El cuerpo y la mente piden reposo, una tregua, pero ahora es imposible.

¿Por qué quiere que diga Cleopatra? ¿Qué significa?

Debe de ser una palabra secreta, una señal que dará inicio a... No sabe qué.

«Lo sabremos enseguida. Y el vídeo saldrá a la luz.» Eso le ha dicho el muy cabrón. Y ha usado el plural. Luego no está solo. Forma parte de una organización criminal, terrorista. Lo han utilizado para acercarse a ella, él tenía un vídeo con el que podía presionarla y con el que ha conseguido grabar otro mil veces más comprometedor. Todo está claro. La clínica sin pacientes, los hoteles en obras, los preservativos a mano, la historia de Alessio con la que la ha enternecido, las luces del dormitorio encendidas para que la cámara pudiera grabar. Y ella le ha confesado que Domenico la engaña, que lleva cinco años sin hacer el amor, e incluso le ha dicho que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que él gozara. Y el muy cabrón ha sodomizado a la mujer del primer ministro italiano, a una madre, delante de una cámara que filmaba. El vídeo del barco solo era el aperitivo; el plato fuerte, el arma del chantaje, era el que grabó anoche.

Maria Cristina se levanta de la cama, va al baño que hay en la habitación, cierra la puerta, se inclina sobre el váter y vomita bilis ácida.

–Mamá, ¿estás bien? –pregunta Irene desde fuera.

–Sí, amor. Un momento –murmura.

–¿Seguro?

–Sí. –Se enjuaga la boca y se mira en el espejo. El cráneo se le marca bajo la piel tirante de la cara, los ojos se le salen de las órbitas oscuras, rodeadas de ojeras, los labios se ven secos, el cuello ajado, el pelo revuelto. Nicola Sarti ha conseguido que pierda el juicio y toda su belleza.

No puede ir a la entrevista. Debe buscar una excusa.

No, debe ir. «Si no vas a la entrevista, el vídeo acabará en

internet», ha dicho.

Sale del baño y ve a Pippo y a Irene uno al lado del otro, esperándola, preocupados.

–¿Me acompañas a teñirme el pelo? –le pregunta a la hija.

–Haces bien. Ese que llevas no me gusta –confiesa Irene–. ¿Puede venir también Pippotto?

El perro la mira expectante, sentado muy modoso, barriendo el suelo con el rabo.

–Sí.

Irene, no satisfecha, quiere más.

–¿Y puedo ir también a la tele a verte en la entrevista? Me portaré bien, me estaré callada, te lo prometo. Y me ocuparé de Pippotto.

Maria Cristina sonríe no sin esfuerzo y le dice también que sí.

Antes estaba preocupada, pero ahora Caterina Gamberini está aterrorizada. Si le hacía falta una prueba de que la mujer de Mascagni está como una chota, ya la tiene. Solo una mujer exhausta y en pésimas condiciones mentales quiere ir a una peluquería india de la calle Casal Bertone a teñirse el pelo. Y dentro de poco, esa mujer, que necesita atención psiquiátrica, concederá una entrevista a Mariella Reitner y hablará de sí misma, del marido y del gobierno. Su futuro depende de una mujer que tiene el coeficiente intelectual de un pangolín. No puede ser. La secretaria, sentada en el sofá morado, siente que se ahoga. En lugar de meterse en ese manicomio que es la política, tal vez habría hecho mejor en aceptar la propuesta que le hizo su ex de abrir un restaurante de comida rápida en Alessandria. A Shari le está yendo de maravilla. Y encima se ha echado una novia nigeriana. Ahora que van a perder las elecciones, ¿qué será de ella? Se levanta, frotándose un costado que le duele, y sale a la terraza a consultar con los del gabinete de prensa y los de seguridad.

Maria Cristina está tomándose un café en la galería y observa a los miembros del personal que hablan, llaman por teléfono, menean la cabeza, cruzan los brazos. Caterina les dice que sí y va a donde está ella, caminando curvada como si llevara un armario a cuestas. Se le sienta enfrente, posa una mano sobre otra y, antes de hablar, la expresión de su rostro pasa de seria a afable y suplicante.

–Mira, Maria Cristina, escúchame; los de seguridad dicen que cruzar Roma con tan poco tiempo no es posible, porque corremos el riesgo de llegar tarde al directo. Además, hay fotos tuyas en la ópera en las que llevas el pelo rubio y ahora quieres teñirte de castaño, ¿qué pensará la gente? Qué sé yo, podrían malinterpretar la cosa y ver un

símbolo de la indecisión del gobierno; vamos, que podría salirnos el tiro por la culata. –La secretaria la mira gravemente–. ¿Por qué no vas a la peluquería de Diego Malara? ¿O le dices que venga?

–No.

Caterina se muerde los labios.

–Por favor, Maria Cristina, no seas cría. –Siente que se queda sin aire y se lleva la mano al pecho–. ¿Sigues enfadada conmigo por lo que dije en el baño? Lo siento, estoy avergonzada. Me equivoqué. Perdóname.

–Te perdono. Vamos con la escolta, que tardamos menos.

La joven traga saliva.

–Es que me encuentro mal.

Maria Cristina, que está sentada en el sofá, cruza las piernas despacio y hace oscilar la sandalia que cuelga de los dedos del pie.

–Lo siento.

–Por favor... –le ruega desesperada–. El primer ministro está ahora reunido con Meyer y no podemos hablar con él.

Maria Cristina saca el móvil del bolso.

–¿Le habéis preguntado al Bicho?

Caterina resopla por la nariz como una nutria que acabara de salir del agua y esboza una sonrisa fatigada.

–Sí, pero no contesta. Ya sabes que siempre tarda un poco.

Maria Cristina marca un número, espera unos segundos.

–¿Hola? Buenos días.

La secretaria la mira mordiéndose con los incisivos la uña del dedo corazón. Luego, para que la persona que está al otro lado de la línea no la oiga, pregunta, moviendo los labios:

–¿Es él, el Bicho?

–Todo bien, todo bien. –La mujer del primer ministro le hace señas de que sí–. Quería preguntarte si pasa algo porque vaya a la entrevista con el pelo teñido... Sí, oscuro, castaño, como antes, y más corto... Perfecto. Gracias. Sé que no es la costumbre, pero ¿te importaría decírselo a Caterina? Te la paso.

Le pasa el teléfono a la secretaria, que lo coge como si fuera una serpiente de cascabel y se lo lleva con cuidado al oído.

–¿Sí? Sí, ¿es usted? ¿Es el Bicho? ¿El Bicho en persona? Es un gran honor. Sí. Muy bien. Sí, claro. Gracias. Perfecto. De acuerdo. Perfecto.

Y ahí tenemos a Davide, Irene, Pippotto y Maria Cristina en el Mercedes dirigiéndose a la calle Casal Bertone, escoltados por un par de coches patrulla.

Maria Cristina, que tiene la nuca apoyada en el reposacabezas, lleva los ojos cerrados y oye la ciudad que vibra. Hoy Roma es un

infierno, las lluvias nocturnas han inundado las calles y la ciudad está invadida por aficionados al fútbol alemanes, se disputa un partido de copa y hay tráfico hasta en las callejuelas más estrechas, coches aparcados en segunda y en tercera fila y camiones de la basura que obstruyen la circulación como el colesterol las arterias; y, pese a que los coches de policía llevan las sirenas encendidas y les dejan pasar, el trayecto se hace infinito.

Maria Cristina quiere desechar la idea fija del chantaje. Michael Mantler, el deprogramador de Andrea, enseñaba que la mente es un recinto que hay que vaciar. Debe sacarse todo lo que no valga. De respirar, dormir y nutrirse ya se encarga el cuerpo. Pero la mente de Maria Cristina es como un recinto hermético lleno de Nicola Sarti.

¿Qué clase de horrible ser es? ¿Un actor digno de un Oscar, un monstruo, un terrorista y estrella porno al que no le da vergüenza aparecer en vídeos pornográficos con tal de luchar por alguna causa revolucionaria?

«Pero ¡si te has despertado enamorada!», la ataca Diana Brinzaglia.

Con el tacón del zapato se pisa el dedo gordo sin uña. Siente un pinchazo que se irradia por la pierna y la deja sin respiración, abre la boca para gritar, pero se reprime.

Cleopatra, la reina de los antiguos egipcios, hermosísima, enamorada de Marco Antonio. ¿Por qué precisamente Cleopatra? ¿Porque es hermosa como ella? ¿Porque se suicidó por amor? ¿Es un símbolo? Quiere informarse, averiguar si es un nombre en clave, un símbolo revolucionario, si tiene algún significado secreto. Va a coger el móvil, pero desiste. Seguro que ya lo han hackeado. Está tan asustada que hasta teme que puedan oír lo que piensa, que haya micrófonos en el coche. Si pudiera ponerse en contacto con Botta, el jefe de los servicios secretos, de una forma segura, podría pedirle ayuda y que arrestaran a Nicola Sarti.

«Si se lo cuentas a alguien, terminas en internet. Lo sabremos enseguida.»

Mira los coches que circulan, las filas de scooters. Seguro que la siguen. Abre el bolso y saca el frasco de Xanax. El líquido caliente, viscoso, amargo le adormece la lengua. Coge el móvil. Quiere llamar a Luciano para saber cómo está.

Pero no, mejor que no.

Stefania Subramaniam, con su sari verde y su gran moño, espera a la mujer del primer ministro en la puerta de su pequeño salón de belleza, que está encajado entre una tienda de comida para animales y

otra de fruta y verdura. La peluquera parece, en el vano de la puerta, una estatua hindú en el nicho de un templo. Detrás esperan también con curiosidad tres jóvenes indias, delgadas y más altas que ella.

En cuanto Stefania ve que Maria Cristina se apea del Mercedes junta las palmas de las manos en señal de saludo. La noticia de la llegada de la mujer del primer ministro debe de haber corrido por el barrio, porque a las ventanas y balcones de los modernos edificios se asoman los vecinos, móvil en mano. El frutero indio ha preparado una bandeja con gajos de mango y papaya que ofrece a Irene y a los curiosos que se apiñan en la acera. Es un recibimiento festivo, sin protestas. Los de seguridad abren camino a Maria Cristina, que saluda con la mano y entra en la peluquería.

La peluquera cierra la puerta con llave y cuelga el cartel de «Cerrado».

–Así no nos molestan.

Corre las cortinas para que no se vean la calle, el tráfico y los curiosos que se asoman al escaparate.

El interior del local, de techo bajo y con luces de neón, es sencillo. Suelo de linóleo negro, espejos a ambos lados, butacas azul claro, fotos de familia y de famosos monumentos indios, el Taj Mahal, vistas de las montañas nevadas y estampas de divinidades hindúes.

Las dependientas sonríen sin parar y menean la cabeza a derecha e izquierda, y dos clientas ancianas que, envueltas en sendos peinadores negros, parecen buitres viejos, la miran fijamente.

La peluquera se acerca a la niña que lleva al perro de la correa y la observa muy seria:

–Apuesto a que tú eres Irene.

–Sí.

–¿Y esta ricura quién es? –La peluquera se inclina y acaricia al perrillo, que le hace fiestas.

–Se llama Pippotto.

–¿Sabes que eres muy guapa, Irene? Hay quien dice que eres incluso más guapa que tu mamá.

La pequeña, incrédula, mueve la cabeza.

–¿Quién lo dice?

–Mucha gente.

–Imposible. –Baja la voz y le dice al oído–: Si le arreglas el pelo, mi mamá será la más guapa del mundo.

–Ahora mismo se lo arreglamos. Pero tú también eres muy guapa. Sois dos colores de la belleza, que tiene mil treinta y seis. –Stefania coge un mechón de pelo de Irene–. Yo te recortaría un poco las puntas, ¿te parece? –Y mira a Maria Cristina como pidiendo permiso.

–¿Puedo, mamá? –pregunta la pequeña, excitada.

–Bueno.

Stefania la encomienda a sus dependientas y le pide a Maria Cristina que la siga a otra sala, donde hay otras butacas. Las paredes de esta sala están pintadas de naranja, y de ellas cuelgan una foto en blanco y negro de un viejo santón indio, otra de Maria De Filippi, firmada, y otra del Padre Pio, allí reunidas con sincretismo teológico.

Stefania se sienta en un taburete, se pone unas gafas graduadas, le hace señas a Maria Cristina de que se acerque y le examina el pelo en silencio.

–Un estropicio, ¿verdad? –dice Maria Cristina, compungida.

–No será fácil quitar este rubio, pero lo conseguiremos. Lo importante es que no haya penetrado mucho.

Maria Cristina observa los ojos de águila de Stefania Subramaniam y tímidamente, con un hilo de voz, le pregunta:

–¿Puedo darte un abrazo?

La india abre los brazos y Maria Cristina se arroja en ellos. Siente el mismo efecto que sintió cuando la conoció en el baño del club de piragüismo, pero hoy, que está más asustada que nunca y teme que su vida penda de un hilo, ese efecto es más potente y taumatúrgico. Recibe la energía que la santona le transmite para afrontar la entrevista. Se queda un rato así, quieta, con los ojos cerrados, agradecida, regenerándose en medio de ese calor benéfico.

Stefania Subramaniam le susurra al oído:

–No te preocupes, eres fuerte y bella como un tigre y puedes con todo.

Maria Cristina apoya la frente en su hombro y balbuce:

–Tengo miedo.

La india le levanta la cara y la mira:

–El miedo acaba donde empieza la verdad.

La mujer del primer ministro nota que los ojos se le empañan de lágrimas, se sorbe los mocos.

–Lo único que quiero es un poco de paz.

–Tienes que buscar la tuya. Todos tenemos una paz.

–Pero yo... –Maria Cristina no entiende lo que la peluquera quiere decir. Toda esa sabiduría la deja siempre fría. Se ha pasado la vida buscando maestros, filósofos de los que aprender, atraída como una mariposa por la luz que emitían, pero en cuanto se acercaba a ellos, en lugar de absorber su sabiduría, sentía aún más intensamente el vacío que la llena.

Stefania le pone las manos en las sienes.

–Todo pasa. Las cosas, incluso las peores, se superan y ocupan el lugar que merecen en nuestro pasado. Pero hablemos de cosas serias. ¿Qué quieres que hagamos con este pelo? Yo lo teñiría de su color natural, lo recortaría por la nuca, lo dejaría más largo por delante y lo peinaría con raya, a lo chico. Te quedará igual de femenino, pero te

dará la autoridad que debes mostrar en la entrevista.

Maria Cristina le aprieta las manos.

–Me fío de ti, Stefania.

La peluquera le señala la butaca donde debe sentarse.

–Me gusta que me digan eso.

3

La mujer del primer ministro viste suéter de cuello alto gris y sin mangas, pantalones negros de talle alto y zapatos rojos de tacón. El nuevo corte de pelo, teñido de castaño, suave y brillante, hace que el cuello parezca más largo y los ojos lucen bajo los arcos superciliares como dos esferas de ámbar. De lo demás se han encargado los maquilladores de la televisión, que han disimulado ojeras y arrugas. Le han pintado los labios de un color bermellón intenso y marcando bien el contorno, de manera que la boca parece más grande.

Una empleada le ha comunicado que dentro de cinco minutos la llevarán al plató y que, durante la pausa publicitaria previa a la entrevista, podrá ponerse cómoda.

Por la puerta del camerino oye las voces de empleados, técnicos, maquilladores, fotógrafos, personal del gabinete de prensa de Domenico, así como la voz aguda de Irene, que manda a Pippo que se siente.

Maria Cristina va y viene taconeando por el espacio que queda entre un sofá azul raído y la larga mesa de formica blanca con espejo en la que hay una cesta de fruta.

«Lo importante es que estés tranquila. Escucha bien las preguntas y piensa antes de contestar», se dice, enjugándose las axilas con papel absorbente y oyendo el motor del pequeño frigorífico que se enciende y se apaga con un chirrido irritante. Respira hondo el aire viciado del camerino, pero tiene la sensación de que se ahoga. Siente el diafragma contraído. Por suerte, el corazón le late normalmente.

Leves ráfagas de lluvia azotan la ventana que da al aparcamiento. El agua cae constantemente, se dora al atravesar el cono de luz de una farola, salpica en un charco que se extiende sobre el asfalto y, al final, un sumidero se traga. Junto a un cubo lleno de basura hay una gaviota que picotea las sobras de una hamburguesa.

Siempre hay gaviotas dondequiera que ella esté, en Roma, en el campo, en el lugar donde vio al Bicho; son los verdaderos compañeros de esta aventura, a veces desaparecen pero reaparecen de pronto, cuando ella, por un segundo libre de preocupaciones, mira al cielo. Tal vez las aves conocen el sentido de la vida. Combatir por cada bocado de comida que Dios nos dé.

El móvil vibra sobre la mesa.

Es Domenico.

Ahora no, demasiado tarde. Solo la pone nerviosa. En jarras, respirando hondamente, mira la pantalla hasta que el nombre de su marido desaparece.

Un minuto después llaman a la puerta.

–¿Sí? –dice con un hilo de voz, frotándose las manos sudadas.

Caterina asoma la cabeza.

–El primer ministro quiere desearte suerte. –Le enseña el móvil–. Acaba de salir de la reunión. ¿Te lo paso?

Maria Cristina se sorbe los mocos y coge el aparato.

–¿Domenico?

–Amor, perdona que no te haya contestado, pero es que no me dan respiro. ¿Qué tal? ¿Cómo te sientes?

–Bien –miente ella, con voz débil pero serena.

–¿Estás lista?

–Estoy lista.

–Pues yo estoy que trino, porque me han organizado una cena para esta noche con Meyer y el ministro de Asuntos Exteriores y creo que no podré verte. Pero Caterina me tendrá al corriente. Mi consejo: estate tranquila porque no tienes que salvar el mundo. –Risilla–. Solo tienes que salvarme a mí.

–Vale. –Maria Cristina ha perdido el don de la palabra y solo sabe decir gracias, vale, bien, sí, no.

–Me han enviado una foto tuya con tu nuevo corte de pelo. Perfecto. Elegantísima. Buena idea. El rubio no te quedaba bien.

–Gracias.

–Si la Reitner te pregunta algo y tú no sabes qué responder, cambia de tema, cuenta algo personal. ¿Lo has preparado con los muchachos?

Maria Cristina se asoma a la ventana. La gaviota ha desaparecido y llueve menos.

–No.

–¡Ah! –Silencio–. ¿Y por qué no?

–Porque tenía que ir a cortarme el pelo.

–Ya. –Domenico cambia de tono–. ¿Sabes qué? Mejor. Serás más espontánea. Lo dicho, vete por las ramas. Si te pregunta cosas de política, de mí, dile que no quieres hablar de tu marido ni del gobierno. No has ido a eso. La protagonista eres tú.

Maria Cristina se sienta muy digna en el sofá.

–Ya.

–Pues nada, valor y al toro, como suele decirse. Verás como todo sale bien.

–Sí.

–Te quiero. Te llamo luego.

–Bien.

Cuando Maria Cristina corta la comunicación, sintiendo un miedo ya casi cerval, se abre la puerta y aparece una joven empleada con una media melena fucsia.

–¿Lista?

Con las piernas cruzadas, las manos en los reposabrazos y la espalda recta, la mujer del primer ministro está sentada en una incómoda butaca hecha de viejas guías telefónicas. Su belleza resplandece bajo los focos del plató. Fuera del halo luminoso que la envuelve, oculto en la oscuridad, el poco público que hay murmura y cuchichea. Maria Cristina busca a su hija, que estará sentada en algún sitio, pero no la ve.

Están emitiendo unos anuncios y la cuenta atrás corre.

Es hora de decidirse.

Se ha pasado todo el día tratando de olvidarlo, pero ahora faltan unos segundos. Da un trago de agua y le cuesta hacer que pase por la garganta contraída. Se agarra a los brazos de la butaca y mira a la cámara que la enfoca, tras la cual entrevé al operador con melena gris y cascos.

Para empezar, se dice, no he hecho nada malo. No he matado a nadie. La víctima soy yo. Me han engañado y chantajeado por algo que ni siquiera sé.

Si cede a la extorsión que le hacen Nicola Sarti y los que estén detrás de él, pondrá en peligro a su propia persona, al gobierno y al país. El vídeo expondrá la vida íntima que ha compartido con un hombre del que se fiaba. Se morirá de vergüenza, pero lo superará. Buscará otra intimidad más suya y secreta.

«El miedo termina donde empieza la verdad», le ha dicho la peluquera.

La decisión es clara, nítida, inequívoca. El miedo ha cristalizado en ella como la sal en la piel, pero en su interior está naciendo una audacia temeraria.

«¡Ni muerta voy a decir Cleopatra!», murmura entre dientes.

Por primera vez está segura de que no se equivoca. Irene verá a su madre practicar sexo con un monstruo, pero, si es inteligente, como cree, con el tiempo lo entenderá. Domenico la defenderá un tiempo y luego la dejará. No es de los que pueden llevar tranquilamente unos cuernos planetarios.

Hará frente a lo que haya que hacer frente, pero no cederá a chantajes.

Sonríe con orgullo cuando ve que en la pantalla pone tres, dos, uno.

Emitiendo.

–Buenas noches, señora Mascagni. Es un gran placer tenerla con nosotros. –Mariella Reitner lleva una camisa de seda rosa holgada que le cubre las formas y un colgante que representa un sol. Se ha puesto una diadema azul oscuro que le sujeta la media melena. Parece un paje de dibujos animados.

–Lo mismo digo –contesta Maria Cristina con un hilo de voz.

La Reitner se pone unas gafitas rojas en la punta de la nariz y echa un vistazo a sus papeles.

–Sabemos que se resiste usted a venir a la tele, que es famosa por su discreción, pero, aun así, ha aceptado esta charla y quiero darle las gracias personalmente.

–Es un placer.

Maria Cristina tiene que esforzarse para ver a su interlocutora. Los focos que le apuntan a la cara para disimular las imperfecciones la deslumbran. En la pantalla que tiene a sus pies se ve una cuenta atrás que marca treinta y seis minutos, lo que falta para que termine el programa. Una eternidad.

En el plató no se oye una mosca y Maria Cristina tiene la impresión de que están ellas solas, en un espacio inmenso. Se corre hacia delante cerrando las piernas y espera la primera pregunta.

La periodista se queda mirándola largo rato.

–Vemos que ha cambiado de look. Hace unos días, en la ópera, sorprendió a todo el mundo con un pelo corto, rubio, poco habitual en usted, que ha sido muy comentado en las redes sociales, y hoy la vemos de nuevo castaña y con el pelo más corto. ¿Por qué?

Maria Cristina se retira sin darse cuenta un mechón que le cae por la frente.

–Porque no me gustaba. Fue una prueba. Pero, como dicen, ser rubia es una actitud y yo he descubierto que no la tengo. No me reconocía. –La voz le tiembla un poco y las palabras le salen con esfuerzo–. Irene, mi hija, no paraba de decirme que no era yo. Así que...

–A mí no me parecía mal –la interrumpe la Reitner–. Pero quizá tenía razón su hija, no parecía usted. ¿A su marido le gustaba?

–No mucho. Y por eso, esta mañana, nerviosa, lo confieso, por la entrevista, he decidido volver a ser yo. Pero con el pelo algo más corto y más ligera.

–Le queda muy bien. –La periodista sonríe–. ¿Así que estoy hablando con la verdadera, castaña y ligera Maria Cristina Palma, la mujer más bella del mundo?

Sí, ahora podría decir: «No, está hablando con Cleopatra». Pero

dice:

–Sí, con la mujer más bella del mundo, al menos mientras no proclamen a otra. Y esperemos que sea pronto. Estoy deseando pasar el testigo para poder envejecer tranquilamente. Reconozco que ese papel empieza a pesarme. –Maria Cristina nota la boca pastosa.

El público sigue callado.

«Da igual, tú habla, cuanto más hables, antes terminará todo», acude en su ayuda Diana Brinzaglia. Le parece estar viendo a su compañera de escuela, con su top fucsia y el cigarrillo entre los dedos, como cuando la abordó aquel día en la calle, justo detrás de Mariella Reitner.

La periodista ha hablado de la infancia en Palermo de la mujer del primer ministro; de su padre escalador, que abandonó a la familia; de la muerte prematura de su madre; de que se fue a vivir a Roma con sus abuelos, de la muerte de Alessio, de su carrera de atleta y de modelo, de su matrimonio con el escritor Andrea Cerri, del accidente de coche, de las quemaduras, de Domenico y del nacimiento de Irene. En una pantalla que hay al fondo pasan fotos que ilustran la vida de Maria Cristina.

–Ha perdido usted a muchos seres queridos y ha sufrido mucho. Debe de haber aprendido a afrontarlo, a encontrarle un sentido a todo eso, si es que puede encontrarse sentido a la pérdida de un ser querido –filosofa la periodista sin dejar de mirar los apuntes.

Nuestra protagonista tiene la impresión de hallarse ante un agente de policía que la interroga consultando un atestado. Busca otra vez a su hija en la oscuridad, pero no la ve. Puede que se haya quedado en el camerino con el perro. Le gustaría pararse un momento a reflexionar, pero la lengua corre más que el cerebro.

–No le encuentro sentido. Vivo siempre con el terror de que algún ser querido sufra, desaparezca o muera de pronto. Quizá por eso me cuesta hacer amigos, apegarme a las personas, porque tengo miedo de perderlas. A veces me despierto y voy a ver si Irene está en su habitación, si Domenico se encuentra bien. Solo espero que, cuando me toque morir a mí, despierte con mis seres queridos y mis perros, que seguro que se alegran mucho de volver a verme.

–¿Es usted creyente, pues? –le pregunta la periodista.

La mujer del primer ministro niega con la cabeza.

–No creo, espero. Es distinto. Creo que no es lo mismo.

–No lo sé –dice la Reitner y añade para sí–: Yo tampoco entiendo mucho de eso.

La entrevista avanza veloz, por derroteros seguros, como probablemente han acordado con Domenico. Las preguntas versan sobre sus quehaceres diarios, sobre cómo ha cambiado su vida y sobre la campaña de escolarización de hijos de inmigrantes que está promoviendo, sobre la impresión que le han causado las primeras damas a las que ha conocido y el presidente de Estados Unidos.

Hay una Maria Cristina que contesta muy tranquila (tomada la decisión, ya no tiene nada que perder) y otra que arde en deseos de que el programa termine, el vídeo se publique y sea lo que Dios quiera.

La Reitner mira por enésima vez sus apuntes como si buscara una pregunta más incisiva.

Maria Cristina estira las piernas lamentando no haberse puesto una falda. Se ha equivocado de look. Tendría que haber ido más sexy, con ropa más golfa, con una camisa que se habría desabotonado mucho.

–Su marido ha tenido que dejar su trabajo de abogado en uno de los bufetes más importantes de Italia. Es un hombre rico, que ha triunfado, que tiene una mujer bellísima y una hija. ¿Por qué cree que aceptó presidir el gobierno?

Maria Cristina se encoge de hombros.

–Eso tendría que preguntárselo a él.

–¿No han hablado del tema? ¿Lo decidió él solo?

–No, claro.

–¿Puede contarnos cómo fue?

–Estábamos en Sabaudia, en la playa, acabábamos de acostarnos. El jefe del PUI lo llamó y le propuso que presentara su candidatura a primer ministro. Tenían prisa. Domenico les pidió que le dejaran esa noche para pensarlo.

–Estaba con él cuando se decidió.

–No. Dormíamos en habitaciones separadas.

Risas del público, aplausos.

La primera mentira. En aquella ocasión durmieron juntos, ella con antifaz, tapones y diez gotas de somnífero que se tomó. Sigue contando:

–En el desayuno ya lo tenía decidido, me dijo que aceptaría. Que era hora de hacer algo por el país.

–¿Sintió el deber ético, cívico, de saltar a la palestra?

–Creo que sentía también cierta vanidad –añade Maria Cristina mirándose las manos.

La periodista parece intrigada.

–¿En qué sentido? Explíquemelo.

Maria Cristina se pasa la mano por la nuca.

–Pues figúrese... Lo llama el partido que ha ganado las elecciones y le dice que es el hombre que necesitan, el único capaz de resolver los

problemas de Italia en un momento tan complicado... Es evidente que supone una gran responsabilidad, pero también se siente halagado. Luego habló con el presidente de la República, que despejó sus últimas dudas.

La Reitner sonríe, divertida:

–¿Y qué me dice de usted, de su familia? Porque su vida familiar iba a cambiar si aceptaba el encargo. ¿Qué le dijo su marido?

Maria Cristina recuerda el pacto que ha hecho consigo misma: decir la verdad.

–Me dijo que solo aceptaría si yo estaba de acuerdo y dispuesta a ser la mujer del primer ministro. Nunca había visto a mi marido tan eufórico como aquella mañana. No, perdón, mejor dicho, tan emocionado y convencido. Me dijo que haría todo lo que pudiera por el bien de Italia y que trabajar por el prójimo nos ayuda a estar mejor con nosotros mismos. ¿Qué podía yo decirle? ¿Podía decirle que no?

–Todo un idealista. No me lo imaginaba. Me alegro. –Hay cierta ironía en el tono de la periodista.

Maria Cristina la mira seria.

–Sí, dijo eso y lo creía.

Pero la Reitner rebate:

–¿No le dijo que también podía ser que el partido hubiera pensado en él por usted, porque era usted una modelo bellísima, famosa, la compañera perfecta de un abogado metido a político pero poco conocido?

–No –contesta secamente la mujer del primer ministro.

–¿Y si usted no hubiera estado de acuerdo?

–Habría renunciado. Eso me dijo.

La Reitner insiste.

–¿Y cree que lo decía en serio? ¿Habría renunciado?

Maria Cristina se toma su tiempo antes de contestar.

–No lo sé. Yo sé que elegí a Domenico Mascagni como marido y padre de mi hija porque es un hombre maduro, sensato, honrado y decidido. –Hace una breve pausa–. Y a mí me gustan los hombres honrados y decididos.

–¿Y porque era rico? –suelta la Reitner.

–También.

El público ríe.

«Uno a cero», la anima Diana Brinzaglia.

–Me daba seguridad y sabía que podía apoyarme en él porque haría lo mejor para mí –prosigue Maria Cristina–. Tras la muerte de Andrea, mi primer marido, pasé una época difícil, tuve depresión, y Domenico me recompuso pieza a pieza como si fuera una tetera rota. Me hizo la corte de una manera discreta y elegante, sin imponerse nunca, y cuando empezamos a salir me hizo vivir una vida maravillosa. –Maria

Cristina mira a la oscuridad buscando la cara de quienes la escuchan y por fin ve a Irene, que sonríe y le saca el pulgar–. Desgraciadamente, desde que entró en política mi marido ha cambiado. No le faltaba de nada, nos planteamos incluso irnos a vivir a Londres. Pero renunció a todo y se embarcó en esta aventura con toda su energía y quizá con un poco de ingenuidad.

–¿Su marido, ingenuo? ¿De veras?

–Sí. Creía que podía hacer algo bueno por su país. Como no conocía las intrigas del poder, estaba convencido de que podía llevar a cabo, con libertad e independencia, un proyecto político que mejorara la vida de los italianos. Pero no es fácil ayudar a Italia. Lo he visto combatir como un león, pero luego, días, tras día, desanimarse. El entusiasmo fue transformándose en frustración, empezó a sentirse impotente y burlado, dejó de dormir, no hablaba más que de los impedimentos y obstáculos que le impedían actuar, empezó a temer a sus compañeros de partido, los mismos que lo llamaron. –Sonríe con amargura–. La verdad es que el poder lo ha cambiado. En casa ya no es él. Está siempre serio, preocupado, distraído. Admito que no es fácil convivir con él. Apenas hablamos, no lo veo casi nunca, no puede pasar cinco minutos tranquilamente con su hija. Se siente solo y traicionado. No sé... Lo siento mucho por él, no sé cómo ayudarlo. Pero veo que, pese a todo, aún cree en lo que hace. Y eso lo honra. No desiste. Es tenaz.

El público rompe a aplaudir, no se sabe si a la esposa o al marido. La Reitner la mira en silencio, le pregunta:

–Diga la verdad, ¿quiere que pierda las elecciones para recuperarlo?

–No, eso nunca.

«Mentira», le reprocha Diana Brinzaglia.

–Domenico es muy valiente. Creo que si es elegido, si los italianos le dan su voto, hará grandes cosas. Y entonces seré yo quien me aparte.

–¿Cómo es eso? ¿No quiere seguir siendo la mujer del primer ministro? –le pregunta la Reitner, que añade, quitándose la gafas–: ¿O acaso está diciéndonos que quiere dejarlo?

–¿Y por qué iba a dejarlo? La cuestión no es esa. Es que, por ser la mujer del primer ministro, me he perdido a mí misma, he perdido a mi hija, las cosas que amo. Este papel no es para mí. Me basta con ser la esposa de Domenico Mascagni y la madre de Irene –dice, y se imagina a sí misma recluida en su casa de campo mientras el vídeo porno se difunde por todo el planeta.

–Perdone, pero no lo entiendo. Entonces ¿por qué aceptó? Pudo decir que no aquel día en Sabaudia.

–Somos una pareja y en las parejas siempre hay un momento en el

que uno decide y el otro cede. Y casi siempre nos toca a las mujeres ceder. Es así desde el principio de los tiempos y en todas partes, aunque no sea justo. Pero también le digo que ser esposa y madre y ayudar a nuestra pareja a estar bien es un oficio que, a veces, aunque parezca mentira, es gratificante.

La Reitner la anima a seguir con una mirada, pero nuestra heroína no necesita que la animen.

–Eso sí, espero de todo corazón que Italia tenga algún día una mujer primer ministro, para que su marido sepa lo que es ser... ¿cómo se dirá?, primer caballero... Ese hombre sabrá lo que es ser el compañero callado, tener que estar siempre amable, guapo y elegante, vivir con el temor de decir cosas que no tocan, en definitiva, sabrá lo que es ser la esposa de un hombre muy importante. –Se acomoda en la silla. Ya no siente el nudo en el estómago, ya no suda, las palabras fluyen–. ¿Sabe por qué no voy a la tele? Porque no me siento lo bastante inteligente, aguda, divertida. No entiendo la política ni me interesa. Tengo terror a ser maltratada, a que en las redes sociales me insulten y me destrocen. Me gusta vestirme para asistir a actos importantes, que me admiren, representar bien a mi país. Es verdad, no lo niego, me gustó visita la Casa Blanca, cenar con el presidente de Estados Unidos, tener el privilegio de ver Petra a la luz del crepúsculo y cenar con el Dalái Lama. Por algo dicen que soy frívola. Pero ya está bien. Ha sido bonito, pero basta.

Maria Cristina ha olvidado que está hablando en directo para toda la nación.

Ese demonio de Nicola Sarti le ha regalado el valor de hacerlo.

El tiempo vuela. Faltan unos minutos para que termine el programa.

–Gracias, señora Palma –le dice la Reitner, que agacha la cabeza–. Celebro que haya aceptado mi invitación. Ha sido una conversación muy reveladora, se ha abierto sin miedo y estoy segura de que los espectadores agradecen su sinceridad, su valor, las verdades que ha traído a este plató, cualidades muy poco comunes hoy en día.

–Gracias.

–¿Volverá?

Maria Cristina suelta una carcajada.

–No. –El público está entusiasmado. Alguien grita su nombre. También la Reitner se levanta y le aplaude–. Pero confieso que me lo he pasado muy bien –añade la mujer del primer ministro, sonriendo y abanicándose con la mano.

La periodista deja los papeles.

–Yo también.

Lo ha conseguido. Maria Cristina endereza la espalda y, cuando las luces del plató se encienden, se pone de pie.

La Reitner mira a un lado y otro y con un gesto acalla los aplausos.

–¿Puedo hacerle una última pregunta?

–Claro.

La periodista da un pasito adelante, su cara, hasta ese momento cordial, se pone seria, traga saliva.

–Si pudiera ser una mujer famosa, un personaje histórico, ¿quién querría ser?

Maria Cristina frunce el ceño.

–No entiendo.

–Si pudiera ser un personaje, ¿quién le gustaría ser?

Maria Cristina siente que desfallece, que las piernas le flojean, que se queda sin aire en los pulmones, que la nuca y la cara le arden. Se sienta, balbuce:

–¿Un personaje?

La Reitner carraspea.

–Sí, una mujer importante, significativa para usted. ¿Quién querría ser?

–¿Yo?

–Sí, usted.

En el plató se ha hecho un silencio sepulcral.

Maria Cristina mira a los lados, ahora ve cientos de caras que la miran, todos le hacen la misma pregunta con los ojos.

¿Quién quieres ser?

Hombres y mujeres de todas las edades, chicas con auriculares, empleados, operadores de cámara y, al otro lado de los objetivos que la enfocan, millones de personas en sus casas esperan la respuesta.

Di Cleopatra y estarás salvada. El vídeo desaparecerá. Nadie te verá. Dilo, Maria Cristina, ánimo. ¿De qué tienes miedo? Le parece que los oye murmurar. Lo has entendido, por fin. Nicola Sarti es uno de los nuestros. Dilo. Es fácil. Libérate. Dilo por ti. Haz un último esfuerzo.

La mujer del primer ministro busca a Diana Brinzaglia, pero no la encuentra. Está sola. Mira hacia arriba, respira profundamente, cierra los ojos y sale de aquellas cuatro paredes.

No hace frío, no sopla viento. Tiene el cielo de la noche sobre la cabeza, las nubes han desaparecido, ha salido la luna, que parece el resto de una uña cortada, y más arriba brillan las estrellas, como diamantes prendidos de la bóveda negra del firmamento.

–¿Quién querría ser, Maria Cristina? –le sonríe Mariella Reitner–. ¿No se le ocurre ningún nombre?

La mujer del primer ministro se vuelve hacia su hija.

–La astronauta Samantha Cristoforetti.

VIII. UNA SEMANA DESPUÉS

MARIA CRISTINA
Hola, Nicola. Perdona que te moleste, pero el vídeo no existe, ¿verdad?

NICOLA SARTI
Hola, Maria Cristina. No, no existe, lo que me tiraste a la cabeza fue un detector de movimiento.

MARIA CRISTINA
¿Y lo de Cleopatra?

NICOLA SARTI
No sabía cómo calmarte. Es el nombre de la gata de mi madre.

MARIA CRISTINA


IX. DOS AÑOS DESPUÉS

Y también esta historia, como toda historia que se precie, llega a su fin.

Que sepas, querido lector, si aún sigues ahí, que yo me quedaré al margen sin hacer comentarios ni filosofar, y dejaré que hablen las imágenes, como en una película. Solo te diré que han pasado dos años desde el día de la entrevista y que nuestra heroína, con una bolsa de paja al brazo, baja corriendo por un caminito de tierra ocre que discurre hasta el mar. Las suelas sin tacón de sus sandalias resbalan sobre los guijarros. Rachas de un viento seco y tibio agitan las adelfas que pueblan la colina y le acarician las piernas bronceadas y le revuelven los largos cabellos sujetos por detrás con una cinta roja de lunares blancos. El cielo está límpido y lo surcan unas finas nubes que se suceden hasta el horizonte, donde se funden con el azul del mar Egeo. Un par de cabras de pelaje pardo, cuernos retorcidos y perilla, subidas a un muro de piedra, se quedan mirándola cuando toma un atajo que desciende por entre las rocas y desemboca directamente en la playa, que consiste en una estrecha franja de cantos oscuros por la que va y viene silenciosa el agua transparente de la bahía. El fondo de rocas y plantas de posidonia es tan bajo que parece una piscina natural.

No se ve un alma y los únicos seres vivos que hay son unos pollos en un corral y los grillos que cantan en medio del calor creciente. A lo lejos se oye la sirena de un transbordador que atraca en la otra punta de la isla.

En una explanada hay un par de barcas blancas puestas boca abajo y un bote inflable sin aire, y baches sin cemento en los que se han formado charcos orlados de sal que reflejan el cielo. Una gaviota solitaria rebusca entre restos de anchoas maceradas al sol, el cebo que ha abandonado allí algún pescador de mújoles. El olor a pescado se mezcla con el de la resina de los pinos del paseo marítimo.

Maria Cristina prosigue a paso ligero por un sendero de tierra batida que discurre entre la playa y una carretera mal asfaltada. La bahía forma un arco perfecto y se prolonga en una estrecha faja de tierra en la que hay un pequeño cementerio y que está rodeada de unas aguas tan plácidas que parecen las de un lago. Las lápidas se disputan el poco espacio que hay, cercadas por una verja baja, que el óxido pinta de naranja. En medio hay una pequeña iglesia cuadrada y

enjalbegada, con un campanario, cuyas puertas, de madera oscura, están cerradas, como siempre. Maria Cristina abre la verja, que tiene puesta una cadena sin candado, y pasa por entre las filas de tumbas, que están cubiertas de la arena que han arrastrado las lluvias continentales. Gran parte de las sepulturas están cubiertas de geranios secos, de grandes agaves, de trigo amarillo, de boj que ha crecido informe. Se detiene delante de una tumba que mira al mar. Es una simple losa de mármol blanco con vetas grises, que ha conservado su brillo después de tantos años. En ella está grabado el nombre de Alessio.

Maria Cristina se arrodilla, saca de la bolsa un botellín de agua, un mantelito de lino blanco, unos bocadillos envueltos en papel de plata y un ramo de violetas. Cambia las flores que hay en un jarrón de aluminio y vierte en este un poco de agua. Una lagartija verde esmeralda corre por la lápida, dejando el rastro del rabo en el polvo, y desaparece bajo una mata de alcaparras que crece en las grietas de la tumba. Maria Cristina extiende el mantel en la lápida y pone sobre él la comida. Una racha de viento le trae el tintineo de una bicicleta. Se vuelve y, protegiéndose los ojos con la mano, levanta el brazo.

En lo alto de la colina, a contraluz, se recorta la silueta delicada de Irene, montada en su bici. Al poco aparece Pippo, que ladra, y después Nicola, montado también en una bici. El hombre y la niña la ven y la saludan agitando el brazo. Y uno tras otro, precedidos por el perro, continúan bajando hacia el mar.

FIN

NOTA

La cita del principio está sacada de A. de Saint-Exupéry, *El Principito*.

Los versos de la página 59 pertenecen a la canción «Yes Sir, I Can Boogie», con letra de Frank Dostal y música de Rolf Soja. © Edition Magazine Music, cortesía de Peer Musikverlag GmbH.

Los versos de la página 104 pertenecen a la canción «La cura» de Franco Battiato y Manlio Sgalambro, con música de Franco Battiato. © 1996 Universal Music Publishing Ricordi Srl / L'Ottava Srl. Todos los derechos reservados para todos los países. Citado con la autorización de Hal Leonard Europe BV (Italia).

La cita de la página 231 está sacada de V. Nabokov, *Lolita*.

[←1]
Vladimir Nabokov, *Lolita*, trad. de Francesc Roca, Anagrama, Barcelona, 2002. *(N. del T.)*

Título de la edición original:
La vita intima

Edición en formato digital: enero de 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2248-9

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es